
CUENTOS Y SUCEDIDOS



R. 79256

Campillo y Burgos.

1
T
502

CUENTOS Y SUCEDIDOS

(Prosa y Verso.)



MADRID

Librería de Hernando y Compañía,
Calle del Arenal, núm. 11.

1899



—
ES PROPIEDAD
—

Imprenta de Hernando y C.^a, Quintana, 83.

ADVERTENCIAS

No voy á tratar aquí la historia del cuento como padre de la novela, ni hablaré de su antigüedad y propagación desde la India asiática hasta las más remotas comarcas de nuestro globo. Doctores tiene la Iglesia... es decir, obras hay donde se halla consignado todo lo relativo á estos puntos. Con leerlas un par de veces, teniendo regular memoria, ya sabe cualquiera cuanto hay que saber en tal ramo literario y puede echarla de erudito y sabihondo en las reuniones, y tal vez, tal vez ingresar en alguna Academia como miembro peritísimo y excelente. De menos dice el refrán que Dios nos hizo.

Me limito á declarar que Javier de Burgos, natural de Cádiz, y yo, Narciso Campillo, de Sevilla, amigos ambos desde hace muchos quinquenios, aficionados ambos á la literatura, honrados padres de familia los dos, y empadronados, según reza nuestra cédula de vecindad, en esta villa y corte, con casa abierta hasta que por la noche la cierra el portero, somos los autores y personas responsables de los cuentos que siguen; y estamos, por consiguiente, á las duras y á las maduras, esto es, á los

elogios ó vituperios con que los tales cuentos se reciban.

Ítem. Si alguien nos elogia, exclamaremos á dúo: — «¡Qué talentazo tiene este hombre! ¡Cómo ha conocido nuestro mérito y lo bien que manejamos la pluma!» Pero en caso contrario, diremos: — «¡Pobrecito! ¡No sabe lo que se pesca! Que Su Divina Majestad le encandile y aclare la luz del entendimiento y le proporcione unas fuertes herraduras para atravesar este valle de lágrimas.» La cosa no tiene duda. Si damos nuestros escritos á la prensa, es porque los juzgamos buenos y dignos de ser leídos: si los tuviésemos por malos y además los imprimiéramos, mereceríamos, cuando no un patíbulo, por lo menos cadena perpetua, ó vitalicia, ya que desgraciadamente no somos perpetuos. Nunca he comprendido el fundamento con que ciertos autores en los prólogos ó prefacios declaran el poco meollo y las muchas faltas de sus obras. Si no lo creen así, su modestia es hipócrita y aparente; y si en realidad lo creen, resulta peor, pues á sabiendas contribuyen á su descrédito propio y al aumento de la común barbarie.

Ítem. Varios de estos cuentos son más conocidos que Pizarro en las Indias por haberlos insertado muchos periódicos; y aun fuera de España circulan disfrazados ó traducidos en italiano, francés, sueco y alemán; de modo que han viajado y viajan más que sus mismos autores. Lo cual quiere decir que agradaron: de donde en sana lógica se

deduce que si no ha cambiado el gusto del público, agradarán ahora también, hallándose coleccionados en un volumen y embellecidos por el hábil dibujante Sr. Corona.

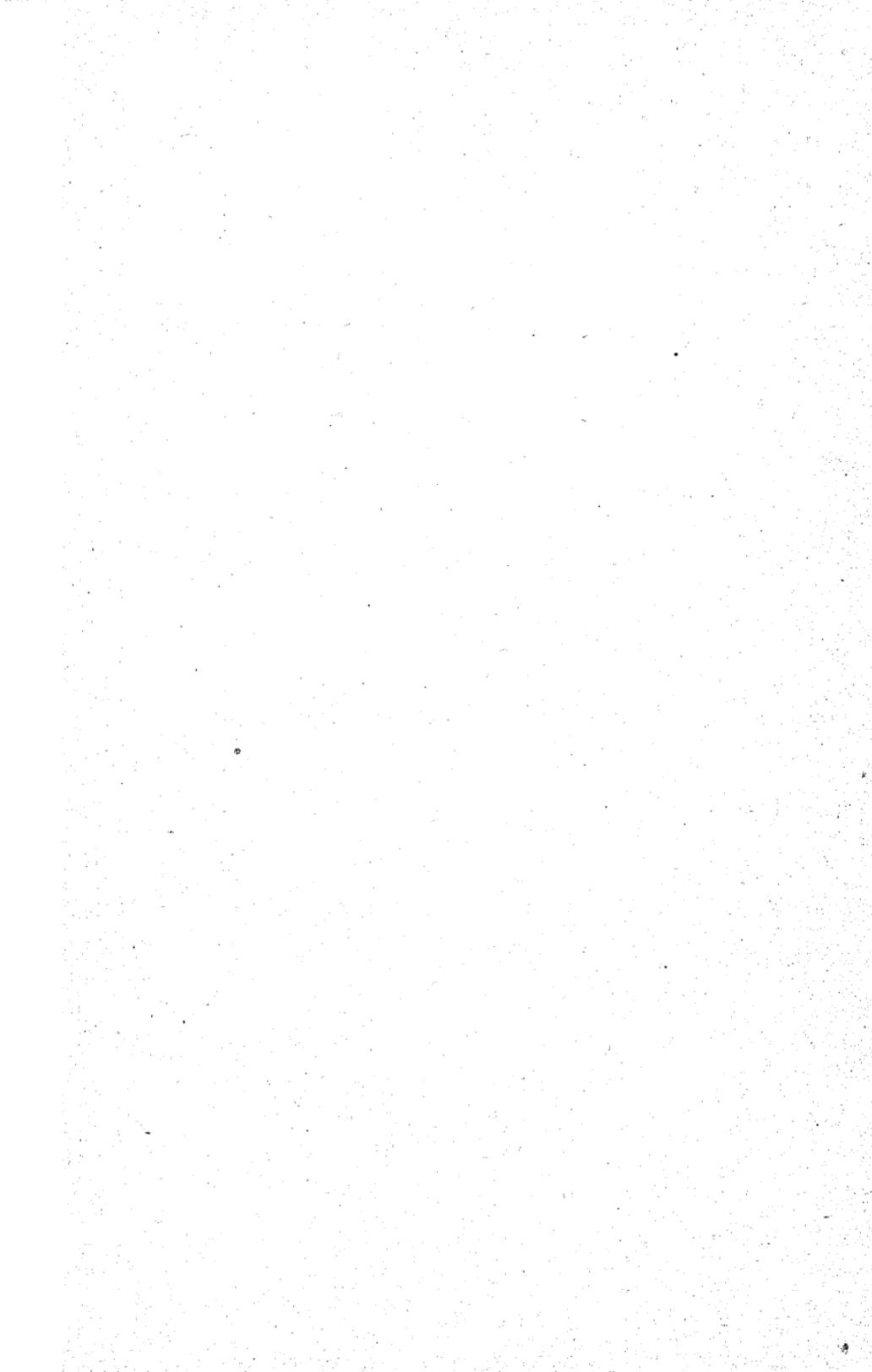
Ítem.

Y porque fatigarte más no quiero,
Caro lector, al otro canto espera;
El cual sin duda seguirá, se entiende,
Si éste te gusta y la edición se vende.

Así dijo en su *Diablo Mundo* el gran Espronceda. Y los autores de este librito hacemos nuestras sus palabras y ofrecimiento; de modo, que si este volumen de cuentos gusta y se vende (quíralo Dios), será seguido de varios y varios hasta que la paciencia del público se acabe, ó nosotros nos acabemos. La fábrica funciona bien, y somos muy capaces de hilar y entretejer más cuentos y chascarrillos de todo género que piedras menea un terremoto.

Ítem final. Por el deber de justicia, que consiste en dar á cada uno lo suyo, así como para evitar toda equivocación y para que cada palo aguante su vela, quede aquí sentado, ó de pie, ó acostado (que es postura más cómoda), que los cuentos en verso pertenecen á mi buen amigo y compañero el ingenioso Javier de Burgos, y los escritos en prosa castellana son de

Narcisa Campillo.



EL VALOR

ó

LOS TRES VALIENTES



Es el valor «cualidad del alma que mueve á acometer resueltamente grandes empresas y á arrostrar sin miedo los peligros», según lo define el *Diccionario* de la Academia Española. La filosofía popular, formulada por uno de nuestros mejores poetas en estos versos :

El miedo es natural en el prudente;
El saberlo vencer, es ser valiente;

lo explica de otro modo, y tal vez con mayor acierto. Además, si la Academia no se refiere sólo al valor humano, habrá de admitir, como admiten muchos, la existencia de alma en los animales, pues los hay valientes por extremo, como el toro, el león, el gallo, etc. Y aunque la definición transcrita pudiera estar con más elegancia y esmero redactada,

no es mi ánimo corregirla ahora, figurándome, como me figuro, que yo haría otra peor si lo intentase. No hay cosa más llana y fácil que poner defectos, ni más difícil que definir bien. Así, pues, la acepto y sigo tal cual está, sin meterme en sutilezas ni dibujos.

¡Y cuántas maneras de valor y qué diferentes se conocen! Ved ese marinero curtido por los soles de todos los climas, azotado por todos los huracanes: no hay paralelo de meridiano donde no se haya jugado la vida; ve tranquilo acercarse la tempestad, lucha con ella, la domina y la vence, y cuando le toque ser vencido, morirá como un héroe, sin debilidad y sin lágrimas. Pues á este hombre fuerte, impávido y de gran corazón, proponedle que baje al redondel de la plaza para matar un toro: no lo hará por cuanto hay en el mundo. En cambio, muchos toreros han perdido ventajosas contratas en América por miedo de embarcarse y pasar *el charco*, aun reflexionando que todos los días se embarcan y lo atraviesan millares de tímidas mujeres. Muchos aeronautas no descenderían á los abismos del buzo ó del minero; pocos mineros ó buzos tendrían resolución para lanzarse á los aires. Andaluces, valencianos y aragoneses, que á nadie temerían navaja en mano, dispuestos siempre por cualquiera fútil cuestión á derramar la ajena y propia sangre, no pasarían de noche junto á un cementerio, aunque les diesen un tesoro. De éstos he conocido muchos.

Y lo más particular es que tratándose de una sola persona, resulta que aparecen varias; es decir, á veces el hombre de ayer no es el hombre de hoy:

ayer arrojado, hoy tímido, ó al contrario, según el humor que tiene y las circunstancias en que se encuentra. Refiérese que en cierta casa de juego uno de esos matasiete ó perdonavidas que miran al sesgo, escupen por el colmillo y viven del espanto, desafió con malas palabras á un caballero; y que éste, aunque de grandes fuerzas y ánimo probado en muchas ocasiones, le respondió con la mayor calma: — Amigo mío, he ganado trescientos duros y no tengo ganas de incomodarme: si usted se empeña en pelear con alguno, dígame cualquier palabrita á ese vejete que ha perdido hasta el último real, y verá usted canela. — Volvióse el guapo para mirar á quien le señalaban; pero apenas puso la vista en el viejo, cuando éste le increpó en voz alta y despreciativa:

— ¿Tengo yo monos en la cara? ¿Qué mira usted, so mamarracho?

Y el mamarracho, quiero decir, el formidable matón, se excusó humildemente y eclipsó la figura, observando que el abuelo había metido la mano en un bolsillo del gabán, como si buscarse algún confite ú otro regalillo con que obsequiarle.

He aquí una de las causas explicativas de por qué suele haber tan pocos millonarios en las barricadas, y por qué en tiempo de la invasión francesa mucha parte de nuestra aristocracia, los arzobispos, obispos y cabildos catedrales acataron á José I; mientras la clase media y plebe, frailes, curas saltatumbas y párrocos de escopeta y perro se lanzaron al campo como energúmenos sin contar el número de los enemigos, ni temer la superioridad evidente de su organización y disciplina, llevando á

término hazañas tales, que serán tenidas por fabulosas en los siglos venideros.

En los mismos valientes se hallan rasgos de timidez inconcebibles. De Filipo de Macedonia y de Alejandro Magno cuéntase que temían á los perritos pequeños. Julio César, dominador del mundo, palidecía y temblaba ante una lagartija ó una araña; y en cierta ocasión que presentaron al emperador Carlos V un soldado que jamás conoció miedo, sonrióse el monarca y dijo con mucha sorna :

— Porque nunca habrá despabilado una vela con los dedos; entonces hubiera tenido miedo de quemarse.

¿Y qué diré de la tímida jovencita, criada entre cristales y al abrigo y amparo del regazo materno, que tiembla de un ratón y huye chillando de una infeliz cucaracha como si fuera un monstruo sanguinario y espantable? Pues á esta asustadiza y cándida paloma le sale un novio intrépido que no teme á la Epístola de San Pablo; y aunque sea un barbudo y malcarado varón, con más facha de pirata argelino que de tierno Medoro, la doncellita se casa y deja padres, hermanos, parientes, la ciudad y el hogar donde nació, y lo deja todo para irse á Filipinas ó tres kilómetros más allá con un hombre á quien conoció hace poco y que tal vez le dé peor trato que á una esclava negra del Congo.

Pero ya que de valor hablo, voy á referir á los lectores el cuento de los tres valientes; y como no gusto de engalanarme con ajenas plumas, principio manifestando que no lo inventé yo, sino que hace la mar de años (esto es declararme viejo) que lo he oído, ó leído, ó soñado, no sé cuándo ni dón-

de, pues algunas veces las cosas muy lejanas se confunden y no las distinguimos bien unas de otras, cual maraña de enredados pelos, ó matorral de plantas apiñadas y revueltas.

II

Y aquí empieza el relato. Para los que conocen las tabernas de Cádiz, nada tengo que decir; á los que no alcanzaron semejante dicha les diré, con Arolas, que son

Placer de los que pisan su almo suelo,
Suspiro de los tristes que se alejan.

Por esto escribió un poeta sevillano, amigo y compañero inseparable desde la cuna del que traza los presentes renglones :

Pirámides tiene Egipto,
Roma palacios y termas,
Soberbias escuadras Londres
Y Cádiz tiene tabernas.
No los tugurios hediondos
Que en Madrid tal nombre llevan;
Sino limpiísimos templos,
De Baco gloria y riqueza,
Paraisos abreviados
Que auras de Jerez olean,
Donde el salchichón picante,
Donde la aceituna gruesa,
Donde la fruta de playa

Y en cañas bullendo el néctar,
Ojos, paladar, olfato,
Corazón y alma recrean.

Tal era la jaula : veamos ahora los pájaros. El más joven, casi niño en apariencia, era un señorito gaditano, de escasa estatura, delgado, pálido, elegante y boquirrubio. Por su aspecto delicado y enfermizo, por el prematuro cansancio que revelaba en su aire y movimientos, parecía incapaz de todo esfuerzo varonil y de toda acción resuelta. La doncella más descontentadiza hubiese admirado y envidiado la blancura de sus manos y la forma de sus pies diminutos; en suma, era un caramelo, ó un terroncito de azúcar que podría beberse en un vaso de agua. Algunos le pusieron de apodo ó sobrenombre *Don Líquido*, aunque ninguno se atreviese á llamarle de tal manera en su misma cara, porque mi señor Don Líquido había mostrado en varias ocasiones una solidez inverosímil, dando á entender claramente que tenía pico y uñas, y un genio tan poco sufrido, que por quitarme allá esas pajas era muy capaz de armar tiberio contra los siete Niños de Écija y todos los caballeros de la Tabla Redonda, y aunque fuese cuadrada.

El segundo, conocido por Juanón á causa de su estatura y corpulencia, era de Sevilla, barrio de Triana. Había sido herrero, soldado, desbravador de potros y contrabandista. Ahora se dedicaba al trato de cuatroleas, comprando y vendiendo mulos y caballos; y siempre y en tan varios oficios fué de vivo ingenio, ignorante, rumboso, arreñado, bebedor y más basto que el revés de una estera. Vestía de corto y con lujo.

El tercero, de más edad que sus compinches, era un peliagudo presbítero malagueño, obscuro como pellejo de corambre, y velludo y recio como un oso. Vestía zapatones con honores de faluchos, pantalón negro, negra y descomunal levita, y sombrero de copa así como de cuatro pisos. No llevaba insignia alguna de clérigo; pero viéndole se conocía que lo era, y un ciego lo hubiera sacado por el olor. Años atrás se había cubierto la tonsura y vestido de majo para ir á los toros en Huelva, donde no estuvo antes nunca, ni sabía nadie el santo de su nombre; mas los que se hallaban á su lado en el tendido, sin ponerse de acuerdo y con toda naturalidad, le decían: — Pare cura, ¡vaya una verónica! — Pare cura, ¿me da osté candela? — Pare cura, ¡excomulgue osté á ese picaor, que no sabe poner una vara! — Hasta que el padre cura, cargado y aburrido y contentiendo sus ímpetus para no dar un escándalo, salió de la plaza rezando no sé qué antífonas ó jaculatorias y con propósito firme de no volver á disfrazarse nunca, aunque los años de su vida á los de Matusalén aventajasen.

Por sus edades respectivas los tres comensales representaban en la existencia la primavera, el verano y el otoño. Diferenciábanse no menos en la educación, el estado social y el vestido, y parece que debían diferenciarse también en las inclinaciones y los gustos. ¿Cómo, pues, se hallaban reunidos amigablemente en torno de una mesa, manzani-llendo juntos y saboreando juntos como buenos compañeros los calamares y langostinos y las orondas aceitunas sevillanas? Lo ignoro, y á mi vez podría preguntar á los preguntones: ¿Cómo se juntan

en la copa de un mismo árbol pájaros venidos de muy distintas partes? Mas dejando esto, que importa muy poco, lo cierto es que se hallaban reunidos los citados tres peines ante la mesa de una de las mejores tabernas gaditanas, y que en ella bebían y platicaban. Tratábase de heroicidades, arrestos inverosímiles, actos de arrojo y gallardías de espíritu, refiriéndose por unos y otros cosas tales, que de haberlas oído el Cid, Bernardo del Carpio y el Gran Capitán, hubiesen vuelto á sus tumbas avergonzados y confusos. La plática se encrespó y se puso agria cuando vinieron de las hazañas á las personas, mofándose del gaditano el malagueño, y el sevillano de los dos, y armándose tal baraúnda y algarabía, que era cosa de taparse con cera los oídos. Como ninguno de los tres brillaba por su paciencia, ni tenía nada de manco, veíase venir la catástrofe pronta y terrible. Ya se lanzaban miradas amenazadoras, el reto insolente iba á salir de los labios, y alguna mano convulsa buscaba entre los pliegues de la faja ó los bolsillos interiores de la levita el argumento supremo, cuando á la manera del dios Neptuno serenando olas, vientos y tempestades, habló el presbítero malagueño con la autoridad de los años y la experiencia, y las vellosas manos extendidas sobre la bandeja de las cañas. Y dijo:

—Caballeros, que esta mesma noche me lleven los demonios en volandas, ó me aticen á trascartón un navajazo traperero que me pise el mondongo, ó me vuelva judío con siete varas de rabo y un INRI pintado en el estómago, si con tantas voces y alboroto no parecemos chiquillos cuando salen de la escuela. ¿Á qué viene gritar y disputar por lo que no

se averigua con palabras, sino con obras? ¿Que cuál de nosotros es el más valiente y tiene más pelos negros en el corazón? ¿No es esto lo que se cuestiona? Pues claro está como el sol que será más valiente el que haga la mayor valentía. Y no vale salir con historias, que con agua pasada no muele ningún molino, y las historias suelen ser á gusto del que las cuenta. Cada uno de nosotros acometerá su hazaña, y rematada que fuere, sea medida y calificada y juzgada por los otros dos, que han de haberla presenciado; pues repito que no se admiten referencias. ¿He dicho algo? ¿Estáis conformes, caballeros?

— Conformes y conformísimos, y viva Málaga — respondieron el gaditanito y el sevillano. Y tras de breve pausa, añadió éste:

— Como al buen pagador no le duelen prendas, pronto estoy á entregar la mía para que ustedes la aprecien y la tasen en lo que valga. ¿Hoy es viernes? Pues pasado mañana será domingo y habrá toros: nos reuniremos aquí mismo, y juntos iremos á la plaza. Entonces se verá quién es Juanón, el tratante de cuatropeas.

Y á poco se disolvió el valeroso triunvirato.

III

Hermosa de veras estaba aquel día la plaza de toros de Cádiz. Nada faltaba de cuanto puede dar animación, gala y alegría, entusiasmando hasta el delirio á la congregada muchedumbre. Hombres jóvenes y majos, hembras gallardas y bien vestidas,

colores, gritos, risas, agitación incesante, chistes y ocurrencias ingeniosas cruzándose de un lado á otro como las chispas de fuegos artificiales, pregones, músicas, la certidumbre de ver luchar terribles fieras cõn ágiles y diestros mozos cubiertos de seda y oro como para un baile, espectáculo sin igual en el mundo, la pureza del aire tibio y oloroso... finalmente, y para no cansarme, que cada cual se figure tan variado cuadro lo mejor que pueda: nunca la imaginación irá demasiado lejos. Al lado y por cima de la plaza bañanla con sus brisas y resplandores el mar y el sol, clarísimos ambos y majestuosos, con la tranquila majestad de las cosas eternas.

Había comenzado la lidia y mis tres héroes presenciaban sus diversos lances desde un tendido de sombra próximo á la barrera, cual conviene á legítimos y verdaderos aficionados. Nada singular ó extraordinario ocurrió con los dos primeros toros, que fueron capeados, picados, banderilleados y muertos según las reglas del arte. Ni un chulo se alzó lanzado al aire como pelota, ni se desnucó de tremendo batacazo ninguno de los picadores, ni dejaron los míseros jamelgos de mostrar sus tripas colgando y regar con su sangre la arena del circo, ni el sentido común, que se hallaba ausente, dijo una sola palabra de todo este jaleo. Palmas y cigarros para los espadas, insultos y silbidos para los torpes ó medrosos, y las mulillas y pudridero para los muertos. Mas el tercer toro era un señor toro, muy digno de acompañar en retablos de iglesia las pinturas y estatuas del evangelista San Marcos. Porque además de ser tamaño como un elefante y gordo como un canónigo, se adornaba con un par de cuer-

nos disparatados y muy abiertos, sin que tal corpulencia y tantas libras le impidiesen correr como un galgo. Y tenía la gracia el indino de menospreciar las capas rojas para irse derecho al bulto, con lo cual andaban los lidiadores un sí es no es de azarados y recelosos. Á los pocos pasos fué arrollado y herido un chulo; y momentos después el famoso picador Trigo, á pesar de su taurina inteligencia y hercúleo brazo, vió rota su garrocha y se vió él mismo levantado con el caballo que montaba, sufriendo el mayor porrazo de que hay memoria. Cuando los mozos le alzaban del polvo, ensangrentado y maltrecho, una voz zumbona sonó en todo el redondel, gritando desaforadamente:—¡Señó Trigo! ¡señó Trigo! ¿quiere usted repetir esa suerte, que no la he visto bien?

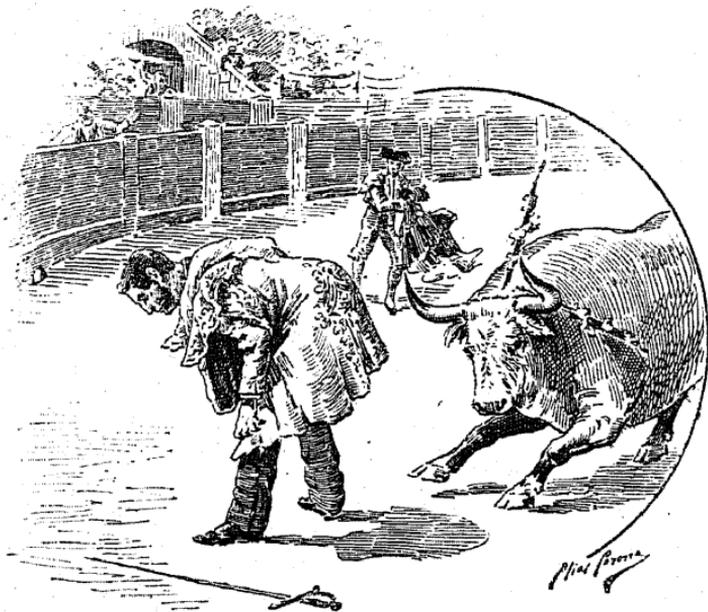
Pero como todo llega en el mundo, llegó el lance final, el lance de la espada, y aquí fué ella. El lidiador, aturdido y descompuesto, comprendía como cosa probable que en vez de matar al toro, el toro lo matase á él, y semejante probabilidad no le hacía gracia ninguna. Así prodigaba los pinchazos inútiles, se salía del terreno y á cada instante iba decayendo en serenidad y esperanza. Hubiera perdido gustoso un dedo de la mano y quizá dos porque se armara súbita tempestad y un rayo pulverizase al cornúpeto, que ante sus turbados ojos iba creciendo, creciendo, hasta alcanzar proporciones fabulosas. Al fin, un medio varetazo le sacó del apuro con herida leve, siendo llevado á la enfermería entre el clamoreo de la muchedumbre. Quedóse el toro plantado en mitad de la arena, sólo con ligeros rasguños en la piel, más para enfurecerle que para

debilitarle, fuerte y entero, y mirando á todos lados como si dijese : — Vayan saliendo guapos, que yo iré dando cuenta de ellos.

Entonces se alzaron voces pidiendo : — ¡Que lo mate Juanón! ¡Que lo mate Juanón!—Y estas voces, pocas al principio, pronto fueron innumerables, incesantes, atronadoras, y todas gritaban lo mismo:— ¡Que lo mate Juanón!—Aturdido con tal baraúnda, y creyendo que fuese verdadero diestro el tal Juanón, dióle su licencia el presidente para salir á la plaza y lucir su arrojo y maestría despachando en regla al terrible animal que tantos destrozos había hecho. El insigne Juanón, el sevillano, vestido de corto, empuñó con la serena tranquilidad de los héroes los trastos del oficio, saludó al presidente, brindó por las buenas mozas y por el pueblo de Cádiz, y con gentil compás de pies y la sonrisa en los labios se plantó en mitad del circo y frente á frente del toro. Apartando el siniestro brazo, hizo señal á la cuadrilla para que le dejara solo en la brega, y cuando estuvieron alejados, y el público atento y sin respirar siquiera, y el toro escarbaba la arena para lanzarse sobre él como un rayo... ¿qué pensarán ustedes que hizo? Pues se embozó en el capote, arrojó la espada y se puso ante la fiera de espaldas y con el cuerpo doblado como quien busca alfileres por el suelo. Espantosa fué la arremetida: si de repente le hubieran salido alas á Juanón, cierto no habría volado con más ligereza, á pesar de su corpulencia y estatura. Cayó al suelo con tremendo golpe y quedó inmóvil: difícilmente logró la cuadrilla distraer á la fiera para que pudieran recogerle y llevarle á la enfermería.

El tumulto fué horroroso; los comentarios, interminables.

.....
Algunos días después de su hazaña hallábase Juanón vivo todavía, y ya levantado de la cama,



Espantosa fué la arremetida.

después de haber sufrido durante semana y media unturas, cataplasmas y parches de todo género, amén de los dolores consiguientes al atroz testarazo y la gran caída. Por fortuna suya tenía el animal los cuernos muy separados, y no le enganchó con ninguno de ellos; que entonces hubiese concluido el lance en el campo-santo. Y tampoco hubo rotura

de hueso alguno; lo que fué no pequeña suerte. El tal Juanón, por lo visto, tenía cuerpo de bronce.

Acompañábanle sus dos amigos y rivales en valentía, quienes le cuidaron en su dolencia y sinceramente aplaudieron su arrojo, aunque, sin darse por vencidos, proponíanse competirlo y hasta aventajarlo con otros arrojios todavía más increíbles y estupendos. Una tarde en que estaban juntos y había languidecido la plática, les dijo de repente el sevillano :

—Caballeros, por mi parte cumplí como pude. ¿Qué piensan ustedes hacer ahora?

—Despacio, amigo, despacio—respondió el cura.—Cuando estaba usted maquinando el lance del toro, preparó la gente que le llamase al redondel y nos llevó á la plaza sin decirnos una palabra de lo que se proponía; y me parece que hizo bien, porque si las cosas se van pregonando antes á son de trompeta, pierden el mérito y la gracia. Por mi parte, no sé todavía lo que haré: todas las barrabasadas se me antojan pequeñas, pues no quiero quedar nunca por debajo de nadie.

—Quedará usted y también el amigo Juanón, y les vendrá muy ancho. Sé perfectamente lo que debo hacer, pero no es cosa de un día. Cuando la breva esté madura, les avisaré, y entonces ustedes mismos me proclamarán vencedor en esta contienda. Y si no, al tiempo.

Así habló el señorito gaditano y se fué tan cam-pante.

—¿Qué máquina de los diablos tendrá preparada?

—¡Bah! Niñerías, Juanón, niñerías—contestó el malagueño.—¡Si es una criatura!

IV

Por las calles de Cádiz van caminando y platicando mis tres héroes y se dirigen al famoso barrio de la Viña, morada de la gente del bronce y mapa y compendio de la sal y el garbo gitanos. Y decía tranquilamente el malagueño :

— Ya que Juanón ha cumplido como hombre de alma, justo es que los demás hagamos lo mismo. Ayer tuve noticia de la cosa, anoche la pasé arreglando cuentas y papeles; y como soy cristiano, apostólico, romano, aunque pecador indigno, esta mañana confesé y comulgué en San Antonio por si la respiración se me acaba, y ahora me importa muy poco emprender el gran viaje de donde ninguno vuelve. Conque alto, caballeros, que ya hemos llegado al teatro de mi hazaña.

Y entraron juntos en una humilde barbería. Entiéndase bien al decir humilde, que no la adornaban soberbios espejos de marco dorado, ni mullidos sillones, ni tenía otras delicadezas y comodidades, ni había en ella elegantes mancebos para el servicio de los parroquianos. Un mozuelo de hasta diez y siete primaveras, mal guisado en sus paños, como decían nuestros abuelos, esto es, desaliñado en su vestir, era el único dependiente del establecimiento, y más bien que alegre barberillo, por la seriedad y tristeza del rostro parecía empleado de alguna empresa funeraria. Al ver entrar al valeroso triunvirato animóse un poquito, y con la toalla al hom-

bro y suavizando contra la palma de su mano la navaja, preguntó sonriendo á nuestros héroes.

— Pelar... afeitar... rizar el cabello... ¿qué va á ser, señores?

— Oye — le dijo el presbítero malagueño. — En primer lugar, ¿cómo está hoy tu pobre tío? ¿Se le pasó la fiebre? ¿Se encuentra ya más razonable? Porque me han dicho que se le volvió el seso y se ha puesto loco rematado. ¿Es verdad esto?

— ¡Ay, caballero, por desgracia es la pura verdad! Desde que su mujer, la señá Frasquita, se largó con el señó Responsos, el sacristán de la parroquia, llevándose de camino los pocos cuartos que había en la casa, mi pobre tío dió en cavilar y no comer, y luego perdió la chaveta y se puso furioso; de manera que fué preciso encerrarlo, y encerrado está arriba y con camisa de fuerza hasta que mañana vengán á llevárselo para el manicomio, que ya hoy darán la orden. ¿Oye su merced el jaleo que arma?

Con efecto; encima de la tienda sonaban patadas, los golpazos de sillás al caer contra el suelo, maldiciones terribles y como rugidos de fiera. El malagueño presbítero dijo al mancebo:

— Hombre, á propósito de tu tío: ¿sabes que se me ocurre una cosa muy chusca? Y ¡vive Dios que la pondré por obra! Pues consiste nada más que en desatar al loco, y que baje y me afeite ó me degüelle, según le parezca, que en esta incertidumbre está el chiste y el salero de la operación. Conque, vamos escalera arriba, y al avío. Las buenas ideas no deben dejarse para luego.

El barberillo dió un salto atrás como si hubiera

pisado una serpiente. Quedóse inmóvil y hecho la propia imagen del espanto. Juanón y el señorito, aunque hombres de muchos hígados, también quedaron estupefactos y perplejos. Ya veían la cabeza de su compañero rodando por el entarimado sobre una lagareta de sangre, mientras el loco furioso esgrimía la afilada navaja rechinando los dientes como un energúmeno. Quisieron intervenir para evitar una muerte segura; mas el impávido malagueño no lo consintió, y agarrando de un brazo al aterrado barberillo, le obligó á subir casi en vilo la mezuquina escalera. Sobre el techo sonaron voces, pataleos, juramentos, y á poco bajaron tres personas la escalerilla: el mancebo, el demente y el héroe de la aventura, que le dijo con la mayor calma:

— Ha de saber usted, maestro, que yo soy amigo y pariente de Resposos el sacristán, y le aconsejé á la señora Frasquita que se fuese con él, y ahora vengo aquí por curiosidad de saber cómo afeita un cornudo. Y para que se le aclare á usted la vista y el pulso se le tranquilice, ahí va esa pequeñez.

Y le soltó una monumental bofetada de las de cuello vuelto, que hizo girar sobre sus talones al barbero como si estuviera montado sobre un eje. Escupió el maestro una bocanada de sangre más dos ó tres muelas que le arrancó el golpe, y rugiendo como tigre, de un salto cogió del navajero una de las navajas, la abrió y se lanzó contra su enemigo. Pero éste le clavó al suelo con una mirada fulmínea, sentóse en un sillón y, presentando el cuello desnudo, exclamó con la mayor naturalidad:

— Maestro, ¿me va usted á afeitar en seco? Traiga usted agua y jabón y paño de barba, y pase esa

navaja por la correa, y no sea usted desollador, sino barbero.

Dominado, magnetizado por la mirada avasalladora del presbítero, trajo el barbero las cosas pedidas, bañó de agua y jabón el sereno rostro del parroquiano, afiló bien la navaja y comenzó la tarea del rasuramiento. Reinaba un silencio espantoso; los testigos de tan inaudita escena estaban pálidos como difuntos, esperando de un momento á otro la tremenda catástrofe. Entonces el paciente dijo :

— Caballeros, con ese silencio y esas caras tan fúnebres y compungidas, parece que estamos velando á un difunto. Hablen ustedes algo, sea de lo que fuese. Vaya, maestro, cuéntenos usted ese lance de su mujer cuando se largó con mi pariente. ¿Se llevó mucho dinero? Dicen que están muy enamorados y contentos por haberle perdido á usted de vista. Porque, sin que sea lisonja, ¡cuidado que es usted feo!

Al oír tal salida, alzó el barbero la navaja como para rebanar la cabeza de aquel insolente, lanzando un gruñido de perro de presa. El parroquiano le contuvo con imperiosa mirada, y añadió :

— Maestro, si usted me degüella ahora, no podré luego ir á ver á Responsos y á la señora Frasquita para decirles que usted se ha vuelto loco y que muy pronto lo llevarán á una jaula. Además, cortándome el pescuezo, me va usted á manchar de sangre la camisa, y es lástima.

Esta vez, no fué gruñido, sino rugido de león el que arrojó el barbero. Levantó el brazo armado de la afilada hoja y tiró una feroz cuchillada al parroquiano. Pero éste, veloz como el rayo, le asió por la muñeca con férrea tenaza, y le dijo :

— Déjese de niñerías, maestro: si quiere degollarme, puede hacerlo con suavidad: basta apretar un poquito la hoja, como quien toca el violín. Conque, siga la faena, y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Ya no vuelvo á pronunciar palabra.



— ¡Cuidado que es usted feo!

Y siguió y concluyó silenciosamente la faena. Durante algunos minutos, largos como siglos, sólo se oyó el *ras ras* de la navaja cortando las cerdas de aquella áspera barba, que al desaparecer dejaba un viso azulado. Por fin, el loco lavó el rostro del

parroquiano, le enjugó, le pasó la borla de los polvos, y excepto algunos arañazos debidos al temblor del pulso; no hubo resultado lamentable. Levantóse el presbítero, se miró satisfecho á un espejillo; sacó un peso duro y lo entregó al barbero diciéndole :

— Un real por el afeitado, y diez y nueve para comprar cintas de colores y ponérselas en la cornamenta. Así estará usted más bonito.

Y le volvió la espalda, saliendo de la barbería con sus compañeros.

— Se me figura que estabais algo pálidos. Por mi parte, no he cambiado de color. ¿Os gusta la prueba?

El señorito guardó silencio; pero el sevillano contestó modestamente :

— Hombre, eres un hombre desde los pies á la cabeza: un hombre de cuerpo entero. Lo que has hecho no se le ocurre ni al mismísimo demonio, y tiene mucho más mérito que lo del toro. Yo juro que me daba frío sólo de ver la navaja dale que dale rascando el pescuezo y esperando á cada instante ver caer la cabeza. Y al pollo, ¿qué le ha parecido el lance?

— ¡Pche! La idea no es maleja... bastante serenidad... y nada más. Aun saliendo mal, como era probable, el único riesgo era ser degollado... y nada más. Pero dentro de poco entraré yo en tanda; haré mi prueba, y al mirarme entonces con asombro, os parecerá estar viendo al mismo Alejandro Magno.

— Vamos; éste es más loco todavía que el barbero — murmuraron sus compinches.

V

Durante largos días, ni el sevillano Juanón ni el impávido malagueño tuvieron la menor noticia del Señorito, que con tal nombre le apellidaban. Aunque el circuito de Cádiz es pequeño, ni por casualidad le veían en parte alguna. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. Suponiéndole enfermo, estuvieron juntos á buscarle donde se hospedaba. Tenía salud, pero no se hallaba en casa. Volvieron segunda vez, y tampoco. Entonces sospecharon que trataba de huir el bulto y eclipsar la figura para excusarse de afrontar alguna temeraria empresa, como ellos por turno la habían afrontado antes, dejándose el uno coger y voltear en la plaza, y entregando el otro la garganta á la cuchilla de un loco, insultado y abofeteado y hecho un basilisco. Según pasaban los días, la sospecha era mayor y más fundada, y llegó el momento de dar por terminado el certamen con la prudente retirada del Señorito; prudencia calificada por ellos de falta de palabra y notoria cobardía. Pero no pocas veces las apariencias engañan y tenemos por fuerza que rectificar juicios temerarios.

Pues cuando menos le esperaban aparece de nuevo el Señorito, tan desdeñoso, pulido y elegante como de costumbre. Hizo traer al montañés otra bandeja con cañas de manzanilla y sacó de la petaca un par de vegueros para sus colegas, á quienes habló de este modo, retorciéndose los cuatro pelos del bigotillo :

— Apostaría cien duros contra seis tiñosas pesetas á que ya me teníais por desertor, pensando que vuestras hazañas, cuyo mérito y valor no niego ni disminuyo, me habían quitado las ganas de sostener la competencia, y que sólo por esto evitaba vuestra agradable compañía. ¿He acertado? ¿Es verdad lo que digo?

— Es mucha verdad — respondieron ambos.

— Y mientras no se muestre lo contrario con hechos — añadió el *páter* — seguiremos creyendo lo mismo.

— Pues muy poco ha de vivir quien no lo vea. Mañana á primera hora de la noche nos reuniremos aquí, si ustedes gustan. Y cuidado con faltar, pues entonces podría faltarme el valor y arrepentirme, y sería vuestra la culpa.

— ¿Qué hemos de faltar, hombre? Aquí estaremos puntuales y fijos y exactos como dos termómetros.

— Como dos cronómetros — enmendó el *páter*.

.....

Ninguno faltó, y á la hora convenida se juntaron. El Señorito estaba más pálido que nunca: parecía un difunto. También iba más elegante que de ordinario: hubiera podido presentarse en casa de un príncipe. Quisieron obsequiarle sus amigos, y se negó á beber ni una gota. Su preocupación era tan extrema, que en vez de sacar el pañuelo para sonarse, sacó la petaca y se la llevó á las narices. Á despecho suyo, un velo de tristeza se extendía sobre todo él como una mortaja. El presbítero, que no le quitaba ojo, llegó á concebir cierto recelo, y para aclarar la situación, dijo resueltamente:

— Mira, Señorito: este juego en que estamos em-

peñados ha de jugarse en iguales condiciones y con toda limpieza. Vale arriesgar la vida con la sonrisa en los labios; y cuanto el riesgo sea mayor y la serenidad más completa, será la hazaña más grande y valerosa. Pero véame con las licencias recogidas, y excomulgado luego, y sin un peso duro en el bolsillo, que es lo peor, si no tratas ahora de tomar por el atajo, imaginando de tal manera vencernos y dejarnos tamañitos. No vale quitarse la vida; esto no es cristiano y trae consigo la condenación eterna. Además, es vulgar y cursi hasta la pared de enfrente: apenas hay día en que un hambriento no se arroje de un quinto piso, ó un estudiantuelo se arrieme un pistoletazo porque la novia no le quiere, ó una fregona se trague una espuerta de fósforos porque la dejó el soldado. Todo esto quiere decir, que si piensas asombrarnos metiéndote una balita en los sesos, te engañas, hijo mío; que no somos tontos y no equivocamos la imbecilidad con la verdadera valentía.

Con la más franca y ruidosa carcajada respondió á esta plática el Señorito, cuya preocupación y tristeza estaban ya dominadas y casi desvanecidas. El orador se quedó absorto ante salida tan extraña, y añadió :

— Celebro con alma y corazón el haberme equivocado. Ya estoy tranquilo y contento, y deseando ver siquiera la orilla del paño que nos preparas. Pero, ¿me equivoqué de veras? ¿Y será esta misma noche la cosa?

— Sí, amigo mío, te equivocaste: el quitarse la vida lo hace cualquiera en un momento desesperado, y yo no soy un cualquiera. La hazaña que dis-

pongo no la soñaron Julio César, Hernán Cortés, ni Pizarro. Y como ha de estar concluída y consumada antes de una hora, bueno es que vayamos acercándonos al lugar en donde ha de verificarse.

Y se pusieron en marcha hacia el barrio de la Merced. Al atravesar el Campo del Sur por entre la catedral y la plaza de toros, las tinieblas de aquel paraje, el furioso viento y el mar que estrellaba con suma violencia enormes olas contra la muralla, no inspiraban ciertamente pensamientos alegres, sino temerosos y melancólicos. Á pesar de sus protestas contra el suicidio, ¿iría el Señorito á tirarse de cabeza en aquel oscuro infierno de olas hirvientes, que tronaban como cañonazos contra los sillares del muro y las negras rocas? Instintivamente, y sin hablar palabra, el malagueño y el sevillano dejaron en medio de los dos á su compañero, dispuestos á echarle la garra si fuese necesario; mas el Señorito pareció no advertirlo, ó si lo advirtió no dijo nada. Torciendo á la izquierda, pasaron á poco junto al Ayuntamiento y penetraron en un oscuro laberinto de callejuelas angostas, sucias, pobres y mal habitadas, verdadera ignominia de la hermosa Cádiz. Finalmente, en uno de los más lóbregos y medrosos de aquellos callejones, el de la Goleta. Plocia, Jabonería ó cualquiera otro, que para el caso es igual, detúvose el Señorito y dijo á sus acompañantes:

— Hemos llegado. ¡Alto! Mucho cuidado con los pies, que la escalera es fatal. Subiremos al tercero de la izquierda, que es donde nos aguardan.

Y atravesando un portal estrecho y húmedo, que apestaba á diablos podridos, se internaron en aque-

lla escalera, por donde ciertamente no subían y bajaban ángeles de continuo como por la escala mística de Jacob. Poco y mal alumbrada y con peldaños desiguales y resbalosos, era perpetua amenaza contra las costillas de inquilinos y visitantes: de las habitaciones que daban á los descansillos salía punzante olor de miseria, y acá y allá sonaban llantos de niños, ladridos de perro, ásperas voces disputando ó gritando y el rasgueo de una cascada vihuela. Sólo faltaba de trecho en trecho una cruz negra con la inscripción de costumbre: «Aquí asesinaron á un cristiano. Rueguen por él á Dios.»

—Que se me cuelgue del pescuezo un lobo rabioso para darme un rato de gusto—dijo el corpulento Juanón parándose en firme—si ésta no parece la escalera del patíbulo. Por poco me estrello de frente y me estropeo todo el carácter y la fisonomía de la cara. Pero, ¿cómo este Señorito, siempre tan peripuesto y perfumado, frecuenta semejantes guaridas?

—Paciencia; pronto lo veremos. Si no hubiera venido aquí... pero sigamos, que, según dicen,

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto templo.

Detuviéronse ante una puerta y llamaron. Mientras abrieron, que no fué muy pronto, percibían dentro confuso rumor como de colmena en tiempo de calores. Mucha gente debía de estar allí congregada. Entraron. Y con efecto, en dos salas corridas había tantas mujeres y hombres, que apenas cabían de pie: conocíase que se habían reunido en tal lu-

gar con ocasión de alguna cosa extraordinaria. Al ver á nuestros héroes, salieron de la concurrencia estas exclamaciones :

— ¡Ya está aquí! ¡Qué elegante! ¡Bien por los señoritos!

Y el esperado joven, tomando de la mano á sus amigos, se dirigió con ellos á las señoras, quiero decir, á las mujeres, ó expresado con mayor propiedad, á las hembras de la casa, que no eran menos de siete, como las plagas de Egipto y los pecados mortales. Seis eran jóvenes; y una bien machucha, corpulenta, barbuda y con trazas de harpía, semejaba un marinero viejo con faldas. Eran la mamá y las niñas. Ante ellas hizo el pollo una entre cortesana y burlona reverencia, y encarándose con la madre, dijo :

— Mi señora doña Engracia, éstos son los amigos, mis amigos verdaderos, de quienes le tengo habladas tantas veces. El Sr. D. Bonifacio de la Bombarda, virtuoso presbítero malagueño, capaz de emprenderla contra un batallón á navajazos, y que, si hubiera justicia en el mundo, ya estaría preconizado de obispo y echando bendiciones, ó surcando los procelosos mares como capitán y jefe de evangélicos piratas. Este otro es el ilustrísimo D. Juan de Triana y Vendavales, docto en la contratación de cuatropneas y en domar potros cerriles, esclarecido torero, muy adecuado para todas las cosas y para algunas más; persona en sumo grado estimable y considerable.

Y añadió volviéndose á sus amigos, y con el tono del charlatán que recorre las ferias enseñando fenómenos :

— Mi querida señora doña Engracia Roña, inconsolable viuda de un heroico tambor mayor, que murió sirviendo á la patria en el hospital de las Bupas, y sus encantadoras hijas, dignos frutos de tan celestial contubernio.

Hecha ya la indispensable presentación primera, siguiéronse otras, y el sevillano y el malagueño pudieron conocer al opulento capitalista Sr. Gómez, aspirante á pretendiente de escribiente meritorio, cuyas destrozadas botas le permitían el inocente desahogo de poder tocar el piano con los dedos de los pies sobre los ladrillos; al linajudo bodegonero Sr. Venegas, último vástago de los Cerrajeros de Granada (él quería decir Abencerrajes); á D. Isidro Morral, ex-corneta de milicianos realistas; al distinguido tabernero Sr. Garrote; al ciego tío Chinchorro, que, cual otro inmortal Homero, pasábase la vida entonando cantares; á la señora viuda de Rascabragas y sus elegantes hijas; al cabo segundo de fusileros, Sr. Juan Palomo, incansable bebedor de aguardiente; al académico plebeyo, el pulcro Sr. Fatigas, que fija, limpia y da esplendor al calzado ajeno, frotándolo al par con dos cepillos; á la señora del fosforero de la esquina, con sus dos hermanas menores, ambas solteras y poseedoras ambas de la dignidad de madre; al Sr. Puñalaítas, que jamás dió ninguna, pero que gustaba de insultar al prójimo y tenía rotos muchos pares de botas huyendo de las bofetadas y garrotazos con que los ofendidos solían obsequiarle; á varias damas castañeras y buñoleras del Campo del Sur y Puerto Piojo; y algunos príncipes que allí asistían de incógnito, aunque con pinta y apariencias de maleantes del mue-

lle, secuestradores en despoblado ó profesores de las famosas universidades y academias de Cartagena, Ceuta y Melilla; amén de los mal criados chiquielos que bullían y alborataban por todas partes, incomodando á todo el mundo. ¡Válgame Dios, y cómo y cuánto envidio ahora el talentazo enumerativo de esos cronistas ó revisteros de salones cortesanos, que nos cuentan y describen puntualmente, para instrucción y documento nuestro y de los siglos futuros, los nombres, títulos y excelencias de los concurrentes á cualquiera fiesta ó regodeo aristocrático, y además los trajes, condecoraciones, cintas y plumas con que se engalanaban, y las veces que bailaron, y lo que engulleron después, y hasta sus sonrisas y los arreos de sus carruajes y las libreas de sus cocheros y lacayos! Mas careciendo, por desgracia, de tan excelsas dotes, dejo para adivinadas las cosas mal dichas y vuelvo á mis héroes, que, formando corrillo aparte, hacían en voz baja sus comentarios. Y preguntaba el clérigo :

— Oye, Señorito; créeme que estoy medio mareado entre toda esta metralla de gentuza, pues la reunión á que nos has convidado parece una casa de fieras ó un museo de Historia Natural. ¿Qué pretendes? ¿Quieres que armemos *un Roque*, y arda el *bronquis*, y salga toda esta chusma por los balcones ó rodando por la escalera?

— Nada quiero de *Roque* ni de *bronquis*, sino que os estéis callados y atentos á lo que suceda. ¿Veis ese ejército de botellas con vino y aguardiente sobre aquella mesa? ¿Veis sobre aquella otra ramilletes y dulces en bandeja, que por cierto se están comiendo las moscas? Pues los traje yo para obsequia-

ros y obsequiar á los presentes. ¿Veis la señora de la casa, que parece un rinoceronte disfrazado de mujer? Es más pobre que Job; sólo tiene trampas y un geniazo de todos los demonios. Su finura es tal, que dice que tiene un sobrino en el *apestadero* del Ferrol, que se constipa de una *garrafa* de aire y que sus padres y abuelos fueron todos *melitares* y gentes del *trato*. Al uso del tenedor y cuchillo para comer, le llama *triquis miquis*. Posee además la gracia de emplear largos ratos en barrenarse la nariz con un dedo, y tiene la bella costumbre de hablar á gritos y achisparse con ginebra. Sus hijas no se hallan más adelantadas en instrucción y cultura. Todas son zafias y feas; pero la mayor, que ya anda á empujones con los treinta años, se lleva la palma en brutalidad y grosería. Reparen ustedes ese pelo cerdoso que le brota casi desde las cejas, esa nariz innoble y aplastada, esos dentarrones que semejan fichas de dominó ó dientes de caballo, ese corpachón de talega, que mal rayo lo parta. Ni en cinco semanas de conversación se podrá decir todo lo fea que es. Pues con esta señorita, que se llama Prudencia...

Un clamoreo repentino de voces y aplausos le cortó la palabra. Entraba en la sala un sacerdote con un libro debajo del brazo, y sobre el tumulto se oían estas exclamaciones.

— ¡Ya está aquí el cura! ¡Señá Engracia! ¡Prudencia... los testigos... el peñascaró... los dulces! ¡Viva! ¡Vivaaa!

Pasada la explosión, añadió tranquilamente el joven gaditano, señalando á la mencionada Prudencia:

— Pues esta encantadora señorita es mi futura y próxima consorte; su madre, mi suegra; la cuadrilla de sus hermanas, mis cuñadas; ese que ha entrado, el párroco que nos casará de seguida; toda esa gentuza, los testigos y convidados; y vosotros dos, los padrinos de mi boda. Pero... ¿qué es esto, cielos divinos? ¡Soo... corro! ¡Socorro! ¡Agua y vinagre! ¡Que venga un médico!



— Esta encantadora señorita es mi futura y próxima consorte.

Y fué que al escuchar la palabra *boda*, palidieron el impávido malagueño y el animoso Juanón; dieron media vuelta, y cual dos columnas que se desploman cayeron desmayados. No murieron del susto, pero les duró toda su vida.

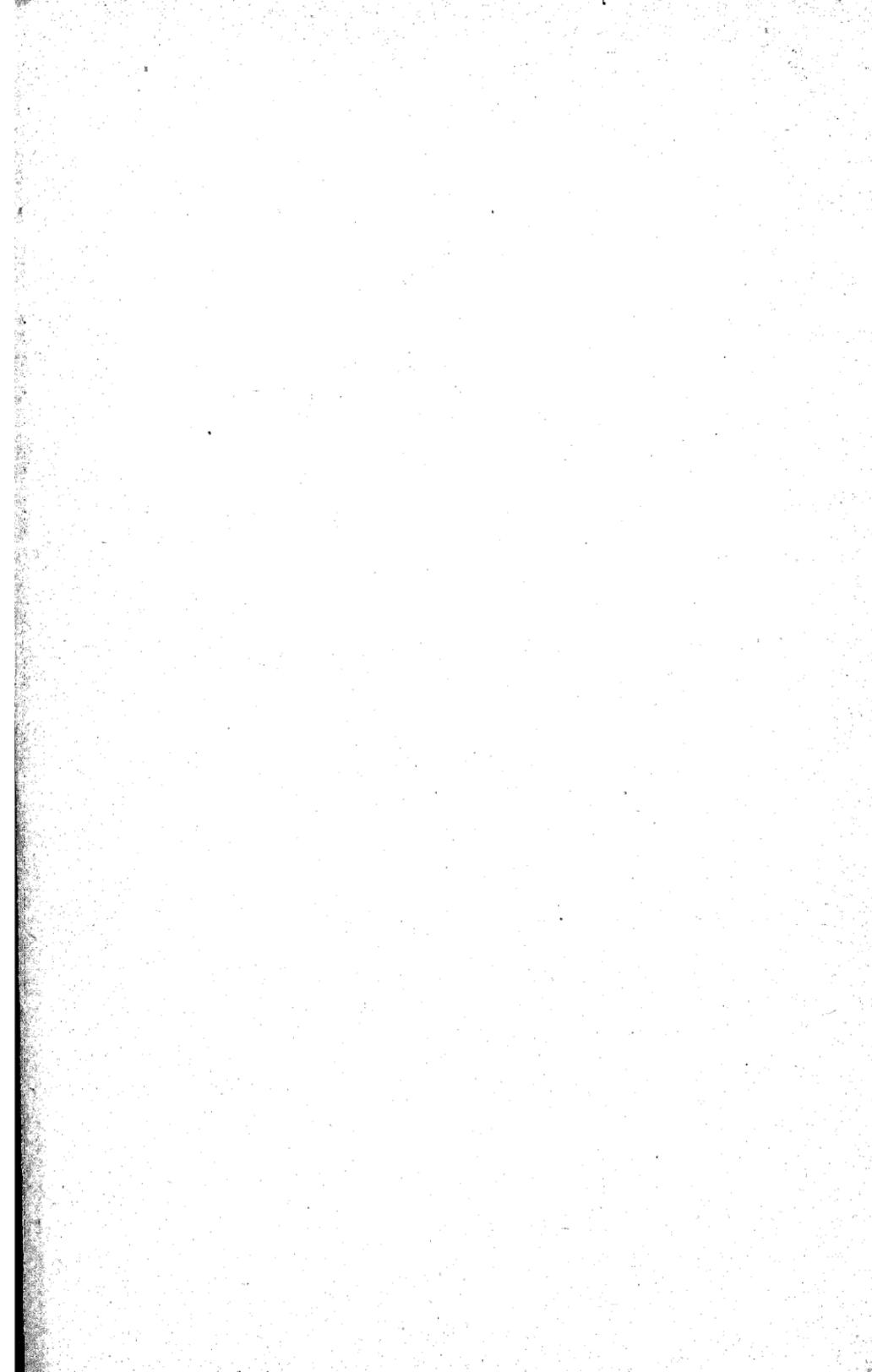
.....
 Cuando pasados algunos meses supieron el falle-

cimiento del Señorito, que reventó de indigestión matrimonial y rabia triple reconcentrada, decían apurando unas cañitas á la salud del difunto :

El Cura. — ¡Lástima de hombre! ¡Ni Filipo de Macedonia, ni Julio César, ni los Doce Pares de Francia!

Juanón. — ¡Qué Felipe, ni qué Julián Cerezas, ni qué pares ni nones de Francia, ni de ninguna parte! ¡El Señorito fué el Señorito, y el rey absoluto y el gran emperador de todos los valientes del universo! ¡Niño—añadió llamando al montañés—otra docena de cañitas y un plato de aceitunas, y que sirvan de *naufragio* para su alma, para su grande alma!





RECUERDO OPORTUÑO

POR su audacia, fino trato,
Desenvoltura y buen porte,
Conquistó en la villa y corte
Tiempo ha don Benito Mato
La justa celebridad
Que alcanza en esta nación
El que por poca... aprensión,
Logra popularidad.

Dichoso siempre, aunque sin
Oficio ni beneficio,
Devoto de todo vicio
Y hecho un señor don... sin *din*,
Despreocupado y galán
En círculos y en salones,
Por todas sus condiciones
Fué el tipo del... *bon vivant*.

Iba bien la cosa; pero
Como es ley que hay que temer
La de que todo ha de ser
Frágil y perecedero,
De enfermedad incurable

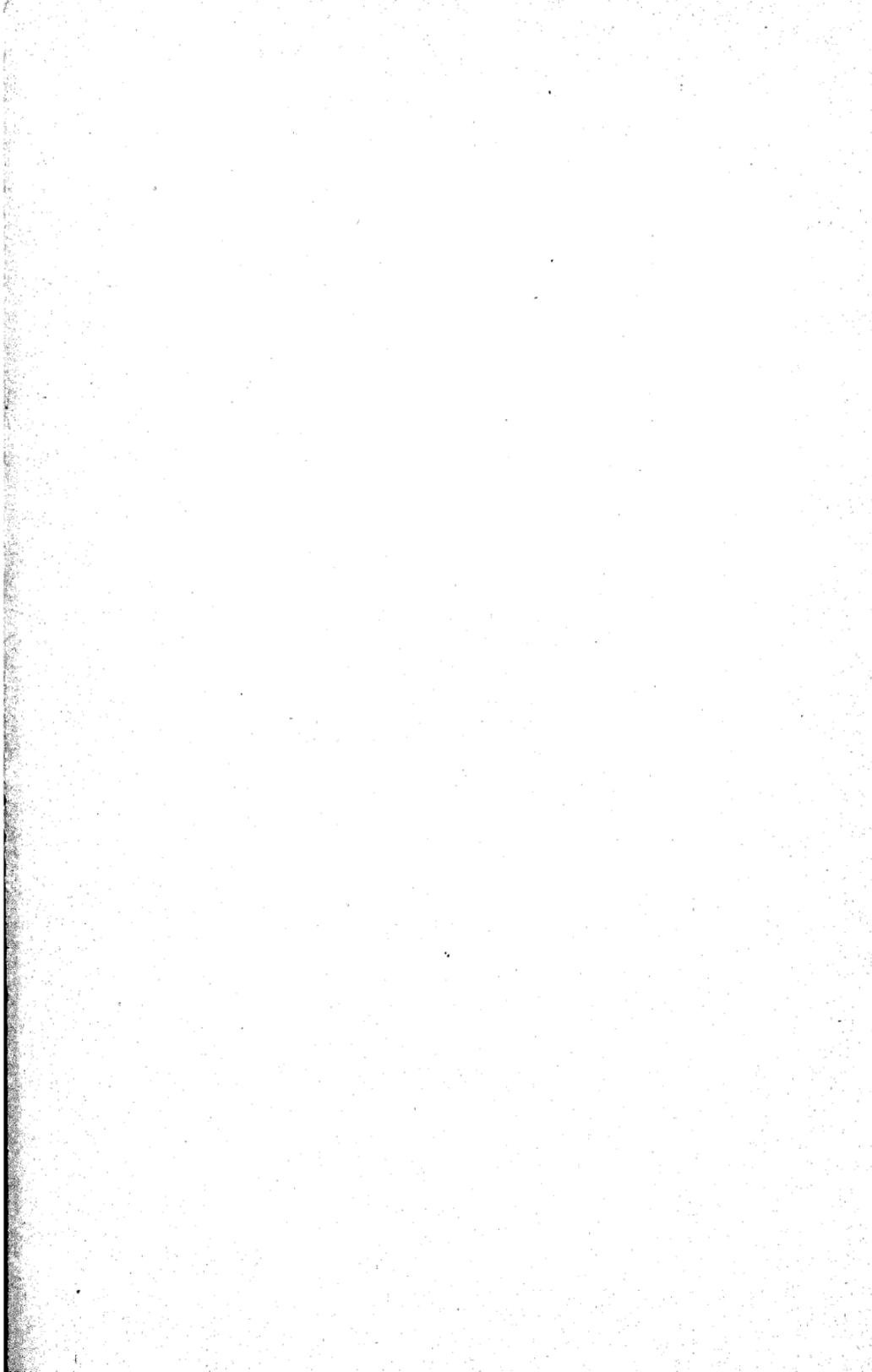
Don Benito desahuciado,
Después de haber disfrutado
De vida tan envidiable,
En crítica situación
Ya de peligro inminente,
Y haciendo alarde inocente
De su despreocupación,
Para que fueran testigos
De su entereza sin tasa,
Mandó llamar á su casa
Á sus íntimos amigos.

Mirándoles cariñoso
De su cama en derredor,
Con el mejor buen humor
Y con el mayor reposo,
—Amigos— dijo, — me pesa
La vida; mi último tren
Va á salir; no encuentro bien
Despedirme á la francesa;
Y como sé que me muero
Y tengo resignación,
Dadme la satisfacción
De vuestro abrazo postrero.—

Muy serios y compungidos
Abrazaron al paciente,
Y un don Bruno, hombre elocuente,
En nombre de los reunidos,
—Benito— exclamó, llevando
La mano á su corazón;—
Á hombre que tiene el tesón
Que nos estás demostrando,
Hay que decir la verdad
Aunque con pesar profundo :

Te llevas al otro mundo
Cuanto vale en la amistad.
Te llevas nuestra alegría,
Te llevas nuestra confianza,
Te llevas nuestra esperanza,
Tu afecto, de gran valía.
Te llevas todo el vigor
Que en nosotros alentaba;
Te llevas... — Y uno que estaba
Al lado del orador,
Como recuerdo oportuno
Para final del relato
Dedicado al pobre Mato,
Dijo á aquél: — Señor don Bruno,
Con todas las simpatías
Y todo lo que usted prueba,
Dígale usted que se lleva
También... MIL PESETAS MÍAS.—





EL POLLO TUERTO

UN gitano recobero
Que un pollo vivo vendía,
Al ver que en la mercancía



— ¿Me lo quiere usted mercá?

Se fijaba un caballero,
— ¿Me lo quiere usted mercá? —

Dijo, levantando el pollo. —
Miste qué prenda; es un rollo
De manteca este animá. —
El comprador, que era experto,
Vueltas al pollo le dió,
Y examinándolo, vió
Con disgusto que era tuerto.
Devolviéndolo al gitano,
— Le falta un ojo — le dijo; —
No me conviene.

— Pero, hijo,
¿No está gordo, bueno y sano?
— Sí, pero es tuerto.

— Es verdá —
Dijo al punto el recobero; —
Pero, oiga ustedé, cabayero,
¿Lo iba ustedé á poné á bordá? —





EL SECRETO

DEL TOREO



AFICIONADO era, en verdad, mi héroe al ilustre ejercicio tauromáquico. Y al decir solamente aficionado, me quedo tan corto como limosna de avaro prestamista. Porque no era afición la suya, sino pasión invencible y absorbente. Hablaba de toros, iba á los toros, soñaba con

toros y veía cuernos en todas partes, menos en su propia cabeza, donde, según lenguas murmuradoras, no le hubiera sido muy difícil el hallarlos. Mas dejó á un lado este punto ó estas puntas, por ser materia algo escabrosa, y porque no me propongo referir *el cuento de la velita*; que ya lo hizo con mucho salero mi paisano y difunto amigo Pepe Velázquez.

Una sola corrida proporcionaba á mi aficionado asunto inagotable para sus comentarios y observaciones: si había sido buena, ponderando sus lances, la pujanza de las reses y la habilidad y valor de los diestros; si mala, censurándolo todo, desde la presidencia hasta los monos que sacan las mulillas y arrojan arena sobre los charcos de sangre. El tío Ponce, que tal se apellidaba, no podía ni quería conformarse con ser aficionado platónico y espectador pasivo de nuestra culta fiesta nacional; ansiaba ser uno de sus protagonistas y héroes más trompeteados y famosos: y para que nada quede por decir, además de la gloria, codiciaba el vil metal y los bordados trajes y las atenciones que los señoritos prodigan á los toreros, y todo cuanto acompaña y enaltece al título y ejercicio de primer espada en una buena cuadrilla. Y en verdad que tenía bastantes condiciones personales para conseguir el logro de sus deseos; pues era un moreno malagueño de airosa estampa, de ojos de lince, joven, robusto y agilísimo á fuer de gitano puro; sólo que... le temblaban algo las piernas y sentía no pequeña *jindama* al imaginarse frente al testuz de la fiera; es decir, que todo era fachada, y aunque tenía muchos pelos en sus pobladas patillas, no te-

nía uno siquiera en el corazón, que es donde el hombre debe tenerlos.

Convencido interiormente de la flaqueza de su ánimo, limitábase al humilde papel de comparsa, llevando los trastos del espada al redondel, ó colándose en las cuadras á la grupa de algún picador, con lo cual agenciábase la entrada gratis, y aun á su entender participaba en cierto modo y por vía de reflejo de la nombradía y lustre de los toreros legítimos; así como en el sistema planetario los satélites reciben y reflejan el brillo de los planetas, y con él se ufanan y resplandecen. ¡Cuánto hubiera dado el tío Ponce por desechar ó dominar su miedo, aquel miedo indecente, tan impropio de esforzado varón como natural en un gitano receloso, que sobre todas las cosas del mundo procura guardar incólume el pergamino y evitar que le abran algún respiradero en el forro de su persona! Y en cambio, ¡cuánto se alegraba de su *prudencia*, como él la llamaba, cada vez que veía con espanto arrollado un diestro, ensartado por violenta cornada y lanzado á los aires como un vil pelele! ¿Y cuando algún varilarguero, aun de los más hercúleos y mejor montados, se desplomaba con horrible estruendo, quedándose del fenomenal batacazo sin sentidos, inmóvil y como muerto sobre la arena? Entonces no hubiera querido mi buen gitano hallarse en su lugar por todo el oro y todos los aplausos del universo mundo.

Por esto sentía entusiasmo loco y admiración sin límites para todos los maestros del arte tauromáquico, y muy singularmente para Curro Cúchares el sevillano, á quien consideraba y proclamaba por donde quiera, con oportunidad y sin oportunidad.

por mañana y tarde, en invierno y en verano, como el jefe, emperador y dios del toreo. Infatigable era en la lidia, conocedor único y supremo del ganado, sin rival en el trasteo, y además invulnerable, pues nunca había recibido ni siquiera un leve rasguño, y tenía el cutis limpio de cicatrices y costurones como el mismito día en que le bautizaron. Porque, añadía Ponce, y no sin razón: «¿De qué sirve señalar bien y clavar la espada hasta el puño en el lance de la muerte, y tener todo el valor de Bernardo del Carpio, si al propio tiempo de herir es alcanzado el diestro y herido por la fiera, como sucede cada lunes y cada martes á ese Manuel Domínguez, que siempre anda en la enfermería, y ha perdido un ojo y no sé cuántas cosas más, y tiene el cuerpo lleno de agujeros como una olla de asar castañas? Esto lo hace cualquiera desesperado que esté mal con su vida y se halle pronto á liar el petate y entrar de inquilino en el cementerio; mas la habilidad y el arte consisten, á mi parecer y según mis cortos alcances, en nadar y guardar la ropa, en ser ascua y no sardina, en matar al toro y quedarse vivito y co-leando. Para todo lo cual y para otras muchas cosas, no hay ni hubo jamás en el mapa de la tierra otro hombre como mi padrino, er zeño Curro Cúchares.»

En realidad, ni era Curro Cúchares padrino suyo, ni siquiera había cruzado con él cuatro palabras; pero decía esto el gitano para darse importancia y lustre con los que en el café se solazaban escuchando sus taurinas disertaciones, llenas de embustes y de lances increíbles y estupendos. Cierta noche en que había estado sobremanera locuaz y ponderati-

vo, díjole uno de sus contertulios, que era un guason algo más que mediano:

— Paréceme, señor Ponce, que su pasión por el noble arte de la lidia es bastante menor de la que tanto nos pondera; y que asimismo, su amistad con el maestro Cúchares debe de ser imaginaria, ó en todo caso muy superficial; pues de otra manera el maestro le habría revelado el secreto del toreo, y ya estaría usted desde hace tiempo en la plaza luciéndose de verdad y apañando los miles de duros como espuelas de tierra. Conque, no nos venga con belenes, á no ser que pretenda comulgarnos con ruedas de molino, y que nos figuremos que usted, con tanta afición, menosprecia y rechaza la fama y el dinero.

— ¿Qué he de menospreciar, cristiano? ¡Pues si sólo de imaginar que leo mi nombre puesto en los carteles con letras muy gordas hasta se me hacen agua los dientes! ¿Y el capítulo del parné? ¿Acaso me vendría mal llevar á mi casa algunas talegas de duros, y vestirme como un príncipe, y aviar á mi mujer y los chiquillos, y pagar un hervidero de trampas por las que no me dejan vivir en paz y el día menos pensado me sacan los ojos? Pero es el caso... que cada cual tiene su alma en el cuerpo, y no me gusta que me arranque la mía de un testarazo cualquiera cornúpeto, con lo cual sólo saldrían gananciosos el enterrador y el carpintero que vende las cajas. Y le digo, que de pensarlo solamente me corre una cosa fría por todo el espinazo, y que de ninguna manera me acomoda, y que no, y que no quiero. Pero ¿qué secreto es ese de que su mercé hablaba? ¿Se puede saber?

— Precisamente, hombre, precisamente. Á eso iba, y por eso hablé y he metido mi palo en candelilla. El secreto del toreo es la cosa más sencilla del mundo, y sirve para capear y matar, aunque sea al mismísimo toro de San Marcos, sin el menor peligro, como quien está viendo la función desde su palco. Yo podría torear de este modo; pero no lo hago, porque tengo profesión y rentas con que vivir, y aunque conozco el secreto, no lo utilizo. Le vuelvo á decir que es lo más sencillo del mundo, y se lo revelaría muy gustoso por la buena ley que le tengo, si no hubiere dado palabra de callarlo al maestro Cúchares.

— ¿Pero es posible que haya tal secreto? — exclamó el gitano. — ¿Estará soñando su mercé, ó es que tiene ganas de chancearse conmigo?

El guasón no le respondió siquiera : echóle una mirada entre desdeñosa y compasiva, se despidió de sus amigos, y retorciéndose el bigote, volvió la espalda á la reunión y se fué muy tranquilo, dejando clavada honda espina en el corazón del codicioso y cobarde gitano.

.....

El cual no logró dormir siquiera cinco minutos en toda la noche, como si le hiciese agradable compañía un ejército entero de famélicas chinches. ¿Sería verdad? ¿Habrá un secreto para librarse de las cornadas y torear sobre seguro? ¿Y el tal secreto lo tiene el maestro Cúchares? Indudablemente : si lo hay, él lo ha descubierto y lo aprovecha, pues es el único diestro que hace con las fieras cuantos primores quiere, sin haber jamás recibido un arañazo. Y la feliz memoria de Ponce iba recordando nom-

bres y más nombres de espadas, chulos y varilargueros con sus respectivos lances y desventuras. ¿Fulano? En la plaza de Jerez tuvo una cogida y recibió tal cornada en la ingle, que pasó en cama cuatro meses entre si las lía ó no las lía. ¿Zutano? Otra cornada en el costado derecho con dos costillas rotas. ¿Mengano? Ése, peor que peor; no pisa una vez la arena que no le lleven á la enfermería. Finalmente, todos, toditos habían probado el cuerno, menos el insigne, el impermeable maestro Cúcharres. Y en esto no cabe engaño; son hechos vistos y comprobados en muchas plazas desde hace largo tiempo y por miles y miles de personas. ¡Qué demonios! Y ¿por qué no ha de haber tal secreto? Y ¿por qué no le de procurar averiguarlo? Y si lo averiguo y le saco la substancia, ¿quién puede conmigo entonces? Flojilla es la coletà que me voy á dejar, y feillo es el traje lleno de bordados con que saldré á la plaza. ¡Qué de palmas, qué de cigarros puros, qué de petacas de plata y cadenas de oro portugués más gruesas que la muñeca, y tumbagas finas y botonaduras de diamantes! Poco á poco: y tendré que comprar un arcón de hierro con diez y siete llaves lo menos y algunos cerrojos, pues no tendría ningún chiste que luego me robasen tan buenas alhajas... Tales pensamientos revolvía en su mollera, y poco después de amanecido se rindió al sueño, murmurando entre dientes:

— ¡No; lo que es las llaves, cualquiera me las quita! — Y apretaba los puños como dos tenazas.

Pero súbitamente le arrancaron de sus quiméricas fantasías una regular bofetada y un agudo grito de su mujer.

— ¡So animal! ¡So mala sangre! ¡Valiente pellizco! ¡Si á poco se lleva la tajada! ¡Jesús, Dios mío! ¿por qué tendré un marido tan bruto?

— Perdona, mujer, y no armes ese escándalo. Es que soñaba que tenía un arcón lleno de oro, y los ladrones me querían quitar las llaves, y por esto apretaba.

— Pues otra vez te aprietas... las narices. ¡Un arcón de oro! Mucha vanidá, y mucho viento, y mucho jumo es lo que tuviste siempre y tendrás mientras vivas.

.....

Tarde, muy tarde se levantó aquel día el héroe de mi cuento, y apenas comió bocado, y anduvo largas horas pensativo y caviloso vagando por las calles y haciendo gestos y murmurando entre sí, como poeta que busca un desenlace natural y sorprendente para el drama en que funda su porvenir y su gloria. Pero apenas llegó la noche, ya estaba en el café aguardando á D. Antonio; que así se llamaba el guasón dueño del incomparable secreto. Una duda. ¿Se lo arrancaría con súplicas, ó con amenazas? Con súplicas era lo mejor, pues dicese que más logra un sombrero saludando, que dos espadas amenazando; fuera de que el susodicho D. Antonio, aunque hombre de muy buen humor, cuando se enfadaba ó le enfadaban se ponía hecho una serpiente y era capaz de embestir contra una compañía de granaderos. Nada, pues, de violencias. Paz y concordia entre los príncipes cristianos.

Pero D. Antonio, después de oír primero las súplicas indirectas y en seguida las peticiones directas del codicioso gitano, se cerró á la banda; es

decir, se negó á revelar el secreto, alegando que no era suyo, sino de su amigo y paisano Curro Cúchares. Ahora, si el maestro le daba permiso, no tendría ningún inconveniente en manifestarlo, y aun en imprimirlo en los periódicos, para que no quedase perro ni gato que no lo supiese, y entonces...

— Eso sí que no — le interrumpió el gitano. — ¡Pues no faltaba más! Entonces hasta los mozos de cordel se meterían á toreros, y el arte perdería todo su mérito, y á los diestros se les pagaría con jornales de á dos pesetas por barba, como si fuesen peones de albañil. ¡Nunca el hijo de mi madre, de apellidado Ponce de León y tratante y esquilador de cuatropneas, consentirá profanación tamaña!

Fingióse ablandado el guasón de D. Antonio, y viéndole ya metido en la red, le propuso un medio que tal vez daría los mejores resultados; y fué que á su nombre, y con eficaz recomendación suya, visitase al espada Cúchares, que precisamente se hallaba en Málaga, donde permanecería todo aquel mes y parte del siguiente, pues estaba ajustado para varias corridas. Que el tal espada le debía no pocos favores, y en consideración á ellos era posible... ¿cómo posible? era muy probable y hasta casi seguro que revelara el secreto á Ponce, siempre con las reservas y naturales condiciones y exigiéndole palabra de hombre honrado y hasta juramento solemne de no publicarlo, etc., etc.

— ¿Qué había yo de publicar? ¿Soy acaso algún tonto? Primero me arrancaba la lengua. Callaré como un cadáver difunto, aunque sólo sea por la cuenta que me tiene. Lo que es en este particular, descuide su mercé, que soy un pozo sin fondo.

— Bien, hombre, bien; así lo creo. No me negará mi paisano este favor, pues jamás le pedí ninguno, y mañana saldrá el sol y verá el tuerto los espárragos. Y como no me gusta dilatar las cosas, ahora mismo pondré la carta para el maestro.

Pidió recado de escribir y redactó y firmó la carta, que recibió y guardó Ponce, abrochándose luego con igual cuidado la chaqueta como si en ella guardase un fajo de billetes del Banco de España.

Y al día siguiente, muy bien afeitado y puesto de limpio y con los trapitos de gala encima, presentóse en casa del maestro. Latíale el corazón batallando entre el temor y la esperanza. ¿Sería bien recibido? ¿Se derribaría todo el castillo de naipes que en su imaginación había levantado con una rotunda negativa? Sólo de pensarlo, un sudor frío le bañaba las sienes y el cogote. En esto apareció una criada y le dijo :

— Puede usted pasar adelante.

Recibióle afablemente el maestro Curro, que ya estaba prevenido, y dijo al aspirante :

— Sé lo que dirá la carta, pues anoche á última hora me habló de ella D. Antonio, persona á quien debo mucho y deseo servir en todo y para todo. ¿Conque usted quiere pisar el redondel y ganar fama y dinero? Me parece muy bien pensado. Su persona también me parece á propósito. Alto, bien hecho, ágil... porque usted debe de ser muy ágil, ¿no es verdad?

— Señor don Francisco, en cuanto á ese punto, descuide su mercé, que en apretando de naja no me alcanza ni el mesmo viento. Digo, y con un toro detrás... Pero yo no quiero salir á la plaza para co-

rrer como una liebre, sino para lidiar los bichos pegaito á los propios cuernos; y esto sin que... vamos... sin tener que verme el color de las tripas.

— Entendido, hombre, entendido; no hay que darle más vueltas. Pero eso que me pide no puede ser sin que antes le diga mi secreto, y yo no debo, así, de primeras, comunicarlo de sopetón. Necesito pensarlo antes, hablar con D. Antonio, tomar informes, pues la cosa importa más de lo que parece. Por ahora, bastante hemos hablado. ¡Ah! Y que no se le olvide volver dentro de una semana justa, á esta misma hora, y tráigase un traje de torero para que yo pueda apreciar el garbo de su persona en la manera de llevarlo. Y fúmesese á mi salud ese cigarro puro, y vaya usted con Dios, amigo.

De la entrevista salió Ponce alegre como unas Pascuas. No le habían rechazado. Al contrario, el recibimiento fué cordial y cariñoso. El maestro alabó su gallarda presencia, le dió un buen habano... y si no pensaba revelarle el gran secreto, ¿por qué le citaba para dentro de siete días? Lo único malo del asunto era el traje de torero. No tenía para comprarlo. ¡Un traje de torero! ¡Ahí es nada lo que cuesta, con tantos bordados de seda y tanto adorno de oro y plata! Además, el plazo de una semana es muy corto para hacerlo á la medida. Por todo lo cual, determinó pedirlo prestado á un chulo, su grande amigo, apellidado *Tinaja*, aunque ocultándole el objeto de semejante préstamo. Pero el tal Tinaja era bajito, rechoncho y cuadrado; mientras él, Ponce, gozaba de aventajada estatura, siendo esbelto y enjuto de carnes. Con diferencia tamaña resultaría forzosamente que el ajeno vestido, pues-

to sobre su persona, parecería colgado de una percha. Pero ¿qué remedio? Á bien que, según dicen, el cuerpo del pobre es elástico; de suerte que todas las ropas, en siendo de balde, le vienen que ni pintadas. Y fuera de esto, no pudiendo elegir, hay que conformarse.

Tan prudentes reflexiones hicieron que Ponce colgase de su cuerpo el vestido de Tinaja. Mas para salir con él á la calle tuvo la feliz ocurrencia de envolverse en una capa muy cumplida, aunque hacía bastante calor, pues los muchachos de Málaga son traviosos como demonios, y sin esta precaución, de seguro le hubieran apedreado. En el día convenido, y puntual como un cronómetro, llegó mi héroe á la casa del gran torero. Recibióle la misma criada de antes y le hizo pasar á la sala, donde ya el maestro y el guasón de D. Antonio, únicos poseedores del gran secreto, le estaban aguardando. El antiguo iniciado en los misterios de Isis no entraba con más respeto en la cámara sagrada, que el gitano penetró en el cuarto del que ya consideraba su protector y maestro. Mas éste y D. Antonio harto trabajo tenían en reprimir la carcajada al ver la grotesca facha del neófito. Hablaron primero algunos minutos de cosas indiferentes, como para hacer boca, y después, con toda seriedad, mandó el maestro Cúchares á Ponce dar un paseo por la sala. Obedeció el gitano, y preguntó el maestro :

— ¿Qué le parece, D. Antonio?

— Muy bien.

— Ponce, esa mano izquierda en la cadera; el brazo derecho suelto y con aire... así. ¿Qué le parece, D. Antonio?

— Perfectamente.

— Ponce, coloque usted esa silla en mitad de la sala: figúrese que es el toro, y déle un quiebro entrando de frente y saliendo de costado. Con más alma. Otra vez... Así. ¿Qué le parece, D. Antonio?

— Admirable.

— Ponce, tiene usted felices disposiciones para el toreo fino. Yo le aseguro una gran carrera. ¿Sigue usted con su propósito de que le enseñe mi secreto?

— Sí, señor.

— ¿Y me promete usted bajo palabra de hombre honrado y con juramento no decírselo á nadie, ni por amistad, ni por dinero, ni por cuanto hay en el mundo?

— Sí, señor; lo juro por mi salú y por el alma de mi madre.

— Está bien.

Y dichas estas dos palabras, salió de puntillas para ver si la criada se hallaba por allí cerca escuchando, cerró con toda precaución la puerta, entró en una alcoba del fondo y miró bajo la cama y las sillas como si buscarse á un gato, y satisfecho de que se hallaban los tres solos y de que nadie podría enterarse de la plática, tomó de una mano á D. Antonio y de otra á Ponce, los llevó á un rincón donde los hizo sentarse muy juntos, que se tocaban casi las tres cabezas, y en voz sumamente apagada preguntó:

— ¿Puedo hablar, D. Antonio?

— Me parece que sí.

— ¿Nos escuchará alguien?

— Me parece que no.

— Óigame, Ponce: ¿me entiende con claridad hablando en este tono?

— Sí, señor.

— Pues bien: me voy derecho al asunto, que no me gustan los preludios ni rodeos. Digo, que para capear y matar sin peligro alguno al toro más bravo como si fuese un pobre borrego, lo primero que hay que hacer antes de la función es irse á una botica, ó á una droguería... ¿no es verdad, D. Antonio?

— Quizá será mejor ir á una perfumería.

— Eso es: á una perfumería. ¿Qué le parece, Ponce?

— ¿Qué me ha de parecer? ¡Si todavía no sé una palabra!

— Cierto. Pero conviene hablar bajo, que pudieran oírnos.

Y adoptando de pronto el lenguaje y estilo de las antiguas recetas, prosiguió así, encarándose con Ponce:



— Entrarás en una perfumería...

— Entrarás en una perfumería, donde comprarás así como libra y media de mantequilla de olor, eso

que llaman pomada; pero que huelga muy bien, y la metes en un bote grande, que taparás con cuidado para que la esencia no se vaya y la virtud no se pierda. Una hora antes de ir á la plaza, cuando te estés vistiendo, te untas de pies á cabeza con la pomada, y te pones cinco ó seis trajes de punto para que el de torero no se manche con la grasa, y ya dispuesto, sales al redondel sin cuidado ni peligro alguno, y haces todos los floreos y habilidades que quieras, y te luces, y ganas el dinero como si te lo encontraras en la calle. Porque el toro te embiste, y así que te huele, atiza con la cornamenta para otra parte: pues no te puedes figurar, hijo mío, el horror que le tienen los toros á las cosas de perfumería, y en mi propia persona estás viendo la prueba. Conque, ya sabes lo que te importa, y anda con Dios, que pronto me darás las gracias.

Con revelación tan estupenda quedóse el gitano maravillado y absorto: dió tres ó cuatro pasos para salir, pero su viva imaginación le sugirió al punto la siguiente réplica:

— Maestro, eso... es cosa grande y será la pura verdad; pero... ¿y si tropiezo con un toro que esté constipao?



CONFIDENCIA

LA acción en Valladolid.
Se encuentran *dos personajes*
Con caras, tipos y trajes
De *guripas* de Madrid.

Se contemplan frente á frente,
Se guiñan con la cabeza,
Se dan la mano. y empieza
La conversación siguiente :

— ¡ Catatúa !...

— ¡ Hola, Ratón !

— ¡ Qué sorpresa ! ¿ Á qué has venío ?

— Á este pueblo, y decidío
Á seguir mi profesión.

Por consejos de una tía
Vengo con ella á vivir ;
Me protege, y voy á abrir
Muy pronto una platería.

— ¿ Tú platero, Catatúa ?

Eso es grilla, no me mientas.

— Te lo juro.

— ¿ Y con qué cuentas ?

— Cuento con una ganzúa. —

PAN Y VINO

PENSANDO en hacer su agosto
Dos industriales gitanos,
Como buenos jerezanos
Aficionados al mosto,

Para una corta excursión
De resultados seguros,
Fijaron en cinco duros
Los gastos de traslación.

De la marcha llegó el día;
Pero, al pensar con espanto
Que iban á gastarse tanto
Dinero en la travesía ,

— Compare — dijo el más viejo, —
Haremos lo que usted quiera;
Pero, si usted á mí me oyera,
Haría caso de un consejo.

— ¿Cuál?

— Pus irnos á patita,
Un rato á pie y otro andando,
Comiendo bien y empinando
Pa aprovechar esa *guita*.

— Compare, del mismo modo

Carculaba yo también:
Es un contra Dios que er tren
Se lleve er dinero todo.

— Iremos sin agonía
Y como nos dé la gana;
Si no llegamos mañana...
Llegaremos otro día.

— Cabá. Pus ahora con seso,
Pa que haiga pa too er camino,
Vamos á pensá con tino
En gastá los cinco peso.—

Bajaron los dos la frente,
Diversas cuentas tirando,
Y, á poco de estar pensando,
Dice el uno de repente:

— Compare, ya tengo un plan
Para gastar los cien reales:
Noventa y nueve cabales
Pa vino, y *uno* pa pan.—

Oída la proposición,
Alzó el otro el rostro fiero,
Y mirando al compañero
Dice con indignación:

— Compare, ¡güena salía!...
¿Un reá pa pan, dice usted?
— Sí.

— Pero, ¿vasté á poné
Arguna panadería? —



LA NIÑA DE LOS CINCO PISOS

Tienen fama las porteras de Madrid como chismosas y entremetidas; pero no lo era doña Robustiana. Faltábale tiempo para dormir: todo el día y parte de la noche lo pasaba en perpetuo letargo sobre una silla muy baja, muy ancha y muy fuerte, que hubiera podido resistir el peso de un toro. Cuando atravesaba el portal, no parecía que andaba, sino una bola enorme que iba rodando. Poca estatura y nueve ó diez arrobas de carne pegada á los huesos, no son muy compatibles con la esbeltez y ligereza. Esta soñolienta y mantecosa mujer decía que estuvo casada; sólo que desde la muerte de su marido, se quedó viuda; pero aseguraban malas lenguas que no hubo jamás tal casamiento, sino un desliz amoroso del que resultó luego una hija... ¡Cielo santo! ¿Cómo fué posible que aquella vaca suiza diese á luz una hija tan hermosa? Y aquí entra en escena la heroína de este cuento.

Juanita era un primor de belleza y de gracia. Cuando á la edad de cuatro ó cinco años jugaba con otras chicuelas de la misma calle, los transeuntes volvían la cara para mirarla, á ella, á Juanita, no á

ninguna de sus compañeras. Cuando á los diez iba al colegio con su vestidito corto y su bolsa para los libros, y sus dos trenzas negras, y sus dos ojazos negros, y su andar de gatita ágil y muelle, aquel capullo de flor anunciaba la más fragante rosa del jardín humano. Y cuando apenas cumplidos los diez y siete abriles, ó los diez y ocho, que en esto no estoy muy seguro, su gruesa y dormilona mamá tuvo la infeliz ocurrencia de dormirse con sueño eterno, quedó sola como un espárrago y sin una peseta mi niña... ¡Mi niña! Pues, señor, ya me la apropié: ¡lástima de que no sea verdad! Digo que la niña se halló huérfana y pobre, ó sea con dos orfandades juntas, y un cuerpo y una cara tales, que al verla pasar á su lado cierto músico viejo, á quien ya solamente le quedaban la afición y el compás, exclamó entusiasmado y absorto:— *¡Zarramacantunclis!* ¡Si yo tuviese cuarenta años menos! —Y para suavizar la conmoción, metióse en una taberna y se tragó dos medios vasitos de aguardiente. ¡Si sería guapa Juanita! Pero una cosa es ser guapa, y otra cosa es tener dinero; aunque ambas cositas se atraen mutuamente con fuerza de doscientos ó trescientos caballos. Sin embargo, la muchacha sufría los apuros del que no tiene para los indispensables zapatos, y la indispensable ropa, y el indispensable pan cotidiano, y tantos otros indispensables como suelen amargarnos la existencia. Sólo conservaba una joya de gran valor, su honra; pero ¡vaya usted con semejantes alhajas á las casas de empeños! ¡Y la honra de una porterilla! ¡Vamos, la idea tiene gracia! Quiso entrar de costurera, y no encontró dónde; quiso entrar de criada, y le fué imposible:

¡una sirvienta como la propia Venus! Las señoras temblaban por sus esposos, las madres por sus hijos, y en ninguna parte halló colocación. Á pesar de todo, el estómago pedía de comer, la pobreza tocaba ya en la miseria, era preciso adoptar una determinación, y pronto. ¿Dejarse morir de hambre? De ningún modo. ¿Tirarse por el viaducto de la calle de Segovia? Menos todavía. Dicen que el suicida se condena, y ella no quería ir al infierno. ¿Qué hacer? ¿No hay en el mundo Providencia? Sí que la hay: ¡vaya! Y esta vez se presentó disfrazada bajo la forma de un señorón, algo brusco y muy corpulento; un señor de muchas libras y de muchísimas talegas.

PISO PRINCIPAL Ó PRIMERO.—Este egregio y caritativo varón era, ó aparentaba ser, algo así como banquero, propietario, capitalista ó millonario, ó tal vez las cuatro cosas juntas, según la desdeñosa indiferencia con que derrochaba el oro. Habitaba el principal de la casa y se llevó consigo á Juanita, no porque la muchacha sintiese amor hacia aquel fastuoso elefante, sino porque tuvo miedo y retrocedió ante el espectro de la miseria, prefiriendo comer bien, vestir con elegancia, llevar diamantes, pasearse en coche y disponer de numerosos criados, á sufrir forzosos ayunos, envolverse en harapos y morir en un rincón cualquiera como un perro sarnoso. Antes de pasar adelante, conste que no aseguro si hizo bien ó mal, sino que lo hizo. Y quizá (tampoco lo aseguro), quizá haya muchas, ó bastantes, ó por lo menos algunas, que harían lo mismo que Juanita. Y añadiré que su opulento protector no era para ella un desconocido: estaba desde niña acostum-

brada á sus besos y á su generosidad, pues el tal señorón era inquilino antiguo de la casa donde su madre fué portera, y había socorrido con largueza á la difunta en varias ocasiones, sacándola de apuros. Así, pues, el cariño de la muchacha al capita-



..... triunfante como una princesa.

lista quincuagenario era como el que suele profesar una señorita joven y pobre á un pariente rico y maduro que la toma en matrimonio.

Los ocho años que vivió Juanita con D. Baltasar, que así se llamaba el señor, fueron tranquilos, regalados, y hasta cierto punto felices. Cuanto se

puede gozar y lucir á fuerza de dinero, otro tanto gozó y lució la desigual pareja. Muebles riquísimos, criados, mesa espléndida, abono á los espectáculos, viajes al extranjero, derroche de galas y joyas... en fin, la tal Juanita se presentaba triunfante como una princesa. Don Baltasar la quería bien á su modo, la mimaba, la levantaba por la cintura como á una muñeca, y en cierta ocasión, con tono medio serio, medio de broma, le habló así :

— Oye, niña mía : yo no me hago la ilusión de inspirar pasiones; pero no sufro que me engañen. Si te enamoras de algún hombre, me lo dices, y te casas, ó te vas con él; y siempre que me necesites, me encontrarás. Pero si me engañas, y yo lo advierto, irás por el balcón volando á la calle como esta punta de cigarro. Entre nosotros, juguemos limpio.

Advertencia excusada, pues Juanita no pensaba engañarle, ni sentía verdadero amor por ningún hombre : aun no le había llegado la hora. Por entonces sólo se ocupaba en el lujo, en las diversiones y en lucir su deslumbrante belleza, con la cual estaba muy orgullosa y desvanecida.

Se encontraron y se hablaron,
Y á la hermosa dijo el Tiempo :
— Esa soberbia que gastas
Yo la pondré por los suelos.

Mas antes de que el tiempo cumplierse su amenaza, obscureciendo primero y borrando después tan peregrina hermosura, vino un acontecimiento súbito á destruir como el rayo aquella existencia espléndida y regalona. Mi señor D. Baltasar andu-

vo algunos días mudo y caviloso; y sin decir á nadie una palabra, desapareció como el humo, en la agradable compañía de mucho oro, muchas joyas y muchísimos billetes del Banco de España. Había olido la tempestad, y se puso á cubierto. Poco después los numerosos accionistas ó víctimas de la Sociedad benéfica fundada, dirigida y explotada por el ausente, se llamaban á engaño, y llenos de rabia por el chasco y la pérdida, invadieron la casa, autorizados por la justicia, y embargaron hasta los clavos de la pared y los chirimbolos de la cocina.

Y gracias á la mediación y buenos oficios de un abogado, vecino y amigo de D. Baltasar, pudo Juanita salvarse del naufragio con todas sus ropas, algunas alhajas y cierta cantidad, nada grande, que tenía en su mesa de noche.

PISO SEGUNDO.— La gratitud, la necesidad, el capricho, ó el diablo, que todo lo enreda, impulsaron á Juanita para que al poco tiempo subiese dos tramos en la escalera de la misma casa, yéndose al cuarto segundo á vivir con el leguleyo. Era éste un sensato joven, viudito fresco é inconsolable por la reciente pérdida de su esposa, que hubiera podido ser su madre, con dientes sacados y abiertos como varillas de abanico ó canutos de órgano, y capaz, por lo fea, de infundir dudas al más experto naturalista sobre si era ó no era criatura de la raza humana. La espantable señora falleció de horror cierto día que tuvo la inadvertencia de mirarse al espejo, y dejó en paz al abogadillo, y con buena renta, que era lo que él deseaba, no precisamente por el interés, sino por los viles metales.

Cualquiera imaginaría que, libre de aquel vincu-

lo conyugal, verdadera sogá liada al pescuezo, con dinero abundante y teniendo al lado una mujer como Juanita, se disparó el abogadillo, volviéndose loco de alegría, pues semejante cambio era pasar del infierno á la gloria. No, señor, no fué así, aunque parece lo natural y lo irremediable. Aquel joven semejaba una figura de yeso rellena de papel sellado. Circunspecto en su conversación, frío de sangre y de afectos, por nada ni por nadie se entusiasmó nunca, ni tampoco nunca se vió en él alegría, ni tristeza, ni risa, ni cólera. No era un hombre, sino un muñeco. Para él se hizo el refrán de

Con regla, peso y medida
Pasarás aquesta vida.

Era un cronómetro viviente. Hablaba muy despacio y escuchándose á sí propio de la dignidad de la toga, del decoro de la toga, de la seriedad de la toga, de la rectitud de la toga, y pronto se le indigestaron á Juanita la toga y el togado. Ella alegre, y él serio; ella vivaracha, y él flemático; ella todo espontaneidad y franqueza, y él cálculo y ceremonia; no siendo su gravedad la del sabio, sino la del burro, que es algo diferente. Decía con énfasis:

— Juanita, no te descompongas. La circunspección es necesaria en todos los actos de la vida.

— No puedo autorizar con mi presencia el teatro, ni el café, ni los conciertos. Debo respetar el decoro de la toga.

Y otras muchas necedades. Si alguna afición le tuvo Juanita, se le disipó como el humo. Puede una mujer volverse loca por un perdido, un vicioso ó un criminal; pero nunca por un tonto con ribetes

de sensato. Así es, que echaba de menos á D. Baltasar; aunque viejo, era muy capaz de la risa y la tristeza, de tomarla en brazos como á una niña, de cubrirla de terciopelo y diamantes, de arrojarla por un balcón y de hacer cualquiera barbaridad por ella; mientras este otro, aunque joven, no gastaría dos reales más de lo preciso, no tendría nunca un arranque varonil; y estando vestidito y almidonado, esquivaría el abrazo de una diosa por temor de arrugar la camisa, planchada y reluciente como porcelana. ¡Qué despreciable tipejo!

Quien de veras gustaba á Juanita era el militar del tercer piso. ¡Qué hombre! Parecía una tempestad: se contaban de él cosas estupendas. Lo mismo desenvainaba el abanico toledano y limpiaba una calle de gente, que apuntaba la paga entera contra una sota, y hubiera apuntado también las asaduras, si fuesen materia cotizable sobre el tapete verde. Tampoco al hijo de Marte le parecía costal de paja mi heroína; y cuando al subir ó bajar la escalera se encontraban al paso, la dirigía miradas incendiarias y hasta frases no muy comedidas, aunque fuese acompañada por su mismo amante. Cierta mañana salía muy ataviada la gentil pareja, y el capitán entraba. Se conoce que traía mal humor y ganas de pendencia, porque tras de una interjección poco culta, exclamó: — ¡Con dos mil batallones de demonios, que siempre son los pañuelos de seda para quien no tiene narices!—Y se quedó mirando al abogadillo, que en vez de responder con hechos á palabras tales, aguantó el insulto, hizose el sordo y dirigió la vista á otra parte, como si tal cosa.

En las dos horas que duró el paseo apenas si entre los amantes se cruzaron cuatro palabras. Cierto que el abogadito, aunque lindo de facciones, era pequeñuelo y endeblillo de persona; pero dentro de su pequeñez, todavía fué menguando, menguando, á los ojos de Juanita, hasta quedarse reducido á ruin cucaracha, que pudiera caber en una caja de fósforos. ¡Cuánta diferencia entre este cobarde pigmeo y el gran D. Baltasar! Á bofetones y á palos hubiese arremetido, no ya contra un insolente, sino contra un ejército en igual caso. En fin, logró contenerse y disimular, pero no olvidar el lance. ¿Diré que todavía vivieron juntos algunos años, y que ella, menospreciando á su compañero, siguió siéndole fiel, aunque no cariñosa?

Inverosímil es, pero cierto. También lo es que el borrascoso capitán fué trasladado de guarnición á otra parte, y no tendría poca tal ausencia en la fidelidad de mi heroína. Pero del uno al otro Abril corren las aguas por do solían ir: tras un plazo nada corto vuelve el capitán, ya ascendido á comandante, y vuelve solo, sin su madre y su hermana. ¿Dónde las dejó? ¿Se murió la una y se casó la otra? No lo sé, ni se lo he preguntado. Lo cierto es que venía con mayor graduación, más enjuto, más moreno y verdoso, con pelos blancos en las sienas y barba, y el genio todavía más colérico y endiablado. Y para colmo del azar, vió á Juanita en la calle, la siguió, y hallando con papeletas su antiguo cuarto tercero, lo alquiló y se metió en él con su equipaje y su asistente. Y todo esto al vapor, en pocas horas. La diligencia es madre de la buena ventura.

In illo tempore, es decir, por aquel tiempo, mi

señor abogado proyectaba contraer segundas nupcias. Había conquistado una succulenta jamona, es decir, con dinero abundante, y resolvió hacerla su esposa, por supuesto, después de licenciar á la querida. Pero Juanita, que no era tonta, vió venir el nublado, y con tiempo tomó su paraguas, concertándose con el militar y esperando impávida el chubasco. No tardó en presentarse, aunque sin relámpagos, ni truenos, ni la menor violencia, como era de suponer, dado el carácter insípido del leguleyo. El cual cierto día hizo sentar junto á sí á su compañera, y después de toser, escupir, pasarse la mano por los rizados pelitos, y otros preparativos oratorios, empezó su discurso ponderando el decoro de la toga, la respetabilidad de la toga, y dale con la toga, viniendo á parar al cabo de consideraciones difusas y prolijos rodeos, en la irregular situación del hombre amancebado, en los fueros de la moral, en el heroísmo de romper lazos de antiguos amores en aras de la familia... y cuando el pobrete sudaba y tragaba saliva, no hallando manera propia de terminar su arenga, le interrumpió la más sonora carcajada que ha brotado de boca de mujer, y la risueña Juanita le dijo, sin ponerse amarilla ni colorada:

— No te apures ni atormentes para declarar que nuestras relaciones han concluido: concluyeron mucho antes de lo que tú imaginas. En cuanto á nuestro amor, no puede concluir, porque no ha empezado. Tuve por ti una afición, que pasó muy pronto: te parecí hermosa, y me fingiste amor; pero tú, infeliz, no puedes amar á nadie, porque no eres hombre. Esa toga de que tanto hablas, es un trapo negro que te sirve de pantalla cuando te acomoda:

tu moral es otra pantalla, lo mismo que tu decoro; y yo, hija de la portera Anastasia la gorda y de padre desconocido; yo, ignorante; yo, públicamente amancebada, valgo muy poco; pero valgo cien veces más que tú, doctor y caballero, que cuando te casas, te vendes, y cuando te insultan, te callas. Adiós: para ti he muerto: si me ves algún día, como si nunca me hubieses conocido.

Y le volvió la espalda con la majestad de una reina.

PISO TERCERO.—Á los pocos días de tan amena plática, el de la toga había mudado de casa y oído leer la Epístola de San Pablo en compañía de su segunda consorte; mientras Juanita lo pasaba tan ricamente, felicitándose por su dichosa ascensión al cuarto tercero. ¡Qué satisfecha estaba! Hasta cuando el asistente, rudo campesino transformado en guerrero y luego en criado, la decía:—Mi *comendanta*, ¿traigo aquello? ¿Voy por lo otro, mi *comendanta*?—la alegre Juanita le escuchaba como escucharía la música más deliciosa. Y era que su corazón, dormido para el amor hasta entonces, despertábase brioso y pujante con verdadera sed de amar; que no en balde había llegado á los treinta y aun pasado de ellos, sin conocer de la pasión más que sus torpes apariencias. Con fundamento escribía el gran poeta del romanticismo :

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida
De la mujer que en tu ilusión se ceba,
Y halla en ti sólo su ansiedad cumplida
La que tu dardo penetrante prueba...

Para abreviar, Juanita se chifló por el coman-

dante, y no lo hubiese cambiado ni por un emperador, ni por el mismo Apolo. Ciertamente que antes ella había vivido maritalmente con dos hombres; mas al primero lo quiso y respetó como padre, ó algo por el estilo; y en cuanto al segundo... ya sabemos el menosprecio que le profesaba.

Pasaron días, y aun semanas, y no empañó nube alguna el cielo de aquel nuevo amor; pero esta serenidad paradisíaca no podía durar mucho. Tenía el militar no pocas prendas excelentes: corazón franco, valor llevado hasta la temeridad, imaginación pronta, mucho rumbo, y cuando estaba de buen humor, era ingenioso y simpático para hombres y mujeres. En cambio, y como reverso de la medalla, fuerza es consignar que así como una silla ó una mesa se sostiene sobre sus cuatro pies, su vida entera gravitaba sobre cuatro puntos cardinales: el juego, el vino, las mujeres y las peleas. ¡Lástima de hombre! Su clara inteligencia le mostraba el abismo, y conteníase por algún tiempo; mas luego salía disparado, y con tanto mayor ímpetu y violencia, cuanto más se había contenido. Ciertamente, abrigaba la esperanza, y casi la certidumbre, de enmendarse á los noventa años; pero hallábase todavía en la mitad del camino, y había de llover muchas veces antes de que se enmendase. El primer pesar, y uno de los mayores que dió á Juanita, fué el día en que dos amigos le trajeron á casa ensangrentado y metido en un coche. Había luchado en desafío y herido á su adversario; pero su adversario no era manco, y también le había herido á él, y en la cabeza, que es donde suelen llevar los valentones. Gracias á su dura fibra y á que le quedaban

algunos años para rodar por el mundo, á las tres semanas hallábase levantado y paseándose por la casa, aunque sin poder salir todavía, ni siquiera leer un periódico, pues se le iba la vista y se mareaba, entreteniendo sus ocios jurando y blasfemando en varios idiomas; la cual era otra de sus habilidades.

Ponderar la exactitud, el solícito esmero, el maternal interés con que Juanita cuidó al herido, no es en ninguna manera necesario. Baste decir que le amaba de veras, y está dicho todo. ¿Qué mujer amante no cuidará bien al objeto de su cariño? ¡Qué tristeza cuando le vió subir la escalera apoyado en los hombros de dos amigos! ¡Qué júbilo al verle ya levantado y andando por la casa, fuera de peligro y adelantando cada día en su convalecencia! Por fin, el comandante puso el pie en lo firme, recobró salud y fuerzas, y se quedó como antes, salvo una larga cicatriz que le dejó de por vida una línea blanca en la cabeza y roja en la frente, cuyo chirlo aumentaba la marcialidad de su aspecto.

Mas con la salud y las fuerzas recobró sus antiguas costumbres, ó inveterados vicios. Cuando soplabla favorable el viento y le daba bien el naípe, había dinero en abundancia, y café, y teatro, y galas y mimos para Juanita, y era el comandante el hombre más amable y rumboso del universo, incluso todos sus arrabales. Pero cuando sucedía lo contrario, ibase á un café donde ya le conocían; y allí, cabizbajo y pensativo como filósofo que trata de resolver un gran problema, bebía copa tras copa hasta que las luces le bailaban delante de los ojos y determinaba recogerse bajo techado. Á su casa

volvía murmurando con voz ronca entre dientes ciertas frases, que sospecho no serían piadosas jacularias en loor de la Providencia. Elegía para volver el camino más largo, dando mil rodeos y cruzando á las altas horas de la noche las más extraviadas plazas y callejuelas. Porque decía para su capote : — Hice mal en jugar, y mucho peor en perder; pero si ahora me sale un ladrón para robarme, le retuerzo el pescuezo ó lo abro en canal, me desahogo, y me quedo tan fresco y tan conforme. — Pero nadie le salía al encuentro, y llegaba á su domicilio con la ración de bilis íntegra, y un humor de cinco mil demonios; cuyo mal talante se traducía en puntapiés y palos al asistente, y en algunas bofetadas de revés á Juanita, con las que bailaba como un trompo. «Quien bien te quiere, te hará llorar», dice la sentencia. Juanita no era nada propensa á las lágrimas, y no derramaba ninguna : sufría la borrasca y dejaba pasar el mal tiempo. Al día siguiente, ó al otro, se cobraba la paga, se hacía una visita á la casa de empeños, ó daba el militar un fructuoso ataque á cierto general tío suyo, rico, viejo y medio chocho, que jamás le negó dinero; y se remediaban los apuros, renacía la calma, brillaba el sol de nuevo, y había café y teatro, y galas, y mimos para Juanita, y etc., etc.

En tan variada existencia, es decir, entre pescosiones y obsequios, entre agravios y funciones de desagravios, íbase pasando el tiempo, sin que en su continuo rodar trajese lo que tanto esperaba mi heroína, un hijo. ¡Sí, un hijo! Porque entonces el recién llegado sería vínculo indisoluble entre Juanita y su amante, convertiría el amancebamiento

en matrimonio legítimo, y... ¡quién sabe si pondría freno á la conducta desordenada de su padre! Mas el suspirado infante no vino. Cada vez que salía Juanita contemplaba con verdadero asombro al zapatero remendón de enfrente, autor de nueve ó diez chiquillos, que traían alborotado el barrio con sus pillerías y diabluras. Ni la emperatriz Zenobia, ni la gran Catalina de Rusia, ni mujer alguna del mundo fué tan envidiada jamás como la esposa y consorte de aquel malaventurado remendón, que ni para pan tenía con que saciar el apetito, siempre dispuesto, de su numerosa prole.

Otra pena mayor se sobrepuso en el ánimo de mi heroína á la pena de su esterilidad; y fué que de entre los vicios del comandante, hasta entonces equilibrados unos con otros, predominó el de la embriaguez, y con bebida blanca, esto es, con aguardiente; cosa la más eficaz para perder la salud primero y después la vida. Todas ó casi todas las noches llegaba muy tarde, hablando solo y agarrándose al pasamano de la escalera para poder subir, y entre ella y el asistente se veían negros para desnudarle y meterle en la cama. Dejó el juego, no se peleaba con nadie, y en cuanto á mujeres, no hacía caso de ninguna, ni siquiera de Juanita, y eso que la quería de verdad. Ya no se le iba la mano, y no había bofetadas, pero tampoco reconciliaciones. Con frecuencia pasaba días y días sin moverse de la cama, aletargado y triste. Realmente, aquello no podía durar, y no duró. Levantóse cierta mañana con un ataque violento de locura, amenazando matar á todos los de la casa; y gracias á que le escondieron las armas, no cumplió su propósito.

Poco después, confirmada la demencia, fué conducido al hospital de enajenados, y allí sucumbió en uno de sus arrebatos epilépticos y furiosos.

PISO CUARTO. — Sentiré mucho que algún malicioso lector, con motivo de esta cuarta subida, recuerde el conocido refrán de «á rey muerto, rey puesto». No, señor, no; Juanita no era ninguna monarquía, ni trono vacante. Su amor por el militar fué grande y verdadero; y la pena de su muerte, sincera y profunda. Como que por poco le cuesta la vida. Merced á su vigorosa naturaleza pudo vencer la enfermedad y librarse del *gorigori*, del carro fúnebre y del cementerio. Pero con los brebajes de la botica, las consultas de médicos y demás gastos propios de una larga enfermedad, se quedó sin una peseta: hasta sus joyas y sus mejores vestidos marcháronse, ¡ay, para siempre! á los sombríos armarios de las casas de empeños. No menor estrago padeció su hermosura: nadie hubiese conocido á mi arrogante heroína en aquella jamona flacucha, marchita y deteriorada. Pero ¿cómo había de conocerla ningún otro, si ella misma no se conocía? La primera vez que se miró al espejo, ya convaleciente, hartóse de llorar, y no sin motivo. Parecía como si la hubiesen cambiado por otra mujer; Venus transformada en espectro. Respetemos sus lágrimas.

Mientras duró su enfermedad y aquella lucha entre la muerte y la vida, cuidó de ella la vecina del piso cuarto, á quien había dispensado antes algunos favores en más bonancibles tiempos. No todos los corazones son ingratos. Y en verdad que sin la solicitud de aquella buena mujer, habría

muerto sin familia, sin amigos, sin nadie, abandonada como un perro. ¡Justo castigo de su perversidad! exclamará algún moralista, á quien yo daría un cañonazo. Mas apenas la enferma recobró salud, la enfermera perdió la suya, es decir, la poca que le había dejado un reúma pertinaz, que concluyó por derribarla sobre una silla, impotente para el trabajo, y sin remedio baldada.

¿Qué había de hacer Juanita? Despidió su habitación, pues no podía pagarla, y recogiendo los restos de su naufragio, esto es, sus escasas ropas y escasos muebles, fuése á vivir con su enfermera y á pagarla con sus desvelos y cuidados los muchos que de ella había recibido. Tal fué la causa generosa de su triste subida al piso cuarto. La baldada, á quien llamaban doña Josefa, tenía marido, pobre empleado cesante sin jubilación alguna, que pasaba días y noches copiando escritos á tanto el pliego, pues era buen pendolista, ó traduciendo del francés á cambio de maldiciones, como quien dice, para desalmados editores de novelas por entregas. Mientras duraba el trabajo, medio comían; cuando faltaba, aquella desmantelada habitación era la viva copia del cuadro del hambre. Allí mostró Juanita su paciencia bregando con la baldada, y apuró sus últimos recursos luchando con la miseria, hasta quedarse sin un mueble y sin más ropa que la puesta. Aunque Madrid está repleto y aun plagado de Asociaciones muy católicas y muy caritativas, suelen darse casos en que el socorro no llega, ó llega con un puñado de garbanzos y dos onzas de tocino, cuando ya la familia necesitada ha muerto, y hasta el gato yace tendido sobre los ladrillos con los pelos

erizados y la boca llena de telarañas de no haber comido en tres meses.

¿Creerá alguno que llegó el día infausto, ó con más exactitud, la noche en que Juanita, cubriéndose el rostro con un zarrapastroso velo negro, salió á



Salió á pedir limosna.

pedir limosna? Pues que lo crean ó no, es la pura verdad. Con el puñado de cobre que trajo cenaron ella y la baldada y el mísero escribiente; y cuando éste no tenía trabajo, ya estaba mi heroína en campaña llorando miserias y mintiendo á cada paso; no porque las tales miserias no existiesen, sino porque para mover la caridad con mayor eficacia, decía tener siete hijos, y nunca había tenido ninguno. Pero, en fin, había hecho lo posible por tenerlos, y viene á ser igual. Con se-

mejante ficción á nadie perjudicaba; y ¡ojalá que todos los embustes fuesen tan inofensivos! Cierta vez, pidiendo á la puerta de una iglesia, tropezó con el abogadillo, quien, como devoto prudente, seguía la máxima de «dar poquita limosna y en público», para gozar de buena opinión y comprar por seis ochavos un asiento de primera fila en el santo Paraíso; que es unir diestramente lo temporal con lo eterno. Esto se llama ser cuco. No conoció á Juani-

ta, pero Juanita le conoció á él, y en vez de recibir su limosna, retiró la mano y le volvió la espalda con igual menosprecio que en su última entrevista. Y aunque le hubiese ofrecido millones, habría hecho lo mismo.

Entre quejarse la baldada, copiar y traducir el viejo cesante y mendigar Juanita por temporadas, pasaron semanas, meses y años. Esta es gran cualidad del tiempo y de la muerte : el uno corre igual para todos, felices y desdichados; la otra prende entre sus garras y se lleva con la propia indiferencia al pastor de cerdos y al pontífice romano. Pero volvamos al asunto. Después de tan largas tinieblas, salió el sol para aquella familia. *Post nubila Phæbus*, como decían los latinos. En Valencia falleció un hermano del cesante, solterón incorregible, legándole en su testamento, no riquezas, porque no las tenía, pero sí lo bastante para pasarlo con tranquilidad, sin apuros ni angustias. El matrimonio se encaminó á la ciudad del Turia para coger los cuartos y establecerse en ella; mas no hubo manera de convencer á Juanita para que saliese de Madrid. Á todas las reflexiones y súplicas contestaba que en aquella casa había nacido; que aquella casa estaba llena de recuerdos para su corazón, siendo para ella como la concha para el caracol ó la tortuga: cosa necesaria é inseparable. Metieron á la baldada en un coche, silbó la máquina del tren, se largó el matrimonio, y la infatigable Juanita subió al

PISO QUINTO, ó SOTABANCO. — Donde un zapatero habitaba solo, y se encontró acompañado. El discípulo de San Crispín era un tipo singular, nacido en la provincia de Jaén : hablaba con ronquido, solía

empinar el codo y achispase, gastaba sombrero de copa y levita: y respecto de linajes, él, Pedro Alonso de Aguilar y Matamoros, no envidiaba ni á los mismos príncipes de sangre real. Aunque se apellidaba Matamoros, no había matado moro ninguno, pero sí enviado al hospital varios cristianos, por su funesta propensión á tirar de la navaja y buscarle las tripas al prójimo. Su última hazaña le proporcionó, escapando bien, tres añitos de encierro, por haberle cortado la cara con la chabeta y algo del pescuezo á un chusco que tuvo la fatal ocurrencia de llamarle Maestro Cerote. ¡Cerote á tan ilustre varón, más noble que el rey Wamba, y que en su juventud había estudiado en Seminario humanidades y hasta su poquito de teología! Cierro es que ya no recordaba ni el color de los libros, pero sí el nombre de sus estudios, aunque los apellidaba *jumanidarez* y *tiología*. No iba descaminado en la *tiología*, porque era un *tio* completo, más malo que Caín y más largo que un día sin pan, y con más conchas que un peregrino. Rayaba en los cincuenta, y era pelirrojo y zurdo.

¿De dónde vino el conocimiento y después la unión profana del artesano con Juanita? De la dichosa escalera, donde solían encontrarse y hablarse desde algunos meses atrás; y aunque ella no era ya ni su propia sombra, todavía conservaba un débil reflejo de aquel antiguo sol de su hermosura; pues donde hubo mucho, suele quedar algo. Y además tenía viveza, conversación agradable y mucho más anzuelo del necesario para enganchar á mi señor D. Pedro Alonso de Aguilar y Matamoros. Y lo enganchó tan de firme, que á pesar de sus magnífi-

cos y caballerescos apellidos intentó casarse con ella; pero ella dijo nones, y cuando se le ponía una cosa en el meollo, era testaruda como mulo manchego, aunque con decir mujer basta y sobra, sin necesidad de hipérboles ni comparaciones.

Juanita barría y limpiaba el sotabanco, iba á la compra, guisaba y entendía en todos los quehaceres domésticos, mientras el zapatero trabajaba pegado á su mesilla baja y cantando siempre lo mismo desde la mañana hasta la noche, y á veces hasta la hora de acostarse :

Pilatos le dijo á Cristo...
Cristo le dijo á Pilatos...
¡Ay! que le dijo... le dijo..

Y sin salir de esta letra, llevábase canturreando nada más que seis ó siete horas. Levantábase para comer, hablaba de distintas cosas, pero al sentarse á la banquilla y comenzar el trabajo, comenzaba también el sonsonete :

Pilatos le dijo á Cristo...
Cristo le dijo á Pilatos...
¡Ay! que le dijo... le dijo...

Y á la pobre Juanita le zumbaban los oídos con tan perenne cantilena y hasta sudaba á chorros. Una vez, con la sangre ya quemada y colérica de impaciencia, exclamó :

—¿Acabarás de reventar, hombre? ¿Qué le dijo Cristo á Pilatos, y qué le respondió éste?

El zapatero suspendió su tarea para contestar con mucha calma :

— Mira, jermosa : cuando nuestro Señor Jesucris-

to y er tunante de Pilatos vivían en er mundo, yo no soñaba en naser, porque jase de eso la mar de tiempo; y como yo no estaba presente, no me enteré de lo que jablaron.

Y volvió á su faena y á su estribillo :

Cristo le dijo á Pilatos...

Cuando se achispaba de firme, que solía ser los lunes, á deshora se encaramaba por la escalera



— ¿Qué le dijo Cristo á Pilatos?...

dando tumbos, y con admirable silencio se echaba vestido sobre un desvencijado sofá y se dormía con el sueño de los justos. Pero si mi heroína le increpaba por su mala conducta y por gastar en la taberna el dinero, no replicaba, pero en seguida salía la canción de

Pilatos le dijo á Cristo...
Cristo le dijo á Pilatos...

hasta que la pobre mujer se aburría y le dejaba en paz.

Cuando pasaba la noche fuera de casa, cenando y holgándose con alguna mozuela, á cuyo ejercicio era muy aficionado, y volvía por la mañana pálido y muerto de sueño, si nada le hablaban, él tampoco desplegaba los labios; pero á veces no podía contenerse Juanita, y después de tentarle los vacíos bolsillos, le disparaba una reprimenda del tenor siguiente :

— Está bien, muy bien. Tras de viejo, borracho : y tras de borracho, perdido por las mozuelas. ¡ Bonitas lañas, que no le han dejado un cuarto! Lo sé todo. No te disculpes, no me lo niegues, que no te creo.

Mas él, así pensaba disculparse, ó negar nada, como hacerse moro : la reprimenda despertaba sus instintos musicales, y nada más :

Cristo le dijo á Pilatos...
Pilatos le dijo á Cristo...

— Me estás friendo la sangre, y esa canción va á ser mi muerte. Pero, en fin, ¿qué le dijo? Porque llevas ya dos años con esa matraca.

Y sacudiéndole por la solapa, añadió colérica :

— Vamos á ver, ¿qué le dijo?

El zapatero contestó muy tranquilo, y muy despacio, y mirándola fijamente á los ojos :

— Yo no lo sé, jermosa; pero me figuro que jablaban del bello sexo, y decían los dos, que cuando una mujer se pone cargante y preguntona, y coge

á un hombre por la solapa, hay que tirarle una jor-
ma y partirle la cabeza.

Y como alargase ya la mano para coger la horma
y pasar del dicho al hecho, salió Juanita disparada
y se metió en la cocina. Pocos minutos después so-
naban al unísono el martillo machacando suela y
la dichosa canción :

Cristo le dijo á Pilatos...
¡Ay! que le dijo... le dijo...

¿Extrañará alguien que la pobre mujer, oyendo
de continuo el pesado sonsonete, estuviera siempre
sobrexcitada y nerviosa? Hasta en sueños lo escu-
chaba, imaginándose ver á Cristo y Pilatos entrete-
nidos en largas pláticas, diciendo pestes del bello
sexo, y que de pronto venía zumbando una horma
por el aire, y no le daba á ninguno de los dos, sino
á ella, en lo alto del cráneo y con tal ímpetu, que le
vacía los sesos. Despertábase acongojada por el
susto y el dolor; y al dormirse de nuevo, de nuevo
aparecían Jesucristo y Pilatos, y también el zapate-
ro con el tirapié, dispuesto á estrangularla. Y ade-
más soñaba con cuanto había oído y leído de la Pa-
sión del Redentor, y le veía ya amarrado á una co-
lumna y sufriendo los azotes, ya con la cruz diri-
giéndose al Calvario; y por allí andaba Pilatos con
unas barbas muy grandes, y el zapatero, y Longi-
nos con su lanza, y los soldados romanos, y el mal
ladrón, y todos los ladrones del mundo, buenos y
malos.

Aquello se hizo intolerable. Aquello era no sose-
gar, ni dormir, ni nada. Había más que suficiente
para volverse loca. Viendo que el enfadarse le

traería malas consecuencias, aprovechó cierta ocasión en que su compañero estaba alegre, y con acento meloso y zalamerías de gata le suplicó fervorosamente por Dios y por todos los santos que se callase ó variase de estribillo; pues más bien que estarlo siempre escuchando, preferiría cien bofetones, ó dos ó tres palizas por semana.

El zapatero respondió indignado:

— ¿Qué estás ahí disiendo? ¿Con qué desatinos te descuelgas? Si fuese darte dos puñalás y echarte al aire las tripas... vamos, pase, porque al fin, es una cosa desente. ¿Pero un caballero ilustre como yo, un D. Pedro Alonso de Aguilar y Matamoros, de los Matamoros prinripales de Andalucía, deshonar sus blasones y su prosapia apaleando señoras y pegándoles gofetás en la jeta? ¿Cómo se entiende? Cuando tienes el honor de jablar conmigo, ¿piensas que estás tratando con algún vendedor de pieles de conejo?

Y al expresarse de tan extraña manera, evocando su prosapia y sus blasones, los ojos del zapatero lanzaban chispas. Con su alto cuerpo muy erguido, su fulmínea mirada y su indignado acento, parecía un emperador de Roma á quien hubiese faltado al respeto un miserable esclavo. Juanita se llevó un susto espantoso, y ni se atrevió á replicar palabra. Pero calmada aquella explosión de la dignidad ofendida, volvieron á sonar el martillo machacando la suela y el armonioso canto:

¡Ay! que le dijo... le dijo...

Aquella noche Juanita la pasó mucho peor que todas las anteriores. Extrañas y fantásticas visiones

la acosában sin tregua ni reposo. Palpitaba su corazón con ritmo atropellado y desigual. Su cabeza hervía: un rumor persistente atormentaba sus oídos. Cuando se despertó, miróse al espejo y quedó asombrada de verse. Estaba loca; pero con silencio y con una calma terrible, se lavó, se peinó, se puso de limpio, abrió la ventana del sotabanco y se lanzó á la calle.

Así acabó la niña de los cinco pisos. ¡Dios la haya perdonado!



SERMÓN... PERDIDO

CON motivo de una gran
Festividad religiosa,
En la iglesia de Espinosa
Predicaba fray Damián.

Y atento el concurso oía
Todo, con unción cristiana,
Menos una pobre anciana
Setentona, que dormía.

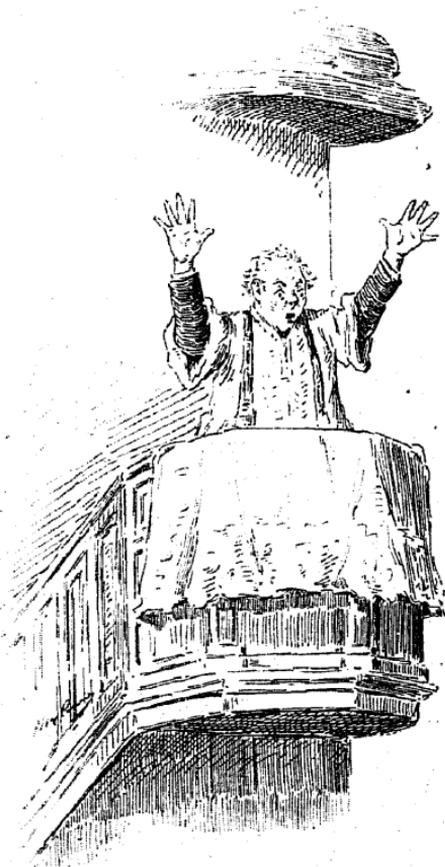
De su plática en el curso,
Tras un párrafo elocuente,
Pierde el padre de repente
El hilo de su discurso;

Y con voz descomunal
Exclama alzando las manos:
— ¡El que ahora no me oiga, hermanos,
Está en pecado mortal! —

Con gestos y contorsiones
Sigue en mímica el sermón;
Alármase la reunión,
Se oyen mil exclamaciones,

Y aquel auditorio, loco
De terror y desvarío,
Empieza á decir: — ¡Dios mío,
Yo no oigo! — ¡Ni yo tampoco! —

En su recurso no cesa
Fray Damián; los fieles lloran,
Se desesperan, imploran...
Despierta el ruido á la vieja;



Y, sin entender el coro
Que á Dios pide con afán,
Cual si oyera á fray Damián,
Dice: — ¡*Qué piquito de oro!* —

TELEGRAMA

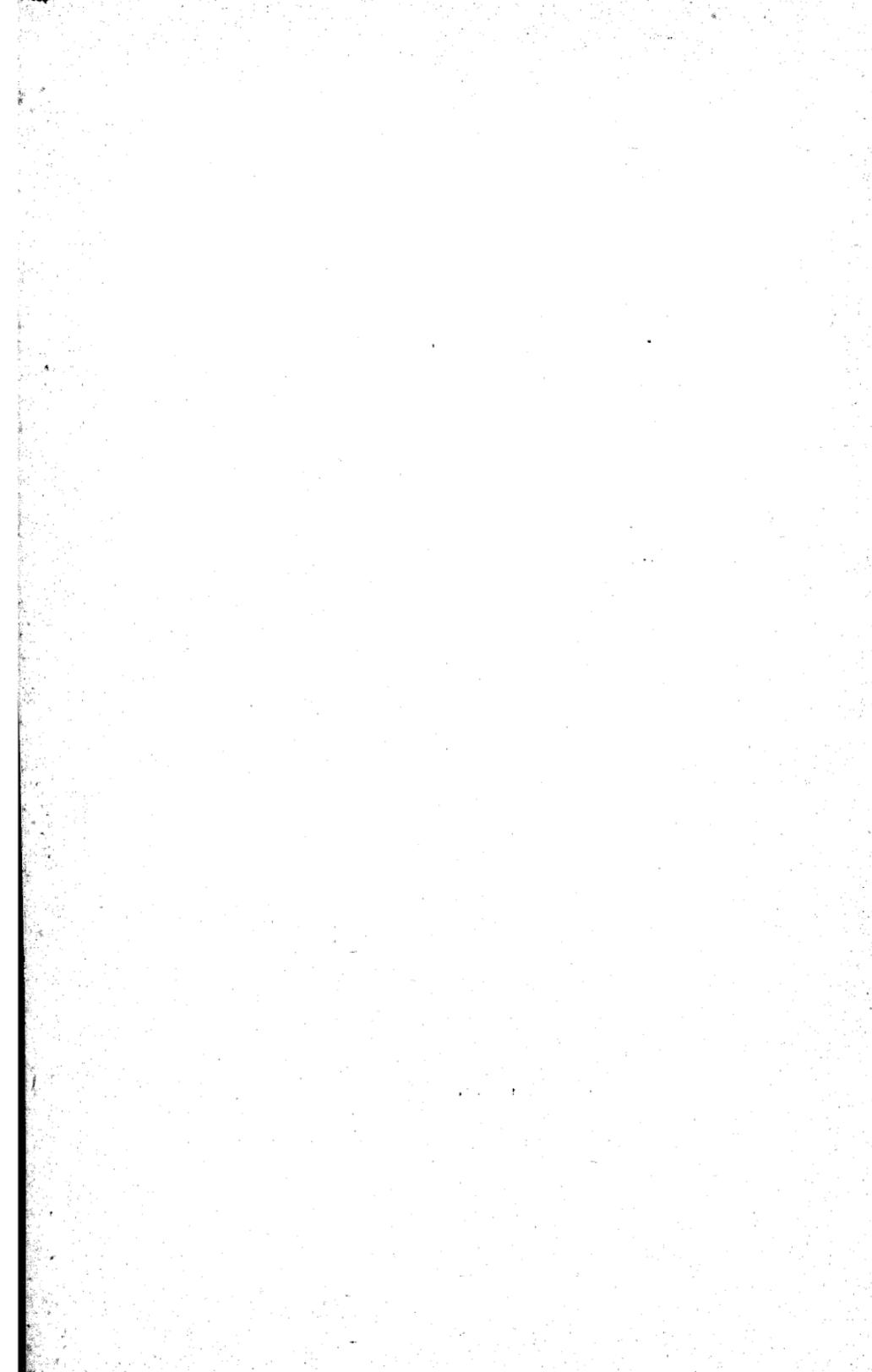
MURIO doña Nicanora
Gil, señora respetable,
Pero tipo inaguantable
De sempiterna habladora:

Y el yerno inmediatamente,
Dando cuenta á unos amigos,
De sus desdichas testigos,
Les puso el parte siguiente:

« Comunico con profundo
Dolor, trance inesperado.
Hoy á las siete, *ha dejado*
De hablar mi suegra.

FACUNDO.»





LA CARIDAD

I



QUERIDO lector : No pertenezco al número, demasiado crecido por desgracia, de los hombres que viajan como baúles ó como las mulas de una diligencia. Al contrario; cuando entro en alguna población para mí desconocida, lo miro y observo todo : las gentes, las calles, las casas, los paseos públicos, los monumentos, los vestidos y hasta los clavos de la puertas. De todas estas cosas, vistas y examinadas como con microscopio, suelo sacar deducciones originales, sutiles analogías y tan raras ideas, que ni me atrevo ciertas veces á comunicarlas por el fundado temor de que me gradúen de loco, ó cuando menos de extravagante y visionario.

He visto edificios, árboles y muebles muy parecidos á personas que conocí ó conozco; y cuando hice notar la semejanza, para mí clara y evidente, algunos me miraron con esa extrañeza compasiva de

quien oye disparatar á un demente ó á un discípulo de Baco, cuya cabeza se halla perturbada por los vapores del vino. Recuerdo cierta calle de Sevilla donde había una ventana tan parecida á un aguador de aquella ciudad, que era un asombro. Ni que fuesen hermanos gemelos. Sin embargo, nadie lo notaba, y cuando yo decía: — ¿No es verdad que esa ventana se parece á un hombre? — entonces lo tomaban á broma, y sólo contestaban sonriéndose.

Pero una tarde, acompañando yo á cierta hermosa mujer, tuve el presentimiento de su exquisita sensibilidad, y me atreví á preguntarle:

— ¿No es verdad que esa ventana se parece á un hombre?

Clavó en la tal ventana sus grandes ojos penetrantes, y me respondió:

— Sí; al aguador gordo de la plaza de San Francisco.

— ¡Gracias á Dios, y á su divina Madre, y á los innumerables mártires de Zaragoza, que encuentro una persona con quien poder hablar! ¡Ese es! ¡Sí, el aguador gordo de la plaza de San Francisco! ¡Y aun diciendo yo que parecía un hombre, nadie lo advertía! ¿De qué sirven los ojos á esas gentes? ¡Para conocer que un huevo no es cuadrado, ó que la Giralda no es una carga de melones!

— Yo también celebro — dijo la señora — no ser el único ejemplar de los que ven cosas ocultas para otros. Al teatro de San Fernando concurre todas las noches un caballero que parece un sofá, y cuando lo dije me contestaron que era una rareza mía. Cuando usted le vea conocerá cuánta razón tengo al asegurar la semejanza.

Con efecto; á la siguiente noche fuí al teatro, y apenas eché los infalibles, quiero decir, los ojos por la gran sala, distinguí sin ningún género de duda al susodicho caballero. Subí al palco de mi amiga, y le dije:

— Ahí le tenemos: aquel caballero bajito, ancho y gordo es el sofá.

— Cierto; pero ¿en qué lo ha conocido?

— ¡Toma! En que apenas le vi me dieron ganas de sentarme ó de tenderme sobre él.

Pues de esta misma calaña y de tan estupenda penetración era la heroína de mi cuento. Desde niña había dado pruebas singulares de ella, y cuando se le ponía en la cabeza, ó, como vulgarmente decimos, cuando le daba en la nariz que una cosa le había de suceder, aquella cosa ocurría sin remedio. Ni los profetas del antiguo pueblo judío, ni los augures romanos vieron con más claridad los acontecimientos futuros. Pocos años tenía cuando pronosticó que su padre se quedaría enfermo ó cesante, y que desde la abundancia pasaría la familia á una escasez rayana de la miseria. Al poco tiempo sucedieron las tres cosas, pues el padre quedó baldado, y por ende cesante para *in æternum*, y tras el bienestar y la holgura vinieron los apuros, la estrechez doméstica y los frecuentes viajes al Monte de Piedad y á las casas de los prestamistas.

— Mi padre se muere — dijo otro día, y el padre á poco tiempo caminaba derecho al cementerio en hombros de cuatro ganapanes.

— Ahora sólo nos queda el recurso de pedir limosna — exclamaba su madre, ya viuda, derramando acerbos lágrimas.

—No, señora, porque yo trabajaré, y con lo que gane viveremos las dos, pobre, pero honradamente.

Y así fué: la animosa joven buscó un pedazo de pan y lo encontró pronto. Había recibido educación esmerada, la había aprovechado, y ahora esa misma educación le aprovechaba á ella. Sembrar para coger. En casas principales daba lecciones de piano, labores, historia, geografía, y hasta de leer y escribir á varias señoritas, que la querían y respetaban; y con el producto de su enseñanza hacía frente á las necesidades domésticas y dulcificaba los últimos días de su pobre madre, que no de vejez, sino de achaques, y sobre todo de melancolía, fué á reunirse con su difunto esposo.

Quedó, pues, Eugenia, que ya es justo decir el nombre de mi heroína para que mis lectores la conozcan; quedó, pues, Eugenia en lo más florido de su juventud huérfana y sola; excelente compañera para cualquier varón enemigo de suegras y partidario de lo bueno y lo bonito. Porque, eso sí, la muchacha era una perla; y ahora que lo pienso, digo que siento no haberla encontrado en mi camino. Alta y airosa, tenía el andar suelto y ágil de una gata joven; blanca y rubia como la espuma y el oro, y con una voz tan armoniosa y dulce como si se hubiera tragado un órgano expresivo y lo llevase dentro del cuerpo. Claro es que con tan arrogante hermosura no habían de faltarle pretendientes, mucho menos estando en Madrid, donde los Tenorios pedestres y callejeros constituyen una vergonzosa plaga. Mas los que á mi heroína se acercaron para declararle su atrevido pensamiento, ni siquiera

fueron escuchados; que no era la niña panal de tan burdos moscones, ni se hallaba tan reñida consigo misma que fuese á entregarse al primer galanteador desocupado que la solicitara de amores.

Huérfana ya, y sin parientes en la coronada villa, no era por manera ninguna propio de su edad y decoro el vivir sola, pues aunque fuese persona cano-nizable, habían de atribuirle cien embustes dañosos á su reputación; y así, pasó con sus pocos y limpios muebles á la casa de cierta señora viuda, madre de una joven á quien desde la niñez profesaba verdadera amistad por haber sido ambas compañeras de clases en el colegio. Habitando de esta suerte en compañía, hija y madre hallaban un alivio en la modesta cuota con que les ayudaba Eugenia; y ésta, necesitada de algún afecto, como todo corazón juvenil y noble, las trataba con el respeto y cariño de madre y hermana. Siendo las tres mujeres personas bien educadas y prudentes, ninguna nube tempestuosa vino á turbar la tranquilidad de que en su humilde hogar disfrutaban. Arreglando sus necesidades á sus haberes, sirviéndose ellas mismas en todo, hasta cortar y coser sus ropas, no tenían graves apuros, cesaron las idas y venidas á las casas de empeño, y el solo rótulo de *Dinero por alhajas y ropas* les inspiraba el más profundo disgusto y hasta un horror invencible.

Lo cual no es decir que todo fuese alegría y rosas, y no tuviese mi heroína sus penas y sinsabores; porque enseñar en España es uno de los pocos medios segurísimos para consumirse de hambre y tedio, ó hacerse santo y ganar el Paraíso. Acostumbrados como estamos desde largas generaciones á

la enseñanza frailuna, que era gratuita, salvo los regalitos de cajón al Padre Maestro, nos duele pagar honorarios á los profesores, que no han de vivir del aire; y casa hay de gran fuste donde parece cosa muy natural dar un pingüe salario al cocinero y al cochero, mientras se escatima una triste peseta al profesor encargado de ilustrar y dirigir la inteligencia de los señoritos y señoritas, muy consentidos y mal criados por sus padres, quienes se hallan sumamente propicios á disculpar y aun celebrar sus travesuras, atribuyendo á los pobres maestros el escaso adelanto de los discípulos, aunque éstos sean incorregibles haraganes, ó tal vez más brutos que un alcornoque de Extremadura. Tal sucede, y doctores tiene la Iglesia que podrán confirmarlo en sus diversas partes; y si no, pregúntese al autor de *El Bachiller de Salamanca*, y él dará cumplida razón de todo lo concerniente á este punto.

Baste decir que á los dos ó tres años de esta fatigosa vida, Eugenia se hallaba cansada y harta de sus tareas de profesora á domicilio; y si continuaba asiduamente desempeñándolas, era porque la inexorable ley de la necesidad no permitía otra cosa, ni dejaba abierto otro camino por donde pudiera venir el indispensable pan, y las indispensables camisas, y los indispensables zapatos, y tantas otras cosas como hay, sin las cuales no es posible pasar en las naciones civilizadas. Entiéndase, al decir que no tenía otro camino, que hablo de camino recto y no de veredas, trochas y atajos; pues nunca faltan éstos á quien los quiere aprovechar, sobre todo siendo muchacha fina y de agraciada figura. Y hago tal aclaración en pro de mi heroína, que,

sin ser gazmoña ni mucho menos, era honrada y honesta doncella en todo el vigor y significación de la palabra.

Los días, los meses y aun los años iban sucediéndose, monótonos como las oscilaciones de un péndulo; detrás del invierno venía la primavera, en seguida el verano y después el otoño, sin novedad alguna para la casa y familia, cual si aquellas tres mujeres fuesen relojes vivos de invariable marcha. La madre cuidaba de los quehaceres domésticos, la hija cortaba y cosía para las tiendas ropa blanca y de color, Eugenia desempeñaba sus lecciones, y todo parecía dispuesto y arreglado para siempre con la precisión y compás de una máquina, ó la perpetua exactitud de los astros en el sistema de los mundos.

Pero andando y andando los días, llegó uno de ellos — ¡día memorable! — en que bajo la vulgar y prosaica forma del cartero del barrio entró en aquella casa, hasta entonces tan silenciosa y tranquila, el pesar, la alegría, la inquietud, la esperanza y casi todos los afectos que pueden conmover el corazón humano. Y es que el tal cartero no venía solo, ni con las manos vacías, sino llevando consigo una bolsa enorme, casi tan grande como una maleta regular, y en dicha bolsa una carta procedente del archipiélago filipino, certificada y bien cerrada y dirigida á Eugenia, en cuya propia mano fué entregada por el dependiente de correos.

Ni el engañoso caballo griego trazado por Ulises produjo tal confusión en Troya al abrir su vientre de madera y lanzar de su hondo seno un enjambre de guerreros armados sobre la mísera ciudad en-

tregada al sueño, como aquella inesperada misiva en la casa aquélla, comparable hasta entonces al más retirado claustro de monjas por su apacible recogimiento. ¿Qué diablos, dirá alguno, venía escrito en ese papel para causar semejante perturbación en una gente tan morigerada y pacífica?

Pues la carta, que era bien larga, decía que su autor era tío carnal de Eugenia, como hermano de su padre; que había perdido á su mujer y á una hija única; que se hallaba muy solo, muy triste, muy achacoso y muy rico; que el día menos pensado haría su maleta para el otro mundo; que su cuantioso caudal, honrada y laboriosamente ganado, no debía de ir á manos extrañas, sino á las de su sobrina, de quien él había oído cien elogios por boca de un amigo que la conoció niña en Madrid; que hallándose huérfana y pobre, natural era que fuese á reunirse con el hermano de su padre, que la había visto nacer y que la nombraba heredera; que no podía venir por ella á la Península por motivo de su mucha edad y poca salud; y, finalmente, que de casa de su corresponsal en la Corte, previa identidad de persona, recogiese una buena suma para gastos de equipo, viaje, etc., pues la esperaba con los brazos abiertos, y ocuparía en todo y por todo el propio lugar de su difunta hija. Con efecto, adjunta venía la carta-orden para el corresponsal, opulento banquero, quien á los pocos días entregó los cuartos en oro y plata contantes y sonantes; y hete aquí á las tres mujeres comprando trapos y baúles donde meterlos y haciendo todos los preparativos de la marcha. No porque las tres pensarán atravesar el Océano y plantarse en las Islas Filipi-

nas, sino porque, acostumbradas desde largo tiempo á la vida común, todo hasta entonces había sido común entre ellas, y esa misma costumbre les hacía decir *nuestro equipaje, nuestro viaje*, y algunas veces *nuestro tío*.

Pero ¿cómo una joven de veintidós años, que jamás salió de Madrid, á no ser para pasar algunas horas en Carabanchel ó Jetafe, haría sola un viaje de miles de leguas, sin persona de autoridad y respeto que la acompañara y por ella velase durante tan larga travesía? Ciertó; mas también es verdad que el tío filipino, ó avecindado en Filipinas, no era un tío cualquiera de los de tres al cuarto, sino hombre previsor y que en todo estaba, como vulgarmente se dice. Por lo cual, y conociendo la moedad de su sobrina, aconsejábala en la susodicha carta que buscase una mujer de razonable edad que la acompañase de Madrid á Cádiz: pues ya en este puerto, con sólo presentarse al capitán de la fragata *Veloz*, hombre anciano ya y asegurado de incendios, y que tenía las convenientes instrucciones respecto de la joven matritense, nada quedábale á ésta por hacer, sino dejarse llevar por esos mares, bajo el amparo y tutela del viejo marino, hasta dar en la bahía manileña y en los cariñosos brazos de su tío, que impaciente la esperaba.

Muy bien pensado y magistralmente dispuesto; pero el demonio, que todo lo enreda... Alto aquí; no quiero mezclar por ningún motivo y confundir berzas con capachos; esto es, no quiero poner antes lo que viene después naturalmente, ni enredar la madeja de esta mi narración, alterando en ella, sin necesidad, el orden cronológico por donde van des-

arrollándose los sucesos. Digo, pues, y repito, que la carta cayó en aquella tranquila casa como una bomba; que vista y conocida la indisputable utilidad de aceptarla y seguirla á la letra en todas sus partes, hubo lo de comprar vestidos y cofres, despedirse de los amigos, etc., etc. Y hubo también lagrimitas y abrazos y tiernas reconvenções y protestas de correspondencia epistolar puntual y no interrumpida, con otras cosas en que no insisto por ser demasiado sabidas del lector experimentado, pues siempre ocurren antes de emprender cualquiera viaje, mucho más siendo largo y peligroso.

Llegado el oportuno tiempo, madre é hija acompañaron á Eugenia hasta llegar á Cádiz: y ya en la ciudad de Hércules y de Lucio Junio Moderato Columela, tuvieron las tres, palabra más ó menos, el diálogo siguiente:

Madre.—Ya estamos en Cádiz, que por cierto es una muy bonita ciudad y merece el nombre de *tacita de plata* con que los andaluces la apellidan. Ahora sólo nos falta ver á ese viejo marino, capitán del buque; á ese Sr. Valcárcel, ó Cárcel, ó Presidio, ó Patíbulo, ó como le llaman. ¡Ay, qué miedo! Yo me lo figuro como un cocodrilo veterano, con unas barbuchas blancas de á palmo y medio, y unos ojos encandilados y feroces, que ¡ya... ya! ¡Buena la hizo tu tío con nombrarte semejante tutor y compañero de travesía! Y luego, que tendrá un genio de vinagre...

Hija.—Cállate, mamá, y no digas esas cosas para asustarnos y ponernos de mal humor. ¿Dónde has visto que los cocodrilos sean veteranos ni bisoños, ni que gasten barbas blancas, ni rubias, ó ne-

gras? ¿Y por qué razón ese buen Sr. Valcárcel ha de tener el genio áspero y avinagrado? ¡Pues si precisamente los marinos llevan fama de ser los hombres más finos, galantes y obsequiosos con las señoras! ¿Que es viejo? Pues tanto mejor. Con eso hará perfectamente su papel de tutor ó padre, sin dar pretexto alguno á los comentarios y murmuraciones de la tripulación. Pero, dime, Eugenia, ¿qué presentimientos son los tuyos? ¿Por qué nos has dicho tantas veces durante el camino que en este viaje te había de ocurrir alguna cosa extraordinaria? ¿Temes naufragar? ¿Piensas caer en manos de algunos piratas? ¿Que vas á enfermar en la travesía? ¿Que á la llegada no te reciba tu tío como tú deseas? ¿Que...

Eugenia.—¡Válgame Dios, mujer, y cuántas desdichas ensartaste en un momento! Yo no hablé de naufragio, ni de enfermedades, ni de piratas, ni siquiera he pensado en tales cosas. Lo único que dije antes, y que repito ahora, es que ha de ocurrirme algún suceso extraordinario... no sé si malo ó bueno. Es una corazonada : y ya sabes y sabe tu madre que nunca me equivoco y tengo mucho de adivina ó profetisa; y si no, al tiempo. En cuanto al señor Valcárcel, creo, como tú, que será un navegante honrado y respetable, y no un cocodrilo, ni un monstruo. En fin, pronto lo hemos de ver; y vámonos á dormir, que es tarde y madrugaremos mañana.

Recogiéronse las tres amigas, y al día siguiente fueron á visitar al anciano capitán. Hallábase éste, no á bordo del *Veloz*, sino en una salita modestamente amueblada, leyendo junto á los vidrios del

balcón en un gran librote, con la pierna derecha tendida y descansando sobre varias almohadas, y el aspecto más pacífico y venerable que imaginarse puede. Un pertinaz reuma, cogido en todos los mares del globo, tenía clavado al sillón, de donde no podía moverse sin ajeno auxilio. Érale, pues, imposible navegar, á lo menos mientras no se hallase muy mejorado; cosa que tardaría Dios sabe cuánto tiempo, suponiendo que mejorase. Peores aún que el reuma eran los sesenta y cuatro diciembres que llevaba sobre sí; cuyos años no los pasó en el regalo y la holganza, sino á bordo de distintos buques, navegando por todos los climas y sufriendo privaciones, tempestades, vientos huracanados y cuantos peligros y azares suelen acompañar á la profesión de marino.

Así lo manifestó á las señoras, añadiendo que si él por su mala salud no podía dirigir el *Veloz* y hacerse cargo de la joven pasajera, le reemplazaba su hijo, habilísimo piloto, que á los treinta años llevaba quince de largas navegaciones, y en cosas de mar podía colocarse al lado del primero. Que su hijo Rafaelito, pues así le llamaba el buen anciano, era el hombre más cabal del mundo; con las solas faltas, si faltas son en tal oficio, de ser muy gastador y tener un genio violentísimo, capaz de arremeter contra una legión de demonios.

Como no hay plazo que no se cumpla, ni día que no llegue, al fin llegó el del embarque de Eugenia y su partida para el opuesto hemisferio. No sin lágrimas y abrazos se despidieron las tres mujeres, en cuyos corazones había hecho nacer un verdadero afecto el trato de familia y los años pasados en

amistosa convivencia. De seguro ninguna prueba hay tan grande como la de vivir juntos; pues de este modo las personas acaban por tirarse los trastos á la cabeza, ó por profesarse cariño y estimación. Esto había sucedido entre ellas, y ésta era la causa de su pesar: ¡es tan larga la distancia entre la Península Ibérica y el Archipiélago Filipino! ¡Son tantos los que se embarcan para aquel insalubre clima y tan pocos los que vuelven! Y aunque al cabo de una ausencia más ó menos larga y penosa regresen á la madre patria, ¡cuán pocos traen el vigor, la salud y hasta el juicio que llevaron! Nadie los conoce al retorno: achacosos, débiles y amarillos, parecen enfermos escapados de algún hospital, sin contar las perturbaciones que en su mente produce la endémica *chifladura*, de que pocos logran escaparse.

Entre lágrimas y abrazos convinieron las tres amigas en darse noticias mutuas por el correo, aprovechando para esto las nuevas líneas ó mensajerías de vapor, que por entonces acababan de establecerse. Eugenia prometió, además, ir escribiendo desde la travesía una apuntación diaria, ó cuasi diaria, especie de *memorándum* autobiográfico y minucioso, que al desembarcar enviaría por el primer correo á Julia, pues tal era el nombre de su compañera de colegio, á quien miraba como hermana, y como á tal quería entrañablemente.

¿Diré ahora que el *Veloz* levó anclas; que á los soplos del viento se hincharon y redondearon sus velas como el seno de una muchachuela flacucha al hacerse mujer y ponerse gorda; que por sobre la obra muerta se agitaron brazos y pañuelos en señal



de despedida, respondiendo á otras demostraciones igualmente amistosas que desde las murallas y muelle de Cádiz hacían los que se quedaban; y que, por último, desapareció tras la gran curva del Océano el casco del buque, después las velas, y á poco los topes y gallardetes de los mástiles mayores? ¿Necesitaré añadir, como dice un poeta, que entre los que se iban y los que se quedaban surgían del pensamiento tristes reflexiones y temores más ó menos justificados y vehementes? «¿Quién sabe si los encontraré á mi vuelta!», se preguntaban los unos. «¿Quién sabe si volverán!», murmuraban los otros.

Y yo digo: sálvese quien pueda, y el muerto al hoyo, y el vivo al bollo; pues no trato de entristecer ahora á mis lectores con reflexiones filosófico-lúgubres acerca de las miserias de la vida é inestabilidad de los destinos humanos. Quédese esto para los predicadores trashumantes, que andan por toda la Cuaresma de pueblo en pueblo repartiendo la palabra divina, como si dijéramos, á domicilio, y vamos á lo que importa.

II

En aquella época, esto es, cuando se embarcó Eugenia en el muelle gaditano, el viaje desde nuestra Península al Archipiélago Filipino era largo y peligroso, mucho más largo y peligroso que hoy. Aun no se le había ocurrido á Lesseps juntar el mar

Mediterráneo con el Rojo, convirtiendo en inmensa isla esa gran península africana donde holgadamente caben varios territorios tamaños como Europa; ó si el tal proyecto se le había ocurrido, todavía no lo había llevado á feliz término y remate, ni lo había comenzado siquiera. Por tanto, en vez de acortar medio camino por el istmo de Suez, navegaban los buques por el Atlántico paralelamente á las africanas costas, doblaban luego el cabo de Buena Esperanza, como si fueran á la parte meridional del continente asiático, hasta dar con la extensa isla de Luzón y puerto de Manila, regular fondeadero de nuestros buques. Así, por causa de tanto rodeo y por ser, no de vapor, sino de vela, casi todos los barcos mercantes, gastábase en la travesía la friolera de cuatro á seis meses por término medio, según el tiempo y las condiciones marineras de las naves. Transporte hubo de tan lento andar, ó tan azotado de contrarias brisas, que hizo exclamar á un soldado andaluz destinado á la guarnición de Cavite: — No sé pa qué nos mandan: de aquí á ochenta ó noventa años cuando lleguemos, ya se habrá jundío la isla; y si no se jundío, lo mesmo da par caso, poique estaremos en la senetú y jechos unos petates apolillaos de puro viejos. Más valía que nos mandaran por el telegrafo.

No es de extrañar, pues, que sólo al cabo de once largos meses llegara á la calle de la Madera, en Madrid, donde habitaban Julia y su madre, en otro tiempo inseparables amigas de Eugenia, circunstancias noticias de ésta, así como de su viaje, que no fué de los más largos, ni tampoco ciertamente de los peores.

Contenía la carta multitud de pormenores relativos á su tío, al carácter y condiciones de éste, á la hermosa casa donde habitaba, cuyo mejor departamento, ricamente amueblado, fué cedido á la sobrina, y otra porción de menudencias propias de mujeres, que ahora no vienen al caso y por eso no las consigno en estos verídicos renglones. Lo interesante y notable era una especie de Memoria ó Diario de navegación que, según lo ofrecido á sus amigas por Eugenia, llegaba juntamente con la misiva y bajo el mismo sobre, escrito de menudísima letra con sumo primor en ese papel delgado y casi transparente que suele usarse para la correspondencia de Ultramar y llaman tela de cebolla. El tal cuaderno decía... pero, detente, pluma, y no lo copies todo á la letra, sino aquellos fragmentos ó trozos que á mi propósito se refieren :

.....
FRAGMENTO 1.º — Prometí escribiros este viaje, mis queridas amigas, y en la forzosa ociosidad á que tan larga navegación me condena, ninguna cosa tan fácil para mí, ni tan agradable para mi corazón, como el cumplir mi ofrecimiento. Bien sabéis que antes de separarnos me echabais en cara, como una aprensión inmotivada, mi tenaz presentimiento de que alguna cosa extraña y notable me había de suceder en esta travesía. Convengo en que ni tenía ni tengo motivos para temer ni esperar nada, ni para formular pronósticos de ninguna especie. Pero, ¿qué queréis? Estas son cosas instintivas, presentimientos, corazonadas, como las suelen llamar, y no se manda al corazón. El mío es fiel y jamás me avisó en vano.

Á poco de separaros de mí, cuando todavía me dabais la despedida agitando vuestros pañuelos desde el muelle, un marinero se encargó de colocar



..... mirando desvanecerse la costa...

mi reducido equipaje, me señaló mi camarote y en seguida subí de nuevo á cubierta, donde permanecí mirando desvanecerse en el horizonte la costa de

mi querida España, hasta que sólo vi alrededor del buque la gran extensión del Océano. ¡Cosa más imponente y sublime no puede imaginarse! ¡Qué rumor, qué frescura, qué delicadas tintas en el cielo y en las aguas! ¡Y con qué gallardía va el buque hendiendo las olas y arrojando á un lado y otro largas bandas de espuma! Parece una mujer esbelta y airosa que deja en pos de sí, al cruzar por entre la multitud, perfumes suaves y murmullos lisonjeros, que la admiración arranca de todos los labios. Como sabéis, queridas amigas, yo nunca había visto el mar sino en esos lindos paisajes de marinas que hay en el Museo de Madrid; pero ¡qué diferencia de lo vivo á lo pintado! ¡La Naturaleza, gran maestra de los artistas, es el artista supremo, siempre inspirado y siempre inagotable!

Perdonadme si dedico estas cuatro palabras á expresar mi entusiasmo: verdaderamente aquel soberbio espectáculo me entusiasmaba con emoción profunda: bien sabéis que si jamás compuse versos, tengo alma de poeta, y nada hay grande, bello, tierno ó generoso, que en mí no levante un eco de admiración y simpatía. Largo rato pasé como en éxtasis contemplando el mar, las nubes, el cielo, mas... ¿por qué lloraba? Lo ignoro: sólo os puedo decir que mis lágrimas no eran amargas, sino dulces y suaves. Una campana que sonó á bordo me sacó de mis reflexiones; enjugué mi llanto, y, al volverme, vi á mi espalda una figura alta y derecha. No hay duda: aquel hombre había estado contemplándome en silencio. Era el hijo del anciano piloto enfermo á quien visitamos en Cádiz: aquel Rafaelito, como tiernamente le llamaba su padre cuan-

do habló de él con nosotras: para los padres, por una singular ilusión del cariño, los hijos siempre son los seres débiles y pequeños que han visto sonreír en la cuna, ó jugar medio desnudos en el suelo cuando ensayaban sus primeros pasos: así el señor Valcárcel nos decía «mi Rafaelito, mi niño», refiriéndose á este hombre alto, enjuto y fuerte como un atleta, curtido por largas navegaciones y acostumbrado á todo género de peligros.

Pues el tal D. Rafael, á quien no he de llamar Rafaelito, como lo hace su padre, en nombre de éste se presentó á mí, ofreciéndome como capitán-piloto del buque. Me ha parecido un hombre singular: su voz es dura y breve: habla en imperativo: —Mandaré usted; pedirá y tendrá lo que quiera: leerá mis libros: hágase cuenta de que soy su hermano. — Así dijo, y me volvió la espalda. Ni tiempo tuve de darle las gracias. ¡Vaya si son raros estos marinos! Pero ¡qué ojos tiene!

.....

FRAGMENTO 2.º—Dicen que pronto llegará el *Telez* á las Canarias y allí hará aguada, esto es, tomará el agua suficiente para continuar su viaje. Yo no entiendo de estas cosas; pero me parece que todo buque debería siempre llevar agua de sobra, por ser tan indispensable para la vida como el alimento. Cuando falta, ¡Dios mío, qué angustia debe ser para los infelices navegantes! ¡Sentir una sed rabiosa, flotar sobre un mundo de olas y no poder satisfacerla! En libros de navegaciones he leído lances que horrorizan. También leí no ha mucho tiempo que se han inventado máquinas para descomponer el agua salada y hacerla potable y dulce como

si acabase de brotar de una pura fuente. ¡Bendito sea mil veces el hombre que emplea su talento en beneficio de sus semejantes!

Hablé de esto con el capitán, y por toda respuesta me dijo que yo tengo muy buena cara, y un corazón mejor todavía. Como de costumbre, la conversación fué muy breve: este hombre tan firme y enérgico parece que me ha tomado miedo, según me huye. ¿Seré antipática y repulsiva para él? No: me colma de atenciones, me envía sus mejores libros y láminas, y no doy un paso sin que observe su vista clavada en mí, de cerca ó de lejos. Pero ¡qué ojos tiene este hombre! ¡Qué ojos! ¡Si parecen dos espadas!

.....

FRAGMENTO 3.º—El *Veloz* es un buque bastante capaz; pero aunque fuese doble mayor, creo que no sobraría nada, según el número de pasajeros que vamos á bordo. Nunca me figuré que hubiese tanta gente con negocios en Filipinas. ¡Y qué variedad tan grande en profesiones, tipos y figuras! Van aquí muestras de todo, como en el equipaje de un comisionista: hermanas de la Caridad, empleados, militares, negociantes, clérigos, mujeres, niños, y hasta varios infelices arrancados á su país y familia y deportados á Fernando Poo unos, y otros á las Marianas. Según dicen, somos 367 personas á bordo del buque. Tamaña aglomeración produce los naturales resultados: al principio todo era pláticas amenas, confidencias mutuas, ofrecimientos amistosos; después, las molestias que necesariamente los pasajeros se causaban unos á otros, hicieron brotar las murmuraciones, las quejas, y, por últi-

mo, verdaderas riñas que, sin la enérgica intervención del capitán, hubieran concluído con derramamiento de sangre. Aun no me salió del cuerpo el susto que llevé por una de ellas.

Ayer estaba la tarde hermosísima: ni calor, ni frío, ni viento fuerte, sino una brisa templada y suave: el mar, apacible como el estanque del Retiro: el cielo azul, sin una sola nube en cuanto alcanzaba la vista. Sentada á popa, no lejos del timón, leía con avidez un libro muy entretenido, novela cuya heroína se parece á mí algún tanto en ser huérfana, joven y haber tenido que luchar con mil trabajos desde los primeros años de su juventud. Tanto me interesaba la narración, que no me había fijado en el áspero rumor de varias voces acaloradas por la ira: semejante disputa me incomodaba como un ruido desagradable de que procuraba no hacer caso; pero, de repente, gritos de señoras, juramentos de hombres y el más espantoso tumulto hizo caer el libro de mis manos y que me levantase toda sobresaltada y temblando. Un banquillo de tijera, disparado con furia, pasó tan cerca de mí, que me hizo aire en la cara; si llega á darme de lleno, creo que me deja muerta en el sitio. Figuraos, queridas amigas, mi sorpresa y mi susto. Más de cuarenta personas, señoras y caballeros, corrían de un lado á otro, empujándose y gritando como dementes, y en medio del tropel, dos hombres coléricos y rojos como la grana se daban golpes terribles. Pronto en la diestra del uno brilló una espada que sacó de un grueso bastón, y en la del otro una pistola: aun me parece oír el ruido metálico de los muelles al montarla; porque, amigas mías, por desgracia

me hallaba muy cerca, y me había quedado sin poder moverme, como si no tuviese piernas ó hubiera echado raíces en aquel sitio. Yo no sé en qué hubiera parado semejante lucha, ó, mejor dicho, sé que hubiera corrido la sangre de uno ó de ambos adversarios, disponiendo de un minuto más para herirse y destrozarse. Una voz de trueno gritó «¡Alto!», y los furiosos contendientes se quedaron inmóviles. Era el capitán que llegaba.

No sé de dónde venía, ni le había visto desde por la mañana. Traía la gorra tirada hacia atrás. los ojos relucientes, la barba erizada y un ademán que daba espanto. Parecía una fiera. Sin añadir palabra, de un zarpazo arrebató la pistola al uno y la arrojó al mar: en seguida arrancó la espada al otro, la rompió como una caña y la tiró al agua también: y asiendo con cada mano á cada uno de los contendientes, y zamarreándolos como si fuesen muñecos, les dijo con esa voz que no admite réplica:

— Han de saber ustedes que aquí no hay más capitán, ni más rey, ni más autoridad que yo. Si esto se repite, ustedes ó cualquiera otro que falte al orden, aunque sea hijo del Padre Eterno, llegará á Filipinas preso en la bodega y con una barra de grillos á los pies. Que no me obligue nadie á cumplir mi palabra.

Dicho esto, amigas mías, pareció cosa de milagro, según el silencio que sucedió al tremendo alboroto: ambos contendientes tiraron cada cual por su lado, sin mirarse siquiera: en los diferentes corrillos se hablaba con voz baja y contenida: el tenue rumor de las olas se oía claro y distinto, como si nadie hubiese á bordo. Poco después se hizo no-

che, sonó la campana, cenamos taciturnos como frailes y en seguida fué cada cual á cobijarse en su nido, esperando la aurora.

Yo tardé bastante en dormirme, pues todos mis nervios estaban muy agitados: tuve un sueño rarísimo, cuyos pormenores no recuerdo bien: lo principal es que me hallaba en una mazmorra muy obscura, donde no veía ni los dedos de mi mano. Cerca sonaban bramidos de toros, rugidos de leones, aullidos de lobos, y cada vez sonaban más cerca de mí, como si vinieran á devorarme. Yo estaba casi á punto de morirme de miedo. De repente dos lámparas brillantes como dos soles, descendieron de lo alto y alumbraron aquella tétrica mansión, ó calabozo, ó lo que fuera. Las lámparas se encaminaron á la puerta, y siguiéndolas yo, pronto me hallé libre y fuera de todo peligro. Entonces, serenado ya el ánimo, miré bien y me hice cargo de las cosas. Á mi lado estaba el brioso capitán Rafael, mi libertador. Las dos lámparas que yo había visto eran sus ojos. ¡Dios mío, qué ojos tiene este hombre!

.....

FRAGMENTO 4.º — Por lo visto, está de Dios que no han de acabarse las cuestiones. Estas brisas marinas parece que soliviantan los nervios y excitan los ánimos á buscar peleas: felizmente, las posteriores á la que os referí apenas merecen tal nombre, pues se han limitado á ciertas palabras duras cambiadas entre algunos pasajeros, con promesa ó amenaza de llegar á las manos cuando desembarquen. Mas, según aquí dicen y yo creo, todos estos propósitos batalladores se desvanecen luego como el humo con la alegría de la llegada. Es natural.

Sentar el pie en tierra firme, pasear sobre verde alfombra de hierba, descansar á la sombra de los árboles, hallarse libres del vaivén y la furia del viento y de las olas... aunque no sea más que esto, basta para borrar cualquiera antipatía, cualquier pique ó disgusto nacido de la prolongada permanencia en la estrechez de un buque, donde forzosamente recibimos y causamos mil molestias, que no siempre la buena educación alcanza á disimular como debiera. Y si al placer natural de la llegada se une el de encontrar la familia, el de abrazar á una esposa amante, á un padre anciano, á unos hijos queridos, ¿quién piensa entonces en odios y peleas? Demasiadas amarguras inevitables lleva consigo la vida, para que nos empeñemos de un modo insensato en buscar otras y otras con que hacernos más infelices.

Pero, basta de reflexiones, y vamos al acontecimiento del día. En la primera hora de la mañana, al subir á cubierta, oímos lejano, muy lejano, el estampido del cañón. Yo no sabía lo que era hasta que me lo dijeron; porque el Océano tiene todos los tonos y remeda todos los sonidos, así el susurro del céfiro entre la arboleda, como el fragor de una batería, ó el estruendo de muchos escuadrones galopando por las llanuras. Era un barco en peligro, y con la voz del cañón pedía socorro. Me indicaron el sitio, y sólo vi un punto obscuro: lo mismo podía ser un barco que una roca, una nube ú otra cosa cualquiera. El contramaestre dijo:—Es un buque de tres palos: me parece inglés.

Dios me perdone el mal pensamiento, pero al oírle tales palabras sospeché si estaría borracho ó de mente. Que lo anunciara por buque, pase; pues en

tal sitio no podía ser un palacio, ni una catedral; ¡pero asegurar que tenía tres palos y que parecía inglés! Mi vista es buena, y yo no veía tres palos, ni siquiera uno. Y luego, los barcos ingleses, ¿son cuadrados ó de alguna forma especial para distinguirlos de otros á semejante distancia? Pero, ¡cuál no fué mi sorpresa cuando el capitán, poniéndose



— Brigbarca inglés...

la mano como pantalla sobre los ojos, exclamó:—Sí, de tres palos y aparejo de brik-barca : debe ser inglés!—Y estirando y enfilando el antejo, añadió : — Brigbarca inglés, de la matrícula de Liverpool : no me había equivocado.

¡Pero estos hombres tienen los demonios en el cuerpo! Son capaces de ver de noche entre las más

densas tinieblas, como los buhos y los gatos! Dice bien el adagio, que nada hay como el viajar para ir encontrando cosas nuevas. Nunca lo hubiera creído.

Varió de rumbo el *Veloz* y puso la proa en dirección al brigbarca. Al cabo de algunas horas de viento contrario y penosos esfuerzos de la tripulación, conseguimos acercarnos á los que demandaban socorro. Según dijeron, el timón se les había roto y además una ancha vía de agua penetraba en el buque, amenazando inundarlo todo. Del continuo y fatigoso manejo de las bombas estaba rendida su gente. La nuestra ayudó con ardor: á la caída de la tarde ya estaba desaguado el casco, tapada sólidamente la abertura y reparado el timón. Para trabajar á destajo, nadie como los marinos: parecen locos poseídos de un frenesí de actividad; pero todo se hace con admirable orden y concierto. Este día hicimos una buena obra: y digo hicimos, aunque yo nada hice, porque allí estuve y por la satisfacción que me produjo. El *Veloz*, con toda su lona desplegada á una fresca brisa, recobra su rumbo con tal rapidez como si quisiera compensar el tiempo perdido. ¡Perdido! Las esposas, los hijos, y sobre todo las madres de aquellos extranjeros á quienes socorrimos como hermanos, pueden responder si fué un día vacío el más agradable tal vez á los ojos de Dios.

Á la mañana siguiente me dijo el capitán que deseaba hablarme después del almuerzo. Diciendo esto se puso muy colorado y casi tartamudeaba. Yo le contesté que después del almuerzo subiría á leer á la toldilla. Subí, le esperé, y en todo el día se

acercó á mi lado. Por la tarde, casi al obscurecer, vino á sentarse junto á mí : parecía triste y caviloso. ¿Qué pensaréis que me dijo, queridas amigas? Pues no me dijo nada. Me miró con sus ojos luminosos, y haciendo un esfuerzo, se levantó murmurando : — ¡Qué cobarde soy! — ¡Ah! y cogiéndome una mano, me dió tal apretón, que me hizo crujir los huesos y lanzar un quejido. Entonces balbuceó avergonzado : — ¡Perdonadme! ¡Qué bruto soy!

Yo me quedé perpleja : me había pedido una cita, porque aquello era una cita verdadera; tenía que hablarme cosa de importancia, pues así lo revelaba su tono y aire de misterio, ¿y todo para decirme luego que es un bruto y un cobarde? ¡Cobarde, bruto! Para mí es más valiente que el Cid Campeador y tiene más talento que los siete sabios de Grecia. ¿Se puede ser cobarde ni bruto con semejantes ojos, que parecen dos faroles?

.....
FRAGMENTO 5.º — Ya pareció aquello. Lo que deseaba decirme el capitán ya me lo había dicho cien veces con la mirada.

Tengo veintidós años cumplidos, que para una mujer son como treinta lo menos para un hombre; pero aunque fuera una niña inocente, lo hubiese comprendido con la misma seguridad y de igual modo. ¿Hay acaso nadie tan torpe, ó tan abstraído de cuanto le rodea, que desconozca el amor, cuando amor inspira? Mucho mejor, bajo la corteza de aparentes deferencias y halagos, suele ocultarse el odio. Pero no hablaré de tan ruin sentimiento en día como éste. Queridas amigas, ¿no os anuncié repetidas veces que alguna cosa extraña é importan-

te, buena ó mala, había de sucederme en el camino? Mi fiel corazón no se engañaba. ¿Cómo había de engañarse, si es él, él quien empieza á vivir con doble vida, la de amar y la de ser amado? El buque, el mar y el cielo son hoy para mí un paraíso lleno de bellezas y delicias: las olas arrullan, el viento canta entre los mástiles y cuerdas, el sol brilla como jamás ha brillado para mí. ¡Ay! Si esta felicidad es, como yo, pasajera; si este rayo de luz ha de obscurcerse; si es el amor que inspiro sólo un deseo, y el que siento un sueño hermoso con despertar horrible, ¿no valdría mil veces más morir ahora, ahora mismo, con mi entusiasmo y mi esperanza?

Pero, mis queridas amigas, veo que divago, y conozco que aun llenando muchas hojas, apenas lograría bosquejar mis sentimientos. Perdonadme, y considerad que á nadie, sino á vosotras, puedo comunicarlos. Mi exterior con el capitán es afable, mas reservado y modesto; casi frío. ¿Por qué? No me doy cuenta exacta de ello: le amo y me infunde respeto: en él todo es grande: su inteligencia, su corazón, su valor, hasta su fuerza y su estatura. No está moldeado en el común troquel de los hombres. Hay en él un sello poderoso de originalidad y nobleza: así me lo parece, y así lo dicen todos los del buque, hombres y mujeres. Bien sabéis mi modo de pensar: prefiero marchitarme y envejecer sola, antes que unirme á un cualquiera; no por vano orgullo, sino porque tengo la seguridad de que sería sumamente desdichada. ¿Lo seré con Rafael? No lo creo.

Es hoy el último día de Septiembre y el primero de mi amor. Suceda lo que quiera, no se me olvidará nunca. El 28 fué cuando el capitán quiso hablar-

me, y no halló palabras, y se retiró descontento de su timidez y enfadado consigo mismo. Hoy 30 le vi por la mañana: su barba y sus hermosos cabellos estaban peinados con esmero: también iba mejor vestido que de ordinario. El deseo de parecer bien no pertenece exclusivamente á las mujeres; alcanza á los hombres más varoniles. Nos vimos, nos saludamos, y nada más.

Por la tarde, ya casi al obscurrer, vino á sentarse junto á mí, y como para entrar en materia, me presentó un dibujo hecho á dos lápices, preguntándome qué me parecía. Me quedé asombrada. Era yo, yo misma; pero idealizada y embellecida por el arte. Le pregunté quién había hecho tan precioso dibujo, y me contestó:

— El hombre que hizo ese dibujo es el mismo que ayer tartamudeaba como un niño cuando intentaba expresar sus sentimientos, el que haría los imposibles por agradar á la que adora. Soy yo, que á los treinta años despierto al amor; ¡sí, á los treinta años! ¡Á la edad en que los más de los jóvenes son ya viejos y se llaman desengañados, y de la copa de la existencia sólo conservan las heces corrompidas! El trabajo continuo, desde que empezó mi juventud, la agitación y movilidad del navegante y mi profunda aversión á todo cuanto es fingimiento y galanteo vano, me han preservado de esas relaciones vulgares, que...

— Perdone la interrupción. Al pie de mi retrato hay una fecha: la del día anterior á mi embarque. No conociéndome entonces, ni habiéndome visto siquiera, ¿cómo pudo retratarme?

— ¡Que no la había visto, que no la conocía! La

había visto en la fonda donde se hospedaba, en misa, en el paseo de la muralla, en el muelle... Cuando usted, acompañada de otras dos señoras, visitó á mi padre, yo estaba cerca y la oí hablar, y su voz me estremecía. Entonces se me ocurrió hacer el retrato. ¡Que no la conocía! La prueba de que la conocí, y de que la conocí bien, es lo que le digo ahora.

Hizo una pausa, y prosiguió :

— Yo la quiero con verdad. Soy de carácter absoluto y no admito las cosas á medias. Si me corresponde, sé que será sin doblez, por entero.

Y viendo que iba á responderle, añadió con tono imperativo :

— No, no me conteste ahora. Piénselo bien durante tres días. Hasta entonces. De cualquier modo, yo no he de cambiar. En vida y en muerte, ésta es mi mano.

Alargué la mía y sentí que la suya me quemaba. Debía tener fiebre. Se retiró con la cabeza erguida, respirando fuerte, como quien deja un peso que le agobiaba. Este peso era su secreto. ¡Su secreto! ¿Pues no lo había conocido yo, sin que me lo confesara?

.....
FRAGMENTO 6.º — ¡Qué hombre es este hombre! En tres días no me dirigió palabra, ni se acercó á mí, ni siquiera vi que me mirara. Sin embargo, le conocí que estaba alegre. ¿Habría también adivinado, leyendo en mi corazón como yo en el suyo? Esto es lo probable; no : es lo cierto. Aunque la natural circunspección de la mujer procure velar sus afectos, ¿puede la luz encerrarse en un vaso sin que

algún resplandor salga fuera? Concluído el plazo de los tres días, se acercó á mí el capitán, Rafael, mi Rafael, como le llama su padre. Cuando yo también le doy este nombre, mis queridas amigas, no necesito deciros cuál fué mi respuesta.

.....
FRAGMENTO 7.º — Las armonías que en el cielo escuchan los bienaventurados en continuo éxtasis, de seguro no son tan gratas y dulces al corazón como la voz querida. Sentado junto á mí largo rato, me estuvo contando Rafael sus sentimientos, sus planes, sus pesares y alegrías desde la hora en que me vió en Cádiz. Había oído que yo era muy rica, y esto le puso furioso. Hizo por olvidarme. Un carácter tan altivo como el suyo se indignaba ante la idea de que yo pudiera sospechar, ni aun remotamente, en él un móvil interesado. Supo después que no era rica yo, sino mi tío el de Filipinas; y aun esto no tanto, ni con mucho, de lo que antes había sido; pues la mala salud de mi pariente y sus pesares domésticos le apartaron de la necesaria vigilancia de los negocios, por lo que últimamente había experimentado crecidas pérdidas. — No deseo mal á nadie — añadía Rafael al llegar á este punto; — pero sí he deseado la ruina de tu tío, y cuando supe que se hallaba reducido á una mediana posición, me alegré en el alma. Porque yo te quiero á ti, á ti sola, y que no tengas sino lo que yo te dé, y que no veas sino por mis ojos, y que sólo vivas de mi propia vida.

Me dijo también que su mejor amigo era su padre, y que éste conocía y aprobaba su pasión por mí; que el día mismo de nuestra visita, y poco des-

pués de retirarnos, me había elogiado mucho, lo que acabó de entusiasmarle; pues su padre es hombre de tan clarísimo entendimiento y suma perspicacia, que con sólo mirar á una persona la veía por dentro, y no se equivocaba nunca en tales juicios.

Sobre esta penetración extraordinaria quise bromear un poco, suponiéndola respecto de mí demasiado benévola y acusándome de voluntariosa, mudable, interesada, etc., con otros defectos que, en honor de la verdad, amigas mías, me parece que no tengo. Entonces Rafael me dijo con gravedad :

— No te calumnies, Eugenia : si no fueras lo que eres, no habrías causado en mí una impresión tan profunda. Yo soy hijo de mi padre, y, como mi padre, siento crecer la hierba y sé distinguir las personas á la primera ojeada. Bajo el rudo aspecto del hombre de mar, tengo una sagacidad y conocimiento del mundo, como tú no puedes imaginarte. Entre mi pelo negro hay hebras de plata; pues estas canas no me han salido de viejo, sino de reflexivo y estudioso. Antes creería yo que esas estrellas y esos mundos que brillan ahora sobre nosotros alterarían su curso regulado por toda la eternidad, que suponer en ti la menor bajeza. ¡Pues qué! Si alguien te hablase mal de mí, ¿darías crédito á sus calumnias?

Sólo con lágrimas pude contestarle. ¡Yo dudar de Rafael! En su noble frente, en su mirada, en sus palabras todas, en el acento mismo con que las dice, hasta en la atmósfera que le rodea, ¿no se refleja el amor más verdadero y grande? ¿No lo siento yo como se sienten los olores, aunque no se vean las rosas que los producen? Y después de todo, allí

donde comienza la duda, ¿no empieza también la muerte del amor? Pues yo no quiero que muera el mío.

.....
FRAGMENTO 8.º — ¡Qué coincidencias, ó casualidades, ó como se les quiera llamar, ocurren á veces! En el *Veloz*, después de una breve estancia en la Península, regresa á Filipinas un comerciante, ya anciano, que ha tenido negocios con mi tío, y es vecino y grande amigo suyo. Por él supe que mi pobre pariente se halla muy abatido y con seso no muy cabal, y tan desmemoriado, que á veces no recuerda las cosas más graves; ó si las recuerda, es de una manera tan confusa y vaga como las imágenes de un sueño medio borradas ya de la mente. Que semejante estado no es hijo de la mucha edad, pues no tiene tanta como para esto, sino de los pesares y también de la perniciosa influencia del clima filipino sobre los europeos. Añadió muchos pormenores que me descubrieron claramente el carácter atrabiliario y maniático de mi tío. Para concluir, aseguró como posible que al presentarme en su casa, á pesar de haberme llamado con instancias tan cariñosas y vivas, saliera diciendo que no recordaba tener sobrina ninguna.

Esto me dejó fría: Rafael lo oyó también, y al retirarse el comerciante hablamos de lo que pudiera influir en nuestros futuros días el deplorable estado de mi tutor y más próximo pariente. Como el amor anda siempre acompañado de temores y recelos, Rafael me ponderó los suyos, proponiéndome casarnos en el mismo buque, por ser ambos solteros, dueños de nuestra libertad y estar conformes

en unir nuestra suerte. Que en el *Veloz* venían dos clérigos, y cualquiera de ellos nos daría su bendición; con lo cual nos excusábamos de muchas dificultades suscitadas por el carácter de mi tío; y cuando éste lo supiese, ya no tendría más remedio que conformarse con lo hecho.

Aunque interiormente me agradó mucho esta resolución de Rafael, no convine con ella. Le manifesté que antes del matrimonio hay varias formalidades, como presentación de papeles de familia, amonestaciones y otras, que exigen tiempo, y nosotros lo tenemos de sobra, por lo cual podíamos esperar á que todo se hiciera según sus trámites regulares, y no atropelladamente, á estilo de moribundos, que desean aprovechar los últimos minutos de su vida. Se sonrió al oír mis reflexiones, y dándome un beso... con los ojos, nada más que con los ojos, cuyo fuego creí sentir en mis labios, se retiró á su camarote.

.....

FRAGMENTO 9.º — No sé qué le pasa á Rafael. Apenas me habla, apenas me mira. ¿Estará enfadado conmigo? Hace ya seis ó siete días que me dirijo esta pregunta: — ¿Acaso tendrá celos? — Pero, ¿de quién? ¿Con qué motivo? Yo rehuyo toda conversación y familiaridad con los pasajeros jóvenes, empleo la mayor parte del tiempo en la lectura, y sólo hablo algunos ratos con otras señoras, ó con el anciano comerciante amigo de mi tío. ¿Serán celos retrospectivos, esto es, celos referentes al tiempo de mi estancia en Madrid, cuando no le había conocido, ni aun sabía que existiese en el mundo? Esto es absurdo, pero posible. Con regular figura y habien-

do llegado á los veintidós años, imaginará Rafael que he tenido ya otros amores, que mi corazón ha palpitado por otro; y esta imaginación le basta para turbar con su ceño nuestras expansiones y alegrías.

Vosotras, cariñosas amigas, que ha tanto tiempo me tratáis, sabéis perfectamente que jamás tuve novio; pero aunque lo hubiese tenido, ¿sería esto una falta? De ninguna manera. ¿Será otra la causa de la seriedad, mejor dicho, del adusto ceño de Rafael? Inútilmente me devano los sesos con mil cavilaciones; si le pregunto, sólo contesta con evasivas. Este es un tormento inaguantable para mí; aunque hombre de genio violento, preferiría verle enfadado antes que taciturno y triste. Dicen que el amor va siempre acompañado de pesares; y si no hay motivos para tenerlos, la imaginación los finge, los abulta y con ellos nos atormenta. Los que tal aseguran, ¡cuánta razón tienen!

.....
 FRAGMENTO 10.º—La impaciencia y carácter impetuoso de Rafael son causa de su tristeza y mal humor. Sin atender á mis reflexiones, habló de nuestro matrimonio á uno y luego al otro de los dos sacerdotes que vienen á bordo; y ambos le dijeron lo mismo que yo le había dicho antes, negándose á casarnos hasta nuestra llegada á Filipinas y previas las amonestaciones y formalidades de costumbre. Esta contrariedad le incomodó mucho, y al referirme sus gestiones no pude menos de sonreír, comparándole á un niño enfadado porque le niegan su juguete.

¡Nunca lo hubiera dicho! Me miró con ojos terri-

bles, y no me contestó; pero se puso muy pálido y después muy encendido. Tras un rato de penoso silencio, extendió el brazo y murmuró entre dientes: — ¡ Ah, señores curas! ¿ Conque no me casaréis con ella? ¡ Pues me casaré yo, yo, con bendiciones ó sin bendiciones, aunque tenga que hacer una barbaridad y á todos nos lleven quincemil demonios!

Se levantó y se fué. No me atreví á chistar, no dije palabra. Jamás le había visto tan exaltado. Una sospecha pasó por mi imaginación como un relámpago. ¿ Estará loco? No : si acaso, loco de amor; aunque con franqueza os digo, queridas amigas, que nunca me creí capaz de inspirar tan furiosas pasiones. Á mí misma os aseguro que semejante ardor me parece inverosímil. Después he reflexionado esto, y tal vez acierte. En la capital de España los jóvenes empiezan muy temprano sus galanteos y disipaciones; de suerte que, al llegar á la edad varonil, se hallan marchitos y gastados, física y moralmente, por lo cual sus preferencias amorosas suelen ser antojos ó caprichos; pero tratándose de un hombre como Rafael, de un hombre con un corazón de fuego en un cuerpo de atleta, y que por primera vez se enamora á los treinta años, debe experimentar

Inmenso amor, riquísima ventura
Que ignoran los mortales corazones,
Si el varonil vigor aun no han sentido,
Y está el candor de su niñez perdido :

como escribía Espronceda, pintando al Adán de su *Diablo Mundo*, cuyos versos en gran parte quedaron en mi memoria. ¿ Os acordáis de aquellas tran-

quilas veladas en que á la luz de la misma lámpara, vosotras hacíais labor en silencio y yo os entretenía con la lectura de nuestros mejores poetas y novelistas? Sí, de seguro las recordáis, pues tales cosas no se olvidan nunca. Pero, volviendo á mi pleito, os digo que, sin embargo de las mencionadas reflexiones, me extraña la conducta de Rafael y me da mucho en qué pensar. ¡Casarnos con bendiciones, ó sin bendiciones! ¡Hacer una barbaridad! ¡Vamos! Estas cosas acaban con mi alegría y hasta me roban el sueño. Anoche no pude dormir ni un momento; hoy, teniendo un libro en las manos, cuando lo eché de ver, advertí que hacía dos horas estaba en la misma página. De cualquier modo, preciso es que esto concluya. ¡Oh, Rafael mío!

.....

FRAGMENTO 11.º — Ya se aclaró todo. Rafael me habló largamente, con sinceridad, y al mismo tiempo con sentimiento y amargura. ¡Dios mío! ¿Es posible que me haya creído vanidosa, y vanidosa hasta el extremo de menospreciarle, de menospreciarle á él, que vale mil veces más que yo? Su padre es hombre de humilde origen : comenzó de marinero, y por su talento, por su aplicación, por su carácter firme y valeroso, fué ascendiendo á medida que con la práctica y el estudio cultivaba su inteligencia, hasta llegar al empleo y título de piloto de altura, ó primer piloto de la carrera de Indias. Esto me dijo, añadiendo que yo, hija de un caballero distinguido y noble por su cuna, podía tener algún reparo en unirme á él; cosa que había temido desde el principio de nuestras relaciones. Que fundándose en la bondad de mi alma y en el cariño que le ma-

nifestaba, había desechado semejante recelo; mas mi oposición á casarme en el buque hizo revivir sus temores y presentarse nuevamente, anublando su esperanza y robándole su alegría. Por último, que él no es hombre de retroceder nunca en ningún empeño, y menos aún tratándose de mí; que si no nos casaba un clérigo aquella misma semana, él era muy capaz de poner fuego á dos barriles de pólvora que iban á bordo y mandar el *Veloz* con sus tripulantes y pasajeros hechos pedazos á los profundos infiernos.

Figuraos, mis buenas amigas, cuál me quedaría yo al escucharle. Quise enfadarme con él, ó hacer que me enfadaba, pues á ninguna mujer le disgusta inspirar un afecto vehementísimo; pero consideré al punto que esto sería echar leña al fuego y exasperar á quien es para mí lo primero del mundo, y por quien daría toda la sangre de mis venas. Procuré calmarle, tranquilizarle con las seguridades de mi amor entrañable y firme, jurándole que para mí no hay hombre alguno comparable á él, sea príncipe, rey ó emperador. Mas también le aseguré á continuación que si estaba resuelta á ser su esposa, con lo cual me tendría por muy honrada, de ningún modo pensaba ser su querida, añadiendo sobre este punto las consideraciones que entonces me ocurrieron. Mi negativa, y más todavía las reflexiones en que procuré fundarla, hicieron en su ánimo la peor impresión del mundo: por primera vez vi en sus labios la ironía y en sus ojos cierta mirada desdeñosa que me hirió profundamente. mientras con voz contenida y sorda me decía:

—Haces bien, Eugenia; ámame, pero no te en-

tregues al amor sino bajo la fianza de anterior matrimonio. Es lo más prudente. En cobrar por adelantado no hay engaño. Podrías escribir un tratado de moral y otro de comercio. Hasta aquí me pareciste joven apasionada; ahora quieres aparecer joven experimentada. Te repito que haces bien. No pensaría más cuerdamente una señora de sesenta años. En Madrid se aprenden muchas cosas. No en balde naciste en la capital y te has criado y has crecido en ella.

Y se echó á reir de un modo lúgubre. Sus palabras me hicieron daño como puñaladas, y más aún el tono con que las decía. Luego prosiguió, sin mirarme siquiera y moviendo la cabeza con lentitud :

— Te has lucido, Rafael. Entregas tu corazón, y no lo admiten sino bajo recibo. Tú ardes, y ella calcula: hablas de amor, y ella... ella te responde con sermones de moral.

Y mirándome fijamente, añadió :

— Puedes gloriarte de tu hazaña. Me has herido en mitad del pecho; pero yo, y tú, y todos los que aquí vamos, inocentes y culpables, nos curaremos muy pronto de nuestras heridas, pasiones y escrúpulos. Me has perdido. Te doy las gracias por mi anciano padre y por mí. ¡Adiós!

Y se fué. De sus ojos incomparables brotaron dos lágrimas. Para que yo no las viese, me volvió la espalda. Se fué. ¿Necesitaré decir, amigas mías, que toda aquella larga noche la pasé llorando?

.....
FRAGMENTO 12.º — Á la mañana siguiente subí sobre cubierta. No vi á Rafael, ni me atreví á preguntar á nadie. El día estaba hermoso. Ni tierra, ni

rocas, ni un barco á lo lejos, ni una nube en la atmósfera: cielo azul y mar azul por todas partes. Parecía que navegábamos en un fluido infinito. Las velas se redondeaban graciosamente con el fresco soplo de la mañana, y el *Veloz* avanzaba con gallardía como un dios marino, que nada puede temer de las aguas. ¡Y qué! ¿Estaba próximo ya el momento en que tan hermoso buque reventase hecho pedazos por una explosión tremenda? Después de todo, lo menos era el buque: ¿y la gente de que iba lleno? ¡367 personas! ¡Y todas tendrán padres, madres, hermanos, esposas, parientes, alguien á quien amar sobre la tierra! ¡367 vidas!

Pero, Dios mío, ¿esto es un sueño? ¿Pronunció Rafael tan espantosa amenaza, ó es una pesadilla funesta que vino á perturbar mi espíritu? Mientras en mi pobre cabeza batallaban tales ideas, un muchacho de doce á trece años, vestido con el traje de marinero, pasaba y repasaba por delante de mí sin dejar de mirarme. Creí que me hacía señas. Y era verdad: me señalaba un sitio cerca del bauprés en que entonces no había nadie.

Navegaba este muchacho, que era muy listo y ágil, en calidad de grumete, ó más bien de criado de Rafael, que le había recogido en el muelle de Cádiz. No tenía padre ni madre. Este muchacho, cuyo apellido había él mismo olvidado, si alguna vez le tuvo, respondía por el nombre de Manolín. Cuando estuvimos donde podíamos hablar libremente, me dijo con lágrimas que su amo debía de estar enfermo; que aquella noche le había dado de beber más de veinte veces; que la frente le ardía; que se quedaba á ratos como aletargado y entre

dientes murmuraba cosas horribles, como la pólvora, volar el buque, mezclando á ellas mi nombre; que él, aunque niño, conocía muy bien que éramos novios y que habíamos reñido; acabando con rogarme por la Virgen Santísima, por Dios y por todos los santos del cielo procurase tranquilizar á su amo, el mejor hombre del mundo y también el peor cuando se encolerizaba, aunque luego se arrepentía. Esto me contó Manolín, llorando con tal pena que infundía lástima.



Luego nos sentamos juntos, muy juntos...

¡Conque es verdad! No lo había soñado, ni era una pesadilla que al despertar se desvanece. ¡Rafael triste! ¡Rafael enfermo y medio loco y abrasado por la fiebre! ¡Y por mi causa! ¡Antes que darle yo un pesar, prefiero ver hundirse los cielos y la

tierra! ¿Qué puede sucederme? ¿Que se canse de mí, que después me abandone? ¡Imposible! ¿Dónde encontrará quien más le quiera?

Pasó toda la mañana. Á la tarde le vi : ¡qué pálido estaba! ¡Con qué sombrío fuego resplandecían sus ojos! Era la verdad, la pura verdad lo que Manolín me había contado. No podía caber en mi ánimo la menor duda. Ignoro lo que por mí pasó entonces; pero lo confieso : en lugar de aguardar á que Rafael viniese á saludarme, fui yo á su encuentro. Luego nos sentamos juntos, muy juntos, y hablamos con efusión, con entusiasmo de nuestro amor, de nuestras esperanzas, de nuestros planes de vida para lo porvenir : luego sonó la campana llamándonos á cenar, y luego...

.....
FRAGMENTO 13.º — Mi Rafael y yo contentísimos.
¡Qué cosa tan noble y tan bella es la caridad! He salvado la existencia de 367 personas.



Á MISA

A misa tocaban
En cierto lugar,
Cuando un caballero
De cara formal
Y más de once lustros
Lo menos de edad,
Á toda carrera,
Sin ver, sin mirar,
Aquí tropezando,
Cayendo acullá,
Tirando á una vieja,
Pisándole á un can,
Y siempre aumentando
La velocidad,
Derecho á la iglesia
Con ansia y afán,
Cruzaba las calles
Como un vendaval.
Ya cerca del templo,
De cara se da
Con un señor grave

Que le hace parar
Tras la topetada
Feroz que se dan.

Mas sin preocuparse
Del choque fatal
Nuestro disparado
Corredor sin par,
Tan sólo pregunta
Con viva ansiedad :
—¿Querrá usted decirme
Si podré alcanzar
La misa? — Y el otro
Con gran seriedad
Le dice: — ¿La misa?...
Al paso que va
No sólo la alcanza ;
La deja usted atrás.



¡ Y ERA CIEGO !

SE celebra un juicio oral,
En el que como testigo
Figura un ciego mendigo
Al que interroga el fiscal:
— ¿Es cierto, Simón Matía,
Según consta en el proceso,
Que el autor del crimen, preso,
Os ha servido de guía?
— No me gustan los engaños —
Dice el ciego; — me ha servido,
Pero después, *lo he perdido*
De vista hace muchos años. —



SAPO Y ESTRELLA



HAY en los campos árboles frondosos y corpulentos que balancean entre las nubes sus aéreas copas, arbustos que apenas alcanzan la estatura de un hombre, y menudas hierbas que se doblan y desaparecen bajo los pies del caminante. En las ciudades, y aun en una sola calle de la misma ciudad, suelen hallarse el palacio magnífico, la casa regular y el mísero tugurio de la pobreza. Y dentro de tales edificios, el oro y los andrajos, el potentado y el jornalero.

Con diferencia de pocos años nacieron en la misma capital y en la calle misma la niña aristocrática, rica y bella, y el niño plebeyo, contrahecho y pobre. Para mayor contraste y más duro sarcasmo, el destino los puso frente á frente: la distancia material que entre ambos mediaba era lo ancho de la calle; la distancia social, como la que existe entre nuestro planeta y las más remotas estrellas.

Él se llamaba Juan, y era más pobre que las ratas, medio corcovado y de oficio zapatero. Ella ostentaba el poético nombre de Elvira, y tras el nom-

bre una serie de apellidos ilustres y altisonantes. Su padre era marqués, poseía muchas y muy pingües fincas, acciones del Banco de España, y un



Cuando la veía salir...

escudo blasonado que daba gusto de verlo, pues tenía lobos, leones, águilas... toda una casa de fieras. Y como las cosas, buenas ó malas, suelen venir

juntas, sobre linajuda y rica y joven, era la muchacha de ingenio vivaz y claro, y de sobresaliente hermosura. Ninguna cabeza se elevaba tan gallarda sobre el blanco y redondo cuello, ningún talle era tan esbelto y gentil, ninguna belleza de la corte marchaba con aquel majestuoso andar de diosa sobre las nubes. El zapatero, cuando lograba la felicidad de verla salir de su casa ó entrar de vuelta del paseo, se quedaba atónito y como deslumbrado: hasta después de un rato no podía volver á su tarea: entonces notaba que se le había aflojado el tirapié, y aun á veces que se había pinchado con la lezna. Observaba también que sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas. ¿Amaba el mísero zapatero á la rica aristócrata? Es evidente, y la amaba con alma y vida. ¿Qué esperanzas podía tener de lograr aquel amor? Ninguna. Si hubiera sido, aunque pobre, robusto y buen mozo, habría tirado lejos de sí las herramientas de su oficio para lanzarse al mundo á probar fortuna y encontrar una temprana muerte, ó la riqueza y posición necesarias para presentarse dignamente á la mujer querida. Pero siendo endeblillo, contrahecho y feo como Eso-po, ¿adónde diablos había de ir, qué empresas podía ni qué hazañas acometer que le diesen renombre, oro y nobleza? Sólo el imaginarlo era ya un delirio. Ciertamente lo era; mas dejaría de ser enamorado, si no lo tuviese hasta el punto de soñar despierto. Ya se figuraba caudillo triunfador de medio mundo, volviendo á su patria con los laureles de la victoria, y que los poetas cantaban su valor, y desde balcones y ventanas le cubrían de rosas las hermosuras de la corte; ya que había encontrado

una mina de diamantes y onzas acuñadas donde no tenía más trabajo que sacar y sacar espuelas de oro y pedrería, con que llevaba ya cargados quinientas mulas y algunas docenas de camellos, todos muy grandes y forzudos; ya, en fin... pero no pocas veces, en el colmo de su entusiasmo, se le imponía brutalmente la mezquina realidad bajo la forma de algún parroquiano que le encargaba echar medias suelas y tacones á unas botas viejas, ó un remiendo muy disimulado, ú otra labor por el estilo. Porque Juan, falto de medios para establecerse y abrir tienda, y demasiado altivo para andar de Ceca en Meca pidiendo trabajo como oficial, había-se conformado con ejercer de remendón; y si este *don* con que tal palabra termina lo antepusiera á su nombre, se llamaría don Juan, que más raras cosas se han visto, y algunos caballeros muy engañados llevan su don sin mayor fundamento. Entretanto, vivía en la boardilla y trabajaba en el portal de su misma humilde casa, frente á la magnífica de la señora de sus pensamientos. Un sapo enamorado de una estrella.

Juan era muy serio y callado, casi fúnebre, sobrio y honesto como pocos: jamás le vió nadie en la taberna, ni con mujercillas alegres, aunque era joven y soltero: pasaba los domingos leyendo, fantaseando y contemplando la casa de la ilustre señorita, á quien amaba y veneraba desde lejos como á su Dios los creyentes.

Elvira y Juan se conocían bien: al verse, él se quitaba el sombrero, y ella le saludaba con afable sonrisa; pero no se hablaban nunca. Se conocían, porque en cierta ocasión, apenas entraron la seño-

rita y su padre en el coche, espantáronse los caballos, derribaron al cochero y salieron disparados atropellando á la gente. Con la prontitud del rayo tiró Juan la mesilla y herramientas, y como si le hubieran brotado alas en los pies, alcanzó al carruaje, asió intrépidamente uno de los frenos, y aunque pisoteado por los caballos, dió tiempo á que seis ú ocho brazos robustos los pudiesen detener, salvando á los señores, que iban dentro del coche muy asustados y temiendo que fuese aquélla su última hora.

De esta hazaña resultó Juan estropeado de una pierna, y tuvo que pasar en cama quince ó veinte días, durante los cuales, enterados los señores del nombre y circunstancias de su salvador, enviáronle por segunda mano y sin darse á conocer los recursos necesarios para curarse, desde médico y medicinas hasta los alimentos para él y su madre, no vieja, pero sí achacosa, á quien sostenía con su humilde trabajo. Y cuando estuvo restablecido, le mandó llamar el Marqués, y además de expresararle su gratitud, le quiso dar dinero.

— No, señor Marqués — contestó Juan. — Basta con deberle mi curación; ya puedo trabajar y mantener á mi madre. Por cuanto hay en el mundo no tomaría una sola peseta; y por cuanto hay en el mundo, no dejaría de arriesgar y perder la vida, si fuera necesario, para salvar la de usted y la de esta señorita.

Entonces sus miradas se encontraron, y la rica aristócrata comprendió la grandeza de alma de aquel pobre plebeyo. Comprendió también su pasión, aunque respetuosa y oculta; pues ¿dónde hay

una mujer de tan escasa penetración como para no conocer el amor que inspira? Ella lo conoció muy bien y no sintió deseos de tomarlo á mofa, que tenía excelente corazón para apreciar tan respetuoso y puro sentimiento. Después, en varias ocasiones, el Marqués envió su ayuda de cámara al zapatero, por si de algo necesitaba; mas éste agradecía las ofertas sin aceptarlas nunca.

Pasaron días, meses y aun algunos años: la señorita ya tendría veintidós, y el zapatero treinta: ella había llegado al cenit de su hermosura; él vegetaba callado y triste, soñando quimeras, y tal vez más triste que antes, como si le amagase terrible desgracia. Y la desgracia llegó con golpe rudo y doloroso: el más doloroso que pudiera descargar sobre el infeliz zapatero. Porque en la casa de su adorada, cuya puerta no perdía de vista, vió entrar con lamentable frecuencia primero, y después diariamente y hasta dos veces por día, mañana y tarde, á un galancete muy perfumado y lindo y elegante, parecido á un primoroso muñeco de porcelana. Aquello no era un hombre, pero... ¡las señoritas son tan caprichosas! Y luego el padre, y la madre, y las tías, y las primas, y hasta el hermanito menor, todos conspirando á una en favor del novio, ponderando su elegancia, su riqueza, su linaje, y aun atribuyéndole cualidades y perfecciones imaginarias, son capaces de doblegar y vencer cualquier desvío, suponiendo que existiese. Juan adivinó la verdad y se puso en lo cierto: aquel caballere debí ser el novio de la señorita. Por el cochero de la casa acabó de cerciorarse del noviazgo, y supo además que muy pronto se celebraría fastuo-

samente la boda, y que el tal señorito, aunque de figura tan pequeño, era un personaje muy grande, con una letanía de apellidos, que al nombrarlos todos parecería estar pasando lista á un batallón de soldados.

— ¡Y tanto jaleo y tales retumbancias para tan ruin personilla, que abulta menos que mi brazo! — añadía riéndose el cochero, desafortado jayán con trazas de elefante.

La noticia de la próxima boda fué un agudo cuchillo que vino á clavarse en el corazón de Juan: aquel día no comió, y no durmió aquella noche. Á la mañana siguiente sus ojos estaban encendidos de llorar: sentóse junto á su banquilla más triste que nunca, y en largas horas ni levantó la cabeza, ni despegó los labios. Hay dolores profundos que rehuyen toda expansión y toda queja. Por otra parte, ¿qué confidente no se burlaría de aquella pasión absurda? ¿Ni qué motivos de queja podía tener el zapatero? ¿Acaso entre él y su amada existía palabra ni compromiso alguno? Ella se casaba por su voluntad; y si él por su parte hiciera lo mismo, á nadie se le ocurriría censurarle ni reconvenirle. Prudentes eran estas reflexiones, mas no alcanzaban á mitigar su pena. Maldecía su pobreza, su fealdad, su ínfima condición, y hasta la hora desgraciada que vino al mundo. Á no ser por no dejar á su madre en el desamparo y la miseria, se habría suicidado.

Algunas semanas después su desesperación había trocado en resignada melancolía. Pensando en aquel matrimonio, hasta llegó á desearles mil venturas á los futuros esposos; elevándose así, por

la sola fuerza de su pasión, á las altas esferas del amor espiritual, incorruptible y perfecto, que el ilustre cardenal Bembo analiza y describe de tan primorosa manera.

Como no hay día feliz ó desventurado que deje de llegar cuando le toca su turno, llegó también el de la boda de Elvira. Describir su casa-palacio, resplandeciente de luces y adornos; la interminable fila de carruajes situados á lo largo de la amplísima calle; el ir y venir de señores y criados por el suntuoso portal y marmórea escalera; el lujo y esplendidez de los salones; los trajes de los novios, de sus familias, testigos y convidados, tarea muy propia es de un revistero de la *buena* sociedad; pero no encaja en este cuento, verdadero como pocas historias. Baste decir que todo cuanto con dinero puede adquirirse, era inmejorable y magnífico. Si no temiera yo ser tildado de cursi, repetiría por la millonésima vez esta manoseada exclamación:— ¡Cuán cerca del Capitolio está la roca Tarpeya! — Porque aquella inolvidable noche duraron la alegría, el festín y la danza muchas, no sé cuántas horas, hasta que ya cansados de fiesta y regodeo, fueron desfilando unos y otros, apagóse el estrépito de los carruajes sobre el empedrado, apagaron también los criados las luces, y todo fué quedando silencioso en aquella mansión donde parecía haber entrado la felicidad para no salir de ella nunca, ó cuando menos en largo tiempo.

Muy poco había pasado y aun apenas indecisa clareaba el alba, cuando vidrios y maderas de balcones y ventanas estallaban con furia, y cada hueco semejava la ancha boca de un horno. Á las lu-

minarias de la boda habían sucedido las terribles luminarias del incendio. Por imprudencia ó mala intención, que esto se ignora, las llamas se apoderaron rápidas y voraces del edificio entero, de donde á la par salían lenguas de fuego, estallidos, clamores desesperados y personas medio locas de terror y casi desnudas, que lograban huyendo salvarse del estrago. Las campanas pedían socorro con ecos lastimeros desde sus altas torres, y ya por una y otra parte se acercaban rebotando sobre los adosados los carros con las bombas del agua, sonaban los látigos y gritos de los bomberos, cuando en el mismo instante dos hombres, demudados y pálidos, uno por el valor y otro por el miedo, se cruzaban entrando y saliendo en el humoso portal de la incendiada casa.

El que huía ¡miserable! sin otro afán ni pensamiento que el de salvar su preciosa existencia, dejaba detrás de sí una esposa, todavía virgen, paralizada por temblor nervioso y amenazada de morir con muerte de hoguera: el que intrépidamente se lanzaba al peligro, penetrando á la carrera por entre aquel infierno de llamas, era el amante ignorado, el humilde zapatero, á quien su grande alma transformaba ahora en fuerte y hermoso león inaccesible al espanto. Y guiado por la intuición divina de su amor, atravesó diversas habitaciones sin oír los crujidos de vigas y techumbres que detrás de él se desplomaban con estruendo, buscando, llamando á su amada, y abriéndose camino por donde ya no hubiera osado pasar hombre alguno. Al fin logró encontrarla, más blanca que sus ropas y temblando como arbusto azotado por el huracán. Con supremo

esfuerzo la levantó entre sus brazos: quiso huir con ella, pero ya el fuego los cercaba y medio los ahogaba el humo: la salvación era imposible.

— ¡Ah! ¡No es mi esposo! — exclamó la infeliz.

— ¡Qué ha de ser! Soy yo, el pobre Juan, tu esclavo, tu amante, y vengo á morir contigo. Nunca he sido tan feliz. Dame un beso: ¡el primero y el último!

.....

Cuando con mil trabajos fué extinguido el incendio, sólo quedaron en pie las 'gruesas paredes maestras de la casa-palacio. Ponderóse las riquezas perdidas: también lamentaron el triste fin de las personas carbonizadas por el fuego. De todo hablaron los periódicos; de todo, menos de la vileza del esposo y del heroísmo del amante. Pero dos almas gemelas se habían unido en instante supremo. Tal vez aquel fúnebre enlace, cuyo sacerdote fué la muerte, se confirmó y consumó después en más puras y luminosas esferas.



EL VENDEDOR DE ARENCONES

POR calles y callejones
De la ciudad de Sevilla,
Pregonaba el tío Canilla
Una mañana, arencones.

Era en Julio, y el calor
De tal manera apretaba,
Que tantos grados marcaba
Como en el mismo Ecuador.

Sin sombrero, sin chaqueta
Y sofocado y sudando,
Iba nuestro hombre gritando:
— ¡Arencones á peseta! —

Nadie á comprarle salía;
Y pensando que el motivo
Ser pudiera el excesivo
Precio de la mercancía,
Perdidas las ilusiones
De hacer un negocio bueno,
Gritó al fin con voz de trueno:
— ¡Á dos reales arencones! —

Y por calles y plazuelas

Derritiéndose los sesos,
Y sintiéndose los huesos
Convertidos en pajuelas,
Siguiendo de la jornada
Con fe la penosa vía,



Dieron las doce del día
Sin conseguir vender nada.
Iba medio muerto ya
Cuando su postrer aliento
No fué un pregón, fué un lamento :
— ¡ Arencones á reá! —

Y achicharrado y molido,
Se dejó caer de repente
Sobre un poste que hay enfrente
De un templo muy conocido.

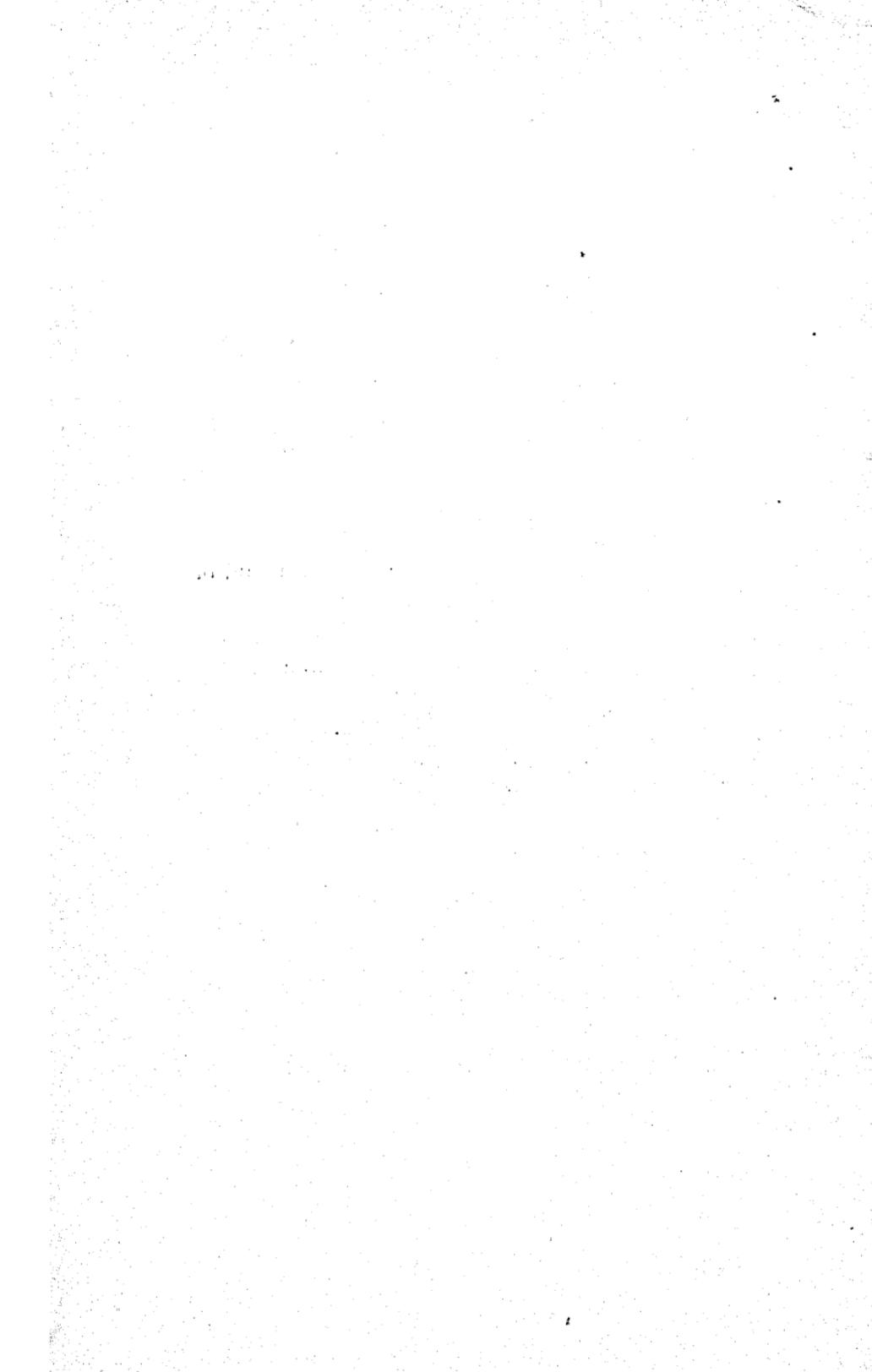
Labrado en él á conciencia
Por un célebre escultor,
Orna la puerta un Señor
De la Humildad y Paciencia :

Efigie en que el Dios cristiano
La faz resignado humilla,
Con la divina mejilla
Apoyada en una mano.

Nuestro hombre, que enfrente estaba,
Al ver la santa figura
En idéntica postura
Á la en que él mismo se hallaba,

Con el Cristo se encaró,
Y así exclamó : — *¡ Pare mio,*
Tú debes haber vendido
Arencones como yo! —





¡Buen mosquito!

CUMPLIÓ don Blas los sesenta
Después de haber trabajado
Con gran provecho, y logrado
Reunir una buena renta.

Siendo un hombre parco en todo,
Salvo la eterna excepción
De la regla, su afición
Constante á empinar el codo.

Empalmando noche y día
Sendas monas dormilonas,
¿Cómo enumerar las monas
Que mi buen don Blas cogía?

Con indecible placer
Botellas desocupaba,
Y á explicarse no acertaba
Lo de vivir sin beber.

Su esposa, que, con pesar,
Funesto fin presentía,
Y que nada conseguía
Con reñir y predicar,

Fué con su cuita á un doctor,
Médico de fama y ciencia,
De muchísima experiencia,
Y el consejero mejor

Para don Blas; convencida
De que él hallara remedio,
Dando fin por cualquier medio
Al vicio de la bebida.

— Dificil plan curativo
Es este de que me encargo —
Dijo el doctor; — sin embargo,
Don Blas es algo aprensivo,

Y con razones de peso,
Si no cortamos del todo
El vicio, yo haré de modo
Que no beba con exceso. —

Radiante de buen humor,
Como siempre que bebía,
Se hallaba don Blas un día
Sentado en su comedor,

Cuando con tranquilo paso
Llegó el doctor cejijunto,
Y reconociendo al punto
La oportunidad del caso,

— Señor don Blas — exclamó; —
Me aflige sobremanera
Ver esto. ¡ Si usted supiera
Lo que acabo de ver yo!

— ¿ Hay alguna novedad?
— Sí; que se me ha muerto un cliente,
Hasta hoy el más sorprendente
Caso de longevidad.

Sin dolores ni disgustos,

Y resignado y contento,
Ha cumplido al morir, ciento
Veinticuatro añitos justos.

— Caramba — grita don Blas; —

Rara es la cosa, á fe mía :

¿Y ese hombre qué es lo que hacía ?

— *No beber vino jamás.* —

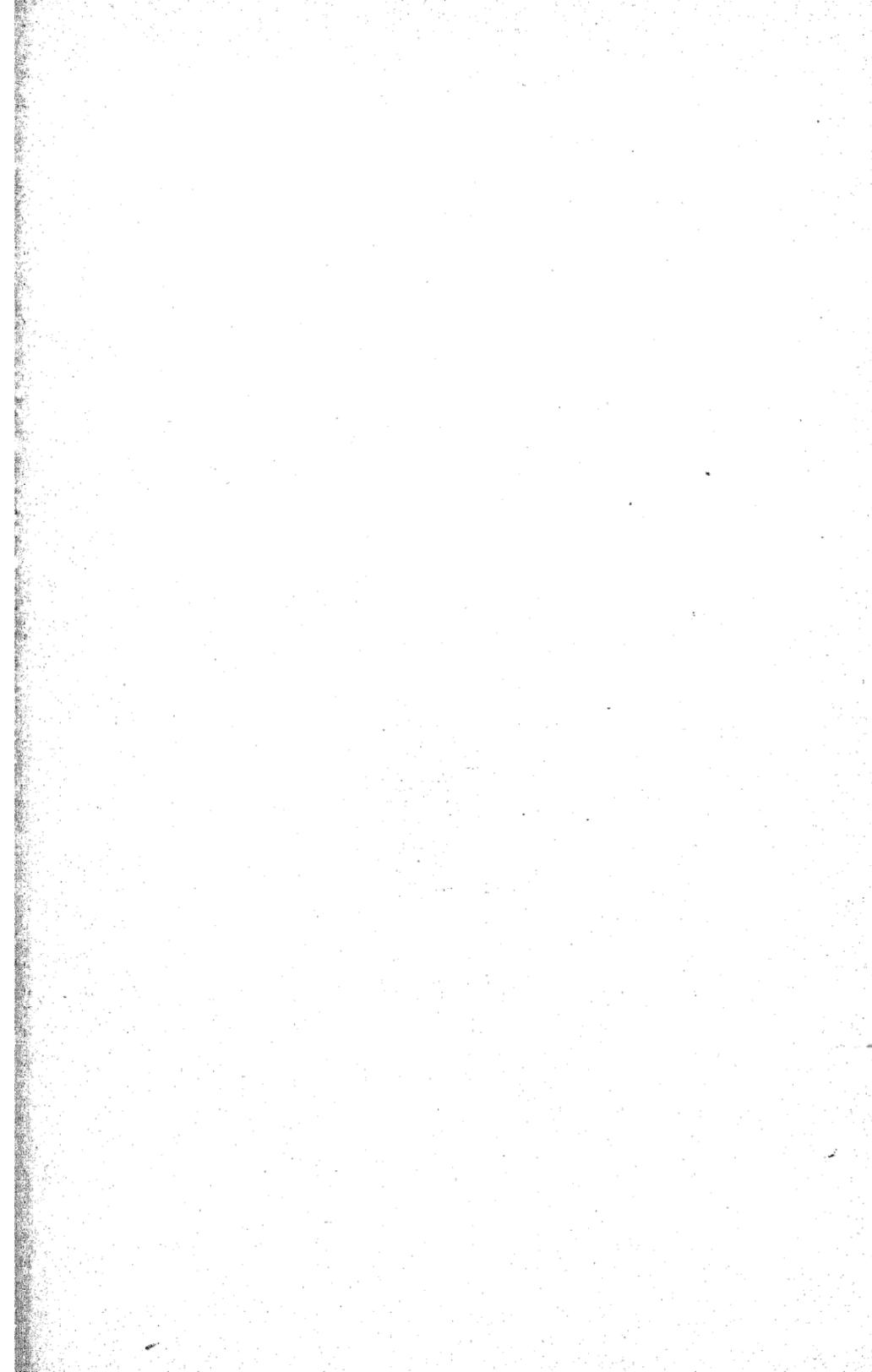
Soltó el buen don Blas un terno.

Un vaso entero llenó,

Alzó el codo, y exclamó :

— *Pues si lo bebe es eterno.* —





LA CACHIPORRA

*Cual peregrino por el mundo irás,
Pero siempre la bolsa guardarás.*

SALOMÓN.

*Por el vil interés de los doblones
Se suelen cometer malas acciones.*

CONFUCIO.

*Exprimido el limón luego se tira;
Y al hombre sin parné no se le mira.*

SÉNECA.



HISTORIAS hay que parecen cuentos, y también cuentos muy parecidos á historias. Dónde acaban las unas y principian los otros, cuál es la invisible línea que separa ambos terrenos, el de la ficción y la verdad, sólo Dios lo sabe con plena certidumbre.

De mí puedo asegurar que la memoria de muchos sucesos vive en mi mente una tan extraña vida y se halla tan mezclada y revuelta con el recuerdo de otros casos y cosas, que á veces no acierto á discernir con seguridad si este ó el otro lance lo he visto, oído, leído, soñado, ó si me ha pasado á mí mismo en época más ó menos remota, ó quizá en

alguna vida anterior, de la que percibo en ciertos días vagas reminiscencias tan indistintas y confusas como esos murmullos lejanos que llegan á nosotros desde tal distancia en el silencio de la noche, que no sabemos si son campanas, ó el romper de las olas en la ribera, ó el rumor del viento entre los árboles.

La historia ó cuento que voy á referir entra en este número y corresponde á esta clase; pues no estoy seguro de su invención, ni recuerdo su origen, ni si yo mismo en algún tiempo fui protagonista, comparsa, ó cuando menos testigo del acontecimiento.

Y fué el caso como sigue. En un pueblo de Andalucía, casi á distancia igual de Sevilla y Córdoba, y no lejos del Guadalquivir, vivía un anciano tal, que daba gusto de verlo. Así lo decían todos sus parientes y convecinos, y á fe que tenían razón. Hay para cada edad una especial belleza, y los cabellos blancos lucen á veces la suya como los rubios, castaños y negros. De esta verdad era la más concluyente prueba el señor, de quien todos debían de figurarse nietos, pues todos le llamaban el abuelo Antonio. No siendo el lugar ninguna aldea, sino villa muy poblada y grande como suelen ser las de aquella comarca, resulta que el abuelo Antonio era un segundo Abraham por su numerosa descendencia. Además de tronco humano y patriarca absoluto por sufragio universal, era el oráculo á quien por su bondad y acreditada prudencia consultaban todos sus convecinos, así en los asuntos graves como en las cosas más sencillas y baladíes. Aun de otros pueblos inmediatos acudían no pocos hombres y

mujeres en busca y requerimiento de su experiencia y claras luces.

Era de ver por las mañanas al abuelo Antonio sentado en rústico sillón á la puerta de su casa, recibiendo y contestando gratis con inagotable pa-



Recibiendo y contestando gratis...

ciencia cuantas consultas querían hacerle. Con su hermosa y robusta figura, con el grueso báculo en la mano, tendido á sus pies un mastín enorme y dando sombra á su venerable cabeza un lozano em-

parrado que engalanaba el portal de su vivienda, no parecía menos majestuoso y noble que el mismo santo rey David cuando en su trono de marfil y oro, en cuyas gradas había leones encadenados, teniendo por dosel las bordadas púrpuras de Tiro y en la diestra el soberano cetro, juzgaba las doce tribus de Israel y aceptaba las ofrendas y homenajes de los monarcas tributarios. Y prosiguiendo la comparación, añadiré que si el Rey Profeta alcanzó más autoridad, pompa y nombradía, el abuelo Antonio le aventajó mucho en la infinita variedad de asuntos, negocios y cosas de toda índole sobre que versaban las dichas consultas.

— Abuelo Antonio, tengo ahí un par de janeguilas de tierra; pero es algo arenisca y no se presta bien pa la sebá: ¿le paese á su mercé que plante calabazas y melones?

— Abuelo Antonio, er marío de mi hermana es un tumbón que juye der trabajo y busca el aguardiente, y aluego viene borracho y arma un tiberio y le suelta ca gofetón á la probe de su mujé, que la parte. Antes de arrimarle dos puñalás á ese borracho, aquí estoy á sabé lo que su mercé me dice.

— Abuelo Antonio, yo soy un infeliz casao y con un jerviero de hijos; y manque tengo las fuerzas de un alifante y trabajo más que tres hombres, apenas gano pa er pan, y tengo toa la familia medio en cueros: ahora disen que por aquí va á pasar naíta menos que la Reina. ¿Le paese á osté bien que embista contra su Real Majestá, y me jingue de roíllas con mucho respeto y le meta un memorial muy fino pa que me socorra?

— Ha de saber usted, abuelo Antonio, que los par-

ches y unturas con la miel blanca fueron mano de santo, y ya estoy bien de la pierna; pero mi chiquillo se ha quebrao de tanto llorar en la cuna: ¿qué le paese á osté que le plante en la barriga?

Y si fuese yo á referir, aunque muy sumariamente, la centésima parte de tales consultas, necesitaría larguísimos años de vida y muchas resmas de papel y tinajas de tinta y la paciencia del Tostado; por lo que hago punto. Baste decir que la sequía, la lluvia, el pedrisco, la siembra y la recolección, la calidad de los terrenos, los negocios, las enfermedades, las querellas con la familia y los extraños, los pleitos, los matrimonios y cuanto puede ocurrir á los mortales, todo era consultado con el abuelo; por donde yo deduzco y sostengo que el tal abuelo, para responder acertadamente, como lo hacía, necesitaba saber más que Salomón y tener conocimientos infusos de astrónomo, agricultor, industrial, mercader, médico, jurisconsulto, moralista, y llevar en cada rincón del cráneo metida una biblioteca de autores antiguos y modernos en todas las lenguas y dialectos imaginables. Sin embargo, según tradición constante y fidedigna, el abuelo Antonio sólo había leído en toda su larga existencia varios romances con las hazañas de Bernardo del Carpio y los Siete Niños de Écija, algo del rústico Bertoldo y un poquito del *Año Cristiano*, traducido por el P. Isla. Y aquí paz y después gloria. Lo demás era fruto natural y espontáneo de su práctica de mundo, aguda penetración y clarísima inteligencia.

Y ahora viene lo bueno. Siempre se dijo, y con razón, que cuando un hombre de gran talento comete una barbaridad, es barbaridad mayúscula;

que á proporción del difunto son las misas y sufragios por la salud de su ánima. Y, pues, el talento del abuelo Antonio era de marca mayor, de marca mayor fué también el disparate que hizo. ¿Casóse tal vez siendo de edad tan avanzada? Peor. ¿Se metió en algún pleito largo y costoso contra sus vecinos? Mucho peor. ¿Se tiró de cabeza por un barranco, ó por el famoso tajo de Ronda? Todavía peor.

Un bello día de primavera convocó á tres hijos y una hija que tenía, todos mayores de edad y casados, y entre ellos, y ante escribano público, distribuyó sus bienes, con la sola y natural condición de que los tales hijos habían de alimentarle, vestirle y hospedarle hasta su muerte, que por motivo de sus muchos años no podía estar muy lejana. Á uno de ellos donó su hermosa huerta, á otro sus tierras de pan llevar, al otro dos casitas muy cucas, situadas en lo mejor del pueblo, y á la niña, como con paternal afecto la llamaba siempre, un taleguillo de cañamazo conteniendo varios puñados de áureas medallas de las de *In Vtroque Felix*, ó para mayor claridad, de onzas de oro contantes, sonantes y relucientes. Hechas ya las particiones, quedó el generoso donante pobre como Job y además muy satisfecho, aunque no tanto como los que en vida le heredaban.

Fué al principio el abuelo Antonio sublime ejemplar, modelo y prototipo de todos los padres imaginables. Con los elogios que le tributaron hubiérase podido formar una larga letanía. Porfiaban obstinadamente sus hijos y herederos sobre cuál había de llevárselo consigo para mantenerlo, cuidarlo y

mimarlo con la mayor solicitud, alegando cada uno afecto particular y particular empeño en ser el primero para obsequiar al anciano, á quien de gusto se le caía la baba, conmovido profundamente por el amor de su prole. Agarrábanle de los brazos, y á no tenerlos tan bien pegados al cuerpo, se los hubieran arrancado á fuerza de agasajo y filial cariño. Convínose, por fin, en que pasaría una temporada en casa del mayor; luego, del segundo; después, del tercero, y últimamente con su niña, que era la menor de todos. Y como lo pensaron, así se hizo.

.....

Supongan ahora mis lectores que esta línea de puntos significa, ó quiere decir, que ha pasado un año desde la mencionada repartición hasta la fecha. ¡Un año! Esto es, doce meses, ó trescientos sesenta y cinco días, más algunas horas, en cuyo tiempo ha llovido muchas veces y hecho calor y frío y viento, y hasta los árboles han mudado su frondosa vestimenta. Los corazones humanos también sufren mudanzas, y mudanzas vergonzosas, aun en los afectos más naturales y profundos y que debían de estar menos sujetos á ningún linaje de alteraciones y cambios. Y para que sin duda alguna se entienda, declaro que digo esto por el abuelo Antonio y los canallas de sus hijos, cuya solicitud y amor fueron, como los tristes días del otoño, disminuyendo por grados hasta quedar tan reducidos, que no los pudieran hallar ni con hurones ni galgos. Porque en los albores de la herencia las genialidades del anciano eran chistosas, agudas y agradables, y las celebraban todos : luego fué bajando

el diapasón del elogio, y ya no parecían tan oportunas y felices : después fueron tachadas de imper tinencias y chochees propias de la edad, pero toleradas; y por último, censuradas abierta y áspera mente sin consideración alguna á la ancianidad del censurado, á su carácter bondadoso, ni á la generosidad y nobleza de sus sentimientos paternales.

Hasta el miserable plato de comida para alimentar al anciano parecía gravosa carga á sus desalmados hijos, que ni aun se tomaban el trabajo de disimularlo. Así, cuando á cualquiera de ellos decía su padre :—Aquí vengo á pasar contigo quince días —la cara del agraciado era poco menos como la del que se sienta en el sillón de los mártires para que le saquen algunas muelas y varios raigones. Sólo su hija ni seguía, ni aprobaba tan ruin conducta; pero sujeta á la autoridad de un marido zafio y poco generoso, no podía traer y alojar consigo de una manera estable al buen anciano, que ya se arrepentía en sus adentros de haberse despojado de su caudal, sembrando beneficios para recoger amarga cosecha de ingratitudes y desengaños.

Siguieron así las cosas durante algún tiempo, ó, mejor dicho, no siguieron de igual modo, sino que fueron agravándose cada vez más y empeorando de día en día, hasta que la precaria situación del abuelo Antonio hizose angustiosa, y de angustiosa descendió á mísera, y de mísera llegó á ser insoportable. Pero asegura un refrán español que «más discurre un necesitado que cien abogados», cosa, en lo general, muy cierta; y cuando quien siente la espuela y duro agujijón de la necesidad tiene un talento macho y vigoroso, ¡vive Dios! apa-

recen verdaderas maravillas. Y véase para muestra y ejemplo la que sigue.

Hallándose, pues, mi héroe mal vestido, mal alimentado y peor tratado por sus hijos varones, groseros jayanes atentos sólo á los gruñidos del interés y sordos á la voz de la naturaleza, pensó darles una severa lección, y como lo pensó lo hizo. Primeramente logró de su hija, que estaba en el secreto, algunos cuartos entregados á espaldas del marido, y sin perder tiempo fué á casa del señor cura, á quien tuvo de niño sobre sus rodillas y en épocas pasadas había dispensado no pocos favores. Era el tal señor cura, no un profundo teólogo, ni un obtuso fanático, ni siquiera un rabioso carlista; sino un cazador consumado, andador infatigable, y de tan certera puntería, que hubiera derribado á tenazón el bicho más ligero á cuatrocientos pasos de distancia. Era además hombre honrado y de buen sentido, y alegre como todo el que tiene robusta salud y limpia conciencia. Hablaron larga y amistosamente, y entre los dos concertaron el ajo.

Desde entonces, desde aquella tarde feliz de su conferencia con el presbítero, vióse al abuelo Antonio menos triste y meditabundo, menos desaliñado en su vestimenta y hasta menos silencioso de lo acostumbrado: tomó parte en varias conversaciones, bromeó con algunos, y, como quien no dice nada, manifestó medio en chanza, medio en veras, que él no quería ser molesto á nadie, ni aun á sus propios hijos; y que teniendo, gracias á Dios, sobrados recursos para vivir independiente, pensaba alquilar una casita donde acabar tranquilo sus últimos días. Unos lo creyeron, y otros no; pero se di-

fundió y comentó por todo el pueblo la noticia, que á la semana siguiente obtuvo plena confirmación cuando el abuelo Antonio arrendó una casita no lejos de la iglesia, la preparó con los necesarios muebles y se instaló en ella acompañado de una pobre mujer más vieja que el Antiguo Testamento, medio sorda y casi ciega, encargada de la cocina y quehaceres domésticos. Entre los muebles de la nueva casa figuraba un enorme arcón de encina, cerrado con tres llaves y oliendo á la sacristía, para cuyo servicio se construyó en tiempos de Recaredo, y al desván donde arrinconado estaba desde medio siglo antes, calculando por lo más corto. La tal arca de Noé, préstamo secreto del señor párroco, por su monstruoso tamaño y sólida estructura, por los gruesos clavos de bronce que la tachonaban, por su triple cerradura y venerable aspecto, llamó la atención de cuantos visitaron á mi héroe, y principalmente de sus codiciosos hijos. ¿Estaría llena de dinero? ¿Qué encerraría en sus vastas entrañas? ¿De dónde había salido? Nadie recordaba haberla visto antes. Uno de los más curiosos quiso cierto día tantearla, durante un momento en que salió de la habitación su dueño. Echó la diestra al asa, y no pudo moverla. Echó ambas manos, y tampoco. El desconocido arcón parecía clavado en el suelo. Y eso que el mocetón era membrudo y fuerte como un toro.

¿Necesitaré asegurar que en el mismo año, mes y día, como dicen los notarios en sus documentos curialescos, no quedó en toda la villa perro ni gato que no supiese que el abuelo Antonio tenía un arcón lleno hasta la tapa de onzas de oro y de pesos

columnarios, cuya riqueza era bastante y aun sobrada para comprar al contado todas las casas del pueblo y tierras circunvecinas? ¿Que sus codiciosos hijos abrieron cada ojo como el arco de un puente, calculando la suma que podría tocarles después de muerto el anciano, que por ley natural vería ya muy pocas veces la caída de la hoja? ¿Que desde el punto en que tal convicción y tan agradable esperanza albergaron en su mente como cosa indubitable y cierta, llovieron las visitas, las dulces palabras y propiciatorios regalos sobre el abuelo Antonio, porfiando tenazmente cada uno de sus vástagos por llevarle consigo y hospedarle en su casa y sentarle á su mesa? Y como el que más porfiaba de ellos era de ellos el más codicioso, éste cargó con el padre, ofreciéndose á correr con su alimentación y vestimenta, y con que nunca jamás en el bolsillo le faltase un par de duros para tabaco y otras menudencias.

Dejó como recuerdo y obsequio el abuelo Antonio el día de su mudanza todos los muebles y chimbolos del hogar á la pobre vieja que le había servido, excepto el mencionado arcón, que al nuevo domicilio fué llevado en un carro por no haber costillas humanas que pudieran soportar su peso, aunque fuesen las del mismo Hércules fenicio. La famosa y tradicional Arca de la Alianza, en sus frecuentes viajes, no fué conducida por las tribus de Israel con mayor solicitud, veneración y celo que el arcón del abuelo Antonio por sus hijos, parientes y allegados. El arca hebraica, según nos dicen, cayó cautiva en manos extrañas; pero ¡desgraciado quien intentase coger ésta, aunque le ayudaran todos los

asirios y babilonios del universo mundo y sus arrabales!

Instalado mi héroe ya en la casa del mayor de sus hijos, y en la habitación más alegre y espaciosa de toda ella, bien comido y bebido y vestido, muy considerado y con algunas pesetas siempre en la faja para sus gastos menudos, solamente le faltaba dar el último suspiro y cerrar los ojos para que saliesen á luz los tesoros ocultos y se descifrara el enigma que el monumental arcón guardaba en su amplio seno. Pero el abuelo Antonio, por lo visto, pensaba vivir más que la sarna y la mugre, pues cada día se hallaba más vigoroso y robusto. Sólo su ánimo varonil sentía profunda tristeza, considerando los móviles interesados y bajos de aquel cambio de conducta de sus hijos para con él, y de los obsequios y deferencias que ahora tan afanosos le tributaban. Mas consolábale no poco el cariño verdadero y constante de su buena hija, que ni le colmó de exagerados halagos cuando repartió sus bienes, ni menos todavía le despreció después al verle desvalido y pobre.

Para mantener y consolidar la fama de su tesoro le sirvió maravillosamente el mencionado señor cura, quien una vez á lo menos por semana solía prestarle cien duros en plata, metidos en su taleguillo de arpillera. El abuelo Antonio llevábase al obscurecer el talego oculto bajo la capa; y ya de noche, y solo en su cuarto, y corrido el cerrojo, y echada y puesta por dentro la llave para que no pudiesen mirar por el agujero, abría el arca, vaciaba el talego sobre una mesa, contaba los cien duros de dos en dos formando cinco pilas de á veinte, y los

encerraba en el talego, volviendo á vaciarlo y á contar el parné y á embolsarlo de nuevo hasta repetir ocho ó diez veces igual operación. Por último. cerraba las tres llaves del arca, y así terminaba la comedia.

¡Oh música celestial de Salinas, de Bellini ó Meyerbeer! Nunca jamás acariciaste oído humano como el sonido del vil metal halagaba las orejas de los que llegaban descalzos, y pegados á la puerta en silencio y sin atreverse á respirar siquiera, escuchaban embelesados el armonioso retintín de la plata y el pesado golpe del talego sobre la mesa. Al día siguiente brillaban todos los rostros de entusiasmo; y también al día siguiente, y con el mayor sigilo, era devuelto al señor párroco su dinero, hasta nuevo préstamo y nuevo sainete. Aquellos cien benditos duros, que eran siempre los mismos, dieron más que hablar que las riquezas de Creso y las conquistas de Alejandro Magno. Suponían unos que el abuelo Antonio tenía millones bajo de aquellas tres llaves y entre aquellas paredes de encina; otros, que además guardaba cantidades fabulosas de oro y plata acuñados y en barras, todo soterrado en paraje oculto y sólo de él conocido. No faltó quien imaginara si habría encontrado una tinaja de onzas del tiempo de los moros, ni quien le creyese brujo y en íntimas y amistosas relaciones con el diablo. Pero su inalterable bondad y cristiana conducta desvanecían esta suposición como temeraria y calumniosa. Quien la hubiese propalado delante del señor cura, habría sabido por experiencia lo mucho que pesa la mano de un hercúleo sacerdote de escopeta y perro. Probablemente hubiera tenido que

entenderse con algún dentista para reponer las muelas.

Entretanto, como el dinero es de suyo tentador y la avaricia mala consejera, no faltó quien pensara en robar al abuelo Antonio, empezando por su propio hijo, quien podía sin duda hacerlo mejor que nadie, merced á la ocasión de tenerle en casa. Pero ¿no sospecharían de él al instante? ¿Y dónde podría esconder tan enormes riquezas? Y si, forzando el arcón, tomaba sólo una parte de ellas, ¿no se exponía á ser desheredado en justa pena de su delito? Y además era probable, casi seguro, que tuviese el anciano algún tesoro enterrado, como se decía en el pueblo, y entonces lo perdía también con el resto de la herencia. Pero ¿y si á otro se le ocurría, como á él, cometer el robo? Este pensamiento le ponía los pelos de punta. Por lo cual, y aprovechándose de la entonces nueva institución de la Guardia Civil, hízose amigo de los civiles destinados de puesto en la villa, faltaba de su casa lo menos posible, dormía como liebre con un ojo abierto, y al más leve rumor ya andaba con ceño torvo y un feroz trabuco naranjero mirándolo todo, desde el sótano y corral hasta el granero y azotea. Y mientras se verificaban tales registros, el abuelo Antonio roncaba como un bienaventurado.

Así corría el tiempo, eslabonándose los meses con los meses y los años con los años; mas no siendo el astuto viejo inmortal como Júpiter, hubo de llegarle su última hora. Vióla venir desde el día en que cayó enfermo; pues cuando caen los hombres muy robustos, suelen caer de veras, máxime si ya tienen cuatro duros de edad, ó sean *ochenta invier-*

nos, según la manera de contar de la gente campesina. La enfermedad de mi héroe fué tan rápida como poco dolorosa: un jueves, en cama; el viernes, calenturón; el sábado, sin conocimiento, y al cementerio el domingo, que es día de descanso. Pero no le embargó tanto la fiebre, que no pudiese declarar su voluntad postrimera, la voluntad y propósito de legarlo todo á sus hijos. Apenas pasadas veinticuatro horas del entierro, que, en honor de la verdad, fué de los mejores que allí se recordaban, reuniéronse en la casa del difunto, además de sus hijos, nueras, yerno, nietos y parientes menos cercanos, el señor cura con una de las llaves del arcón misterioso, el escribano con otra, y el sargento de la Guardia Civil con la tercera. Mas antes de abrir el suspirado tesoro, aquel tesoro que debía ser verdaderamente regio, plúgole al buen cura enderezar á los circunstantes una cristiana y no muy breve plática acerca del uso que debe darse á las riquezas, empleándolas en obras y empresas meritorias y caritativas, sobre todo en estas últimas; pues Dios concede largamente sus dones á unos para que sean escudo y protectores de sus hermanos, para decoro de la religión, alivio de viudas, sustento de impedidos y huérfanos, etc., etc., etc. Y dale con la religión y las viudas, y vuelta á los huérfanos y á los impedidos, y si la caridad, y si la limosna, y la beneficencia, y las obras pías, y presentar por activa y pasiva el mismo tema, que parecía, según las ganas de hablar, tener el orador cuerda para un trimestre. Concluyó, por fin: hondo suspiro de satisfacción lanzaron los herederos: giró en la cerradura una de las llaves, luego la segunda, luego la

tercera; levantóse la tapa y aparecieron dentro del arcón unos hermosos costales repletos de... arena. Sí, de arena muy fina, tomada de las orillas del padre Betis, sumamente propia y adecuada para fregar peroles, calderos, sartenes y cacerolas de cobre y dejarlos tan brillantes como el oro. Pintar los semblantes de los herederos... ¡empresa imposible! Ni el pincel de Goya. Suponed una tímida doncella que al coger una flor del bosque, ve salir de entre la hierba un culebrón como un brazo: pues todavía es menor su sorpresa. Después del primer costal fueron sacados otros y otros semejantes, todos henchidos también de arena, que el que menos pesaba cuatro arrobas. Las comprimidas maldiciones brotaban ya de los labios, muchos ojos lanzaban relámpagos de ira, y si hubiese estado allí presente y vivo el abuelo Antonio, quizá, quizá le hubieran acometido como perros con hidrofobia. Aquello era una burla sangrienta. ¡Sacos de arena en lugar de talegas de duros! ¡Y para mayor escarnio encerrados bajo de tres llaves!

Mas, llegando al fondo del arcaza, descubrieron una especie de cartón ó papel muy grueso, de una tercia en cuadro, con escritura de letra muy grande y clara, y tan bien trazada como si fuese obra de imprenta. La color perdida volvió á las caras hoscas y descompuestas: la esperanza brilló de nuevo, como el sol eclipsado que tras la tempestad reaparece más esplendoroso; allí debía de estar la clave y explicación del misterio. Aquellos caracteres revelarían la noticia y señas exactísimas del lugar donde estaba enterrado el tesoro. Porque suponer que el tal tesoro no existiese, era el mayor de los

absurdos imaginables. ¡Pues qué! Aquellas talegas de duros, que tan deliciosa música formaban al contarlos y colocarlos en pilas sobre la mesa, ¿se habrían evaporado como el humo? Si allí no estaban, claro es que debían de estar en otra parte. ¿Dónde? Esta era la cuestión.

Pero al sacar el papel advirtieron que por un hilo delgado se hallaba unido y sujeto á una cachiporra tal, que la rama del famoso Vargas Machuca, el bastón del gigante Polifemo, y aun la poderosa maza de Hércules, ni de muy lejos podían hacerle competencia. Porque era un nudoso garrote, largo como de una vara, grueso y macizo, y rematado en una especie de pera tan grande como la cabeza de un apóstol. Parecía imitación rústica del bastón de un tambor mayor. Era, en suma, una soberbia cachiporra.

Á las voces de «¡Que se lea el papel! ¡Que se lea el papel!», tomóle en sus manos el sargento de civiles; mas apenas lo hubo mirado, torció el gesto y lo entregó al escribano, quien á su vez hizo otra mueca no menos expresiva y lo dió al señor cura. El papel decía lo siguiente :



Nom. Sanct. Trin. Pat. Fil. Spirit. Sanct.

Eg. Ant. Ruderic. Infirm. Salut. Ment. San.

Mitt. Anim. Domin. Tell. Corpor.

Benedict. M. Fil. M.

Atq. Parroch. Arc. Q. Est. S. Eccles.

Atq. Mitt. Municip. Ha. Clav. Magn.

Pr. Rump. Capit. Stult. Asin.

Q. Viv. Spoliar. Sib. Pr. Ingrat. Hær.

Amen.

El señor cura, socarrón no pequeño y verdadero autor de aquella especie de cartel testamentario, lo leyó pausadamente, añadiendo á las palabras sus



El señor cura lo leyó pausadamente.

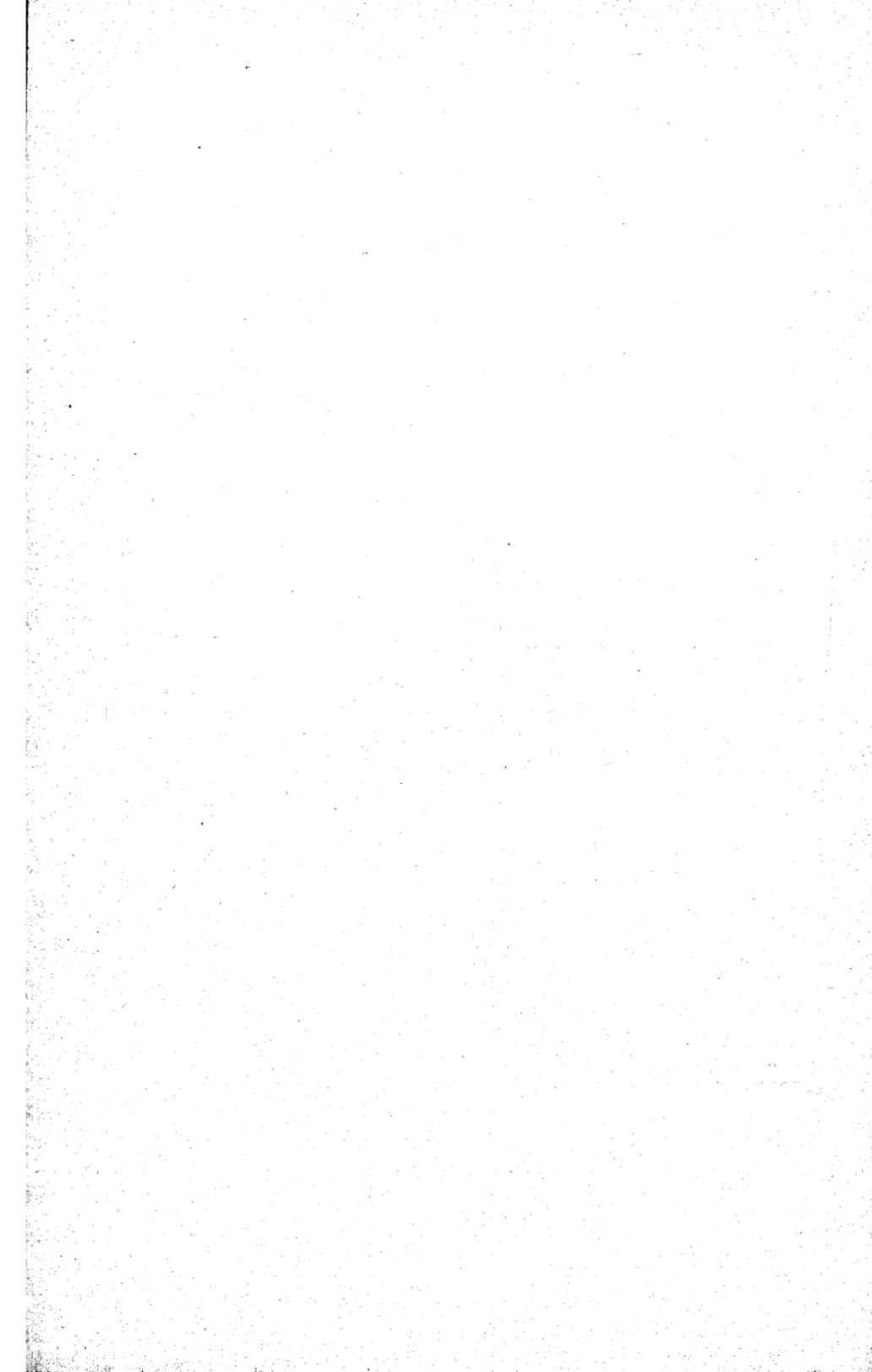
terminaciones respectivas; mas como allí ninguno entendía latín, por muy llano y macarrónico que fuese, hubo de volverlo al romance castellano, tra-

duciendo de este modo cada una de sus líneas, con toda la solemnidad propia del caso :



*En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo
y Espíritu Santo.*
*Yo, Antonio Rodríguez, enfermo, pero sano del entendimiento,
Lego mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra,
Mi bendición á mis hijos,
Y al señor cura el arca, pues pertenece á su Iglesia.*
*También lego al Ayuntamiento esta gran CACHIPORRA
Para romperle la cabeza al estúpido jumento
Que se despojase en vida á favor de herederos ingratos.*
Así sea.





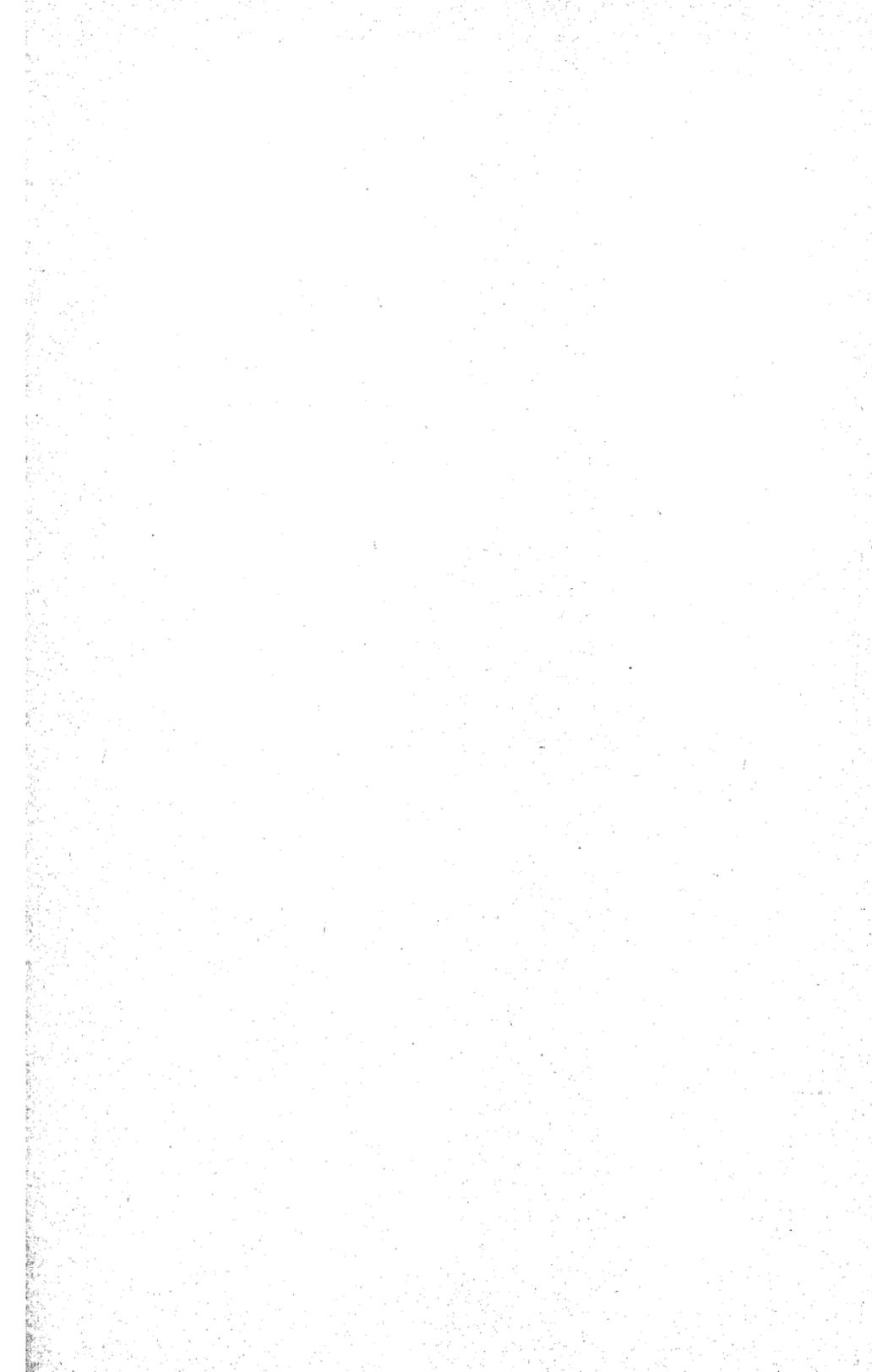
EL PATO HIDRÓFOB3

EN París, *rue de la Fleur*,
El dueño de un *restaurant*,
Entusiasta ciego y gran
Admirador de Pasteur,
Con la seriedad de un teólogo,
Gozaba en dar conferencias
Realzando las experiencias
Del célebre bacteriólogo.

Cierta noche que elocuente
Nuestro dueño peroraba,
Un señor que cerca estaba
Comiendo tranquilamente,
Oyendo de tales nuevas
La curiosa explicación,
Preguntó al fondista: — ¿Y son
Ya infalibles esas pruebas?

— Infalibles, y con creces —
Contestó el dueño; — ese pato
Que tiene usted en el plato,
Lo he visto rabiar tres veces. —





GEOGRAFÍA

PREGUNTANDO á un chico, Sierra,
Profesor de Geografía,
Que ante sí el mapa tenía,
— Niño ¿dónde está Inglaterra? —
Listo y sin titubear,
Sin mirar al profesor
Ni al mapa, dijo: — Señor,
En mi barrio debe estar.
— ¿Cómo en tu barrio?

— Así es.

Lo tengo por cosa cierta,
Porque, en llamando á mi puerta,
Dice mi padre: *¡un inglés!* —



EL CATECÚMENO



HABÍA en la isla de Cuba un apreciable sujeto, de nombre Bonifacio y Lozano de apellido. El tal Sr. D. Bonifacio Lozano poseía numeroso rebaño de negros, gobernados paternalmente por el látigo de varios mayorales que les hacían sudar los bofes en las más duras faenas campestres desde antes de rayar el día hasta después de cerrada la noche. La ociosidad es madre de todos los vicios. Además, según afirman graves autores, el mundo es un valle de lágrimas, y en caso de duda se les podría consultar sobre este punto á los negros del tal D. Bonifacio.

Uno de ellos, exceptuado de la ruda labor del *ingenio* por su debilidad física, y promovido al servicio doméstico por su carácter apacible y habilidad culinaria, vivía en la casa de su amo, desempeñando en ella el oficio de cocinero. Ninguno se figure por esta circunstancia que la presente narración acaba de trágica manera, envenenando á su amo el negro para vengarse del mal trato que sufriría. Si estuviesen trocados los papeles, ya procura-

ría el blanco reventar al negro de cualquier modo y lo más pronto posible, sin detenerse en consideraciones, ni andarse con equilibrios. Precisamente por esta y por otras cositas, el blanco pega y el negro aguanta: el blanco es dueño y absoluto señor, y el negro miserable esclavo. Hazte de miel, y te comerán las moscas. Pero basta de filosofía, y fuera digresiones.

Mi Sr. D. Bonifacio era muy religioso, ó decía serlo, que para el caso es lo mismo. De la Biblia sacaba un partido prodigioso. No la había leído; pero la tenía muy bien encuadernada en un estante, y aun había pasado algunos ratos mirando las estampitas. Si le convidaban á banquetes ó diversiones de *balde*, contestaba invariablemente:

— Sí, señor; acépto, porque la Biblia dice que el hombre debe de ser agradecido y complacer á sus semejantes.

Con la puntualidad del mejor cronómetro llegaba luego al festín, donde tragaba como un fraile, bebía como un templario y aun hallaba manera de guardarse algunas golosinas en los bolsillos, que no eran pequeños. Pero si un prójimo, aunque fuese persona de confianza y se hallase en grave apuro, le pedía prestada cualquiera cantidad, respondía con sumo agrado:

— ¡Cuánto favor me dispensa usted, mi querido señor Fulano, al acordarse de mí para este asunto! Precisamente mi mayor inclinación y mi placer más grande es facilitar dinero, sin intereses ni réditos de ninguna clase; porque lo contrario es acción de usureros, dignos de estar en presidio arrastrando un grillete de los más gordos. Por consiguiente... pero

ahora recuerdo que dice la santa Biblia en el capítulo IV ó en el DXLVII: «No prestarás al amigo tu dinero, porque perderás el dinero y el amigo.» Y como yo soy cristiano, católico, apostólico, romano, y aprecio muchísimo su buena amistad, le aseguro con verdadero dolor de mi corazón que no le prestaré ni una peseta.

Y el D. Fulano salía chasqueado y mohino, vomitando sapos y culebras contra la Biblia y su original intérprete.

Tampoco faltó quien le echase en cara el tener esclavos, á pesar de sus alardes continuos de religiosidad; pero D. Bonifacio se sacudía las moscas exclamando:

— ¡Válgame Dios, y lo que puede la ignorancia! Pues ¿quién no ha leído en la Biblia que los santos patriarcas tenían numerosos esclavos? Y después de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, ¿no poseyeron rebaños de esclavos muchos conventos, iglesias, monasterios y abadías? ¿No los cambiaban, vendían, explotaban, mutilaban y aun condenaban á muerte por quitame allá esas pajas? ¿No duró la esclavitud siglos y siglos, sancionada y protegida por las leyes de la Iglesia? Pues yo sería un monstruo de soberbia juzgándome superior á los santos patriarcas, abades, prelados y congregaciones católicas. Si tuvieron esclavos, yo los tengo también; pero es para su felicidad temporal y eterna, manteniéndolos en este mundo y procurando que sean humildes y virtuosos, y al fin de su vida terrenal ganen la vida perdurable. Amén.

Con cuyas afirmaciones históricas, verdaderas por desgracia, dejaba turulato á su auditorio. Y

consecuente con sus aprovechadas ideas religiosas, había encargado al capellán de su casa (pues también tenía capellán para decir la misa y enseñar latín al niño) que instruyese en la doctrina cristiana al mencionado cocinero. Indudablemente hubiese querido cien veces antes el presbítero que le mandaran arrancar clavos con los dientes, domar un potro cerril ó cualquiera otra faena difícil y peliaguda que meter el Catecismo de Ripalda en aquel testuz, donde toda la ciencia y maña de Gall, Spurzhein y Cubí no hubiesen logrado encontrar el órgano de la teología. Entre maestro y catecúmeno se entablaban los más disparatados diálogos, no ya en el primer día de la enseñanza, sino después de semanas y meses de machacar en hierro frío.

— Ven acá, Domingo; ahora que tenemos un rato libre, vamos á ver si recuerdas algo, hijo mío. Dime, ¿cuántos dioses hay?

Pero Domingo en lugar de responder se rascaba su lanuda cabeza, y queriendo sonreirse lucía una caja de blanquísimos dientes como teclas de piano.

— ¿Me has entendido, cernícalo? Te pregunto cuántos dioses hay.

— Pues, zeñó, habrá los mismos que el otro día me dijo zu melcé, zi es que no se ha muelto al-guno.

— Hombre, morirse... ¡Qué barbaridad!

— Pues, zeñó, ahora me acueldo de que zu melcé me dijo que Dios murió en una cruz hace muchos años, y podía haberle sucedido otro pelcance.

— ¡Quitate allá! Murió por nuestros pecados; pero resucitó al tercero día y subió á la Gloria, y desde

allí vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. ¿No es esto lo que te he enseñado?

—Zí, zeñó, y estoy mu confolme; pero verá zu melcé como luego resulta que too eso no es veldá.

—¿Cómo que no es verdad? ¿Sabes, infeliz, lo que has dicho? Por mucho menos ha quemado la santa Inquisición á millares de personas. Pero... tu ignorancia te disculpa.

Y alzando los ojos y ambas manos al cielo, exclamó el buen padre:

—Señor, Dios mío, grandes son mis pecados, pero á mi edad... con cerca de setenta años... ¡y tener que bregar con semejante pollino! Anda, lárgate pronto, quitate de mi presencia, ó hago contigo una atrocidad. Y si para la semana que viene no sabes bien los Mandamientos y el Credo, yo le daré un recadito al amo y verás cómo el látigo te despierta la memoria. Sí, se lo diré; porque ya la paciencia me falta, y esta vez va de veras.

*
* *

Aun no había concluído el plazo de la semana, cuando el cocinero se presentó al cura enseñándole los blancos dientes con visible satisfacción.

—Zeñó cura, plegúnteme zu melcé antes de que ze me olviden los Diozes y los Mandamientos y aquellas cozas del zeñó Pilatos. Plegúnteme zu melcé y queará mu contento, porque el moreno lo aprendió toíto y lo dice mu bien.

—Me alegre, hombre, me alegre. Ahora voy á dar lección de latín á tu señorito: así que pase una hora, me esperarás en mi cuarto.

Y el moreno fué á esperarle, y terminada la lección de latín, apenas vió aparecer al cura le disparó los siete Pecados capitales y el Padre nuestro, sin discrepar una palabra.

— Hombre, más despacio, más despacio, que parece que vas por ferrocarril; nadie nos corre, y de la precipitación nacen las equivocaciones. Ahora, tomemos las cosas desde el principio. Dime: ¿cuántos dioses hay?

— Pues nada más que siete.

— ¿Cómo siete? ¡Qué barbaridad!

— No es barbaridá, zeñó, que los tengo mu bien contados. El Padre es Dios, uno; el Hijo es Dios, y van dos; el Espíritu Santo es Dios, tres; tres personas distintas, seis, y un solo Dios verdadero, siete.

— Esto último, zambombo, un solo Dios verdadero: no hay más que uno, y te lo he repetido cien veces. Ahora, dime el Credo.

Y comenzó el negrito la oración con bastante soltura. Pero á las pocas palabras le faltó la memoria y, barajando y cambiando las especies, armó un lío de donde resultaba que Pilatos había sido crucificado, muerto y sepultado; que la Virgen resucitó al tercer día; que los vivos y los muertos habían de juzgar á la comunión de los santos; además de otros desatinos y enormidades que no pudo escuchar con paciencia el presbítero catequista.

— Basta, basta, animal: no tienes tú la culpa, sino tu amo y yo por habernos empeñado en que sepas la doctrina cristiana como las personas racionales.

Y el endiablado negro, sonriéndose y enseñando

su formidable caja de dientes, respondió á su indignado maestro :

— ¿Pol qué se enfada conmigo su melcé? Que lo diga yo de una manera ó de otra, es lo mismo. Al fin y al cabo verá su melcé cómo resulta que naíta de eso es veldá.



— ¿Pol qué se enfada conmigo su melcé?

— ¿Que no es verdad?... Mira, hijo del pecado, criatura de los demonios: pase tu rudeza, pase tu ignorancia y mala memoria: todo puedo perdonártelo; pero ese estribillo que has tomado de *que no es verdad* me subleva y enciende la sangre. ¿Cómo, de dónde ó por dónde infieres tú, canalla ruin, que no es cierto y verdadero y evidente lo que han enseñado, predicado y escrito hasta con su propia sangre tantos pontífices, arzobispos, obispos, apóstoles, mártires y doctores de la santa Iglesia católica,

apostólica, romana? Quitate de mi vista, si no quieres que te rompa esta silla en la cabeza. ¿No me oyes? Vete, discípulo de Satanás, pues es Satanás quien habla por tu boca.

— ¡Óigame su melcé!... Yo no soy discípulo de Santa Ana; yo digo que estas historias no son veldá, porque en el mundo no son las cosas lo mismo que parecen; y si no, vea su melcé: yo me llamo Domingo, y no tengo domingos ni días de fiesta: siempre en la cocina, siempre guisando para que otros se lo coman; mi apellido es Blanco, y soy más negro que el calbón. Pues mi amo se llama D. Bonifacio, y me suelta unos palos y unas patás que me palte; mi amita se llama doña Paz, y ya sabe su melcé el genio que gasta, y que tiene la casa hecha un infielno, levantando una tempestá pol cualquier cosa. ¿Y el señorito? Se llama de apellido Lozano, y está medio tísico y con una joroba como si llevara la merienda debajo del chaleco. Conque ya ve su melcé, que las cosas parecen veldá, y luego no lo son, y yo sé lo que digo. ¡Ja, ja! El moreno Domingo no es tonto, no, zeñó. ¡Ja, ja!

Y enseñando hasta la última muela se marchó á paso ligero, dejando á su maestro estupefacto.

— ¡Caracoles con el negrito! — exclamó éste al volver de su asombro. — ¡Cuando digo que tiene los demonios en el cuerpo! Y en parte no va descaminado; v. gr.: á mí me llaman el padre Carreras, y ni tengo hijos, ni puedo correr diez pasos, ni apenas andar con estos dolores de reúma, que ni siquiera me dejan dormir por las noches.

¡Maldito reúma!

¡Y maldito catecúmeno!

EL QUESO DE BOLA

ENTRE los muchos y célebres
Tipos de ingenio y de gracia
Que á mediados de este siglo
Tuvieron en Cádiz fama,
Era por sus ocurrencias
Notable Benito Vargas,
Alias *el Ñoto*, flamenco
De los puros de la raza,
Y del aspecto más cómico
Que tuvo figura humana.

En la época del verídico
Suceso de que se trata,
Nuestro popular gitano
En los sesenta frisaba,
Y era de estatura media,
La nariz torcida y chata,
De color de *te con gotas*,
Con dos orejas de á cuarta,
Pelo crespo, boca oblicua
Y tartamudo, con tanta
Sandunga y tan buena sombra,
Que cuando se incomodaba
Eran de efecto seguro
Sus gestos y sus palabras.

Aunque de ser un Adonis
 Tan distante *el Noto* estaba,
 Por su corazón sensible
 Y su condición honrada,
 Buscar dulce compañera
 Quiso, mas con tal desgracia,
 Que los años transcurriendo,
 Y él perdiendo la esperanza
 De casarse, repetía
 Tristemente: — No me ex... traña
 Morirme... sol... solterito;
 Tengo la... mala pa... pata
 De ser medio... li... limón,
 Y huyen las... medias na... ranjas. —
 Y agregando un «ca... ca... ca...»
 Sin romper en el «¡ caramba! »
 — Me he güerto gallo — decía
 Después que cacareaba.

Mas nunca es tarde, si es buena
 La dicha, el refrán declara,
 Y al fin cayeron sus ojos
 En la red parlamentaria
 De otros dos muy traicioneros
 De una flamenca ya... *rancia*;
 Tan gran éxito alcanzando
 Sus apasionadas pláticas,
 Que, con gran contentamiento
 De todos los de la casta,
 Fué publicada la boda
 De la pareja gitana.

Llegó el suspirado día
 De las bendiciones santas;
 Sancionó el cura los votos

De las dos felices almas,
Y con lucido cortejo
Y grandísima algazara
De gritos y enhorabuenas,
Y entre vítores y palmas,
Nuestros venturosos cónyuges
Regresaron á su casa.

En ella, espléndida mesa,
Por el padrino costeada,
Encontró la comitiva,
Repleta de las más clásicas
Especialidades ricas
De aquellas tierras y playas,
Con pescados y mariscos,
Aceitunas aliñadas,
Jamón serrano, alfajores,
Manzanilla en abundancia,
Y, sobre un centro de loza,
Entre todas las vituallas,
Un grande y lustroso queso
De bola, que figuraba
Como manjar favorito
De nuestro Benito Vargas.

Comenzó al punto el jolgorio,
Y así que, según es práctica
Y costumbre en tales casos,
Los héroes de la jornada
Mil plácemes recibieron
Entre el choque de las cañas,
Acercándose el padrino
Al novio, que no quitaba
La vista del queso, dícele :
— Ahijado, á ti se te guarda ;

¿Quieres partir ese queso,
Que tiene muy buena cara?
— Sí, hijo — contesta la esposa; —
Métele mano á esa alhaja. —
Y levantándose *el Ñoto*
Satisfecho y sin tardanza,
Acudió cuchillo en mano
Á hacer lo que le mandaban.

Pero ¡ ay Dios!... El queso aquél
De tan seductora traza.
Era un soberbio camelo
Que al pobre novio le daban.
Pues, según después se supo,
La tal prenda fué encontrada
En un sótano, y calculan
Que debieron traerla á España
Á su regreso de Flandes
Los tercios del Duque de Alba.

Dió principio á la faena
Benito con mucha calma,
Sobre la resbaladiza
Corteza esgrimiendo el arma;
Le da al queso, una tras otra.
Más de veinte cuchilladas,
Y en vano pincha y empuja
Y dando vueltas ataca...
Son inútiles esfuerzos;
La hoja del cuchillo salta.
Y por ningún lado cede
La granítica coraza.

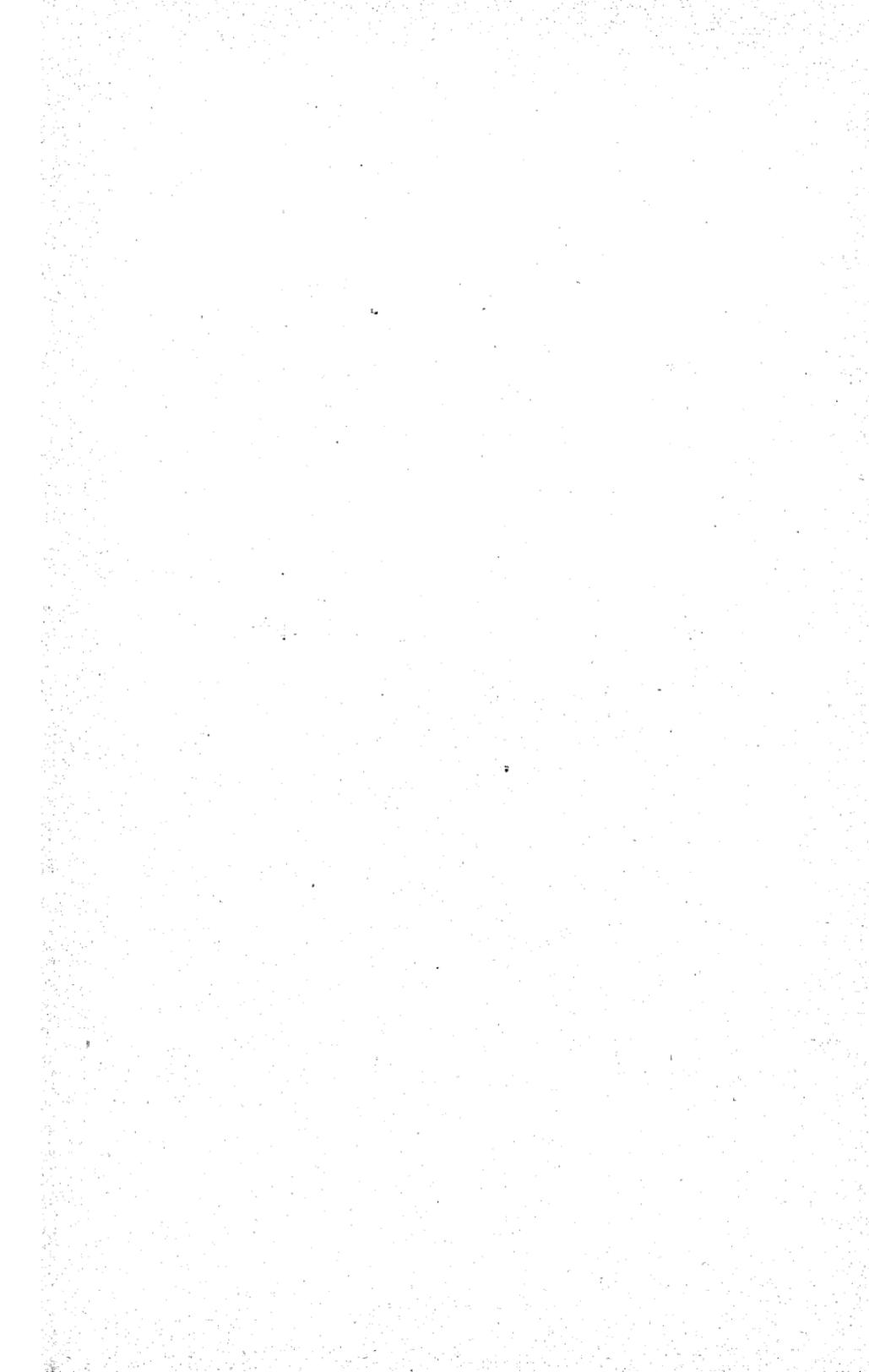
Desesperado y mohino
Se santigua, se levanta,
Coge de repente el queso.

Abre el balcón de la sala,
Lo coloca con cuidado
Encima de la baranda,
Y alza los ojos al cielo
Con las dos manos cruzadas.

Al verle en tal actitud
Acude la esposa cándida,
Y le pregunta : — Benito
De mi vía, ¿qué te pasa?
¿Qué vas á hacer con el queso?



— Hiji... jita... de... mi arma —
Le responde al punto *el Noto*, —
Lo pongo á la... intem... perancia,
Pa que er mesmo Dios lo vea
Y... mande un... rayo y... lo parta. —



FALLO DIFÍCIL

ENTRÓ cierta noche en un
Almacén de ultramarinos
De Sevilla, un caballero
Muy formal y comedido,
Y llamando al dependiente:
— ¿Tienen ustedes — le dijo —
Queso bueno de *Gruyère*?
— Sí, señor; superiorísimo.
— Bien; pues hágame el favor
De pesarme medio kilo. —
Fué servido al punto; pero
En el instante preciso
En que le iban á envolver
En un papel el artículo,
Deteniendo con la acción
Al dependiente solícito,
Añadió: — Que haya conciencia,
Y agréguele usted un poquito
Más de queso á ese pedazo.
— ¿Por qué? — dijo sorprendido
El dependiente.

— ¿Por qué?

¿No está usted viendo, hijo mío,

Los agujeros que tiene
Ese queso? Necesito
Que se compense la falta. —
Quedó un momento aturdido
El pobre mozo, y después
De contemplar indeciso
El queso, el peso y la cara
De aquel señor grave y digno:
— Caballero — replicó; —
Pero lo que usted ha pedido
¿No es medio kilo de queso?
— Justamente; y le repito
Que ahí falta queso.

— ¿Que falta?

— Y bien marcados los sitios. —
Iba á contestar el otro,
Cuando con ceño fruncido
Agregó el comprador: — Vamos,
Que se hace tarde, mocito.
Complete el queso, y despache. —
Alzó la vista ofendido
El mozo, y sin darse cuenta
De caso tan imprevisto:
— Caballero — contestó; —
Yo sé cumplir con mi oficio,
Y no hay de más ni de menos:
Eso pesa medio kilo,
Y lo toma usted ó lo deja.
Y negocio concluído. —
Indignado el caballero
Del arranque intempestivo
Del lonjista, enfureciéndose
Y alzando la voz con brío

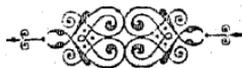
Exclamó: — ¡Desvergonzado!
¿Con modales tan indignos
Así atiende usted y contesta
Á una persona de viso?
Estafando de este modo,
Robando con tal cinismo,
Es como todos ustedes
Medran y se ponen ricos! —
Colérico el dependiente
De salida tan sin tino,
Tras un enérgico apóstrofe
Iba á ser más expresivo,
Cuando el sereno del barrio,
Que pasaba muy tranquilo
Por delante de la tienda,
Mediando en aquel conflicto:
— ¡Alto! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —
Gritó interponiendo vivo
El interminable chuzo
Entre los dos enemigos; —
¿Se puede saber la causa
De este escándalo inaudito?
— El señor tiene la culpa —
Dijo el dependiente, lívido.
Á lo cual contestó el otro:
— No, que la tiene ese pillo.
— ¡Silencio! — gritó el sereno; —
Sepa yo lo que ha ocurrido,
Y podré ser juez en esta
Custión.

— Conforme.

— Lo admito. —

Refirió el hecho el lonjista,

Fundándose convencido
En sus razones de *peso*,
Interrumpiéndole altivo
El comprador de esta suerte:
— Y yo, sereno, repito
Que hay falta de queso en esos
Ojos del queso, y exijo
Que se compense la falta.
¿Es injusto lo que pido? —
Quédase el sereno extático,
Mudo, y con los ojos fijos
En el queso; y sin saber
Qué decir en el litigio,
Exclamó: — Vamos con calma,
Y tengan paciencia y juicio.
— Pero ¿quién tiene razón? —
Gritaron enfurecidos
Comprador y dependiente.
— ¿Quién? — repitió pensativo
El nocturno vigilante;
Y después de estarse cinco
Minutos reflexionando,
Dijo al fin: — Pues lo que digo
Es... que ese pícaro queso
Mete á cualquiera en un lío. —



EL SECRETO Á VOCES



Por la boca muere el pez, dice un antiguo refrán: y pudiera añadirse que también el hombre. El ejemplo siguiente lo confirma.

Érase un pueblo, y érase un párroco destinado en él á la cura de almas. El pueblo nada tenía de particular: no era grande, ni chico, ni miserable, ni opulento; pero, eso sí, desmantelado y sucio, como casi todos los de Castilla la Vieja, y puesto en lugar tan áspero y fragoso, que apenas y con mucha incomodidad y hasta peligro llegábase á él en carro, siendo lo más conveniente ir á lomo de poderoso mulo. En cuanto al párroco, era todo un presbítero cerril, de escopeta y perro, menos versado en la *Summa* de Santo Tomás y en sagrada Teología, que en el uso de la pólvora y el plomo, y aun del recio cuchillo de dos filos para rematar la caza mayor á pulso y de frente. Animoso, robusto y acostumbrado á la fatiga, importábase muy poco pasar casi toda la semana entre riscos y breñas, durmiendo á veces *sub Jove frigido*, como decía el romano epicúreo, ó al aire libre, según decimos los que no

tenemos el honor de ser epicúreos ni romanos. Con tal de hallarse puntualmente los días festivos en la sacristía de su iglesia dispuesto á celebrar misa, y en el confesonario después recibiendo el chaparrón



... precedido de sus canes lanzábase al campo.

de suciedades y miserias con que solían obsequiarle sus rústicos feligreses, mi hombre juzgaba cumplido su deber, y dando de mano á las tareas místicas, empuñaba la infalible, digo, la escopeta, echaba el morral sobre su recia espalda, y seguido, ó precedido, ó rodeado de sus canes, lanzábase al campo con más bríos que Bernardo del Carpio y que el mismo Don Quijote de la Mancha. Así pasa-

ba los meses y los años : y no lo digo en son de censura; que á mi juicio no son estos presbíteros los peores.

De tan amena existencia hallábase muy satisfecho : creíase feliz y lo era, y no envidiaba á nadie, ni aun al Sumo Pontífice de Roma. Pero llegó un día fatal; ¡qué día no llega cuando viene para nuestro daño! Llegó un día fatal, repito, en que bajo la tosca forma de peón cartero se le presentó de improviso el nuncio de su desdicha. Y fué que el tal peón traía una carta bien cerrada y sellada con la cre roja, advirtiéndole que el nuevo señor obispo visitaría la diócesis pueblo por pueblo; que anduviese alerta y no diese motivo, ni aun pretexto, para la menor censura por parte de su prelado, á quien todos los párrocos temían como severo sostenedor de la disciplina eclesiástica.

El aviso, que era de un antiguo compañero de seminario, no cayó en saco roto, ni mucho menos. El presbítero cazador metió la escopeta en su funda y la escondió en el pajar con los demás atributos venatorios, distribuyó los perros entre varias casas de amigos y allegados, hizo limpiar la iglesia con el esmero y primor de quien limpia una joya; y, por último, envió con un arriero para pasar algunas semanas en cierta casa de campo á su Teresa, rústica y arrogante mocetona que le servía de ama, con más, dos chicuelos gordiflones, sobrinos suyos, ó lo que fueran; que en este punto del parentesco no estoy muy bien enterado. Para las haciendas domésticas apalabróse con el sacristán, y éste le prometió temporalmente los buenos oficios de cierta imposible hermana suya, seca y alta como una lan-

za, apergaminada y vieja, y tan feísima, que en cuatro semanas de conversación no se podría explicar toda la fealdad de semejante condenada. Si en vez de vivir en un poblachón de la sierra, hubiese habitado en ciudad medianamente regida, la autoridad le habría mandado no salir á la calle sino de noche y con careta, para no asustar á los niños ni provocar malos partos en las embarazadas de meses mayores. Tal era aquel vestiglo, y por contera y remate se llamaba Rosita. Antiguamente los griegos, que eran unos guasones, apellidaron las *Erménides* (las graciosas) á las furias infernales.

Rosita iba de mañana á casa del párroco D. Sebastián, desempeñaba las faenas domésticas, y por la tarde, antes del obscurecer, ya estaba de vuelta y en compañía del sacristán su hermano. Censurable y arriesgado hubiera sido para tan gentil doncella dormir bajo el mismo techo que un hombre, aun cuando este hombre tuviese hecho voto de castidad. y aun cuando todos sabemos que semejantes votos nunca, ó casi nunca, se quebrantan... después de los ochenta años.

D. Sebastián la miraba complacido ir y venir por la casa, barriendo, sacudiendo el polvo, mudándoles el agua y echándoles alpiste á los canarios, etc., etcétera. Frotábase las manazas de puro gusto y decía interiormente :

— Si el obispo es delicado de nervios y la ve así al pronto, de seguro le da un síncope. El fuerte y la manía de su merced, según cuentan, es la honestidad de los clérigos; pero por muy malicioso y escamón que sea, no podrá figurarse que yo... ¡Jesús, María y José! ¡Primero me ahorcaba!

Y entrando luego en consideraciones fisiológicas, discurría de esta suerte:

—¡Canastos, y qué Rosita! ¡Y semejante fenómeno corresponde á la especie humana! ¡Y también al bello sexo! ¡Lo mismo, lo mismito que mi Teresa, tan gallarda y tan fornida! ¡Si el obispo la viese! ¡Me había caído el premio gordo!

*
* *

Llegó al pueblo el señor obispo. No salieron gentes á recibirle, ni hubo arcos de follaje, ni repicaron campanas, por la sencilla razón de que el prelado viajaba sin aparato alguno y no era faralón ni amigo de ostentaciones y garambainas. Acompañábale solamente un clérigo de edad proveyta, y ambos hacían sus jornadas en sendos mulos, tamaños como elefantes. Ambos también llegaron al pueblo de mi historia cuando menos los esperaban.

Pero aquella tarde, como otras muchas, habían salido de paseo por la carretera el cura y el alcalde, y los vieron venir, y enterados de quiénes eran, los recibieron cortésmente y les ofrecieron hospitalidad obsequiosa. El alcalde pretendía llevarlos á su casa, alegando que tenía ya preparadas y dispuestas dos hermosas habitaciones con vistas al jardín y al campo, donde estarían alojados, no como se merecían ciertamente, sino con las menos molestias posibles en un lugar de tan escasas comodidades. Mas el obispo cortó por lo sano, disponiendo que su acompañante aceptara los ofrecimientos de la autoidad civil: en cuanto á él, no quería otro hospeda-

je que el del señor cura. Hizo éste de tripas corazón y se llevó consigo al prelado.

¿Diré que la morada parroquial estaba limpia como el oro, que ambos sacerdotes conversaron como si fuesen amigos, pues el superior, aunque severo como tal, era muy llano y sencillo en su trato, y que cenaron, no exquisitos, pero sí suculentos manjares? Todo esto es de cajón y no merece consignarse; mas sí lo merece el asombro, la estupefacción que la fámula produjo en el obispo, que no recordaba haber visto jamás, ni aun en sueños, estantigua semejante. Para servir la cena, Rosita se había puesto de veinticinco alfileres, y estaba peor que nunca: parecía más seca, más alta y más horrible, que es cuanto puede ponderarse. El obispo, varón de corta estatura, la contemplaba con espanto. Cuando, alzados los manteles, quedó á solas con el párroco, no pudo menos de preguntarle:

— Esta... señora... ¿es el ama?

— Sí, señor... no, señor... quiero decir, que es hermana del sacristán y viene á limpiar y guisar de día, retirándose por la noche á casa de su hermano. Es una respetable doncella.

— Respetable y aun formidable. Obra con mucha prudencia en vivir tan honestamente. Si habitase aquí de continuo, podría padecer su reputación, y también la de usted; ¡somos tan frágiles! Y los desocupados ¡suelen tener tan malas lenguas!

— ¡Pero este obispo debe de ser ciego, ó cuasi ciego! ¡Canastos con el hombre! ¡Pues si estuviese aquí Teresa! ¡Y quizá se esté burlando de mí con toda gravedad y circunspección! ¡Mucho ojo, Sebastián, que estos señores son unos lagartos!

Así pensaba el párroco al oír las extrañas frases de su jefe. Éste prosiguió :

— Le he dicho lo de las malas lenguas, no por murmurar, que entonces yo también entraría en el número, sino porque antes de pasar á este pueblo, alguna persona, que sin duda no le quiere mucho, me vino con el cuento de que vivía usted maritalmente con una tal Teresa, de quien tenía dos, ó doce hijos... pues no recuerdo bien cuántos me dijeron.

— ¡Por los clavos de la santa Cruz, señor obispo!— exclamó el párroco, lleno de verdadero terror.— ¡Doce hijos! Se quedaron cortos. ¿Si pensarán que trato de fundar las doce tribus de Israel? Y ¿con qué había de alimentar y vestir toda esa escuela de párvulos? Tendría que salir al campo á robar con la escopeta.

— Se me olvidaba. Á propósito de la escopeta, dícenme también que pasa usted días y más días cazando en la sierra y en la llanura, con menoscabo de sus obligaciones sacerdotales. Yo no he querido creerlo.

— Y ha hecho Su Ilustrísima perfectamente. Lo de la escopeta y el descuido de mis obligaciones resulta otra calumnia como lo de Teresa y los doscientos hijos... ó los doce, ó los que fueren; pues con tamañas atrocidades se me pone la cabeza hecha un bombo y ni siquiera sé lo que hablo.

Tranquilizóle bondadosamente el obispo y giró la conversación hacia otros asuntos menos escabrosos. Así pasaron la sobremesa, y llegada la hora del descanso, condujo D. Sebastián á su ilustre huésped al mejor aposento, del que ocupaba no pequeña

parte una espaciosa cama de matrimonio donde hubieran podido sin molestia dormir cuatro personas. Sonrióse el obispo al ver aquella plaza de toros, y dijo al párroco :

— Para mí, que soy pequeño y delgado, es mucha cama ésta, y aun para usted, que es hombrón alto y robusto. ¿No habría otra donde yo descansara en distinta habitación, quedándose usted aquí á sus anchas?

— Es el caso, señor, que no tengo otra. Heredé este mueble de mis padres, y como los tiempos son malos, no he podido sustituirlo.

— Pero si no hay otra, y yo duermo en ésta, ¿dónde va usted á dormir, cristiano?

— Señor, eso es lo de menos. Dormiré en cualquier parte; en una silla, ó iré á casa de algún amigo que...

— No lo consentiré de ninguna manera. Puesto que hay sólo una cama, y por fortuna es muy grande, en ella dormiremos los dos medio vestidos, y creo que aun sobraría espacio para otro. No nos molestaremos. Precisamente, he de levantarme al rayar el alba.

Y sentándose en una silla, se descalzó y empezó á quitarse algunas ropas. El párroco, sin atreverse á replicar, hacía lo mismo. La cama era una plazuela, y cada uno se acomodó á un extremo, cuidando de no molestarse : entre ambos había lugar para otras dos personas. Aun no habían apagado la luz cuando el obispo se levantó de pronto. Su compañero le dijo :

— ¿Se ha puesto malo Su Ilustrísima?

— No, es que se me había caído el pañuelo.

Y recogió cierta cosa blanca debajo de una silla. Era un gorrito de niño, con sus puntillas de ordinario encaje y sus cintas para atarlo: una cosa muy mona. Revolviéndolo entre los dedos, preguntó con extrañeza:

— ¿Qué es esto?

— ¡Ah! Sí, un gorrito. Será de Rosita, que se pone unas cosas tan estrafalarias...

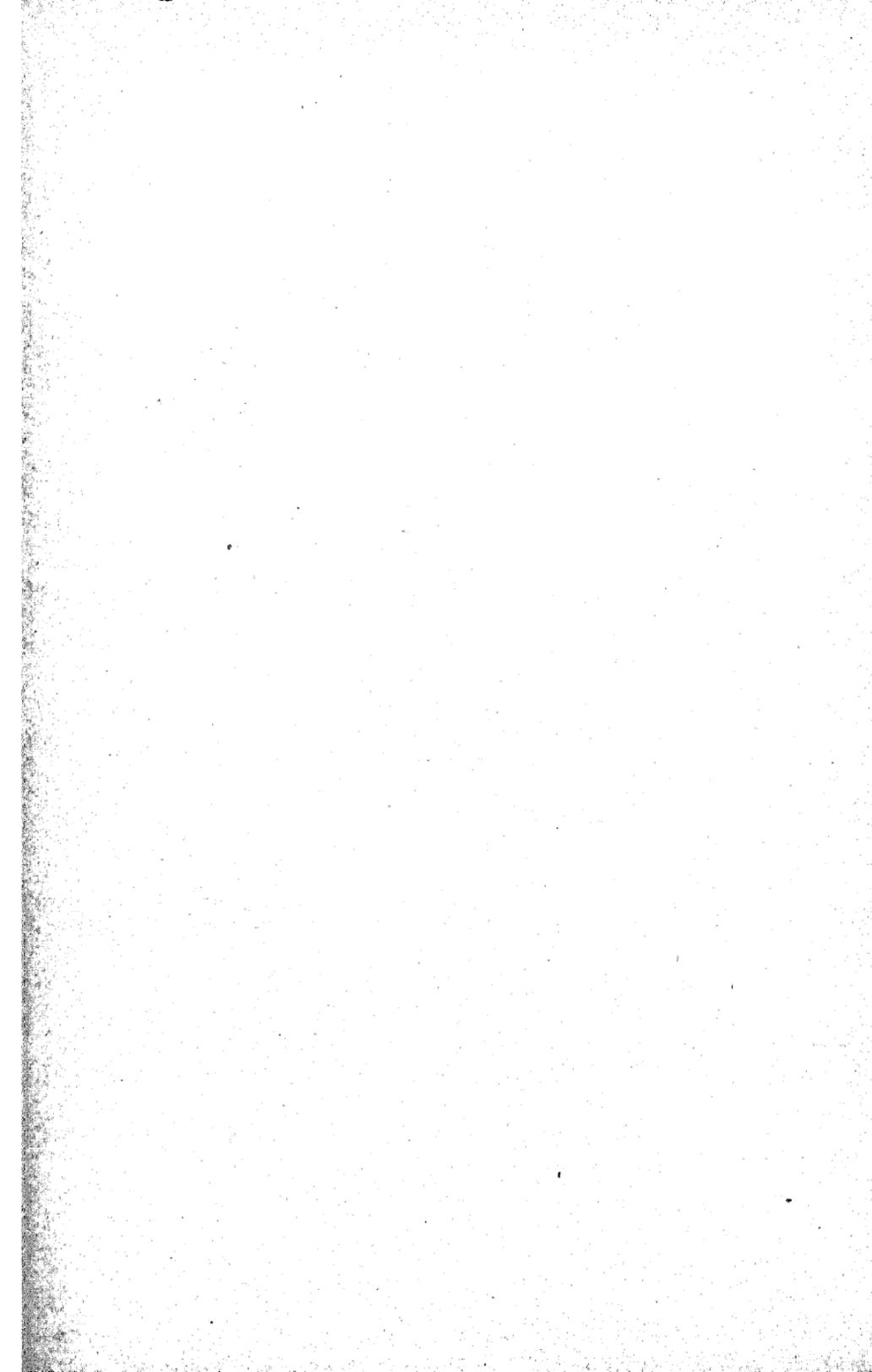
— ¿De Rosita, la hermana del sacristán, la que nos ha servido la cena? ¡Pues estará graciosa!

Y aquí cesó el diálogo. Apagaron la luz, y á poco se durmieron ambos. Pero antes de amanecer despertó sudoroso y jadeante el prelado; creyó que su compañero le estrangulaba. Era que un brazo musculoso y pesado descansaba sobre su rostro, impidiéndole respirar libremente. Apartólo de sí, mas ya no pudo volver á pegar los ojos. Desvelado y vigilante, escuchaba los ronquidos del párroco. Debía éste de soñar con escenas de caza, su afición favorita, pues de vez en cuando murmuraba:

— ¡Canelo!... ¡Bocanegra!... ¡Al atajo!

Por fin, las primeras luces de la aurora clarearon confusas entre las rendijas de la ventana, que era de piso bajo y daba á la calle. Cantaba el gallo, trompeta del día, y escuchábanse fuera ladridos de perros, piar de pajarillos y pasos de hombres y de animales, ruidos de un pueblo que despierta. De pronto sonaron como truenos dos fuertes golpes en las maderas de la ventana: el obispo sintió en las costillas un codazo que le quitó la respiración, mientras la ronca voz del párroco le gritaba al oído.

— ¡¡¡Teresa, el panadero!!!



JUSTO CASTIGO...

FUERA una noche de Enero,
Lóbrega, imponente y fría,
En que el huracán rugía
Amenazador y fiero,
Recordando de pasada
Época mil aventuras,
Las callejuelas oscuras
De la arabesca Granada.
Á cantar iba un sereno
La hora de noche tan fiera,
Cuando una voz lastimera,
Que ahogó el bramido de un trueno,
Como eco triste y sombrío
Clamó así con agonía :
— ¡Qué desgracia, madre mía!
¿Qué va á ser de mí, Dios mío? —
Sólo por la obligación,
Aunque de miedo temblando,
Se fué el sereno acercando
Á un obscuro callejón,

Y allí, entre la sombra oculto,
 Al dar un paso adelante
 El nocturno vigilante
 Creyó columbrar un bulto.
 — ¡Quieto todo el mundo ahí! —
 Dijo, hecho ya un veterano,
 Chuzo y revólver en mano: —



¿Qué es lo que ha pasado aquí? —
 Á esta intimación vertida
 Con falso acento feroz,
 Así respondió una voz
 Temblona y desfallecida :
 — ¡Ay, sereno! ¿Qué ha de sé?
 Que me muero aquí arreció...
 Que estoy borracho perdío...
 Y... ¡no me abre mi mujé! —

⇒ Un servidor oportuno. ⇐

FIN su tocador un día,
Y ante el espejo sentada,
Una belleza afamada
Fin á su *toilette* ponía,
 Cuando repentinamente,
Sin previa señal ó aviso
En demanda de permiso,
Como es fórmula prudente,
 Un celoso servidor,
Criado joven y agraciado,
Con el mayor desenfado
Entróse en el tocador.
 — ¿Quién es? — gritó sorprendida
La dama con gesto adusto,
Queriendo ocultar el susto
Por acción tan atrevida.
 Con respeto y sin demora,
Ante ella el mozo inclinado,
Respondió: — Traigo un recado
Para Vucencia, señora.

— ¡Insolente! ¿Y considera
Que para venir á dar
Recados, se puede entrar
Hasta aquí de esa manera? —

Viendo la gran amargura
Que en el mozo anonadado
Causaba su justo enfado,
Añadió con más dulzura:

— ¿No ha hecho usted la reflexión
De que con tal osadía
Me puede encontrar un día
Desnuda en mi habitación? —

Alzó el muchacho la frente,
Y con voz dulce y sensible
Y sonrisa indefinible,
Contestó tímidamente:

— Esté Vucencia segura
De que eso no ha de pasar.

— ¿Por qué?

— Porque antes de entrar
Miro por la cerradura. —





LOS ZAPATOS VIEJOS



Se amaban y se casaron. Figúraseme que hicieron perfectamente, pues para la fiebre y dolencia de amor es el matrimonio infalible medicina. ¡Y qué bien lo pasaba aquel par de tunantes recién unidos, con pocos años y muchos dineros y queriéndose á todo trapo! Sólo de pensarlo me enternezco y la boca se me hace agua, y de puro júbilo hasta me bailan los dientes. Por lo cual deploro no tener veinticinco primaveras, y en vez de cristiano pobre no ser mahometano rico, para casarme cada trimestre veinticinco veces, ó alguna que otra más, según cayeran las pesas, y echar al mundo numerosa falange de herederos, y luego con toda esta tropa convertirme al cristianismo cuando cumpliese los ochenta años, y reunir un almacén de virtudes, y al sargento (no siempre ha de ser *cabo*) alcanzar la vida perdurable. Amén.

Pero ¿qué estoy escribiendo aquí, Júpiter poderoso? Acabo de leer varias poesías premiadas en un certamen; y como todo se pega, sólo pienso y escri-

bo disparates. Podría borrarlo, mas no lo hago para pagar la pena de mi culpa. En cambio, formo propósito de enmienda y vuelvo á mis carneros; quiero decir, á mis novios.

Repito que este valle de lágrimas era para ellos jardín paradisiaco, sin la serpiente de la suegra, ni ángel ó arcángel que los desterrase con espada en mano y amenazas terribles.

Dulces caricias, lánguidos abrazos,

como dice Espronceda en su inmortal *Estudiante*, y luego bocados exquisitos y vinos potenciosos, y después largos paseos higiénicos, y más tarde lánguidos abrazos y caricias dulces, y vuelta á empezar el agradable turno como rueda de molino. El marido galán había ya conjugado el verbo amar con todas sus variantes de activa y pasiva y recitado cien veces á su Dulcinea aquellos melifluos versos de mi amigo Zorrilla:

Sultana hermosa de los jardines... etc.,

y los tan sabidos de

¿No es verdad, ángel de amor,
Que en esta apartada orilla?... etc.

Además, también la había llamado ambrosía, concha, perla, diamante, gitana salerosa, querubín, serafín, estrella, lucero, planeta y hasta sistema astronómico; y, no sabiendo ya cómo apellidarla en sus fervorosos éxtasis conyugales, cierto día salió con esta pampringada:

— Mujercita mía, te quiero más que á unos zapatos viejos.

Tan extravagante comparación no agradó á la

mujercita ni poco ni mucho; tomóla por menosprecio, puso carilla como de gatita enfadada, y desde aquel momento solía sacar las uñas y echar de vez en cuando una gota de hiel en la copa de la felicidad conyugal; suponiendo que la felicidad conyugal sea líquida y tenga su correspondiente copa. Entiéndase que aparecieron algunas nubes en aquel cielo tan limpio; ó más claro, que desde entonces comenzaron á tener algunas leves desavenencias. Como lo más grave es empezar el melón, pues se acaba siempre por comérselo y tirar las cáscaras, el marido andaba preocupado con tales disgustillos, que, por ley natural de las cosas, podían ir creciendo y creciendo hasta convertirse en disgustazos graves y mayúsculos. El buen hombre, arrepentido del símil que tanto ofendió á su cara mitad, andaba de continuo procurando desenojarla con mil atenciones, ternezas y regalos; pero aunque ella no se quejaba, de pronto una sonrisita, una palabreja de doble sentido, una contracción del hermoso rostro, eran súbitos chispazos de su vanidad ofendida. *Latet ignes sub cinere doloso*; esto es, que bajo de la ceniza ardía encubierto el fuego. ¿Qué hacer para apagarlo? Por el pronto no le ocurría cosa de provecho. Y eso que estaba decidido á todo, aun á recibir en casa á la suegra. Por fortuna, la buena señora ya había fallecido de una indigestión, no sé si de pavo trufado ó de pimientos en vinagre. Pero la casualidad, mucho más poderosa que los mejores cálculos y previsiones humanas, le presentó la ocasión más oportuna.

Porque cierto día en que ambos esposos estaban vistiéndose para salir de paseo, la señora se calzó

unas primorosas botitas, y al punto se las quitó arrojándolas con desdén; probóse otras, y otras, y sucedió lo mismo. Al fin halló unas que le parecieron menos malas, y se las abotonó murmurando:

— ¡Cuidado que es torpeza! Estos zapateros no saben trabajar. ¿Para qué toman las medidas? Los pies me bailan dentro de estos lanchones. En saliendo, si te parece, encargaré otro calzado á ver si aciertan. Y eso ño es nada difícil, pues me parece que no tengo ningún defecto.

Y enseñaba unos piececitos de niña, con más, algo de la blanca media; espectáculo capaz de entusiasmar á un santo de yeso.

— Como quieras, vida mía — contestó galantemente el marido.

Y salió la enamorada pareja con el objeto de hacer visitas y recorrer almacenes de novedades. No quedó en olvido el encargo de los zapatos en el obrador más caro y elegante de la coronada villa. Aquella misma tarde volvió solo el marido á la zapatería con esta embajada:

— Se me había olvidado advertirle, maestro, que mi mujer es bastante caprichosa, y tiene manía por el calzado estrecho. Si es holgado no lo quiere. En casa hay arrumbada, en un armario, toda una zapatería. Conque no olvide mi encarguito. Por lo demás, hágalo con primor, que yo no regateo ni reparo nunca en un duro.

— Vaya usted descuidado, señor — contestó el zapatero.

A la semana siguiente los zapatos estaban concluidos y entregados. No eran dos zapatos, sino dos joyas. ¡Qué pulidos, qué charol tan reluciente, qué costuras, qué taconcitos tan empinados y puntiaguados! ¡Qué monería! Con tales dijes, Venus, la celeste diosa, no hubiera podido andar, ni Dafne correr para librarse del rubio Apolo. ¡Mas eran tan bonitos! Probóselos la recién casada, y á fuerza de calzador, y de polvos de jaboncillo, y de tirones, y de ser la media de seda finísima, logró encajárselos, y luego se miró complacida, levantándose las faldas y moviendo las puntas de los pies á un lado y otro, y dando pataditas sobre la alfombra blanda y admirando aquellos lindos remates de su gentil persona; y después de toda esta faena, mandó á su doncella que la descalzase y guardara los zapatitos con el equipo de viaje, pues pensaba pasar algunos días fuera de Madrid con su esposo. ¡Infeliz! Al contemplar con júbilo de niña aquellos estuches de sus lindos pies, al mirarlos como la gentil Margarita miraba las joyas enviadas por Fausto, semejaba el niño inocente que toma el revólver del papá, se deleita al verlo tan bruñido, desdeña por él los demás juguetes, hace sonar los muelles y resortes, y concluye pegándose un tiro. Pero no hay que anticipar los sucesos; cada cosa tiene su tiempo adecuado, y nada hay tan dañoso para la narración como el barajar los hechos sin respeto de la cronología, ó el intentar decirlo todo de un golpe, á la manera de trabuco que se descarga. Sólo teniendo en cuenta un momento de arrebató, puede aceptarse la exclamación de aquel caudillo troyano cuando dice á sus guerreros: — «Muramos y arrojémonos contra las

huestes enemigas.» Porque si te mueres antes, hombre incauto, ¿cómo vas á lanzarte contra ninguno? ¡Qué atrocidades se les ocurrían á los troyanos, aunque fuesen caudillos!

*
* *

Ya tenemos á la conyugal pareja en Alcalá de Henares, donde se proponen pasar la temporada de otoño en casa propia, con jardín, fuente y todo género de comodidades. Allí, en sus amplias habitaciones, cuyas antiguas rejas sombrean los árboles y entretejen madreselvas, pueden repetir con el maestro León:

Despiértlenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Allí, en la docta y célebre Cómpluto, tienen también monumentos que visitar, gloriosos recuerdos con que complacerse, dilatadas alamedas en que pasearse, y, sobre todo, libertad para vivir á sus anchas, sin las composturas y ceremoniosas etiquetas de Madrid. Y así vivían y así pasaron la primera semana de su residencia en Alcalá, sin salir de la casa, cuyo jardín era bastante espacioso para pasear y recibir de noche las frescas brisas del Henares. ¿Hay cosa en el mundo tan agradable como la compañía de la persona amada, sin que ningún extraño venga á romper el hilo de oro de dos pensamientos que se entrelazan, de dos corazones que se

comprenden? Pero como no siempre habían de estar enjaulados como loros ó metidos en su concha á guisa de galápagos, determinaron un día para el siguiente salir á visitar los numerosos monumentos que tanto realzan la histórica ciudad, cuna de Cervantes.

Y salieron de paseo. La mujer iba sencilla y elegante, calzados en sus menudos pies los preciosos zapatitos nuevos hechos en Madrid. Al principio sintió cierta molestia al caminar con los pies prensados; pero la prensa era tan bonita y los pies tan elásticos y carnosos, que la molestia pudo sufrirse y continuar la peregrinación. Ella no había estado en Alcalá nunca; mas sí el marido, antiguo alumno del Colegio de San Ildefonso, donde cursó hasta el grado de bachiller los primeros años de su carrera. Así es que conocía la población como su propia casa, y ningún *cicerone* podía enseñarla mejor que él, ni dar explicaciones más exactas y cabales de sitios, monumentos y añejas historias con ellos relacionadas. Pero, á pesar de la ciencia del esposo y de sus noticias y doctos comentarios, los ajustados zapatitos iban apretando más y más los pies de su hermoso dueño, que al salir del palacio episcopal llevaba ya un color de encendida amapola, y de vez en cuando soplabá y resoplabá como quien siente faltarle el aire en el primer período de la asfixia. No se enteró de los tesoros del archivo, riquísimo en documentos de todo género, ni apenas alzó los ojos al incomparable artesonado de los techos, ocupada en mirar dónde pisaba y deseando á toda priesa verse en la calle.

¿En la calle? Pues era pasar de Herodes á Pilatos;

porque las calles de Alcalá no son alfombrados salones, ni mucho menos, sino ásperas vías empedradas de guijarros desiguales, muy á propósito para destrozarse los pies más recios y mejor defendidos por sólido calzado. Así es, que la pobre señora, de encarnada se había puesto amarilla, y sudaba la gota gorda; sudaba los malos humores y los buenos; sudaba el quilo, como por extremo de hipérbole suele decirse. El marido parecía no advertirlo, haciéndose el tonto y continuando sus explicaciones.

— Esta era la famosa Universidad Complutense, fundada por el cardenal Cisneros, hoy Colegio de San Ildefonso, de Padres Escolapios, que salvan tan insigne edificio de la ruina de que se vió amenazado por el general abandono.

Y los zapatitos, como borceguíes inquisitoriales de la sala de tormento, aprieta que aprieta.

— Este es el sitio donde se hallaba la casa nativa de Cervantes, derribada ya y convertido el solar en huerta, por lo que escribió un chusco :

¡Oh poder de los destinos!
En la casa de Cervantes,
Saturio siembra guisantes,
Calabazas y pepinos.

Y los zapatitos aprieta que aprieta. Y la señora sentíase peor y más fatigada por momentos.

— Esta es la casa donde se imprimió la celeberrima Biblia Políglota Complutense, bajo la protección y auspicios del gran cardenal Ximénez de Cisneros; empresa tenida por imposible hasta que se vió terminada, con admiración y aplauso del universo mundo.

¡Cáscaras! Y los endiablados zapatitos apretando más todavía.

— A la espalda tenemos el Ayuntamiento y el paseo nuevo y bonito, en cuyo centro se eleva la estatua de Cervantes.

— ¡Ah, sí! De D. Rodrigo Cervantes, último rey de los godos — exclamó la dama.

— ¿Cómo rey de los godos? Ni último, ni primero. ¡Qué barbaridad! Gracias á que por aquí no hay nadie que te haya oído. ¡Y una señora distinguida como tú, suelta semejantes atrocidades!

— Hombre, ¡cómo te pones por nada! No parece sino que he dicho alguna herejía. Es que me atormenta el calzado, que no lo puedo resistir; las casas y los árboles me dan vueltas y no sé lo que hablo. Ya recuerdo que este Cervantes no fué godo, que fué cantante del Teatro Real.

— Mira, deja quieto á Cervantes: si no, todavía lo harás banderillero. (¡Vaya una cultura de señoritas! ¡Y gastan seis ó siete años, los mejores de su vida, aporreando el piano y dando la jaqueca á la vecindad!)

Y cambiando de tono, añadió:

— Ahora vamos á la calle de Roma, que está cerca, y en ella verás con asombro que todos los edificios son monumentales. Si yace cubierta de hierba, es porque ahora no pasa nadie, aunque en los siglos XVI y XVII tuvo quince colegios, cuatro conventos, la mar de iglesias...

— Tendrá todo lo que hay en el mundo; pero yo no me muevo de aquí — exclamó la pobre señora, desplomándose sobre un poyete. — ¡Ay, Dios mío, qué sudores, qué fatigas! ¿Cómo llegaré á casa?

¡Creo que tengo los pies hinchados! ¡Me muero!

— Lo malo es que aquí no hay coches de alquiler — dijo con mucha sorna el marido — y yo no tengo bastantes fuerzas para llevar en brazos una niña tan grande y tan gordita. Y aunque pudiese hacerlo, se reirían los hombres y nos tirarían piedras los muchachos. Vamos, ámate, mujercita mía; ámate, hermosa; apóyate en mi brazo, iremos poco á poco...

La pobre se puso de pie con esfuerzo heroico; pero volvió á desplomarse rendida y llorando.

— ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Malditas botas! Las he de tirar más altas que las estrellas. Daría un año de mi vida por tener aquí unos zapatos viejos.

— ¿De veras lo dices? Pues aquí los tienes.

Y de los hondos bolsillos de su gabán los sacó al punto.

* * *

Después de este lance, cuando alguna amiga, con esa indiscreción propia de las mujeres y también de no pocos hombres, preguntaba á mi heroína si la quería mucho su marido, contestaba con maliciosa sonrisa:

— Me quiere más que á unos zapatos viejos.

— ¡Qué disparate! — murmuraba la preguntona.

Y el marido, que, como discípulo del famoso guitarrista Manuel Sanz, era diestro en el rasgueo de la vihuela, solía cantar en sus ratos de buen humor:

Desde cerca y desde lejos
En tus ojos miro el día;
Que te quiero, vida mía,
Como á unos zapatos viejos.

TRAGAMOROS

CUANDO al terminar la guerra
De África, volvió triunfante
Nuestro valeroso ejército,
Guiado en gloriosos combates
Por O'Donnell, Prim, Zavala,
Ros de Olano, Ríos, Echagüe
Y otros denodados jefes
Y valientes oficiales,
Llena de júbilo España
Lo recibió en todas partes,
Prodigándole ovaciones
De entusiasmo delirante.

Entre los que regresaban,
Llegó un batallón á Cádiz
De los dispuestos en Ceuta
En los precisos instantes
En que se acordó la paz,
Por cuya suerte envidiable,
Sin haber entrado en fuego
Ni experimentado azares,
También las auras del triunfo
Aspiró en plazas y calles.

Volví entre sus soldados,
Quinto del último *enganche*,
Un sobrino del famoso
Torero apodado *el Lavi*,
Que era un joven gaditano.
Flamenco de pura sangre,
Mozo decidor y alegre
Y... un embustero muy grande.

Queriendo, apenas llegó,
Contar las heroicidades
Que hizo en el suelo africano,
Logró que se entusiasmase
El típico, bullicioso,
Popular é impresionable
Barrio de Santa María,
Cuna del *cante* y del *baile*
Que dió fama á la legítima
Raza flamenca, flamante.

Orgullosa del sobrino
Ofreció su casa *el Lavi*
Para que oyeran al héroe,
Y en tropel, y hasta llenarse,
Entre parientes y amigos
Á ella fué lo más notable
De la gente con sandunga
Que en aquella tierra nace.

Comenzó la relación
De su historia el mozo, dándole
Vuelo á su gran fantasía,
Y refiriendo *su viaje*
Al moro, fué cosa digna
De oírle contar los detalles
De una tempestad horrible,

De un naufragio espeluznante,
Y de otros muchos soñados
Riesgos y penalidades.

Interrumpiéndole á veces,
Exclamaba aquel conclave :

— ¡ *Probecito!* — ¡ *Hijo de l'arma!*
— ¡ *Cuántas fatigas!* — ¡ *Qué marti!* —

Siguiendo de la campaña
El relato interesante,
Y exagerando las pruebas
De su audacia y su coraje,
— *Pus veréis ustedes ahora* —
Dijo al final contoneándose —
Lo que hace un hombre que tiene
Estómago, en ciertos lances :

Salimos del campamento
Un domingo por la tarde
Cuatro números y el cabo,
Y detrás de unos jarales
Aparecen doce moros
Con espingardas y arfanges.
Nos jizo el cabo una seña,
Y nosotros, ya *con hambre*,
Pim, pam, pum, jaciendo fuego,
Sin que un tiro nos marrase,
Nos *jamamos* á los doce
Y seguimos tan campantes.

Pus una mañana fui
Con el sargento Rubiales
Á desempeñá un servicio,
Y de repente nos salen
Cuatro moros; comenzamos
Á dar gusto al dedo, y... dale

Que dale, pus nos *jamamos*
Á los cuatro, y adelante.
Á los mu poquitos días
Salí pa llevar un parte
Más ayá de una trinchera,
Y de pronto, seis turbantes,
Seis cañones, y seis tiros
Que me pasaron rascándome.
Me echo el fusil á la cara,
Y descargo y cargo á escape,
Y en fin, pa no ser pesao...
Me merendé los seis árabe.
— ¡Josú! — gritó la reunión,
Aplaudiendo y levantándose,
Y acudiendo á abrazar todos
Al autor de hazañas tales.

El Lavi, que estaba al lado
De su vecino y compadre
Señó Curro Cantoral,
Viejo *escamón* y *funante*
Para comulgar con ruedas
De molino, al observarle
Tranquilo y casi risueño,
Sin hablar ni entusiasmarse,
— ¿Qué dice usted der chiquiyo? —
Le dijo: — ¿vale, ó no vale? —
Á lo cual con mucha sorna,
Señó Cantoral, rascándose
La cabeza, contestó:
— Pus le digo á usted, compare,
Que en África, por lo visto,
Los moro deben sé dátile. —

TESTIMONIO

EL notario don Nazario,
De su esposa fiel amante,
Sospechó que su pasante
Cortejaba á su Rosario.

Sudó tinta por los poros
El Oteló de la curia,
Y, convencido con furia
De que eran ciertos los toros,

Oyendo en mala ocasión
Á la pareja amorosa
En animada, sabrosa
É íntima conversación,

— Niegue usted, caballerito —
Exclamó saliendo á escena; —
Niegue, ante esta prueba plena
De su nefando delito. —

Humilde bajó la frente
El galanteador pasante,
Y sin mudar de semblante,
Grave y reposadamente,

— Respetable don Nazario —
Contestó sin vacilar —
Me es imposible negar
Lo que pasa ante notario. —

EL GRABADO



No me propongo referir la historia de este arte. Si los egipcios, griegos y romanos supieron grabar mármoles y piedras preciosas; si luego en la época del Renacimiento, y bajo la protección de Cosme de Médicis, logró el platero florentino Masso Finiguerra copiar obras maestras de los más excelsos pinceles, reproduciéndolas sobre papel y vulgarizando sus bellezas; si más tarde italianos, franceses, ingleses y alemanes llevaron el grabado á la perfección con que hoy resplandece, allá se las hayan y con su pan se lo coman, y Dios se lo premie; que yo no trato de ellos, ni de sus invenciones y procedimientos, sino de otro procedimiento muy más primitivo, como que de seguro data desde los primeros hombres. Y aunque el suceso es verdadero y real, póngolo como cuento, y salga como saliere, y valga por lo que valga.

Nadie negará el alto grado de civilización de que España goza. Cierto que poco ó nada inventamos para la ciencia, que vamos atrasadillos en cuanto á industria y comercio, que respecto de la agricul-

tura labramos la tierra á usanza de Noé, y que los maestros de escuela perecen de hambre, habiéndose querido comer alguno de ellos las disciplinas y cartones y el último discípulo que le quedaba; pero, en cambio, ya pueden venir todos los extranjeros del universo mundo á ver si nos aventajan, igualan, ó siquiera nos siguen á cien leguas en la filosofía, industria y ciencia tauromáquica, tan útil para la superior cultura y prosperidad de las naciones.

Siendo nosotros los primeros taurómacos de la Creación, excusado es decir que los diversos lances de la lidia, así como las ingentes hazañas, venturas y desventuras de espadas, picadores y chulos suelen ser materia común y tema inagotable de nuestras conversaciones. Hospedábame durante la estación de baños en cierta fonda y estaba mi cuarto próximo al comedor, de donde una mañana salía tal estruendo de voces, gritos y puñetazos sobre la mesa, que pregunté á un criado :

—¿Qué jaleo es éste? ¿Quiénes son los que se pelean?

—No es nada. Son cuatro militares, tres curas y dos comisionistas de comercio, que disputan mientras almuerzan. Parece que van á tragarse unos á otros; pero no llegará la sangre á la playa.

Me figuré al pronto que discutirían con tanto calor y empeño alguna grave cuestión belicosa-dogmática-mercantil, y me engañé de medio á medio, porque, aplicando el oído, escuché las frases de «escuela sevillana y escuela rondeña, empapar al toro en la capa, verónicas, paso de banderillas, Lagartijo y Frascuelo, berrendo, golletazo cochino,

media luna, ceñido á la cabeza, varilarguero», etc., con otros terminachos y expresiones no pertenecientes, en verdad, á la tauromaquia ni tampoco al lenguaje usual entre personas cultas.

—¡Válgame Dios!—pensaba yo entonces;—si estos caballeros, ó lo que sean, tratan de tales asuntos, y de tal modo se expresan, ¡qué no dirá y hará la gente ordinaria, la que jamás abrió un libro y ve un semidiós en cada torero!

*
* *

Y vamos á la gente ordinaria. Son cuatro: parecen dos de ellos carniceros, uno zapatero y el otro *pimpi*, que así llaman en Cádiz á los ganchos de fondas y casas de huéspedes y corredores de damas. Éstos suelen chapurrar varios idiomas y conducir ante los altares de Baco y Venus á los Ulises errabundos que desean depositar en ellos atrasadas ofrendas. Y digo lo de carniceros, zapatero y *pimpi*, no porque lo sepa y me conste, sino atendiendo sólo á las respectivas estampas de sus personas. El cargo, profesión, oficio ú ejercicio imprimen á la larga cierto sello especial en quien lo desempeña; y así el ojo experto no confunde á un herrero con un barbero, ni á un cargador de muelle con un campesino, aunque ambos sean mal pergeñados, zafios y toscos. En cierta ocasión extrajeron del agua el cadáver de un ahogado; le rodeó un círculo de curiosos, y ninguno sabía quién era el muerto: entonces un observador, muy amigo mío, exclamó:

—No sé su nombre, ni le he visto nunca; pero debe ser guitarrista.

Y según luego se supo, guitarrista era. ¿Por dónde lo adivinó? Pues no hay cosa más fácil para quien no lleva los ojos solamente por adorno, como es facilísimo penetrar otras muchas cosas que parecen recónditos misterios, y son el canto llano y el *a, b, c* de la inducción y la experiencia. Pero voy al asunto, y fuera digresiones.

Sentados mis cuatro personajes en un tugurio, y ante sendas tazas de algo que parecía café, aunque fuese infusión de bellotas y achicoria, ú otro menjurje por el estilo, disertaban sobre tauromaquia. Ya habían discutido méritos relativos de la gente de coleta, examinando la destreza, arrojo y peligro de arrestos y suertes, y ahora versaba la plática sobre las causas y motivos de habersele á cada cual despertado vehemente afición por el toreo fino.

—Yo —decía uno de ellos— no puedo acordarme de cuándo y cómo empecé á sentir inclinación por los cuernos; mi padre fué carnicero también, y desde niño me llevaba al redondel siempre que había corrida. Además, me llamo Marcos de la Dehesa, vendo carne de toro los lunes cuando la hay, tuve parte en el arriendo de la plaza y relaciones con dueños ó capataces de ganaderías, y por todo lo dicho, con lo dicho basta.

—Y sobra también —añadió el carnicero segundo.—Y en cuanto á mí, aunque mi nombre no es Marcos, ni Dehesa mi apellido, soy de los Jiménez de Cádiz, que siempre fueron abonados á delantera, y en mi familia hubo diestros de fama, varilargueiros y de á pie, y todos somos inteligentes en el

arte, y mismamente de sólo ver salir á un toro, ya sé lo que puede dar de sí y qué casta de pájaro es, y hasta soy capaz de escudriñarle la fe de bautismo.

—Ante todo, conviene ponerse en la razón — dijo gravemente el zapatero; — que ni los toros son pájaros, ni tienen fe de bautismo, aunque sí cosa que lo valga, pues para distinguirlos se les apellida con diversos motes; así como en los pueblos á tal ó cual vecino le llaman el *Cojo*, el *Nene*, *Rascaubres* ó *Chupacharcos*. Y viniendo á mi propia persona y al motivo de mi afición, declaro que tuve la desgracia de enamorarme de un torero... ¡Jesús, qué barbaridad! Quiero decir de su hermana, que era una hembra primorosa, pelinegra, con un pecho como un altar mayor, y un trapío y unos andares, ¡que ya! Por donde iba pasando dejaba olor de claveles y todos los pescuezos se volvían para mirarla: aquello era un escándalo de hermosura. Y el caso es, que la pícara no me recibió mal, ni se hacía la sorda cuando yo la camelaba, y la gente nos tenía por novios; mas, para abreviar, un día se me plantó en firme y me dijo muy seria que le apestaba el cerote y no quería nada con el tirapié, ni con la lezna y el martillo. Que no se casaría ella jamás sino con un torero de ley; que si la quería bien, me arroja-se á torear, ecetra, y ecetra. ¿Estaría yo metido en el querer, cuando la cosa me pareció muy sencilla y arrinconé los trastos de mi oficio, y me dejé coleta, y dentro de mi cuarto me ensayaba capeando á una silla, y luego á una mesa, y después á un ropero muy grande, para ir acostumbrando la vista al tamaño de la fiera? Y en un baratillo, por muy pocos reales, compré un sable atroz de caballería, y pin-

té una cabeza de toro en la pared, y me gastaba las mañanas y algunas tardes tirándole volapiés, hasta que hice un hueco mayor que una caldera, y milagro fué que no echase abajo la casa. ¡Qué sudar, y qué fatigas, caballeros!

Al fin, llegó el día de lucirme en una función de novillos. ¡Qué guapa estaba mi novia, y qué majo estaba yo con el vestido que me prestó su hermano! Por la mañana, cuando vi los animalitos en el encierro, me parecieron cabras; por la tarde, al salir el primero á la arena, se me figuró un elefante. Creí que me lo habían cambiado. ¿Cómo iba yo á matar á semejante fenómeno? Porque me habían dedicado el primero para que me estrenase. El corazón me daba aldabonazos, como quien llama á una puerta. Cuando llegó el lance final, me acerqué medio muerto á la cabeza del toro, que hizo no sé qué movimiento, ó me pareció que lo hizo, y solté la muleta y la espada, y apreté á correr como el viento, y á cada paso sentía la caliente respiración de la fiera y algo así como un cuerno entrándome por la espalda. La gente gritaba en coro inmenso: «¡Corre, que te pilla, que te ensarta! ¡Correee!» Y yo corría, sintiendo no tener las veinticuatro pezuñas de los doce Pares de Francia y todas las alas de los ángeles y arcángeles que están en la gloria, para huir más ligero. Se me resbaló un pie y salí rodando lo menos seis ó siete varas. Cuando me levanté con la nariz hecha una trompa y arrojando sangre, con la cara y el traje llenos de polvo, miré... pero el becerro ni siquiera se había movido. Y toda aquella multitud de guasones endiablados seguía gritándome desafortadamente: «¡Corre, que te pilla,

que te ensarta! ¡Correee!» Y me dispararon una granizada de huevos duros y pedazos de tablas, naranjas, medios ladrillos... ¡qué sé yo! Y si no me eclipso pronto, creo que hasta los municipales echan mano de revólver y me sueltan dos ó tres tiros.



¡ Corre, que te pilla!

Después de semejante fracaso, colgué mis laureles y me di de baja en el toreo. Para prueba era bastante. Perdí la novia, y aun tuve que esconderme, porque su hermano el banderillero, que era muy bruto, quería vaciarme unas cuantas muelas. Por fin, pasó el chubasco. Pero por lo mismo que me falta el corazón para la lidia, admiro y aplaudo á los que lo tienen, y aunque sea para ello necesá-

rio empeñar los calzones ó un jergón de la cama, siempre voy á la Plaza y me quito el sombrero ante nuestros grandes hombres. Ahora, que desembuche el *Pimpi* cuanto le parezca.

—Despacio, amigo *Cerote*, que yo no me llamo el *Pimpi*, ni está bien decírmelo, aun cuando lo fuere. Cada uno es cada uno; y si se van á buscar los principios, puede ser que yo descienda de algún rey de los godos ó emperador de la China. Conque no metamos la pata.

Y viniendo á nuestro asunto, no diré cómo me aficioné á los toros, sino cómo se me quitó la afición, ó me la quitaron, y creo que se la hubiesen quitado á cualquiera otro. Yo me tenía por entendido en la tauromaquia, y estaba tan lleno de entusiasmo, que la vispera de las corridas, y aun dos días antes, no lograba sosegar, ni estaba quieto en un sitio, como si me picaran batallones de pulgas: no dormía por la noche; y si no hubiese tenido para comprar la entrada, creo que habría robado ó pedido limosna hasta juntar su importe, porque en este mundo lo primero es lo primero, y nada más, y cartucho en el cañón. Yo era el infalible, y antes hubiera faltado el sol que mi persona en las gradas del tendido, ó entre barreras, ó en cualquier parte desde donde pudiese presenciar todos los lances de la lidia, sin que ningún perfil se me escapase. Concluida la función, recordaba punto por punto cuanto en ella había sucedido y tenía conversación para un trimestre. Hasta que el año pasado... pero dejadme que tome alguna respiración y me rasque un poco esta paletilla, que todavía me echa humo.

Aquí el insigne *Pimpi* suspendió su relato breves

momentos, lió un cigarro tan grueso como el pulgar, y prosiguió de esta manera :

—Pues el año pasado, allá por la Virgen de Agosto, iban á lidiarse toros en el Puerto. El ganado, de lo mejor; la cuadrilla, también de lo mejor; los espadas, famosos y trabajando en competencia. ¿Cómo había de faltar yo á semejante corrida extraordinaria, cuando no faltaba nunca, aunque fuese á una novillada de aficionados maletas? Yo vivía en Cádiz, y la maldita casualidad hizo que aquel mismo día de la función hubiese también función en mi casa : á mi hermana le dieron convulsiones, y tres hombres no bastábamos para contenerla, á fin de que no se rompiese los huesos. Pasó la mala hora, y dejando la enferma al cuidado de una vecina, volé al muelle. Pero ya había zarpado el último vaporcillo de los que hacen la travesía de Cádiz al Puerto, no salía tren ninguno hasta dos horas después, y sólo pude encontrar para el pasaje un falucho tamaño como un zapato y tripulado por un chiquillo y el abuelo Simón, que está medio loco y además borracho desde la mañana á la tarde, y desde la tarde hasta por la mañana, pues el viejo las empalma una con otra y lleva siempre el estómago hecho una cantimplora de ese aguardiente rabioso á que los curdones dicen *rajatablas*.

Aunque hablé antes con otros patrones, sólo el tío Simón se atrevió á lanzarse al charco, y eso, llevándome un ojo de la cara por la travesía, porque soplabá un Levante capaz de tronchar los palos de una fragata. Preciso era tener los demonios en el cuerpo para meterse por gusto en una cáscara de nuez entre aquel infierno de oleaje; iba el falucho

de bolina, con la quilla en el aire, y yo con las asaduras en la boca. Á los pocos tumbos y cambiazos dijo mi estómago que no podía más, y abrí el buche, y solté hasta la primer papilla que me dió mi difunta madre, y luego madejas verdes y sangre, y aun creo que eché también la campanilla y algunas vértebras del espinazo. Pero ya en tierra firme, logré serenarme y me encaminé á la Plaza. Aunque se había lidiado el primer toro y estaban con el segundo, uno de los revendedores, conociendo mi empeño, me hizo pagar doble de lo que costaba la función completa; y cuando, vencidos tantos inconvenientes y dificultades, iba á penetrar en el templo del arte tauromáquico, he aquí que en la misma puerta se arma repentinamente un tiberio de bofetadas, palos y navajazos que ardía el aire; aquello fué una verdadera batalla con sus heridos, contusos y prisioneros. Intervino la Guardia civil repartiendo á bulto sablazos de plano, de los que me alcanzó uno tan fuerte en mitad de las espaldas, que se me figuró que el mundo entero se me había desplomado encima, y caí como una rana con la jeta contra el polvo. Además fuí llevado con otros á la prevención, donde pasé la noche entre cucarachas, pulgas, chinches, ratas, mosquitos y demonios coronados; sólo faltaba allí un lobo rabioso y alguna que otra serpiente de cascabel para mayor gusto y entretenimiento. Á la mañana siguiente me dieron libertad en vista de mi inocencia, y mohino y apaleado y con un dolor atroz en las paletillas, determiné regresar á Cádiz. Entonces advertí que me habían robado el reloj durante el tumulto.

Tan derrengado me sentía, que, ya de vuelta, es-

tuve en cama sobre veinticuatro horas. Me levanté, me lavé, y al mudarme la camisa, me preguntó mi hermana, mirándome las costillas :

— Hombre, ¿de dónde sacaste ese grabado?

— ¿Qué grabado, mujer?

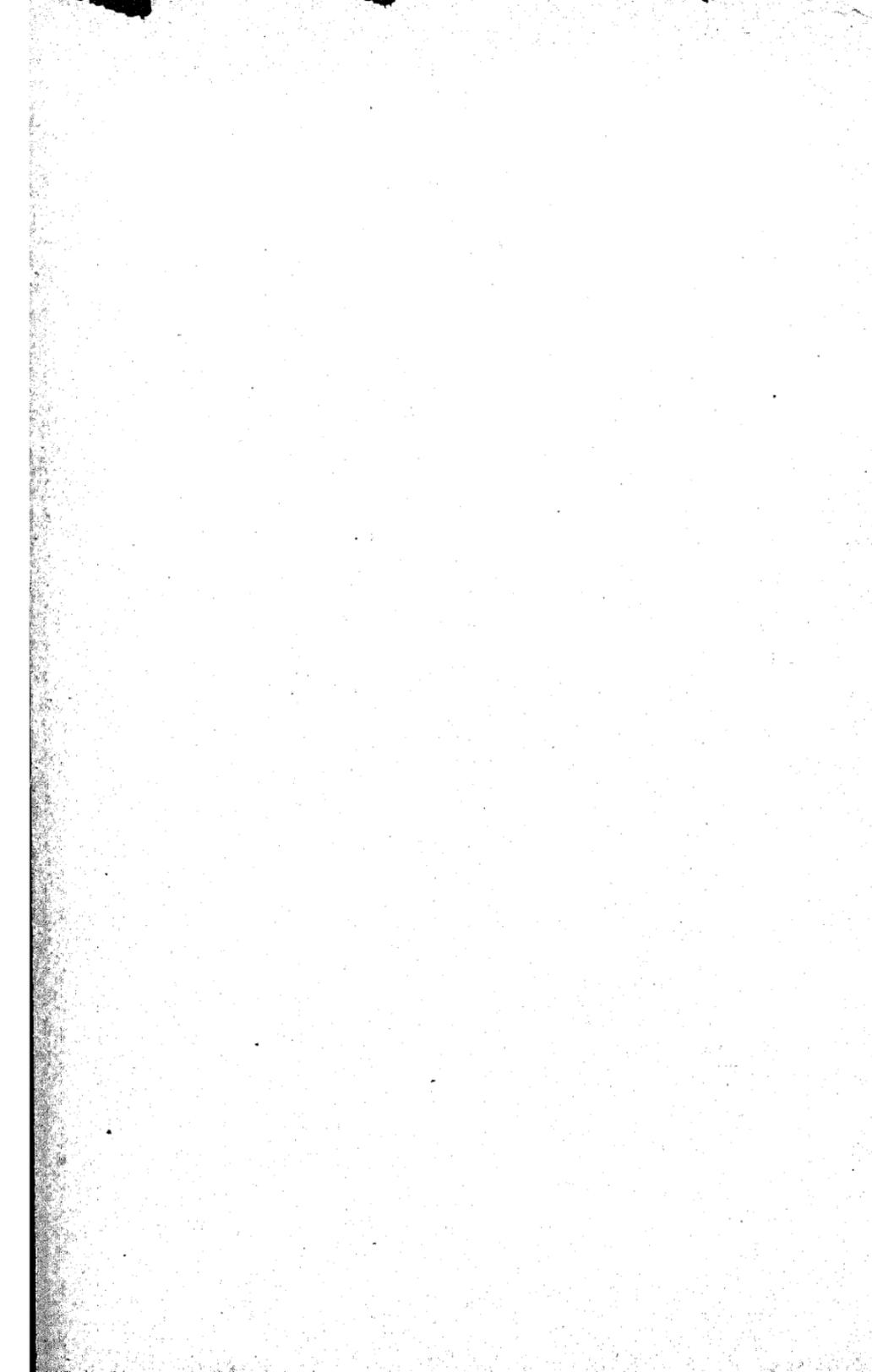
— El que tienes en la espalda : es un rótulo muy bonito, y dice, dice...

REAL FÁBRICA
DE
ARMAS BLANCAS
TOLEDO

No hay que reirse, amigos míos, que sólo cuento la pura verdad. Aquel rótulo me duró estampado sobre el pellejo lo menos cinco semanas. Buenos puños eran los del guardia que me soltó el viaje. Yo creo que debía ser pariente de Sansón. Si llega á darme en la cara, no me deja ni señal de haber tenido muelas.

Y ahora os digo con toda formalidad : ¿sabéis lo que merece quien malgasta su tiempo y su dinero y desatiende sus negocios para asistir á tales diversiones y bullangas? Pues un grabador de la benemérita Guardia civil y un grabado como el mío.





LECCIÓN GRAMATICAL

Quiso cierto coronel,
Con plausible pensamiento,
Que todo su regimiento
Se ilustrase en el cuartel;
Y los sargentos, nombrados
Quedaron sin excepción,
Para dar diaria lección
Instructiva á los soldados.
No fué tentativa vana,
Y en cuanto supieron leer,
Empezaron á aprender
Gramática castellana.

Un sargento, perro dogo
En cara y en intenciones,
Y por sus explicaciones
Más perro que pedagogo,

De esta manera decía
Muy serio en cierta ocasión
Á la sumisa reunión
De valientes que instruía:

— Muchachos, voy á explicá
Lo que es nombre surtantivo:

Es nombre... hablando á lo vivo,
Too lo que se puee tocá.

Er pelo, er cuti, la boca,
Los zapatos, los carsones.
Er sable, las municiones,
Por fin, too lo que se toca. —

Miró después á su gente,
Y fijándose en un quinto
Andaluz, dijo :— Tú, Pinto,
Á ver, dos pasos al frente :

Ahora te voy á poné
Un ejemplo descriptivo,
Pa que er nombre surtantivo
Digas en arto cuál é.

Mucho tino, y ojo al cuento :

Se quema una casa en Cádi.

¿Cuál es er nombre?

— Ahí no hay

Surtantivo, mi sargento.

— ¿Cómo que no?

— Claro está.

— ¿Que no hay surtantivo?

— No.

— ¡Y que pierda el tiempo yo
Estruyéndote, animá!

— Pero ¡por vía é San Roque! —

Replica el quinto con flema —

Pus si la casa se quema,

¿Cómo quiee usted que la toque? —



DOS COMERCIANTES

DE un pueblo de Andalucía
En una célebre feria,
Dos caballeros de industria,
Para quienes cualquier época
Del año era siempre Agosto
De prósperas recolectas,
En el más público sitio
Se instalaron con dos cestas,
El uno ofreciendo guantes
Á cinco céntimos pieza,
Y chocolate el vecino
Á real la libra completa.

Tras los dos primeros días
De pregones y de ofertas,
Sin lograr un parroquiano
Que á sus puestos acudiera,
Renegando de su suerte,
Y, ya entabladas estrechas
Relaciones de amistad
Entre nuestros dos horteras,
— Vecino — dijo el guantero —
¿Será mala sombra nuestra
Que, ni aun ofreciendo gangas.

Hemos visto una peseta ?

— Es verdad — contestó el otro ;—

Pero me ocurre una idea.

— ¿Cuál?

— Pues no lo tome usted

Á broma, aunque lo parezca.

Se me ha ocurrido, vecino,

Cambiar de sitio y de cesta :

Se dice que al que se muda

Dios le ayuda, y por la muestra ,

Cambiando estas mercancías,

No hemos de tener gran pérdida.

— Hecho el trato — dijo el otro ; —

Pero ha de ser cosa seria.

— Justo; contrato formal,

Y fastídiase el que pierda. —

Quedó ante varios testigos

Hecho el trueque en toda regla,

Y queriendo celebrar

Tan peregrina ocurrencia

Testigos y contratantes

Apurando unas botellas,

Consiguieron tomar todos

Una pítima soberbia.

Ya en situación ambos mozos

De explicaciones sinceras

Y de decirse verdades,

Por ser hombres de conciencia,

Dijo así el chocolatero :

— Sentiré que usted se ofenda,

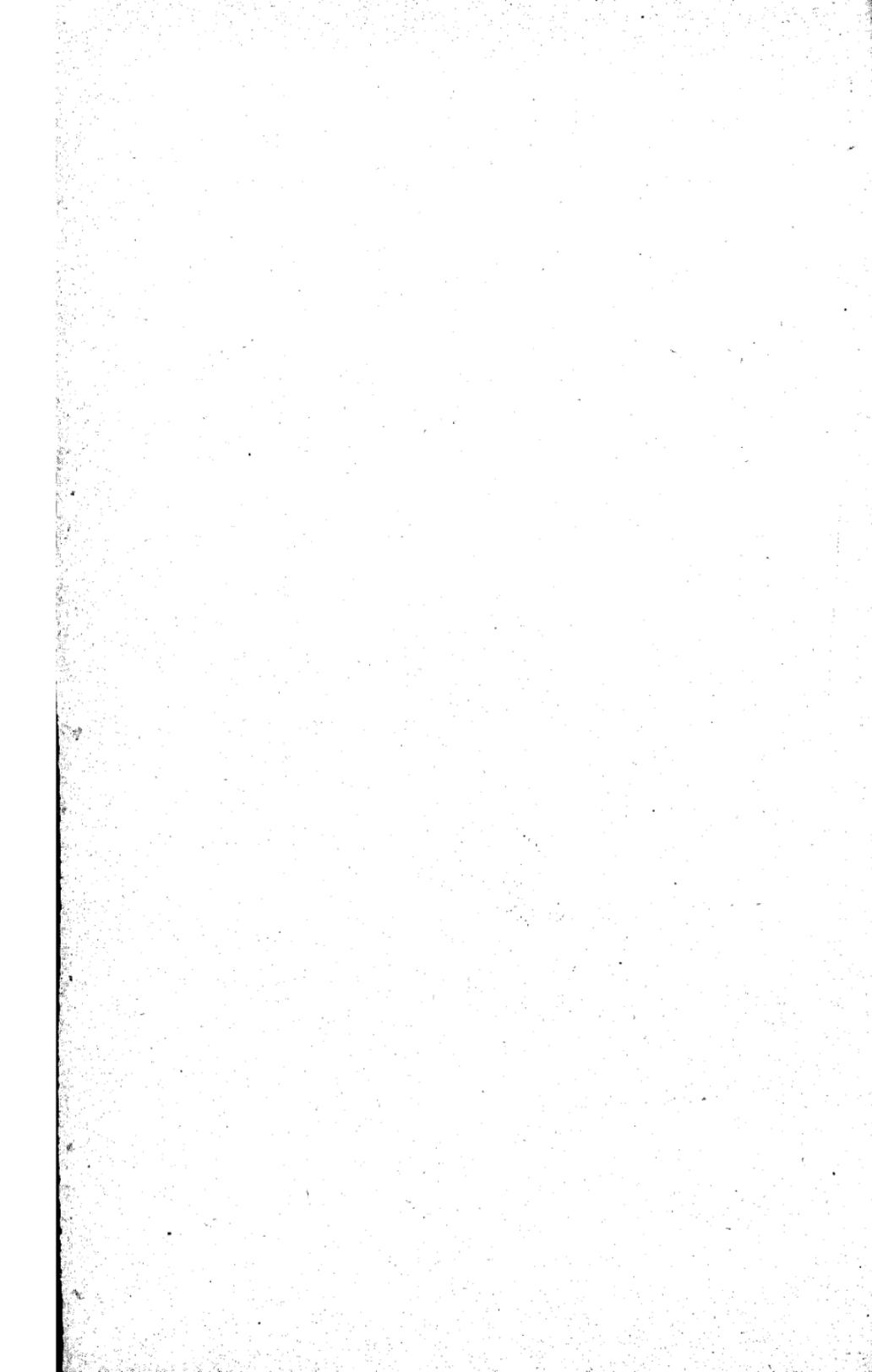
Compadre; pero ha llevado

Usted un timo de primera,

Y lo que es con mi comercio

- No le va á salir la cuenta.
— ¿Pues qué tiene el chocolate?
— ¿Qué? Que está hecho *sin canela*,
Sin cacao y sin azúcar...
; Calcule usted lo que quea!—
Y celebrando la gracia,
Dió á la risa rienda suelta.
— Espérese usted un poquito—
Replicó el otro con flemma, —
Que más pierde usted que yo.
— Si no es posible.
— Á la prueba :
¿Ve usted toos mis guantes?
— Sí.
— Pues son *de la mano izquierda*.





Un ingenio malogrado.



HAY comarcas, provincias, pueblos, que parecen predestinados para dar de sí ciertos productos, á los que en gran parte deben su reputación, bienestar y nombradía. Por esto decimos vino de Jerez, pasas de Málaga, chorizos de Extremadura, jamones de Trevélez, calabazas de Rota, aceitunas sevillanas, melones del Copero y dátiles de Meleja. De igual modo existen edificios y sociedades que dan resultados prósperos ó adversos, pero siempre característicos y especiales. Responda el Casino de Monte-Carlo, de donde salen por docenas los suicidas: dígalo también... mas esto merece punto y aparte.

En la corte y metrópoli de las Españas hay cierta casa muy científica, muy literaria y muy artística, donde los chiflados abundan como las moscas en verano. Ignoro si la casa los produce espontáneamente, ó si los reúne y junta en su seno por fuerza centrípeta, atrayéndolos desde diversas partes, ó si contribuyen al mismo fin ambos motivos. En ella, esto es, en la mencionada casa científica, literaria

y artística, traté varios individuos, no diré locos, pues no me gusta ofender á nadie; pero sí desnivelados del cacumen, algo maniáticos, á pesar de su clara inteligencia y mucho saber: comparables sólo á excelentes relojes por su construcción y precio, aunque con la rueda catalina descompuesta. Unos acariciaban la sencilla pretensión de explicar, mediante disquisiciones filosóficas, los más recónditos misterios del alma humana, y también de la naturaleza y del universo; otros querían arreglar en un periquete la máquina política y administrativa de España y de Europa; quién profetizaba la muerte próxima de la poesía; quién perdía el apetito, y hasta el sueño, cavilando en si la princesa Fulana ó Zutana, de la undécima dinastía de los Faraones de Egipto, fué mujer de intachable virtud, ó de liviana condición y relajadas costumbres. Escuchándolos, se me figuraba algunas veces hallarme en la corte de los Paleólogos, y que por artes mágicas habían resucitado los tiempos del Imperio constantinopolitano.

Uno de estos soñadores, á quien llamaba yo *el Reformista*, no porque perteneciese al partido ó partida de Romero Robledo, sino por su constante manía de reformarlo y enmendarlo todo, me consultaba no pocas veces sus ingeniosos ó disparatados pensamientos con la mayor gravedad: yo le seguía la corriente, y con la misma seriedad y énfasis aprobaba sus dichos y le hacía coro, con gran satisfacción de ambos: suya, por verse aprobado y aplaudido; mía, porque en esta sociedad regulada y monótona me divierte mucho todo lo original, por estrambótico que sea.

Cierta noche, en que la lluvia caía copiosa y el viento armaba gran jaleo en los cristales de las ventanas y el cañón de la chimenea, sentados cómodamente en abrigado salón y ante un buen fuego, entablamos, *plus minusve*, esta plática:

—Crea usted, amigo mío—me decía—que sólo el ver por la pasta el Diccionario y la Gramática de la



— Crea usted, amigo mío...

Academia, me ataca á los nervios y hasta me pone furioso.

—Pues, hombre, no creo que sea la cosa para tanto: cierto que ambos libros tienen sus defectos, como toda obra humana; pero ¿qué hemos de hacer? ¿por qué enfadarnos? Dice el refrán, que no se ganó Zamora en una hora; y estas cuestiones de lenguaje requieren tiempo, ingenio y labor para depurarlas y resolverlas. La Academia Española, como los guerreros de los siglos medios, tiene su lema, empresa ó mote, que es: «Limpia, fija y da esplendor»; por lo cual ella irá poco á poco limpiando

do y fijando las voces y construcciones de nuestro idioma, y dándole un lustre y tersura tales, que deje tamañitos á todos los espejos de Venecia; y aun á los mismos diamantes ya pulimentados y puestos en cerco de oro sobre el pecho de una hermosa, ó la mitra de un arzobispo. ¿No le parece á usted?

—¿Qué ha de parecerme ni con cien leguas? No, señor. ¿Acaso lleva camino de fijar y depurar nuestro idioma, singularmente en cuanto á la ortografía se refiere? ¿Está bien el conservar letras inútiles para embarazo y confusión de los indoctos, emplear otras con doble sonido, fuerte ó suave, según los casos, y andar cambiando la escritura de muchas palabras, como *hermitaño* y *ermitaño*, *híbierno* é *invierno*, *harmonia* y *armonia*, que tan pronto manda poner de una manera como de otra? ¿Y la gracia de colocar acentos sobre vocablos naturalmente agudos, que para nada los necesitan, como *corazón* y *constitución*? ¿Recelan acaso los señores académicos que, si el acento falta, vaya la gente á decir *corázon* ó *constitucion*, cuando nadie lo dijo nunca? Los acentos, ó no son nada, ó son señales para pronunciar debidamente las palabras dudosas, como *solicito*, *solicito*, *solicitó*; *ejército*, *ejercito*, *ejercitó*; *cántara*, *cantara* y *cantará*, y otras muchas. ¡Y pensar que todo este desbarajuste quedaría remediado y ordenado con sólo adoptar mi sistema y hacerlo de enseñanza obligatoria en las escuelas!

—Lo que dice de los acentos y de las letras superfluas es muy fundado, y ya lo dijeron, si no lo recuerdo mal, el docto Nebrija ó Lebrija, Bartolomé Jiménez Patón, entre los antiguos, y moder-

namente Lista, Gallardo, Cubí el frenólogo, y también otros, cuya enumeración sería bastante larga. Pero me agrada saber que tiene usted sobre este punto su sistema propio: y como le reconozco en sumo grado la originalidad y el ingenio, supongo que será el tal sistema lo más original é ingenioso del mundo. Si no es indiscreción, suplícole me indique algo de él, dejándomelo vislumbrar siquiera, siempre en el supuesto de que no intentaré despojarle de su invención ni lucirme con su trabajo: pues nunca procuré adornarme con ajenas plumas.

Sonrióse *el Reformista*, sacó su cartera, y de ella lápiz y papel, trazó un renglón, y me lo entregó diciéndome:

—Por la orilla el discreto saca la calidad del paño, y por el hilo el ovillo. Lea usted esa sentencia, que el descifrarla es fácil, y mire si el sistema trae cola y si sería utilísimo el adoptarlo en España, América y Oceanía, donde quiera que suene la lengua de Cervantes.

La sentencia estaba escrita de este modo:

Ning1 sab dond tin la muert.

Yo leí de corrido:

Ninguno sabe dónde tiene la muerte.

—¿Lo ve usted? ¿Cabe cosa más sencilla, natural y económica? Sencilla, porque á la primera lección se aprende; natural, porque se da su valor propio á cada signo; y económica... ¡oh! en cuanto á la economía, toda ponderación es poca. En sólo este renglón se ahorran siete letras: pongamos, para ejemplo, cualquier obra, *Don Quijote de la Mancha*,

que tiene dos tomos de á cuátrocientas páginas cada uno, y por cada página cuarenta líneas: total, treinta y dos mil renglones. Calculando muy por lo corto, admitamos que en cada renglón no se ahorran con mi sistema siete letras, sino cuatro, que, multiplicadas por treinta y dos mil, ascienden á ciento veintiocho mil caracteres economizados; y si la edición es de diez mil ejemplares, matemáticamente resultan

1.280.000.000,

ó sean mil doscientos ochenta millones, cifra que á cualquiera le pone los pelos de punta. ¡Y todo esto en sólo un libro! ¡Qué facilidad para el escritor y el cajista! ¡Qué ahorro de tiempo, de papel y de dinero! Pues multiplicando esos miles de millones por el número de libros que se imprimen, resultaría tal cantidad, que para leerla sería necesario estarse un mes antes alimentando con jamón y agarrarse á una ventana para no caer al suelo con los bofes reventados.

—Perfectamente—le dije—y aun me figuro que se queda usted corto al enumerar las ventajas económicas de su admirable sistema, pues supone según su cálculo sólo cuatro letras ahorradas por cada renglón, cuando son más, y en una edición resulta enorme la diferencia. Sólo en la palabra *elefante* quedan suprimidas tres letras (*lfant*); *tresillo*, se escribiría *3illo*; *ayuno*, *ay1*; *ceniciento*, *cni100*; *sietemesino*, *7mesino*; y se podrían formar oraciones como ésta:

Pp el chori0 cna $\frac{1}{2}$ bize8,

como si decimos

Pepe el choricero cena un medio bizcocho;

y aquí se ahorra un puñado de letras en sola una línea. Me parece que he comprendido toda la importancia del sistema. ¿No es cierto?

—Indudable y evidente, querido amigo. No en balde le he tenido siempre en concepto de persona razonable y discreta. Por el contrario, increíble parece la ignorancia ó la mala fe con que hombres reputados por doctos acogieron mis doctrinas ortográficas, llegando alguno al extremo de reírseme en mis propias barbas. Quizá me creyera chiflado, mas le aseguro...

—No hay que enfadarse, mi buen amigo: no todo el que aparece docto lo es, ni es oro cuanto reluce. Además, conviene tener en cuenta que los guasones abundan, y que las grandes invenciones suelen ser acogidas al principio con burlas y cuchufletas ridículas. Recuerde usted la historia de Colón y de casi todos los excelsos descubridores, y deje que los perros ladren á la luna. Pero nunca hubo invención ni sistema que saliese perfecto y acabado de la mente de su autor, como dicen que salió Minerva de la cabeza de Júpiter; y por esto su reforma ortográfica, que sin duda es buena, pudiera todavía ser mejor, añadiéndole algunos perfiles y elevándola al grado de ortografía plástica y figurativa. Las letras ó signos imitarían el tamaño, dignidad ó excelencia de las cosas; y así *microbio* y *mendigo* los escribiríamos con *m* pequeña para indicar su insignificancia: *Monarca*, con mayúscula, y *Mundo*, con otra todavía más grande, ó añadién-

dole un rasgo de adorno en esta forma: *Mundo*, y luego alzando la voz en la lectura, que con tales altibajos resultaría una especie de música semejante al canto llano de las iglesias. Y si no le gustan los rasgos de adorno, puede poner delante una *h*...

—¡Caramba! ¿Cómo una *h*?

Conocí que había ido demasiado lejos, y procuré enmendar la pitada.

—No quiero decir que precisamente haya de ser una *h*, sino una señal cualquiera indicadora de la grandeza del sustantivo. Si *burra* se escribe con *b* común, la *ballena*, que es mucho mayor, deberá escribirse **BALLENA**. ¿Le parece poca ventaja la de que los niños, al tiempo que aprenden á leer, puedan á la simple vista formarse idea del tamaño é importancia de las cosas? Ya nuestros abuelos presentían algo de este sistema ortográfico proporcional y figurativo al escribir *monarca*, *rey*, *príncipe*, *duque*, *religión*, etc., con caracteres mayúsculos, aunque no los usaran como nombres propios, sino como sustantivos comunes y genéricos. ¿Por qué nosotros no hemos de seguir sus huellas, máxime cuando van encaminadas por el sendero de la verdad y la razón? Y respecto de etimologías ¿tiene usted pensado algo? Porque en tal materia hay tela cortada para abundantísimas reformas.

—¡Ya lo creo! En vista de la confusión actual, en que tratándose del mismo vocablo, unos le buscan origen hebreo, otros griego, latino ó árabe, sin que hallen manera alguna para ponerse de acuerdo, quizá y sin quizá sería lo mejor atenerse lealmente á la estructura y sonido de la palabra, declarando

su procedencia y valor según lo que de ella propia resulta. Es lo más sencillo y menos aventurado.

—¡Magnífico, sublime y piramidal, amigo mío! Estamos completamente de acuerdo como dos cronómetros de observatorio con toda exactitud arreglados. Y tanto es así, que puede comprobarse ahora mismo por los siguientes ejemplos:

nihilista.....	habitante del Nilo.
recatada.....	catada varias veces.
conservador..	traficante en conservas.
taciturno....	partidario de Tácito.
Peloponeso...	pon eso en el pelo.
idiosincracia.	indio sin gracia.
oportuno.....	natural de Oporto.
ventana.....	Ana en venta.
avilantez.....	cosa de Ávila.
novio.....	no-vió.
Arquímedes..	aquí me des.
Napoleón....	león de Nápoles.
suicidio.....	muerte á lo suizo.
paleografía..	arte de dar palos.
pedicuro.....	el pie de los curas, etc., etc.

Y así pudiera estar sacando etimologías lo menos durante ocho semanas, con gran provecho del idioma y no menos satisfacción y regodeo de los curiosos y desocupados.

—Pero, hombre—me dijo *el Reformista*, medio escandalizado y risueño—¿no conoce usted que esas etimologías son totalmente arbitrarias y ridículas, y muy parecidas á la interpretación de aquel estu-

diante que, leyendo el primer verso de la primera égloga de Virgilio,

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,

lo traducía de este modo :

¡Oh, titiritero! Tú, recostado entre la patulea sobre los términos de esta faja, etc.?

—Pues mire usted, amigo mío, si las etimologías citadas le parecen arbitrarias y ridículas, aplíquese á sí propio tales calificativos; que yo me limité á seguir su principio de «atenerse lealmente á la estructura y sonido de la palabra, declarando su procedencia y valor según lo que de ella misma resulta».

Algo abochornado y confuso quedó mi interlocutor al recibir la descarga de este argumento *ad hominem*, y despidiéndose de mí, subió á la biblioteca, sin duda para consultar textos y seguir proyectando trascendentales reformas.

*
* *

Otro día, y en la misma sala, volvimos á encontrarnos. Por una atracción inexplicable, aunque siempre salíamos casi reñidos de nuestras conferencias, siempre nos buscábamos para reanudarlas y regañar de nuevo. Esta vez no acometimos la gramática y ortografía, sino la naturaleza en general, lamentándonos de sus imperfecciones, faltas y descuidos, con la gravedad y el aplomo de esos políticos de café que en un periquete remedian y concluyen el nihilismo, el anarquismo, el socialismo, el

pauperismo y todos los *ismos* imaginables, dejando el mundo arreglado y feliz, y más tranquilo que balsa de aceite.

Había empezado *el Reformista* por cosas leves; pero alzándose á mayores en el calor de la improvisación, me decía :

—Y tampoco estoy conforme con la colocación de las pantorrillas, no, señor. Éstas debieran hallarse al revés, ó sea delante, y las espinillas detrás. Los encontronazos y golpes que hoy recibimos en hueso y tanto duelen, se amortiguarían en una almohada de carne; y los perros, que suelen acometernos por la espalda, se verían chasqueados, no pudiendo clavar sus dientes en lo blando y apetitoso. Debieran doblarse los codos hacia entrambos lados, lo cual duplicaría la acción y manejo de los brazos, podríamos rascarnos la espalda y perfeccionar las industrias manufactureras. No comprendo la necesidad, ni siquiera la conveniencia, de tener los ojos parejos y mirando hacia una sola parte; pues si estuviesen puestos uno en la frente y otro en el cogote, veríamos en redondo, y... ¡cuántos asesinatos y crímenes de toda especie quedarían evitados sólo con esta modificación, que parece tan insignificante! Y ¿por qué no habíamos de poseer, como los caballos, mulos, toros y ciervos, un casco durísimo puesto á la extremidad de la pierna? ¿Le parece floja mortificación la de los sañaones, callos y ojos de gallo, que media humanidad sufre, especialmente cuando es el piso escabroso ó va á mudar el tiempo? Me dirá usted que con tal modificación suprimo y destruyo y mato el honrado gremio de zapateros; mas en cambio se

centuplicaría el de herradores : y bien asegura el refrán, que lo que no va en lágrimas, vaya en suspiros.

Aquí *el Reformista* hizo alto, para tomar aliento y un traguito de agua, pues tenía secas las fauces por la rapidez y brío de su perorata. Después continuó así :

—¿Y qué me dice usted, pensando en buena filosofía, de esa multitud de hombres calvos y barbudos, con la cabeza lisa como un plato y la cara fosca y cubierta por una selva de pelos erizados? ¿Tiene esto lógica ni sentido común? ¿No fuera mejor que toda esa pelambre, en vez de cubrir y abrigar las quijadas, que para nada lo necesitan, cubriese y abrigase el cráneo, preservándolo de constipados y reumas? Aun bajo el concepto puramente estético, la razón está de mi parte. Supongamos una hermosa mujer que vuelve de un baile ó del teatro aspirando todavía el incienso de sus apasionados y admiradores. Desnúdase, contempla en limpio y grande espejo sus encantos, acuéstase llena de satisfacción, y al despertar por la mañana... ¡Cielos divinos! Al despertar por la mañana se encuentra la cabeza como un queso de bola, mientras su abundosa cabellera le cuelga de las quijadas como ramas de sauce llorón, ó bigotes de figura chinesca. ¡Oh desventurada!

Y mi sensible amigo puso tal rostro de tristeza, que temí verle llorar como una Magdalena. Puede mucho la imaginación en estas cosas : y yo conocí á un prójimo que mirando el mapa de Egipto, sacaba el pañuelo para limpiarse el sudor, aunque estábamos entonces en Pascua de Navidad.

Siguiendo su manía de reformas, quise yo también meter mi cucharada, y proseguí de este modo la conversación:

—Todo cuanto usted manifiesta, es en sumo grado provechoso y razonable. ¡Lástima que no tengamos autoridad ni poder para en seguida establecerlo, imponiéndolo, quieras ó no quieras, á tirios y troyanos! Pero yo creo fervorosamente en el progreso y en la mejora de la humanidad; por lo que, andando el tiempo, toda honrada aspiración ha de cumplirse y toda ventajosa reforma practicarse, ya sea en este, ya en otro planeta, bien en el siglo 20, ó en el 47.938, que en tales pormenores no tengo realmente la mayor seguridad. Y sobre las modificaciones por usted imaginadas, á mí me ocurren otras no menos estupendas; v. gr.: así como á los relojes modernos sin necesidad de llave se les da cuerda, retorciendo un botón que tienen junto á la argolla, nosotros, mediante otro botón situado en la boca del estómago, debiéramos alimentarnos gratis, á cualquier hora, y sin gastar en ello un céntimo siquiera. No obstante, que se pudiese comer, pero sólo por gusto y golosina, ó en ocasiones solemnes, como banquetes políticos, casamientos, bautizos, etc. Ya vería usted disminuir el impuesto de consumos y ahorcarse por sus propias manos todos los usureros. Y en cuanto á su idea de llevar un ojo en la frente y otro en el cogote, la considero discreta; mas como en todo cabe mejora, quizá sería más útil, por lo menos juzgando según mis cortas luces, el tener un apéndice, colilla ó rabo, así como de ocho ó diez metros, y que fuese movible y elástico, y con un ojo en la

punta, capaz de dilatarse y encogerse como los canutos de los anteojos marinos. ¿Queríamos ver el fondo de un pozo? Pues con dejar colgando el rabo por cima del brocal, ya estaba conseguido. ¿Deseábamos conocer la alcoba de nuestra adorada? Pues no había más que enderezar la colilla y meterla por un balcón ó ventana. Podría también servirnos en el verano para suspendernos de los árboles y disfrutar un fresco delicioso, meciéndonos acá y allá, como hacen los monos en los bosques del antiguo y nuevo Mundo. ¡Cuántas familias, en vez de gastar lo que tal vez no tienen para salir á buscar frescura en alguna playa, se ahorrarían los dispendios, el trasiego y fatiga del viaje, pasando sus ocios colgados en el Retiro de algún árbol corpulento la mamá, el papá, el tío, las niñas, y hasta la maritornes de la casa! ¿Qué dice usted de esto?

— Digo, que no tiene usted la culpa, sino yo, que me pongo á tratar de materias graves con guasones como usted, sin pizca de formalidad.

Y lanzándome una mirada furiosa, cogió el sombrero, y salió como cohete disparado.

*
* *

Pasaron meses, y años también, no sé cuántos, sin tener noticia, ni acordarme siquiera del *Reformista*, como si le hubiese tragado la tierra. Pero una tarde vi acercárseme un caballero mal vestido, flacucho y macilento, que parecía un muerto escapado del sepulcro. Yo en alguna parte había visto aquel rostro macerado, aquellos ojos melancólicos,

mas no recordaba dónde ni cuándo. Me sacó de la duda el sonido de su voz, y exclamé:



Vi acercárseme un caballero mal vestido...

— ¡*El Reformista!*

— Sí, *el Reformista*, que ya no procura reformar nada, ni le importan un comino cuantas reformas puedan hacerse en el universo mundo. Sabrá usted, amigo mío, que perdí la chabeta, y acabé de gastar, imaginando tonterías, el poco sentido común que me restaba. Me llevaron engañado, y me pusieron de pupilo en un manicomio. Allí estuve dos años y cinco meses, hasta que la divina misericordia me devolvió la salud; y ya me tiene aquí en libertad, viviendo entre los cuérdos y tratando de utilizar mis anteriores estudios en la redacción del periódico donde estoy empleado.

— Hombre, me alegro, me alegro mucho; es decir, distingamos: no me alegro de que usted haya estado loco y enfermo, sino de que haya recobrado su razón, y de que tengan honroso empleo sus excelentes facultades.

— Gracias. Lo de periodista es por necesidad, por pura necesidad, y no por gusto. Ese continuo jaleo de sucesos y noticias, ese precipitado escribir artículos que al día siguiente de publicados nadie recuerda, ese trabajo de canjilón de noria, tomando de una parte el agua para vaciarla en otra distinta, crea usted que son opuestos á mis antecedentes y á mi carácter. Por fortuna durará poco, pues no ha de pasar un año sin que tenga millones y quintas de recreo, y lacayos galoneados, y la mar de acciones en el Banco de España.

— ¿Tiene usted concertado casamiento con alguna princesa? ¿Es heredero de algún indiano poderoso y moribundo? ¿Piensa que algún ángel le revele en cada extracción de lotería el número en que ha de caer el premio gordo?

— Por ahí van las aguas, aunque no es eso precisamente — me contestó con suma gravedad.

Y desabrochándose el gabanazo, donde sin apretarse cabrían dos cuerpos como el suyo, me enseñó una cartera poco menor en volumen que un diccionario Calepino. Luego me guiñó el ojo con malicia, guardó el cartapacio, se abrochó cuidadosamente, y haciéndome una leve cortesía, me volvió la espalda para irse. Apenas hubo dado algunos pasos, volvió sin que le llamara, y con aire de protección me habló en los términos siguientes:

— Ni tengo en América parientes ricos á quienes

heredar, ni trato de casarme con ninguna princesa, ni los ángeles me revelan números de lotería, ni se los revelan á nadie. Todas estas cosas son ñoñerías y agua de cerrañas en comparación del tiberio que pienso armar el año venidero en Monte-Carlo, donde...

—¿En Monte-Carlo? ¡Pues qué! ¿irá usted en busca de la ruleta?

—Ahí le duele, amigo mío. Ha de saber usted que yo tengo en la cabeza metido un gran farol, y en matemáticas y cálculo de probabilidades Pascal, Newton, Keplero y demás familia son junto á mí niños de teta. ¿Ve usted esta carterita? (Y volvió á desenvainar el enorme cartapacio.) Pues toda está llena de números: combinaciones infalibles para ganar siempre y juntar en pocas semanas un Potosí de oro.

Yo le miré compasivo; pero él no lo advirtió, y entusiasmado con su cuento de la lechera, prosiguió diciendo:

—Llego, pues, á Monte-Carlo. En cosa de un mes habré ganado quince ó veinte millones, peseta más ó menos, y ya me tiene de regreso en Madrid. Entonces revelo el secreto á usted y á otros amigos, para que también se hagan millonarios, y después lo imprimo y distribuyo gratis por cuantas naciones hay en el mundo, y hago que todos se enteren; con lo cual, excusado es añadir que doy el golpe de muerte á todos los juegos de azar, para contentamiento de la moral y tranquilidad de las familias. ¿Qué le parece á usted?

—Que el año venidero, y aun algo antes, no estará usted en Monte-Carlo, sino en el manicomio.

— ¡Tonto, ignorante! — murmuró entre dientes,
y me volvió la espalda.

— ¡Lástima de ingenio malogrado, como tantos
otros! — pensé con tristeza, mirándole alejarse.



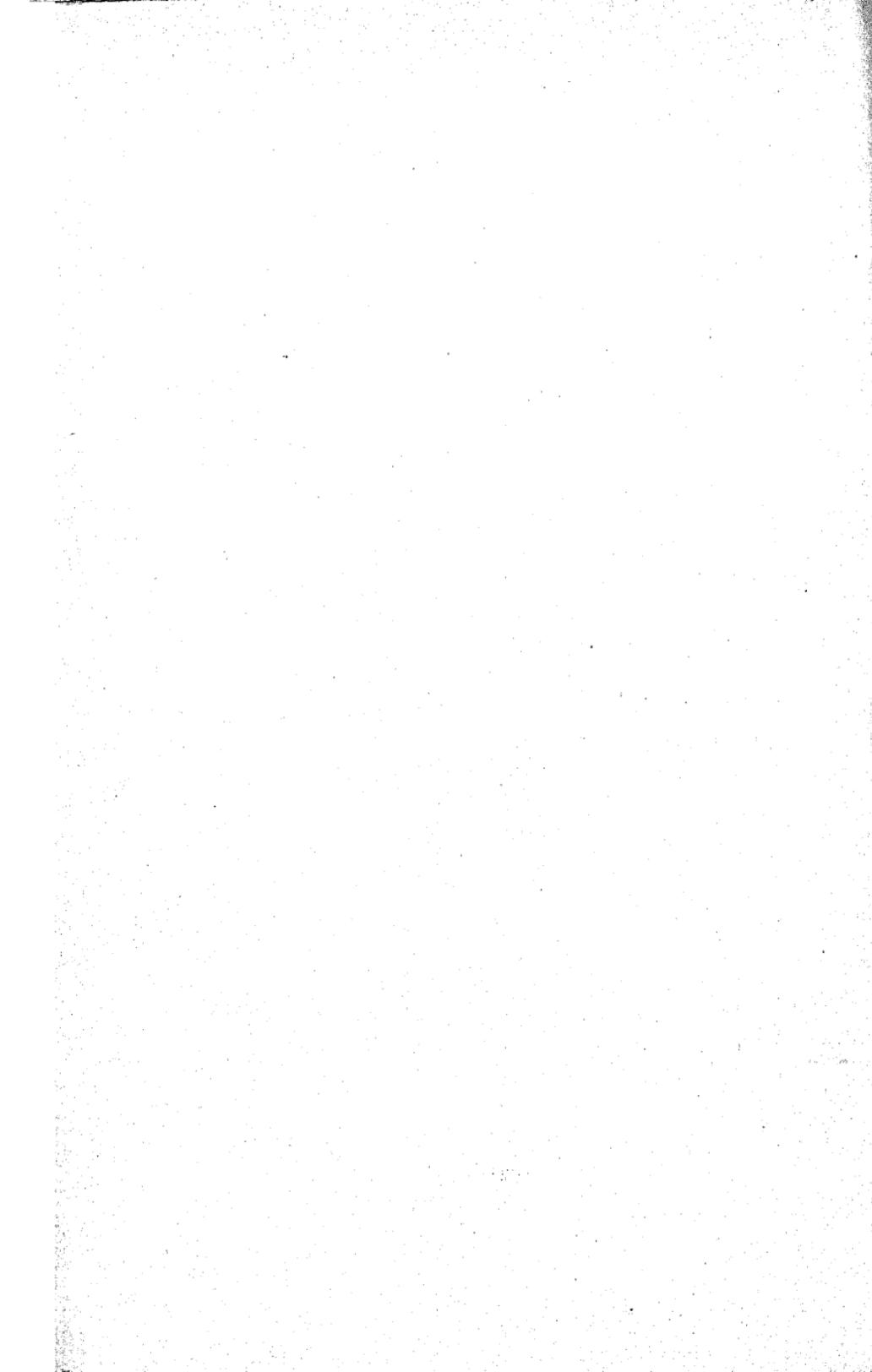
EL LUTO DE LA VIUDITA

ANTES de cumplirse el año
De la muerte de su esposo,
Siendo el hecho escandaloso,
Inconcebible y extraño,
Del negro Juan, que su suegro
De mayordomo tenía,
Se enamoró Rosalía
Y se casó con el negro.

Fué el asombro general,
Y contra la pobre viuda
Entabló campaña ruda
La chismografía social.

Pero ella, con gran reposo,
Así convenció á su suegro :
— Para cumplir con mi esposo.
¿Qué luto más riguroso
Que casarme con un negro?—





El cura y el arriero.

CON su sombrero de teja
Y con su talar ropaje,
Salió para un lugarejo,
De su pueblo no distante,
El padre Benito, cura
Famoso por sus bondades.
Iba á ver á un labrador
Que, ya en el último trance,
Santa confesión pedía;
Y por ser asunto grave,
Sin tener en cuenta callos
Y sesenta navidades,
Tomó mi cura el camino,
Y echó á andar tan tieso y ágil.
En Julio, á las diez del día,
Con un sol... inaguantable,
Y por una carretera
De las de *tercera clase*,
Á mitad de la jornada,
Cansado y sudando á mares,
Comprendió el padre Benito
Que su empresa no era fácil,

Y junto al tronco de un árbol
 Sentóse sobre el follaje,
 Con una faz que decía:
 «De aquí no me mueve nadie.»

Oportunamente, á poco
 Pasó por aquel paraje
 Un campesino en su burro,
 Y apenas le vió acercarse,
 — Hijo mío — gritó el cura —
 ¿Cuánto quieres por llevarme
 Al cortijo del tío Pedro?
 Te pago por este viaje
 Lo que quieras.

— Padre cura —

Contestó el otro apeándose —
 El dejar yo mi camino
 Me hace *prejuicio* muy grande;
 Pero si usted me lo paga...
 — Sí; ¿cuánto quieres que pague?
 — ¿Cuánto?... — dijo el arriero
 Deteniéndose un instante,
 Y fijando su mirada
 Del cura en el atalaje: —
 Pus misté, si viene así
 Como está, catorce reales;
 Y si se quita el sombrero,
 Con cuatro tengo bastante.
 — Hijo, ¿y por qué pides tanto
 Si voy cubierto?

— ¡Carape!...

Pus si lleva *la canoa*,
 ¿Aónde me monto yo, padre? —

ESCARMIENTO



EDIA noche era por filo, como decían nuestros antepasados, y en el pueblo de Gallur, situado en Aragón á orillas del Ebro, dormían todos con el sueño más profundo. El tiempo brindábase mucho para ello, pues apretaba el frío, caía sin cesar una lluvia persistente y acompasada, y la obscuridad desplegabá tan espeso velo, que á cien pasos de sus últimas casas, la vista más perspicaz no hubiera sospechado la existencia de semejante población. Después de manifestar que entonces corría, volaba ó andaba el año 11 del presente siglo, excusado es añadir que no había faroles, ni serenos, ni tampoco los hubo mucho después, suponiendo que los haya hoy. Verdad es que existían muy pocos aficionados á los paseos nocturnos; pues sobre el peligro de romperse algún hueso rodando en las tinieblas por aquellas desastradas calles, había el de recibir un trabucazo anónimo y hacerse por ende inquilino perpetuo del camposanto. De modo que, al obscurecer, cada vecino pensaba ya en recogerse, y al toque de Áni-

mas sólo quedaba en la calle algún enamorado pe-
lando la pava, ó algún perro vagabundo y sin dueño.

Ardía por entonces furiosamente desde los Piri-
neos hasta Cádiz la épica lucha de la Independen-
cia, y sin contar las batallas campales reñidas por
numerosas huestes de uno y otro bando, con gene-
rales, uniformes, banderas, cañones, tropas regu-
lares y cuanto el arte militar prescribe, había otros
combates mucho más terribles y frecuentes, y tam-
bién más funestos para los invasores: los que sos-
tenían á cada paso y cada hora contra los guerrille-
ros. No existía monte, colina, desfiladero, valle,
bosque ó barranco que no fuese ó hubiera sido
teatro de audaces y bruscas acometidas y desespe-
radas peleas de diez contra ciento, de ciento contra
mil; del garrote, el trabuco y la navaja contra el
fusil, la espada y el cañón. Por lo común, salían
dispersados y deshechos los acometedores, abruma-
dos por el número y disciplina de sus enemigos: si
alguno caía prisionero, era fusilado en el acto; pero
los que lograban salvarse dejaban entre los france-
ses grandes claros en las filas y profundo terror en
los corazones. División francesa hubo, mandada
por expertos jefes, que de una ciudad á otra, sin
batalla formal, ni otras pérdidas que las ocasiona-
das por estos rudos ataques, tan súbitos como fu-
riosos, quedó en algunas leguas reducida de ocho
mil hombres á mil doscientos. Por esto, al ver lle-
gar una de sus columnas deshecha, preguntaba
con asombro el mariscal Soult al jefe expedicio-
nario:

— ¿Qué es esto? ¿Y la demás fuerza?

— Ya no existe.

— ¡Cómo! ¡Si en toda la comarca no hay tropas enemigas!

— Pero hay guerrilleros. No nos han dejado comer, dormir, ni reposar un solo instante. Siempre bajo el fuego de esos demonios: después de larga jornada, en una misma noche nos dieron cuatro embestidas: vuelta á caminar sin descanso, y á la noche siguiente, disparos, gritos, alarmas, nuevos ataques, los centinelas arrollados, trabucazos por todas partes, los tambores tocando á llamada y de pie todo el mundo... Al tercer día, muchos pelotones de nuestros soldados, sin aliento y rendidos, tiraban las armas y se arrojaban á tierra, prefiriendo la muerte á seguir marchando. Detrás venían como lobos los guerrilleros, y...

— Entiendo. Para luchar aquí se necesitan hombres de hierro, infatigables, como no los hay... sino entre esa gente. Pero ¿no temen, no duermen, no se cansan?

— Nunca. Son guerrilleros.
Y tenía razón quien así hablaba.

*
* *

Con vecinos de los lugares ribereños acababa de levantarse una nueva partida, compuesta de ochenta peones y diez y seis ó diez y ocho jinetes: total, escasamente cien hombres. Como Filipo de Macedonia y el grande Anníbal, su jefe era tuerto; pero más ignorante y también más valeroso que todos los macedonios y cartagineses del mundo. No sabía leer ni escribir, lo cual no le estorbaba para conocer su país á palmos, como antiguo contrabandista;

y con su ojo único veía mejor que otros con un par de ellos, ayudados de poderosos cristales. El tal tuerto se propuso estrenarse y estrenar su gente con un golpe que metiera ruido, y lo consiguió. Tuvo noticia del movimiento de una columna francesa compuesta de dos mil quinientos hombres, que había de pasar por las vertientes y estribaciones del Moncayo. Escaló con su hueste las alturas que dominaban valles y desfiladeros, eligió lugar adecuado para su propósito, mandó cortar fuertes palancas de madera, hizo rodar enormes peñascos hasta los bordes mismos de aquellas empinadas cumbres, colocó vigías agazapados entre los riscos y malezas, preparó retirada segura, señaló punto de reunión en caso de tener que dispersarse por el pronto, y cuando todo estuvo listo y los centinelas avisaron la aproximación de la columna enemiga, se echó un trago de aguardiente y exclamó frotándose de gusto las manazas :

— Los vamos á reventar, caballeros.

En tanto, la columna seguía su camino, siempre avanzando y muy ajena del chaparrón que la esperaba. Más bien por antigua costumbre militar que por temor, pues no había por allí cerca tropas españolas, marchaban los franceses en correcta formación, los exploradores delante desplegados en guerrilla, los flanqueadores á los costados, la masa en el centro y la caballería y cuatro piezas de artillería dispuestas á funcionar en los sitios convenientes; todo según lo permitían las asperezas del terreno. Pasaron las avanzadas; pero cuando el centro de la columna se halló bajo las alturas ocupadas por los guerrilleros; levantaron éstos un

disforme alarido, y al mismo tiempo, empujados con las palancas manejadas por vigorosos brazos, comenzaron á bajar desde las altas cumbres enormes peñascos de cincuenta y sesenta arrobas, tronchando arbustos, rebotando con horrible estrépito y aplastando infantes y jinetes, carros y cañones. Y á unos peñascos seguían otros y otros, como si todo el monte hecho pedazos se desplomara sobre los enemigos. Verificábase la segunda edición de Covadonga, en que Pelayo y los fieles godos puestos á sus órdenes derrotaron, machacaron y convirtieron en añicos á los musulmanes que los acometían en las montañas cantábricas, dejando caer grandes trozos de granito sobre sus apretadas falanges. La confusión, el espanto, el terror de las huestes francesas no cabe en palabras, ni puede ponderarse. Gritos, lamentos, alaridos, maldiciones, relinchos de caballos, desatentado correr de una parte á otra... Si los guerrilleros españoles hubieran sido más cautos ó menos atrevidos, hubiesen exterminado impunemente toda ó casi toda la columna expedicionaria sólo con seguir el comenzado procedimiento de aplastar al enemigo sin riesgo, lanzándole peñascos desde aquellas escarpadas cumbres. Pero no lo consintió la caliente sangre aragonesa. Porque *el Tuerto*, casi avergonzado de causar tanto desastre sin peligro propio, exclamó con desaforadas voces:

— ¿Qué es esto, muchachos? ¿No les damos un *pechugón* á esos tunantes? ¡Viva España! ¡Viva la Virgen del Pilar! ¡Vamos á ellos!

Y tirando del sable, lanzó su caballo por áspera pendiente hacia el enemigo. Los jinetes le siguieron

al galope, los peones á la carrera. Entraron como un huracán por medio de los franceses diseminados en el valle, atropellando, hiriendo y matando á diestro y siniestro con verdadera rabia, hasta encontrarse en medio de la desordenada columna. Mas viendo los franceses el corto número de sus contrarios, cargaron con furor sobre ellos, y aunque se defendían como leones, no hubiera quedado uno solo para contarlo, á no echarse encima la noche, merced á cuyas sombras pudieron escaparse unos veinte ó veinticinco, quedando allí hecho pedazos, con otros muchos, *el Tuerto*, que pagó con la piel su temeraria osadía.

Pocas horas después y en la mencionada noche lluviosa y oscura, ya en la madrugada, penetraron en el callado pueblo de Gallur tres ó cuatro jinetes destrozados y llenos de lodo, y un puñado de hombres á pie, fatigosos y ensangrentados. Cruzaron la calle Mayor, llegaron á la ribera, y al ver las aguas del Ebro, imposibles de vadear por lo impetuosas y crecidas, volviéronse á la población, clamando todos con desaforadas voces: «¡Cuairán! ¡Cuairán!»

*
* *

Apoyándose sobre un gran bastón con una mano y llevando una linterna en la otra, se presentó Joaquín Cuairán, alcalde del pueblo. Era hombre fornido, de mediana edad y buen patriota: con harto sentimiento suyo, por tener una pierna inútil y estropeada, no andaba acá y allá participando de las privaciones, fatigas y peligrosas aventuras de los

guerrilleros; mas los favorecía con todas sus fuerzas y en todas las ocasiones, y entre ellòs tenía dos hermanos suyos, jóvenes y solteros. Hizo Cuairán venir al barquero, que llegó refunfuñando, y en pocos minutos se hallaron los fugitivos libres y seguros en la opuesta margen del Ebro, y muy deseosos de dar á los franceses otro nuevo *pechugón*, como llamaba á sus terribles embestidas el heroico y malogrado *Tuerto*.

Mas si el alcalde era excelente español y patriota, no puede asegurarse otro tanto del barquero. Dejando á su hijo encargado el servicio del pasaje, caminaba al día siguiente por atajos y veredas con sombrío rostro y precipitado andar, más propio de quien huye y se esconde, que de tranquilo caminante. Algo, y aun mucho de Judas, había en su receloso ademán y en la siniestra luz de sus miradas. ¿Adónde, pues, dirigía sus pasos? Iba al próximo castillo de Mallén, donde los franceses tenían un puesto militar bien guarnecido, cuyo comandante, apellidado *el Gato Rojo*, por sus ojos verdosos y pelo colorado, se había hecho temible en toda la comarca á causa de sus instintos sanguinarios y de rapiña. Degollaba, violaba, incendiaba, no perdonando ni aun á los niños en sus cunas, y apropiándose cuanto veía bajo el alcance de sus garras. Por este amable señor preguntó el barquero, y, llevado á su presencia, le contó la llegada de los guerrilleros fugitivos á Gallur en la noche anterior, el paso á la orilla opuesta del Ebro, la conducta del alcalde Joaquín Cuairán, añadiendo que tenía éste dos hermanos en las guerrillas y que favorecía la insurrección con todas sus fuerzas. No era menester tanto

para que montase en cólera *el Gato Rojo*: despidió en seguida al traidor, ofreciéndole protección y grandes recompensas; púsose á la cabeza de un fuerte destacamento, y poco después caía como una tromba sobre el mísero pueblo de Gallur, donde apenas habían quedado más que ancianos, mujeres y niños, pues muchos huyeron á refugiarse en los bosques y montes cercanos al divisar desde lejos á los franceses.

El Gato Rojo fusiló inmediatamente al desdichado alcalde Cuairán, á su mujer y á su suegra; bebió con sus soldados cuanto pudo, rompió y vertió los cántaros y tinajas del vino y del aceite, pegó fuego á la casa después de saquearla, como también otras de las principales; y hubiese hecho todavía mayor estrago, si de súbito no llegaran á rienda suelta varios de sus jinetes con la noticia de que por allí andaban guerrilleros. Aunque fuesen pocos, ya se acercaba la noche, y era de temer un descalabro. Por lo cual, á toda prisa recogió y ordenó su vandálica hueste *el Gato Rojo*, volviéndose al amparo del castillo de Mallén con el estómago repleto de vino, las manos teñidas en sangre y los despojos de lo robado.

*
* *

Á los dos días, en una de sus salidas del castillo, y disparado por tan certera como invisible mano, recibió *el Gato Rojo* un balazo que le atravesó de sien á sien. Cayó volteado como un conejo, y ni aun tuvo tiempo de decir: *Dios me valga*. ¿Quién disparó el tiro? Imposible fué averiguarlo. Sólo vie-

ron los franceses á doscientos pasos, entre arbustos y rocas, alzarse como blanco vellón una ligerísima columna de humo. Aunque hacia ella se lanzaron al escape de sus caballos y registraron en seguida el terreno como quien busca alfileres, nada encontraron, y volviéronse á la fortaleza con el cadáver de su jefe, silenciosos y aterrados. En su interior comprendían que no todo ha de ser en el mundo saquear, violar, incendiar y emborracharse, y que las monedas tienen dos caras diferentes.

En el mismo día, y próximamente á la misma hora, dos hombres morenos y fornidos entraban en Gallur por la parte de la sierra. No eran del pueblo, ni en el pueblo los conocía nadie. Llevaban trabuco al brazo, largo cuchillo atravesado en la ancha faja, pañuelo ceñido á la cabeza, y por sus rostros, armas y trajes iban mostrando sin duda alguna que eran guerrilleros y aragoneses. Aunque de igual manera armados y vestidos ambos, descubriábase que uno de ellos era ordinario campesino; mientras, por su ademán y mirada luminosa y firme, parecía hombre muy superior el otro. Al llegar al río, preguntaron por la barca para pasar á la orilla opuesta: presentóse á poco el barquero traidor, y sea que viese algo amenazador y sombrío en los desconocidos guerrilleros, ó que la memoria de su crimen le tuviera espantado y receloso, lo cierto es que retrocedió algunos pasos, acercándose á su choza y llamando á su hijo, robusto mocetón, que acudió en seguida á la voz de su padre. Éste era como de cincuenta años, de vigorosa contextura; y el hijo, de veinticinco, aparentaba ser todavía más vigoroso y fuerte.

Sentados los cuatro en la barca, y cuando iban ya á desviarla de la orilla, uno de los pasajeros tomó la palabra, y se entabló este diálogo:

— ¿Sois padre é hijo?

— Sí, señor.

— ¿Además de este hijo tienes otros?

— No, señor; mi mujer y una hija murieron hace muchos años; no tengo más parientes: mi hijo y yo quedamos solos en el mundo.

— Más vale así.

— ¿Por qué más vale así?

— Por nada.

Y entonces la barca, impelida por la maroma, fué apartándose poco á poco de la ribera. Cuando estuvieron en la mitad de la corriente, el desconocido que antes habló dijo al barquero:

— ¿Sabes tú lo que hay? ¿Sabes que la Patrona de Aragón, la Santa Virgen del Pilar, ha llorado?

— ¡Que ha llorado la Pilarica! ¿Quién dice eso?

— Me lo ha dicho un clérigo anciano, que vive en Zaragoza.

Palideció el barquero, soltó la maroma, como si de repente le hubiesen faltado las fuerzas, y preguntó balbuceando:

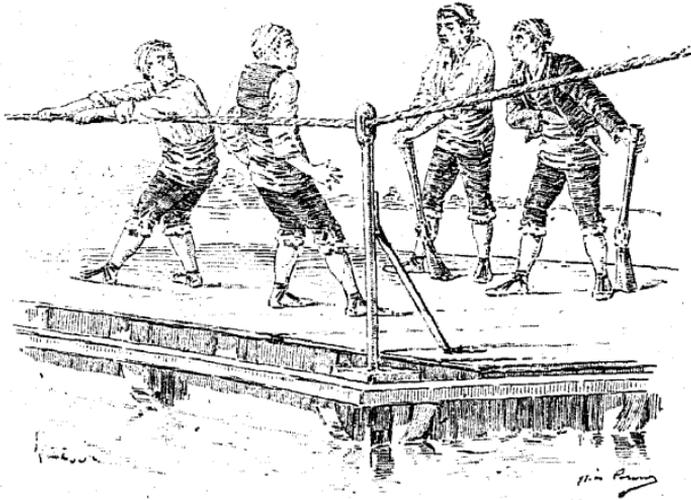
— ¿Y... por qué... lloraba?

— ¿No te lo figuras?

— No, señor.

— Es muy extraño, porque en la hora de la muerte suele despejarse el entendimiento, y se adivinan muchas cosas. Pero, pues no lo aciertas, voy á decírtelo. La Santa Virgen del Pilar ha llorado, no por los incendios, saqueos y estragos de esta sangrienta guerra, la más dura que han visto los hombres:

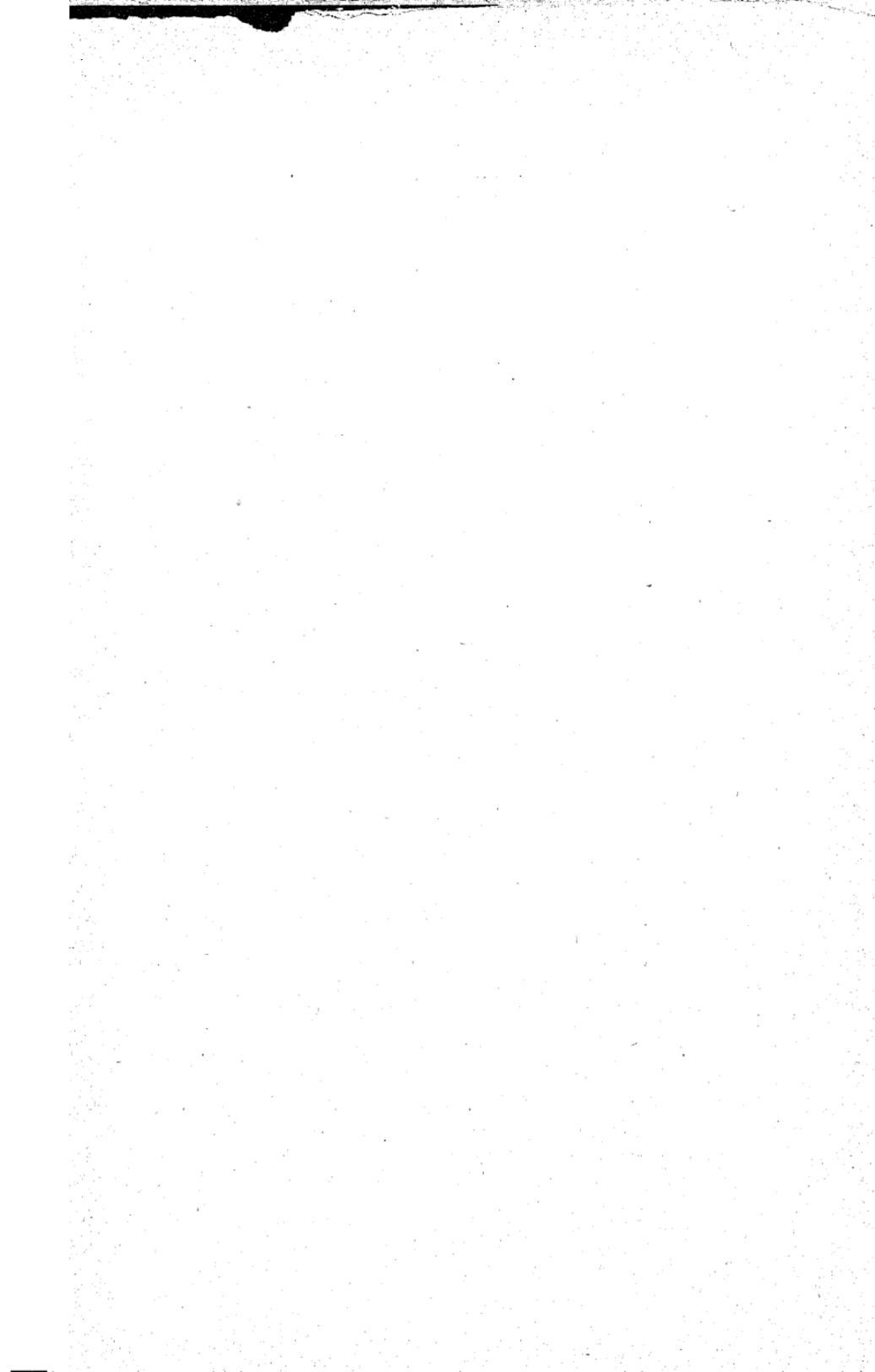
ha llorado por ti, miserable; por tu alma, que pronto irá á los infiernos; ha llorado al ver que en esta noble tierra de Aragón hay traidores, y quiere que desaparezcan.



— ¿Sabes que la Santa Virgen del Pilar ha llorado?

Dicha la última palabra, los guerrilleros se tiraron como fieras sobre el barquero y su hijo, y los cosieron á puñaladas. Poco después, ambos cadáveres iban flotando sobre las rápidas aguas del Ebro, que los arrastraba á los abismos del mar. ¡La noble tierra de Aragón no sufre traidores!

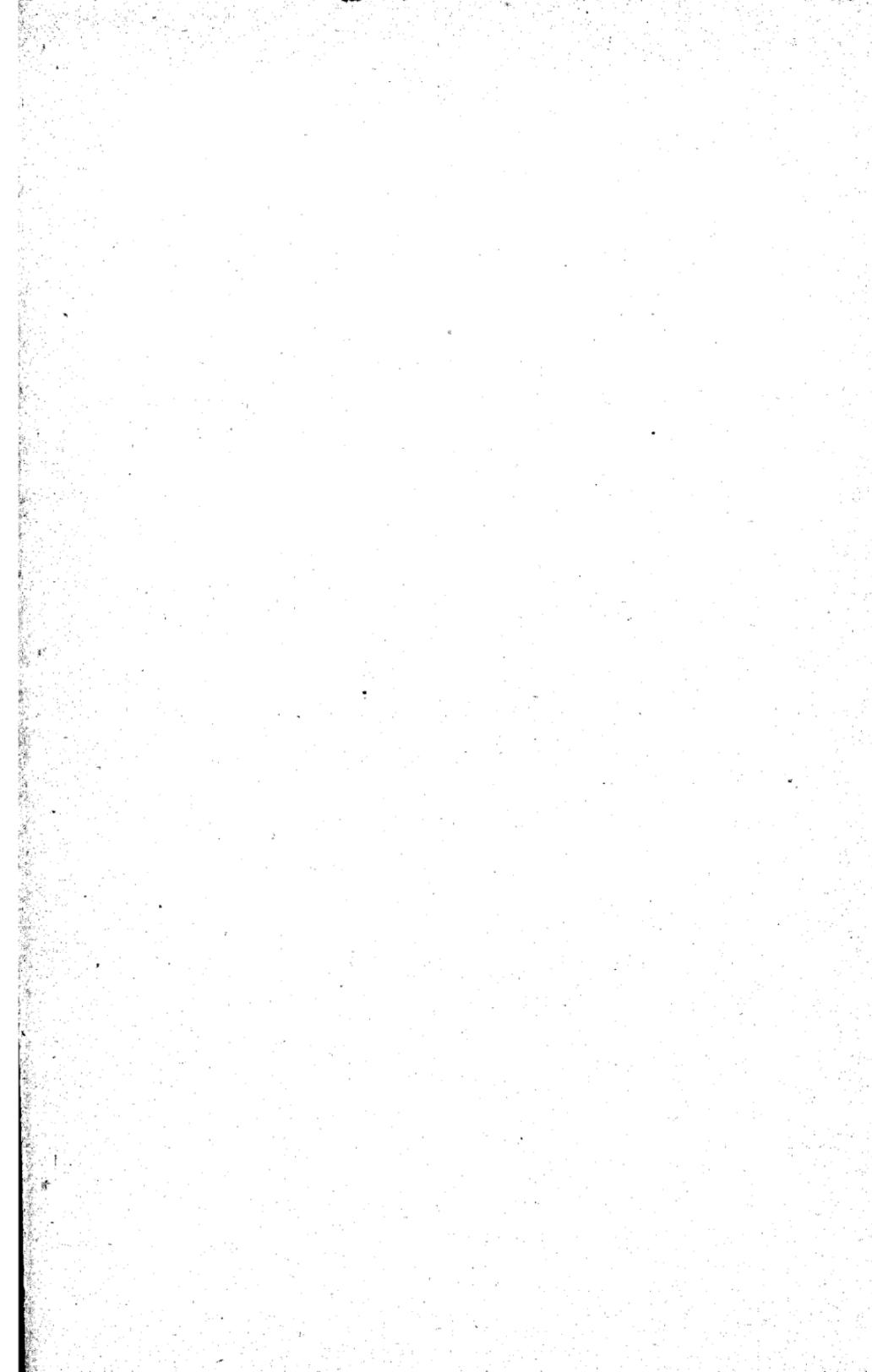




—✻ La edad de la Marquesa. ✻—

EN un baile aristocrático,
Tres señorones reunidos
Hablaban de la belleza,
De los encantos y hechizos
De la dueña de la casa,
Viuda de un marqués riquísimo,
Cuya juventud perenne
Daba pábulo y motivo
Á mil cálculos de fechas
Sobre su fe de bautismo.
—¿Qué edad tendrá?— dijo el uno.
—Treinta y seis años cumplidos—
Contestó el otro. —¿De veras?—
Exclamó el tercer amigo.
Y agregó al punto el segundo:
—Yo, lo que puedo deciros
es que, por lo menos, *eso*
es lo que siempre se ha dicho.—





POR BORRACHO

EN Cádiz y San Fernando,
Por oportuno y gracioso,
Era hace tiempo famoso
El flamenco tío Carando;
Y por su reposo, calma,
Distracciones y bondades,
También en ambas ciudades
Lo era el cura don Juan Palma.

En su comedor sentado
Se hallaba este último un día,
Con su calma y sangre fría
Leyendo un libro sagrado,

Cuando el gitano, que entraba
En la casa con franqueza,
Llegó una vez con presteza
Hasta donde el cura estaba,

Diciendo al ama el ladino,
Por justificar su prisa,
Que iba á *ajustar una misa*
Por encargo de un vecino.

No bien llegó al comedor,
Bendice su buena estrella

Al ver que hay una botella
Puesta en el aparador :

Y devoto muy ferviente
De la invención de Noé,
Para la botella fué
Su gesto más elocuente.

Saluda el gitano al cura
Su comisión olvidando;
Tras un « ¡Hola, tío Carando! »
Sigue el cura su lectura :

Y al punto comenzó allí
El diálogo que traslado,
Entre el uno ensimismado,
Y el otro fuera de sí.

— Pae cura, sea noragüena,
Y que le aproveche.

— ¿El qué ?

— ¿Qué ha de sé?... lo que se ve,
Que debe sé cosa güena.

— ¿Qué hablas ?

— Pus de la bebia.

— ¿Sí ?

— ¡ Qué envidia me está dando !
Le juro á fe de Carando,
Pare, que lo probaría.

— Bueno, hijo.

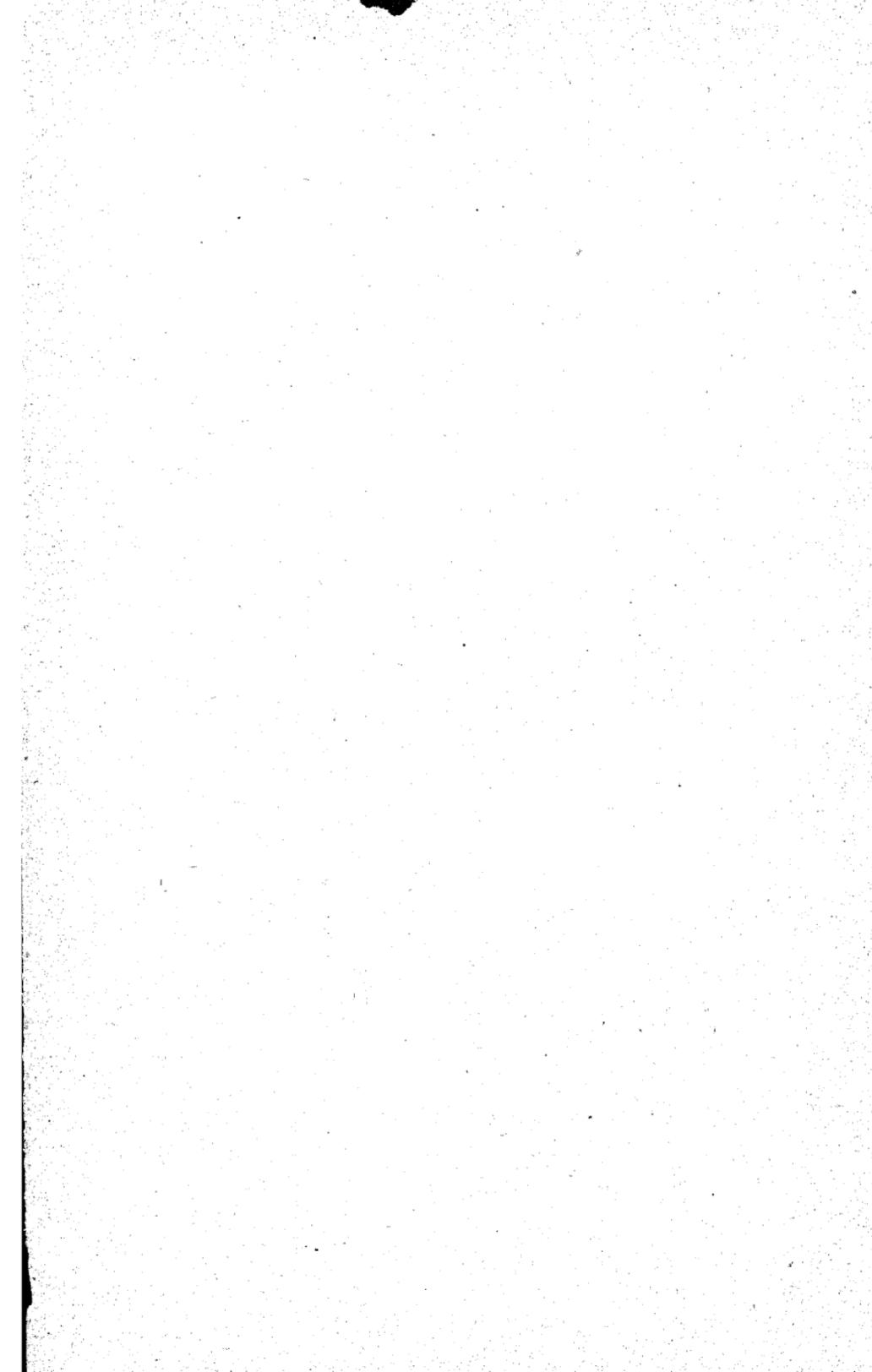
— ¡ Güeno de veras
Debe de sé estando aquí.
¿ Me echo una mijita?...

— Sí:

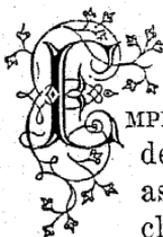
Cállate y haz lo que quieras. —
Apenas logra el gitano
El permiso que quería,

Con la mayor alegría
Echa á la botella mano,
Y, aprovechándose el pilló
De la santa distracción,
Se despacha la ración
En un vaso de á cuartillo;
Pero ¡ ay, Dios! su ansia grosera
Al torpe olfato no advierte
Que es un vinagre muy fuerte
Que llevó la cocinera:
Y en cuanto el vaso llenito
De un solo trago apuró,
Dió un brinco, el vaso tiró,
Y se encorvó dando un grito.
Vuélvese muy reposado
El imperturbable cura,
Y al preguntar con dulzura,
« Hijo mío, ¿qué ha pasado? »,
Con voz triste y lastimera
Dice el gitano lloroso,
Escaldado, tembloroso
Y con media lengua fuera:
— ¡Pare de mi corazón!...
¿Lo usa usted pa *consumi*?
— Sí.
— Pus vasté á convertí
Á Dios en alcaparrón. —





Haz bien... pero mirando á quién.



EMPIEZO declarando que ignoro cuándo ó dónde sucedió lo que voy á contar ahora; mas aseguro á fe de hombre honrado, que muchas, muchísimas veces han sucedido cosas muy semejantes: y mala pulmonía me lleve, si aun hoy no están sucediendo todavía. Cuantos sepan leer entre renglones y penetren más allá de la corteza, me darán la razón.

No había por entonces ferrocarriles, ni siquiera diligencias: sólo se conocían y estilaban para los viajes ciertas máquinas enormes que sin duda algún guasón bautizó con el nombre de «galeras *aceleradas*», cuya celeridad llegaba á cuatro ó seis leguas por día; de modo, que parecían inmóviles viéndolas desde lejos. No habiendo vuelco, ni incendio, ni rotura, ni ladrones, ni algún otro percance, se podía tener la fundada esperanza de recorrer ochenta leguas nada más que en diez y seis días, tiempo sumamente breve si con la eternidad se compara. En este mundo todo es relativo.

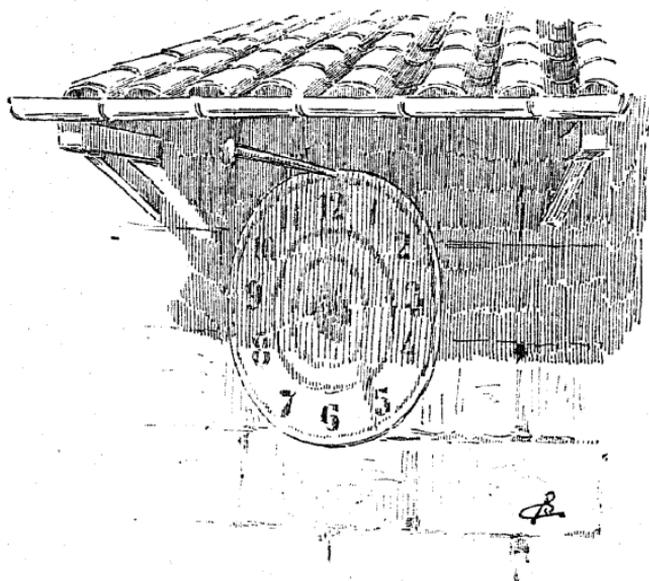
Viajaba en uno de estos acelerados vehículos mi señor D. Bonifacio. La galera volcó y D. Bonifacio

se lastimó lo bastante para no poder seguir su camino: en hombros de personas caritativas lleváronle, con su equipaje, á un lugar próximo, dejándole muy recomendado en la única posada que allí existía. Curó como una bestia; quiero decir, que no habiendo médico en el pueblo, le asistió el veterinario, varón muy experto en achaques de porrazos y contusiones, y que así plantaba una bisma sobre la piel de un mulo, como sobre la de cualquier cristiano, católico, apóstolico, romano. Merced á la ciencia del mencionado veterinario, que también era zapatero de cuadrúpedos, vulgo herrador, pudo al cabo de algunos días levantarse D. Bonifacio y dar sus paseítos por las calles, aunque apoyado en un palito, por tener todavía una pierna estropeada y dolorida.

Su curación adelantaba muy lentamente, y con los primeros fríos ya no adelantaba nada, antes retrocedía, complicándose con dolores de fuerte y crónico reuma, por lo que su estancia en el pueblo se dilató meses y meses. D. Bonifacio era viudo, sin hijos, de posición desahogada y libre como los pájaros del aire: lo mismo le importaba estar en aquel lugarón que en otra parte cualquiera. Además, había en él hasta materia de observación y estudio; pues si el lugar era sucio, destartalado y feo, sus pobladores y vecinos eran de lo más torpe y bruto que imaginarse puede. Ninguno, por supuesto, había inventado la pólvora, y pocos de ellos distinguían con seguridad su mano izquierda de la derecha. Y para que no se juzgue exageración, léase lo siguiente.

*
* *

Un relojero de la capital, por encargo del alcalde, había puesto un cuadrante solar en la pared frontera del Ayuntamiento: la sombra de la varilla señalaba perfectamente las horas, medias horas y



... preservarlos de la intemperie con un tejadillo.

cuartos; pero los números estaban tan bien dibujados, que, temiendo se borrarse la pintura cuando lloviera, determinaron los ingeniosos concejales cubrirlos y preservarlos de la intemperie con un tejadillo, como lo hicieron. Así las lluvias no podían dañar la pintura; mas tampoco el reloj medía el tiempo, ni servía para nada. ¡Qué demonio de inconveniente! D. Bonifacio aconsejó dar á las rayas y números con barniz de aceite y quitar aquel guardapolvo ó tejadillo, con lo que la sombra volvió á

señalar las horas, sin que la pintura sufriese el menor detrimento. El vecindario de Villabruta, que tal debiera de llamarse el pueblo, quedó pasmado ante la sabiduría de D. Bonifacio, y todos le saludaban con profundo respeto.

*
* *

A los pocos días el alguacil, todo azorado y confuso, penetró como una bala en la habitación de D. Bonifacio. Faltábale poco para llorar, y en lo alterado de su rostro se conocía la gravedad del caso. ¿Habría entrado en el lugar alguna partida carlista para saquearlo y cometer mil atropellos? Esto no podía ser, porque entre los carlistas estaban casi todos los jóvenes de Villabruta, y el vecindario carlista era también desde el testuz á las pezuñas. ¿Estarían ardiendo quizá veinte ó treinta casas? Esto sería lo peor, por la carencia absoluta de bombas ó aparatos contra incendios y la gran escasez de agua.

—Vamos, vamos, hombre: ¿qué hay? ¿qué sucede?—preguntó mi héroe no poco alarmado.

—¡Ay, señor D. Bonifacio de mi alma, no se lo puede usted figurar! ¡Qué desgracia tan espantosa! A todos los señores concejales se les han perdido las piernas.

—¡Canastos! Pero, ¿dónde las tenían? Pues ¡qué! ¿se pierden acaso las piernas como un pañuelo que se cae del bolsillo? ¿Qué dices, hombre? Lo que yo me figuro es que bebiste más de lo regular y estás borracho.

—¡Ojalá lo estuviese! Verá su merced. Hoy es día solemne, y todos los señores concejales llevan al-

pargatas nuevas y medias azules, y como están sentados juntos y parecen iguales todas las piernas, ninguno se atreve á levantarse por no saber á punto fijo cuáles son las suyas. Vea su merced si es grande el apuro.

— ¡Aaah! ¿Conque esas tenemos? Pues, sígueme; que yo al instante los sacaré de la duda.

Y, acompañado del alguacil, entró en la sala del cabildo. Allí estaban inmóviles todos aquellos rústicos señores concejales, con el asombro y la estupidez en sus morenas caras, muy parecidas á mascarones de fuente. D. Bonifacio no perdió el tiempo en palabras, ni se anduvo en chiquitas: enarboló el bastón, y á éste quièro, á éste no quièro, comenzó á sacudir leña sobre los de las medias azules, que se levantaron de súbito y echaron á correr como liebres, gritando á voz en cuello: «Gracias, D. Bonifacio, muchas gracias; ¡que Dios se lo pague!»

Y la nombradía de D. Bonifacio creció como la espuma, dilatándose lo menos diez leguas á la redonda. ¡Qué talento de hombre! ¡Y qué ciencia!

*
**

La iglesia parroquial del pueblo era viejísima y se hallaba en deplorable estado. Todos temían que se desplomase, aplastando á los fieles. ¿Qué hacer? Podían adoptarse tres partidos: 1.º Dejarla que se fuese cayendo poco á poco, ó que se derrumbase de golpe, con el consiguiente peligro para los feligreses. 2.º Derribarla, sustituyéndola en seguida con otra iglesia nueva. 3.º Componerla y restaurarla en firme, de modo que pudiese durar algunos siglos.

Este parecer obtuvo mayoría de votos y quedó aprobado.

Mas los recursos, ó sean los dineros, andaban algo escasillos, y era necesaria, indispensable, la mayor economía. El traer de la capital un arquitecto y encargarle de las obras de reparación ó restauración sería carísimo y hasta ruinoso. Esos señores arquitectos se hacen pagar como príncipes: con la gracia de que si calculan el coste de una obra en diez mil duros, gastan luego veinte ó treinta mil; pues empezada ya, hay que seguirla y terminarla, so pena de perder lo gastado. Nada de arquitectos; en el lugaron existían varios albañiles y carpinteros, y dirigidos por el señor cura, el veterinario y otros doctos varones de la localidad, muy mal habían de venir las cosas para que no dejasen el edificio como nuevo.

Todo esto pasaba mientras mi héroe se hallaba otra vez recluso en su habitación, ensayando pinitos por tan reducido espacio y sin poder todavía salir á la calle. A los pocos días de salir advirtió con gusto que ya estaban emprendidas las obras. Habían derribado los ruinosos techos, y como los muros permanecían firmes, pues realmente eran gruesos y muy bien contruidos, limitábase el reparo á techar la iglesia de nuevo con sólida viguería, para lo cual, y como puestos á mano, había por allí cerca unos pinares de donde fácilmente podían sacarse, no ya vigas para techumbres, sino mástiles para navíos de tres puentes. No faltaban leñadores en Villabruta, y pronto hubo de sobra maderá cortada para todo cuanto se ofreciese. Pero es el caso que se presentó una grave dificultad, y fué que las vi-

gas eran gruesas y largas, y aquella gente se empeñó en meterlas atravesadas por la puerta de la iglesia. No cabían de este modo: ¿qué habían de caber? Mas el señor cura, que había estudiado algo de latín y sabía el *Lárraga* casi de memoria, ideó aserrarlas en dos ó tres pedazos, y cuando hubiesen traspasado la puerta, unir las y empalmarlas dentro con fuertes zunchos de hierro; y lo hubiesen ejecutado así, á no haber aconsejado el buen D. Bonifacio que las metiesen de punta. En vista de la facilidad con que entonces pudieron entrar, exclamaban á coro los vecinos de Villabruta: «¡Qué talento de hombre!»

*
* *

Colocada la techumbre, surgió una segunda dificultad. Habían tapiado algunas altas ventanas por donde penetraba antes la luz, y el templo quedó obscuro y tenebroso como una carbonera. Cuyo inconveniente trataban de remediar aquellos ingeniosos operarios metiendo el sol en espuertas, y llevaban algunos días en tan extravagante faena con el resultado que puede suponerse, cuando mi señor D. Bonifacio ¡Dios le bendiga! aconsejó que abriesen de nuevo las antiguas ventanas, y torrentes de viva y dorada luz inundaron la iglesia. Con lo cual, los vecinos de Villabruta repitieron su estribillo: «¡Qué talento, pero qué talento tiene este hombre!»

*
* *

Aquel destartalado lugarón estaba sujeto á dos plagas, ambas sumamente dañosas para la salud y

los intereses de sus vecinos. Consistía la primera en ciertas charcas de aguas verdosas y corrompidas, cuyas emanaciones pestilentes en verano y otoño producían fiebres palúdicas, aumentando el cuadro de las enfermedades y los inquilinos del cementerio. La segunda calamidad eran las frecuentes inundaciones por el invierno y primavera. Hallábase el pueblo dominado y asombrado por un cerro de poca extensión y altura, cuyas rápidas vertientes en las épocas lluviosas eran improvisados y furiosos ríos que arrasaban las huertas y sembrados de trigo y de maíz, y á veces hasta penetraban por las calles y plazas, difundiendo el espanto y la ruina. Todos los años había plegarias y rogativas para que alejasen piadosos los cielos semejante estrago: y todos los años, unos con más vigor y otros con menos, descargaba el azote sobre el insigne pueblo de Villabruta.

Consultado sobre ambas calamidades mi señor don Bonifacio, que era ya el oráculo de aquella gente, indicó la conveniencia y aun la necesidad absoluta de cegar aquellas podridas charcas de donde salían las emanaciones y miasmas engendradores de las fiebres, añadiendo que en igual caso lo hicieron así muchos pueblos y ciudades con grandes ventajas para la salud pública, incapaz de conservarse descuidando los útiles preceptos de la Higiene.

Y respecto de las inundaciones... mi conciencia de escritor imparcial y verídico me obliga á confesar que en este punto mi señor D. Bonifacio metió la pata, y bien metida por cierto. Pues tuvo la franqueza de asegurar que siempre las aguas buscan su nivel y aplomo de alto á bajo; que era indis-

pensable desviarlas del pueblo con un muro de contención que les sirviese de barrera, dándoles salida por anchas y distintas zanjas, de modo que fueran, sin perjuicio de nadie, á desembocar en el próximo riachuelo. Y que mientras así no lo hiciesen, nunca se verían libres del terrible azote; pues de nada sirven las rogativas y plegarias, y con la mitad del dinero gastado en ellas durante tantos años pudieran estar concluídas las obras y seguro el pueblo contra el peligro de las inundaciones.

Tal dijiste. Y á los pocos momentos las palabras de D. Bonifacio, ampliadas y hasta con sus comentarios, resonaban como la trompeta del juicio final en los oídos del cura. Un par de banderillas de fuego, de esas que ponen á los toros, le hubieran producido menos efecto que las reflexiones de D. Bonifacio. ¡Cáscaras! Pues si las rogativas, plegarias y oraciones de nada sirven contra los fenómenos de la naturaleza; si no alejan ó evitan los pedriscos, sequías, inundaciones, pestes y demás calamidades, entonces, ¿qué era él, ni qué significaban sus rezos? Y repasando en su memoria lo sucedido en años anteriores, la pícara experiencia comprobaba la irreverente afirmación del forastero. Aquel día no pensó en otra cosa el párroco, y durante la noche no logró conciliar el sueño, dando vueltas y más vueltas al asunto. Pero su fe robusta acabó por triunfar del escepticismo que la amenazaba. Indudablemente D. Bonifacio era un materialista, un impío, tal vez un ateo, quizá un judío hasta con su rabo y todo. Y como del pensamiento á la palabra media tan corto espacio, el cura habló á las devotas, y éstas á sus padres, hermanos ó maridos, y á los pocos

días advirtió el forastero que pasaban de largo sin saludarle algunos que antes le saludaban afectuosamente y aun le debían favores; después cantaron de noche á su puerta coplitas estúpidas llamándole judío, con acompañamiento de otros calificativos groseros y malsonantes; y hubiesen acabado por tirarle piedras y perseguirle como á perro hidrófobo, sin los buenos oficios del veterinario, quien le puso en antecedentes de la borrasca levantada contra él, y de su origen y fundamento, aconsejándole de camino que se marchase de Villabruta, donde ya se le señalaba con el dedo y el día menos pensado pudiera ocurrirle algún percance.

—Yo conozco á mis paisanos—añadió el albéitar;—y aunque mi escaso talento no puede compararse al de usted, señor D. Bonifacio, sé de dónde viene el nublado y los graves disgustos que le esperan, si no sigue mi consejo. ¿Ve usted que me falta un ojo? ¿Ve usted la cicatriz de una herradura que llevo en mi frente y la llevaré toda mi vida? Pues son de un par de coces con que me obsequió un mulo mientras le estaba curando. Y no le digo más.

Al amanecer del día siguiente alejábase D. Bonifacio de Villabruta, diciendo para su sayo:

—El albéitar tiene mucha, muchísima razón. Haz bien... pero mirando á quién.



LAS NIÑAS

DOÑA Josefa Quiñones,
Respetable ciudadana
De sesenta navidades
Según crónicas exactas,
Era una tierna jamona
Esbelta y bien conservada,
Poseedora de una renta
De relativa importancia,
Que le dejó su difunto,
Antiguo vista de Aduanas.

Su genio alegre y buen trato,
Su franqueza democrática
Y sus puntas y ribetes
De satírica y de sátira,
Una infinidad de amigos
En su casa congregaba,
En opíparos banquetes,
Suarés y otras fiestas varias.
Era á más doña Josefa
De habilidad extremada
En el arte culinario,
Y especialista de fama

En toda clase de dulces,
Que muy bien confeccionaba.

Pero, ¡ay! como nada existe
Perfecto en la especie humana.
La sin par doña Josefa
Tan justamente elogiada.
Era desde largo tiempo
Víctima, por su desgracia,
Del vicio más detestable
Que en ciertos seres arraiga.

Era este vicio *el rapé*,
Que, por más que le gustara
Tanto al gran Napoleón
Y á otras gentes de prosapia,
Declaro yo ingenuamente,
Con perdón del que lo gasta,
Que es una costumbre sucia.
Injustificable y rara.

Desde que dejaba el lecho
Hasta volver á la cama,
Sólo por breves instantes
Paz doña Josefa daba
Á la mano acarreadora
Y á la nariz colorada,
Que, repleta muchas veces,
Era por ambas ventanas
Sonora trompa guerrera
De las de más resonancia.

Con motivo de un banquete
Que celebrar quiso en Pascuas,
Y actuando de repostera,
Hallábase una mañana
Doña Pepa en su cocina

Confeccionando con maña
Y habilidad una fuente
De natillas, soberana,
Cuando á la puerta llamaron.
Anunciando la criada
Que era el señor don Silvestre
De Rubielos y Berlanga,
Comandante retirado,
Gran amigo de la casa.
— ¿Don Silvestre?... Que entre al punto.
Que es persona de confianza —
Dijo doña Pepa: — quiero
Que dé fe de mi obra magna. —
Presentóse don Silvestre
Cuando la señora estaba
Terminando su tarea;
Acercóse á saludarla,
Y, ¡oh sorpresa indescriptible!
¡Oh visión inesperada!...
Con espanto don Silvestre
Tuvo que volver la cara,
Porque, colgando en la punta
De la bien desarrollada
Nariz de doña Josefa,
Vió *una perla*, no muy clara,
Que de las ricas natillas
Ser adorno amenazaba.
— Mi querido don Silvestre —
Dijo toda alborozada
Doña Pepa, — qué oportuna
Es hoy su visita grata.
Tengo esta noche banquete.
Y si usted no me desaira.

Espero que honre mi mesa,
Y dará su autorizada
Opinión sobre este plato,
Obra de mis manos blancas.
¿Vendrá usted, amigo mío? —
Quedó un momento sin habla
Don Silvestre, y dirigiendo
Una rápida mirada
Al inoportuno apéndice
De la nariz de la dama,
Exclamó al fin : — Mi señora
Doña Pepa... SEGÚN CAIGA. —



UNA PREGUNTA

EL jubilado intendente
Don Eleuterio Morante,
Que del café de Levante
Era asiduo concurrente,
Después que saboreaba
Con indecible fruición
La aromática poción
Que diariamente tomaba,
Fumando sus cigarrillos
Y un diario empezando á leer,
No cesaba de beber
Agua con calma á sorbitos.
Sin ver el perjudicial
Vicio que adquirido había,
Dos botellas se bebía
De líquido natural.
Junto á su mesa un sujeto
Se sentó en cierta ocasión,
De esos que la observación
Tienen por único objeto :
El cual, viendo al intendente

Que á cada minuto escaso
Echábale mano al vaso
Para el sorbo consiguiente.
Y que apuró una botella
Y otra segunda pidió,
Y también se la bebió
Sin dejar de gota huella,
Admirado de aquel caso
Que á explicarse no acertaba,
Cuando el vecino llenaba
El décimonono vaso,
Su viva curiosidad
No pudiendo reprimir,
Sin saber qué iba á decir
Y con gran formalidad,
Acercándose á Morante
Y quitándose el sombrero,
Le pregunto: — *Caballero,*
¿ Come usted papel secante? —



UN MILAGRO



ERA su nombre Don García; pero amigos y enemigos le apellidaban *el Rayo*. Nunca el bruñido casco de acero sombreó más altivo semblante, ni el camisote de mallas ciñó cuerpo más robusto, ni espada alguna fué terrible como la suya en los combates. Lanzábase el primero sobre las huestes contrarias, abriendo ancho camino á los que le seguían: parecía buscar la muerte, y la muerte le respetaba. Acérrimo en la lucha, infatigable en el alcance, pródigo y derrochador de los despojos después de la victoria, era querido y admirado, temido y odiado á la vez de unos y otros, según que militaban á favor ó en contra de su bandera.

Cuando las enormes cadenas, rechinando en sus muñones y afustes, dejaban caer con estruendo el puente levadizo; cuando al son de los clarines y con banderas desplegadas salía como una tromba al frente de sus duros hombres de armas, precipitándose á galope desenfrenado sobre la llanura, bien podía decirse que aquella nube siniestra de tempestad descargaría en alguna parte, dejando por

huellas de su paso muertos y heridos, campos y pueblos asolados, incendio y lágrimas, viudas y huérfanos. Por esto los señores vecinos, condes, barones, ricos-homes y abades mitrados reforzaban sus viviendas y coronaban de ballesteros sus muros, y los cercaban de profundos fosos, y tenían siempre vigías en las torres y corredores por el campo, y vivían inquietos en continuo alerta; por esto el rudo pastor, al ver salir la hueste del *Rayo*, se emboscaba entre las breñas haciendo la señal de la cruz no menos asustado que si viese avanzar una legión de demonios. En suma, *el Rayo* era un señor de su tiempo, y señalado entre los mejores. Cuando no estaba en lucha abierta con sus iguales, entregábase á violentas partidas de caza, despojaba mercaderes, azotaba peregrinos, asaltaba y robaba conventos de frailes y monjas, y nunca le faltaban ahorcados con que adornar sus almenas, ni cautivos en sus mazmorras, ni dinero y joyas en sus arcas, ni vasos sagrados y mujeres arrancadas de sus hogares con que emborracharse y solazarse en sus tremendas orgías. ¡Oh bellos y poéticos tiempos los de la Edad Media!

Pero *el Rayo*, que era joven, tenía consigo á su madre, rica-hembra, piadosa y creyente, que aborrecía tales desórdenes y se afligía y lloraba muchas lágrimas por la borrascosa conducta de su hijo. ¡Cuántas horas y cuántas noches enteras pasó la noble dama á los pies de la Santa Virgen, llorando y rezando! No lloró más, ni rezó más la devota Mónica por la conversión de su hijo Agustín, el doctor africano, después columna de la Iglesia. Lo que desconsolaba sobre todo á la madre de Don García

eran los atropellos de éste contra las cosas y personas sagradas. Que desvalijase mercaderes, enviando algunos de ellos á la eternidad; que saquease granjas, aldeas y pueblos, incendiándolos de camino y trayéndose mujeres doncellas ó casadas, después de arrebatárlas por fuerza á sus padres ó esposos; que mandase ahorcar unos cuantos villanos ó siervos más ó menos discolos... ciertamente no estaba bien hecho, ni ella trataba de negar semejantes defectillos; pero... ¡azotar peregrinos que venían de Roma ó de adorar el Santo Sepulcro! ¡Violar la clausura religiosa y arrancar monjas del pie de los altares para hacerlas concubinas suyas y de sus feroces compañeros! ¡Saquear monasterios y acuchillar frailes! Y la buena señora recordaba con espanto haber visto en el patio del castillo á todo un venerable abad, con su mitra y báculo y demás arreos pontificales, borracho como una cuba y bailando descompuestamente dentro de un círculo de hombres de armas, escuderos, pajes, halconeros y lacayos. Verdad es que el santo varón no lo hacía por su gusto, y se había negado á beber y bailar; pero unos cuantos bofetones y puntapiés aplicados por hombres vigorosos, y la amenaza de ser colgado de una almena para pasto de cuervos, le hicieron cambiar de opinión y entregarse al vino y la danza. No podía explicarse Doña Leocadia, que tal se llamaba la señora, cómo no se abrió entonces el cielo, y bajó por los aires un angel ó arcángel de fulmínea espada para reducir á cenizas el fuerte castillo y sus impíos moradores. Probablemente esta impunidad debióse á la intercesión de la Santa Virgen, para dar tiempo al arrepentimiento y que los pecadores

lograsen salvar sus almas de las llamas eternas. Desde aquel día no fué ya devota Doña Leocadia, sino devotísima de la Madre de Jesús.



... borracho como una cuba y bailando.

— ¡Noble Señora, emperatriz de los cielos—clamaba postrada ante su altar,—dignaos de salvar á mi hijo!

— ¡Virgen poderosa, refrenad sus pasiones! ¡Que el raudal de mis lágrimas apague el fuego de su corazón!

— ¡Oh, Virgen mía, salvadle del pecado y de la muerte!

*
* *

En estas plegarias fervorosas había pasado toda una larga noche. Aun no clareaba la aurora; mas pronto cantaría el gallo y pronto luego el sol difundiría sus doradas luces á torrentes por la extensión de los aires y sobre la obscura tierra.

Cansada de orar y rogar, la buena señora se retiró á su aposento. Iba fatigada y con el rostro húmedo todavía por el llanto, pero con el corazón lleno de esperanza. Apenas se echó en su cama solitaria de viuda y cerró los ojos, cuando... ¿fué sueño? ¿fué realidad portentosa, ó vana ilusión, como apellidan los incrédulos á tan insignes milagros? No lo sé ciertamente; mas Doña Leocadia sintió una viva claridad y pura fragancia, miró y vió pasar á la Santa Virgen con su gran corona de oro, con su ancho y tieso vestido de brocado, con su rostro impassible y ojos inmóviles, tal como acababa de contemplarla en su altar durante sus largas oraciones. Se levantó y siguióla en silencio por galerías tortuosas y salones vastos y desmantelados: á su paso se abrían las puertas y hasta las paredes; los centinelas apostados de trecho en trecho no la veían; y así, la Virgen delante y la castellana detrás llegaron adonde, har- to de combates, vino y mujeres, dormía *el Rayo*.

Cosa natural es que el nido del águila y la cueva del león guarden la señal y traza de sus fieros huéspedes: bajo la grande bóveda de piedra, todo aquel aposento revelaba las ideas y costumbres de su ha-

bitador: colgaban de las paredes armas de todas clases, banderas, arreos de caza, pieles y cabezas de animales montesinos, manojos de cordeles, espuelas y látigos: allá, en el ángulo obscuro, había un enorme arcón de hierro, y muy cerca una fuerte mesa de encina cargada de cántaros de vino y grandes vasos, copas y cálices de plata y oro. Entre el arcón y la mesa había paja extendida por el suelo; y sobre la paja, pieles; y sobre las pieles, medio vestido, *el Rayo* dormía profundamente, respirando con la regularidad y fuerza de un fuelle de fragua. Resinosa antorcha, encajada en su aro de hierro fijo al muro, daba luz vacilante y negro humo. No había cristales: las ventanas y tragaluces tenían gruesas cortinas de lienzos encerados y el aire circulaba libremente. Nada tan duro y sombrío como aquella espaciosa cuadra, guarida de esa fiera que se llama hombre.

La Santa Virgen, con su gran corona de oro y rígido traje de brocado, detúvose junto á la cama del joven guerrero y le estuvo lanzando como flechas las luces de sus ojos inmóviles, haciéndole estremecer dentro de su sueño profundo. También la madre temblaba de pies á cabeza, oculta en la sombra. Por fin, la Santa Virgen extendió su brazo derecho, y sólo con la punta de un dedo tocó al dormido en la frente, de donde brotó al contacto una chispa, una leve llama azul, una ráfaga pequeña y brillante. Era el pensamiento. Después le tocó hacia el costado izquierdo, allí donde el corazón valiente palpita con ritmo acompasado y firme, y entonces brotó y se extinguió de súbito una gran llama roja como la fogarada de un incendio. Eran el nervio,

el valor, el entusiasmo, las pasiones del hombre que se iban. Y apenas clareaba indecisa la aurora, volvió la Virgen á su altar y la castellana á su lecho.

*
* *

—Hijo mío—decía Leocadia con toda la dulzura de una madre,—¿qué tienes? Te veo pálido y triste desde hace algunos días: no peleas, no cazas, no montas á caballo, no te mueves siquiera. ¿Acaso estás enfermo? Haré llamar al sabio Aben-Jacob; él conoce y prepara hierbas...

—Madre, no las necesito, ni estoy enfermo.

—Pero apenas comes y durmiendo suspiras. ¿Estarás enamorado?

—No, madre, no estoy enamorado.

—¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué sientes?

—¡Ay, madre! Ya no pienso, ni deseo, ni siento nada.

Y era verdad. Mudo y abatido el que antes fué terror de la comarca, perezoso y mustio el que por su turbulenta actividad mereció el nombre de *Rayo*, iba por días y por horas enflaqueciéndose y agostándose como árbol antes corpulento y robusto, mas privado ahora de la savia que regenera y vivifica. A los dos meses de inacción y desaliento, no le hubieran conocido los que antes le temblaban. Sólo su alférez, viejo duro en los combates y despótico en el mando, que amaba á su señor como padre y le defendía en los peligros como león, era quien sostenía el castillo con su vigilancia, manteniendo á raya á los turbulentos barones del contorno y á sus propios hombres de armas, gente feroz

y levantisca y capaz de todo lo malo. Sin el respeto que imponía su mirada á los más audaces, Dios sabe lo que hubiera sucedido.

En cierta ocasión *el Rayo*, que parecía desmemoriado y absorto, oyó que en los departamentos interiores de su castillo vivían varias mujeres jóvenes arrancadas por fuerza de sus hogares, y encojiéndose de hombros, dijo:

—Que las pongan en libertad. Ya, ¿para qué las quiero?

Otra vez, uno de los vigías, estando de centinela y durmiendo, fué sorprendido por el alférez, que en el acto le mandó ahorcar.

El señor se opuso y exclamó con voz suplicante:

—No, Gutierre; eso es demasiado. ¿Por qué ha de perder la vida?

—Porque lo merece y porque yo lo mando—contestó ásperamente el alférez.

Y antes de media hora el capellán de la fortaleza había confesado al reo, cuyo cadáver, con un lazo corredizo al cuello, se balanceaba colgado de una almena. Y *el Rayo* sufrió con mansedumbre el descuido del vigía y la insolencia del alférez. Antes del enforcamiento quiso impedirlo Doña Leocadia con algunas observaciones, y recibió esta contestación:

—Señora: pues vuestro hijo ha perdido la voluntad, aquí no hay más voluntad que la mía, y basta de plática.

Por último, otro día, sobre caballos sudorosos y medio reventados, volvieron de su descubierta los corredores con el aviso de que dos castellanos feudales, precisamente los mayores enemigos de Don

García, habían juntado sus mesnadas, entrándose con banderas al viento y en son de guerra por los territorios de éste, dejando tras de sí campos asolados y pueblos ardiendo. Añadían los corredores que el enemigo había jurado tomar el castillo á escala franca y no dejar dentro de sus muros nadie para contarle. A la tremenda noticia contestó *el Rayo* con resignación cristiana:

—Creo que antes ofendí á esos señores. No es extraño que me quieran mal. Ofrecedles dinero y algunas villas para que se retiren. Dadles lo que quieran. Si no se conforman, moriremos bendiciendo á la Providencia, y alcanzaremos la palma del martirio; pues...

—¿Qué palmas, ni qué martirios, ni qué barbaridades son ésas?—interrumpió violentamente el viejo alférez.—Contra el cielo y el infierno, con todos sus dioses y ángeles y demonios, defenderé yo el castillo.

Y empuñando la bocina, gritó con voz espantosa que resonó por todas partes como un trueno:

—¡Atención á la voz de mando! ¡Pena de la vida para quien no obedezca al punto! ¡Que los ballesteros de reserva coronen las almenas! ¡Los vigías á sus torres! ¡Las poternas cerradas y guardadas! ¡Que salgan á ventear otros corredores en caballos de refresco! ¡Los jinetes á formar en el patio grande! ¡Los infantes en las galerías! ¡Los ingenios armados y listos sobre la muralla! ¡Que salga el maestre despensero con una manga de caballos á recoger víveres! ¡Que dispongan las compuertas para inundar los fosos! ¡De pie y alerta todo el mundo!

Mientras el anciano Gutierre daba estas órdenes,

obedecidas en el acto con toda la exactitud de una rigurosa disciplina, llega Doña Leocadia, seguida de varios pajecillos y dueñas, todos asustados por el inminente peligro.

—¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo?—preguntó ansiosa.—
¿Ha salido ya al frente de sus jinetes?

—Vuestro hijo ya no es vuestro hijo—respondió ásperamente el alférez.—Le han sorbido los sesos, le han cambiado. ¿Sabéis lo que se le ha ocurrido al oír la noticia? Pues que debíamos dar dinero y tierras á nuestros enemigos para que se retirasen; y si no se retiraban, que sufriésemos con paciencia el martirio.

Y echando la garra al puño de su espada, añadió:
—¿No lo creéis? Pues tales fueron sus palabras. Si otro las hubiese dicho... Pero ¿qué ha pasado aquí? Sólo al *Rayo* le faltaba el haberse vuelto un cobarde.

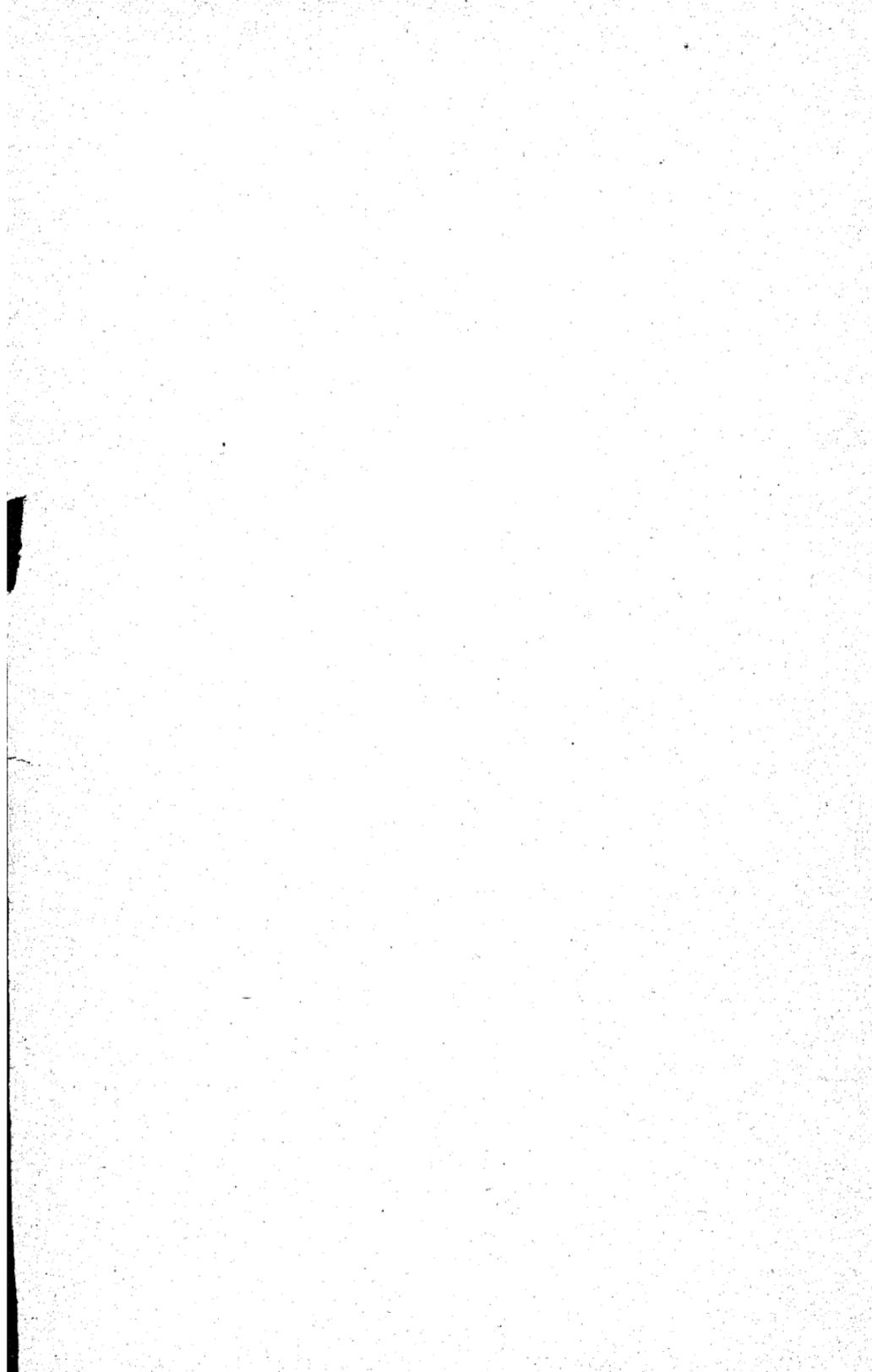
*
*
*

Al oír semejante calificación, sintió la altiva castellana como una bofetada en el rostro, y quedó aturdida y llena de furor y de vergüenza. El viejo alférez tenía razón, decía la verdad. Lanzó entonces la afligida señora un ronco grito, se arrancó las blancas tocas, mesóse los cabellos, y desmelenada y vertiendo lágrimas, corrió á la capilla y penetró en el sagrado recinto. Allí, como siempre, inmóvil sobre el altar, con su alta corona de oro y su rígido traje de brocado, estaba la Santa Virgen.

—Madre mía, ¿qué has hecho?—clamó extendiendo ambos brazos hacia la imagen.—Yo tenía un

hijo de carácter borrascoso y violento: era bebedor, cruel, violador de mujeres y de lugares santos, temerario y feroz y dado á las luchas y al pillaje... un hervidero de pasiones ardía en su corazón... pero hoy... Santa Virgen, por piedad, ¿no puedes ahora deshacer lo que hiciste? Con todas sus pasiones y vicios y crímenes, mi hijo era un hombre; ¿por qué me lo has cambiado en un tonto?





ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
ADVERTENCIAS	V
El valor ó los tres valientes.....	1
Recuerdo oportuno.....	33
El pollo tuerto.....	37
El secreto del toreo.....	39
Confidencia.....	55
Pan y vino.....	57
La niña de los cinco pisos.....	59
Sermón... perdido.....	85
Telegrama.....	87
La caridad.....	89
Á misa.....	131
¡Y era ciego!.....	133
Sapo y estrella.....	135
El vendedor de arencones.....	145
¡Buen mosquito!.....	149
La cachiporra.....	153
El pato hidrófobo.....	173
Geografía.....	175
El catecúmeno.....	177
El queso de bola.....	185
Fallo difícil.....	191
El secreto á voces.....	195
Justo castigo... ..	205
Un servidor opor... tuno.....	207

	<u>Páginas.</u>
Los zapatos viejos.....	209
Tragamoros.....	219
Testimonio.....	223
El grabado.....	225
Lección gramatical.....	237
Dos comerciantes.....	239
Un ingenio malogrado.....	243
El luto de la viudita.....	261
El cura y el arriero.....	263
Escarmiento.....	265
La edad de la Marquesa.....	277
Por borracho.....	279
Haz bien... pero mirando á quién.....	283
Las natillas.....	293
Una pregunta.....	297
Un milagro.....	299



